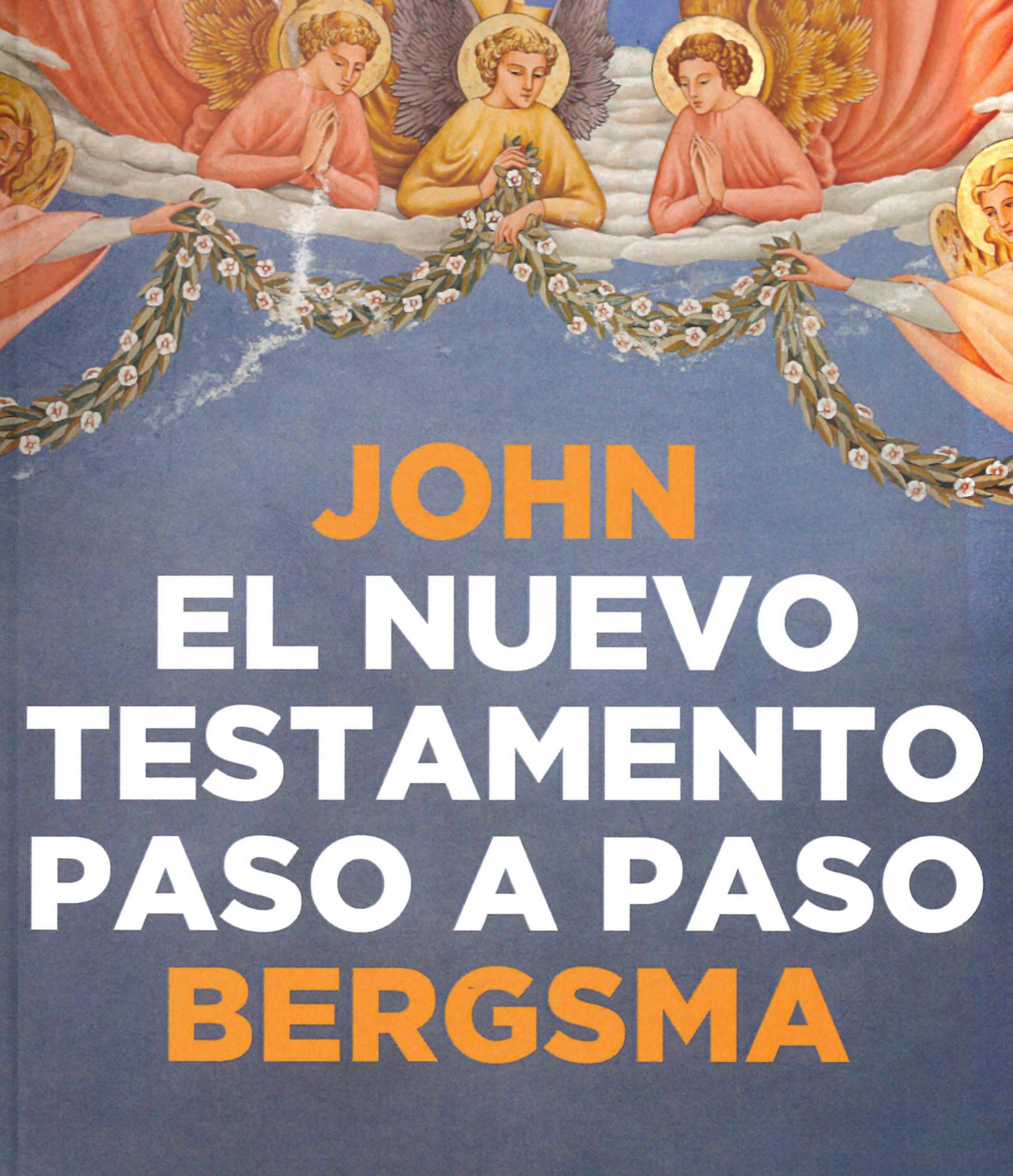


JOHN

EL NUEVO TESTAMENTO PASO A PASO

BERGSMA

"No hay mejor introducción al Nuevo Testamento que este libro. John Bergsma es claro y sencillo, pero también profundo, y logra explicar y conectar entre sí los grandes misterios mediante un texto muy agradable de leer". [Scott Hahn]

JOHN BERGSMA

EL NUEVO TESTAMENTO PASO A PASO

EDICIONES RIALP
MADRID

Título original: *New Testament Basics for Catholics*

Preimpresión: produccioneditorial.com

ISBN (edición impresa): 978-84-321-6011-0
ISBN (edición digital): 978-84-321-6012-7
Depósito legal: M-25552-2021
Impreso en Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. UNA VISTA RÁPIDA DEL NUEVO TESTAMENTO

SE PODRÍA CONSIDERAR QUE el Nuevo Testamento es el libro más influyente del mundo. Más de dos mil millones de personas en el globo dicen seguir a su principal personaje, un cierto carpintero judío convertido en religioso maestro llamado Jesús, que era de Nazaret, en las colinas del norte de Israel. Personas inspiradas en las ideas de este libro inventaron la universidad y el hospital. Exploraron el planeta, dieron nombre a incontables lugares, escribieron en nuevas lenguas, establecieron el calendario moderno, y construyeron edificios –escuelas, iglesias, hospitales, monasterios y conventos–. ¿Qué tiene este libro que los motivó a realizar eso y más?

Realmente, el Nuevo Testamento nos es un libro: es muchos libros o la mitad de un libro. Es muchos libros porque es una colección de veintisiete biografías y cartas escritas por los más cercanos amigos y seguidores de este maestro judío que cambió el mundo. Es también la mitad de un libro porque es la segunda de la mayor

parte del libro sagrado de los cristianos, llamado normalmente "la Biblia". "Biblia" viene de la palabra griega *biblos,* que significa "libro". Durante mucho tiempo de la historia humana, los libros eran escasos, y el más importante, que habla de Dios, el fin, el significado, el amor, y la vida eterna, no era solo *un* libro sino *el* Libro –la Biblia–.

La Biblia es un libro grande. En realidad, es una colección de setenta y dos libros con unas 750 000 palabras, dependiendo del lenguaje y la traducción, escritos por muchos autores en un periodo de mil años. ¿Quién puede manejar toda esa información?

Parece más fácil tratar con el Nuevo Testamento solo. Le llamamos la "segunda mitad" de la Biblia, pero sabemos que es realmente mucho menos que la mitad de la Biblia completa. Es un quinto del tamaño del Antiguo Testamento. Con todo, incluso el Nuevo Testamento puede parecer temible, y en algunos aspectos es más difícil de organizar que el Antiguo Testamento. Aunque el Antiguo Testamento es más largo, solo trata de una básica línea histórica. Dividiéndola en periodos y alianzas, podemos obtener una buena vista rápida de ella en *La Biblia paso a paso*[1].

El mismo tratamiento no sirve para el Nuevo Testamento, porque los primeros cuatro libros (juntos son casi la mitad del Nuevo Testamento) cuentan la misma historia de la vida de Jesús una y otra vez. Así que no podemos tener una sola línea histórica y necesitamos un tratamiento diferente.

El primer paso es reconocer que el Nuevo Testamento es todo un mundo en sí mismo. Hay personas que se

---

[1] Es el título de un libro anterior del autor. Versión española en Rialp.

pasan toda su vida estudiando solo alguna de sus partes. Así que tendremos que contentarnos aquí con no cubrir cada detalle.

En segundo lugar, deberemos reconocer que, si queremos tener *la mayor parte,* pero no *todo*, podemos simplificar el Nuevo Testamento estudiándolo en partes manejables y memorizables.

He comprobado que, poniendo el foco en solo cuatro autores, uno puede tener una buena comprensión del Nuevo Testamento. Esos cuatro autores escribieron casi el 85 % del Nuevo Testamento. Son: Mateo, Lucas, Pablo y Juan. En lo que sigue, los dibujaré y los iré presentando. Primero, dibujemos a Mateo.



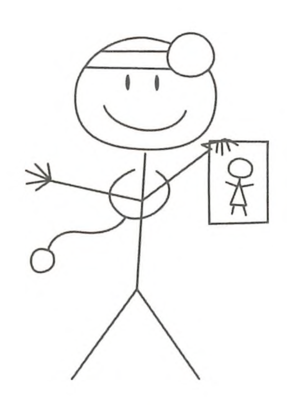
Mateo

Para identificarlo, le hemos puesto una bolsa de dinero en la mano derecha. Eso nos recuerda que Mateo era un recaudador de impuestos antes de su conversión a Cristo. Los recaudadores se hacían muy ricos. En su mano izquierda, le hemos puesto una pluma, una señal de ser un "escriba", un escritor profesional y erudito de los tiempos antiguos. Parece probable que Mateo fuese un judío

escriba antes o durante su tiempo como recaudador. Los escribas estudiaban las escrituras y la ley religiosa. Como tenían que ser cuidadosos escritores y registradores de datos, tenían también la necesaria habilidad para ser recaudadores de impuestos si lo deseaban.

De acuerdo con la antigua tradición de la Iglesia, Mateo escribió el primer evangelio, que se colocó al comienzo de la colección de los libros del Nuevo Testamento. Es adecuado que el Evangelio de Mateo comience el Nuevo Testamento. Mateo subraya la semejanza (o *continuidad*) del Antiguo y del Nuevo Testamento. Muestra cómo las palabras y acciones de Jesús en el Nuevo cumplen las profecías del Antiguo. Su libro constituye una buena transición entre los dos. Con veintiocho capítulos y 1068 versículos, Mateo supone un octavo de la extensión del Nuevo Testamento.

Nuestro siguiente principal autor es Lucas. Lo dibujaremos así:



Lucas

San Lucas tiene dos caracteres que lo distinguen. Le hemos puesto uno de esos espejos de cabeza que suelen utilizar los médicos, y un estetoscopio. Según Colosenses 4, 14, san Lucas fue un físico de profesión. Eso no es un dogma. No podemos estar seguros de que fuese así, pero es plausible. Ciertamente, el estilo de los escritos de san Lucas muestra que era un hombre bien formado en la cultura griega, y la medicina era una profesión atractiva para un hombre culto en los tiempos antiguos.

La tradición nos dice también que acompañó a la Santísima Virgen e incluso pintó su retrato. Por eso hemos puesto un icono de la Virgen en su mano izquierda. Claro que no podemos estar seguros de que pintase su retrato, pero podemos suponer que la conocía bien. De hecho, le debemos a san Lucas haber escrito la mayor parte de lo que conocemos sobre la vida de la madre de Nuestro Señor. Los cinco misterios de gozo del Rosario, por ejemplo, proceden del evangelio de san Lucas. Sin Lucas, solo tendríamos unos pocos comentarios sobre nuestra Madre en Mateo 1, y dos importantes escenas (las bodas de Caná y la Crucifixión) donde ella aparece en el evangelio de Juan (Jn 2 y 19). San Juan Pablo II estaba convencido de que san Lucas obtuvo su información sobre la vida de la Virgen y la infancia de Jesús (Lc 1 y 2) directamente de ella[2]. Esa es la común tradición del pueblo cristiano a través de los siglos. En cualquier caso, le dejaremos con el icono de la Virgen en la mano para indicar su estrecha relación con ella.

San Lucas se mantiene por varias razones. Es el único gentil (no judío) que escribe una parte del Nuevo Testamento. Es el único autor de un libro de historia en el

---

[2] Juan Pablo II, Audiencia del miércoles 28.I.1987.

Nuevo Testamento: los Hechos de los Apóstoles. Sin eso, no tendríamos nada de los primeros treinta años de la existencia de la Iglesia. Finalmente, san Lucas escribió más del Nuevo Testamento que cualquier otra persona. El evangelio de Lucas es el libro más largo del Nuevo Testamento, y junto con su secuela Hechos, constituye más de un cuarto del total.

Lucas fue compañero y colaborador de nuestro tercer autor, san Pablo. Lo dibujamos así:



Pablo

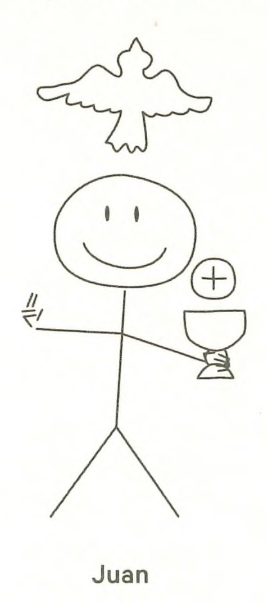
Notarás que en la mano derecha san Pablo porta una espada. Es la marca distintiva de san Pablo en buena parte del arte religioso. La espada representa la Palabra de Dios, y es famoso que san Pablo animó a los cristianos a «recibir… la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios» (Ef 6, 17). Él fue también decapitado con una espada.

En la mano izquierda, Pablo tiene una carta. Eso nos recuerda que los únicos escritos que tenemos de san Pablo son sus cartas (o *epístolas*). Las trece cartas de san Pablo –nueve a iglesias (de Romanos a 2 Tesalonicenses) y cuatro

a individuos (de 1 Timoteo a Filemón)– se sitúan en medio del Nuevo Testamento. San Pablo fue el gran misionero de la primitiva Iglesia, y estaba continuamente viajando, predicando el Evangelio. No tenía tiempo para sentarse a componer libros, así que toda su teología está contenida en cartas, enviadas rápidamente a iglesias o personas en crisis.

Las cartas atribuidas a Pablo (de Romanos a Filemón) suponen el 20 % o un quinto del Nuevo Testamento. Si fuese san Pablo quien escribiera la anónima "Carta a los Hebreos", sus escritos serían en extensión un cuarto del Nuevo Testamento, casi lo mismo que su compañero Lucas.

En los tiempos modernos, especialmente en Occidente, san Pablo ha sido considerado como el mayor teólogo entre los autores del Nuevo Testamento. Pero en la antigüedad, especialmente en Oriente, ese honor lo tuvo el cuarto y último de nuestros principales autores, el apóstol Juan. Dibujamos a san Juan de esta manera:

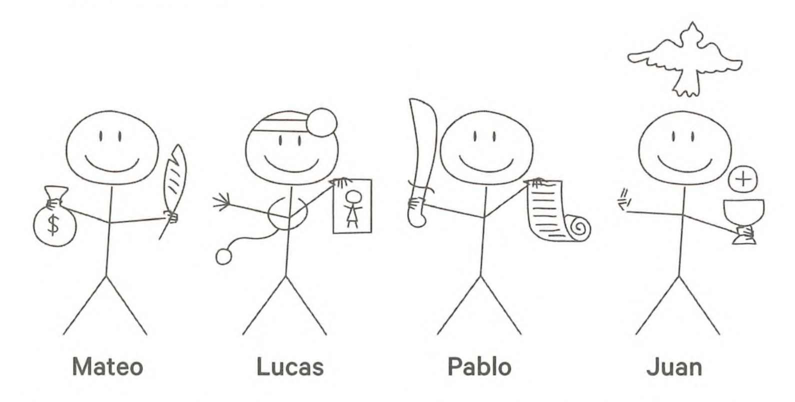


Juan

San Juan es un poco más pequeño que el resto de nuestros autores, para recordarnos su juventud. Es probable que fuese el más joven de los apóstoles, y sobrevivió al resto. En su mano izquierda está el copón eucarístico, que nos recuerda que es quien nos da la más extensa enseñanza sobre la Eucaristía en todo el Nuevo Testamento (su enseñanza puede encontrarse en Jn 6). Su mano derecha se alza en una tradicional señal de bendición sacerdotal. La tradición de la primitiva Iglesia recuerda a san Juan como sacerdote y pastor de la Iglesia en su ancianidad.

Cinco libros se atribuyen a Juan: su evangelio, tres cartas (epístolas), y el Libro del Apocalipsis (Revelación). Los académicos discuten su autoría de algunas de estas obras, pero aceptaremos la tradición de la Iglesia y examinaremos las opiniones contrarias más tarde. Juntos, estos libros suponen el 20 % o un quinto del Nuevo Testamento.

¡Aquí estamos!



Estos cuatro hombres nos dan la mayor parte del Nuevo Testamento. Por supuesto, los estudiosos modernos han levantado dudas sobre si ellos escribieron los libros que llevan sus nombres. Pero yo pienso que hay buenas razones para confiar en las tradiciones del pueblo cristiano sobre quién

escribió estos preciosos textos[3]. Así que, si nos centramos en conocer a estos cuatro, tendremos la "película" de este libro santo. Claro que hay otros autores del Nuevo Testamento –como Marcos, Pedro, Santiago y Judas Tadeo– que escribieron libros más pequeños pero que siguen siendo importantes. Pero incluirlos a todos a la vez puede ser dar un mordisco mayor del que podemos masticar. En un estudio posterior, después de conocer lo básico del Nuevo Testamento, podemos prestarles atención a ellos también.

Ahora necesitamos un hilo conductor del Nuevo Testamento que enlace todos los temas que contiene. No es difícil encontrarlo; tomaremos nuestro tema de la predicación de Jesús: «Convertíos, porque está al llegar el *Reino de los Cielos*» (Mt 4, 17, énfasis añadido; ver Mc 1, 15). De principio a fin, el Nuevo Testamento trata del *Reino de Dios.*

Primero, echaremos un vistazo a san Mateo, cuyo evangelio nos dice que *ha llegado el Reino de Dios.* San Mateo muestra que Jesús cumple las profecías y esperanzas del pueblo de Israel sobre la vuelta del reino de David, aunque lo hace de un modo inesperado. Jesús, que es tanto el Hijo de David como el Hijo de Dios, ha establecido un reino en la tierra y en el cielo, que es el reino de David y el reino de Dios. El evangelio de san Mateo es rico en conexiones con el Antiguo Testamento, especialmente con los profetas. Conectará los puntos para nosotros mostrando que la Alianza Davídica es restaurada en la Alianza Eucarística de Jesús.

---

[3] Concilio Vaticano II. Constitución "*Dei Verbum*", n.º 18: «La Iglesia siempre y en todas partes ha mantenido y mantiene que los cuatro Evangelios son de origen apostólico. Pues lo que los Apóstoles predicaron por mandato de Jesucristo, después ellos mismos con otros de su generación lo escribieron por inspiración del Espíritu Santo y nos lo entregaron como fundamento de la fe: el Evangelio cuádruple, según Mateo, Marcos, Lucas y Juan».

Nuestro siguiente autor será san Lucas, que nos dice que *el Reino de Dios crece.* Decimos esto porque, además de su maravilloso evangelio, san Lucas nos da el Libro de los Hechos, que muestra el primer *crecimiento* de la Iglesia. La Iglesia es la forma del reino de Dios en la tierra. San Lucas nos dice las cosas que debe hacer siempre la Iglesia para seguir creciendo.

El mentor y guía de san Lucas, san Pablo, es nuestro tercer autor. Las cartas de san Pablo nos instruyen sobre cómo vivir unidos en la Iglesia, que es el reino de Dios en la tierra. Titularemos nuestro estudio de san Pablo "Vivir en el Reino". Estudiar todas las cartas de san Pablo puede ser demasiado, nos centraremos en una que se ha considerado a menudo como la más importante: Romanos.

Es adecuado terminar con san Juan, porque sus escritos tradicionalmente incluyen el Libro del Apocalipsis, que muestra el fin de la historia y el estado definitivo del reino de Dios en su celestial perfección. Su evangelio también pinta una poderosa imagen de los que la Iglesia está llamada a ser, su destino final. Por tanto, llamamos a nuestro capítulo sobre san Juan "El Reino Perfecto".

Diré algo sobre las traducciones de la Biblia. Este libro es mejor si lo lees junto a tu propia Biblia[4]. Mis citas pueden diferir ligeramente del texto que utilices. Puede ser porque he cambiado alguna palabra para acercarme más a la lengua original (hebreo o griego). Cualquier palabra que yo cambie la pondré en *cursiva* para indicar que esa palabra es mi traducción.

Ahora ya podemos empezar.

---

[4] El autor se refiere aquí a las versiones norteamericanas. En nuestra traducción usaremos la *Sagrada Biblia* de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, aprobada por la Conferencia Episcopal Española.

1.
EL ANTIGUO TESTAMENTO COMO
LA HISTORIA PRECEDENTE: EPISODIOS 1–6

COMO EL NUEVO TESTAMENTO es la segunda parte de un libro mucho más largo, si comienzas a leerlo por esa parte, puedes encontrarte perdido en mitad de la historia que cuenta. Imagina que ves una película famosa por primera vez, pero comenzando a la mitad o más de su proyección: por ejemplo, comenzar a ver *Sonrisas y lágrimas* en el concierto final de la familia Trapp antes de irse de Austria. Quedarías un poco confuso. ¿Quiénes son esa gente y por qué están cantando? ¿Por qué no les dejan irse los soldados alemanes? O compáralo con la serie de *La Guerra de las Galaxias*, pero comenzando a verla por *El retorno del Jedi*. ¿Por qué parece que Luke Skywalker, la Princesa Leia y Darth Vader tienen una profunda conexión?

Algunas personas han leído muchas veces la Biblia en su vida, pero *solo* el Nuevo Testamento. Eso es un poco como ver *Sonrisas y lágrimas* regularmente, pero comenzando siempre en el concierto final, o ver *Star Wars* una vez y otra sin los episodios 1-5.

En mi primer libro, *La Biblia paso a paso* [titulado así en su versión española], hice un rápido recorrido de toda la Biblia, comenzando por Génesis y usando dibujos para ayudarnos a recordar las principales etapas de la historia bíblica. Si nunca has estudiado la Biblia, te recomiendo comenzar por *La Biblia paso a paso.* Pero, tanto para quienes no la hayan leído o como para quienes ya la conocen, vamos a hacer un rápido repaso del contenido de la Biblia.

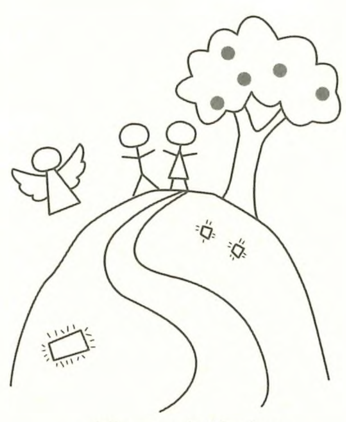
La idea central en la Biblia es la "alianza". Una alianza es un modo de hacer parte de la propia familia a una persona, comprometiéndose ambas partes mediante juramento. Por decirlo técnicamente, la alianza es la ampliación del parentesco mediante juramento. El matrimonio y la adopción son las formas más frecuentes de alianza.

Una de las oraciones de la Misa resume la historia de la Biblia de este modo: «Reiteraste, además, tu alianza a los hombres; por los profetas los fuiste llevando con la esperanza de salvación»[5] . La historia de la Biblia es la historia de Dios que ofrece alianzas a los seres humanos. Es la historia de Dios tratando de hacernos parte de su familia. En el Antiguo Testamento, Dios hizo al menos seis intentos importantes de hacer a los humanos su familia mediante alianzas. Veámoslos, si quieres, como los "Episodios 1–6".

Dios ofreció la primera alianza a la primera pareja, hombre y mujer, Adán y Eva, al comienzo de la historia humana. Hombre y mujer vivían como hijo e hija de Dios en un lugar de paz y perfección que la Biblia llama el Jardín del Edén. Como hijo de Dios, Adán también gozaba del privilegio de ser rey, sacerdote y profeta sobre todo el mundo, y Eva compartía con él esos roles. Podemos bosquejar esta situación dibujándola así:

---

[5] Plegaria eucarística IV.


Alianza Adámica

Los significados de las diferentes partes de este dibujo se explican en *La Biblia paso a paso.* Por ahora, solo recordaré el hecho de que Adán y Eva vivían como hijos de Dios, en paz con Dios y con la naturaleza.

La situación de paz no duró, sin embargo. Adán y Eva quisieron el placer, la independencia y el orgullo más que una amorosa relación con Dios como padre. Pensaron que conseguirían lo que deseaban si desobedecían a Dios. Engañados por Satanás, comieron el fruto del único árbol del jardín que Dios les había prohibido. Pensaron tener así el poder y el conocimiento de Dios, pero el único conocimiento que obtuvieron fue que estaban desnudos, eso es, débiles y desamparados. Al romper su relación con Dios como padre, tuvieron de dejar la paz del Jardín del Edén y valerse por sí mismos.

La humanidad no hizo bien tratando de vivir al margen de una relación con Dios. Rápidamente, la historia humana fue de mal en peor, «había crecido la maldad del hombre sobre la tierra, y todos los pensamientos de su corazón tendían siempre al mal» y «la tierra... se había

llenado de violencia» (Gn 6, 5 y 11). Eso no es una descripción televisiva o lo que están dando en el cine del barrio; era la realidad, y Dios tenía que hacer algo.

Así que envió un gran diluvio para lavar la tierra. Pero libró a un hombre bueno, Noé, como un nuevo Adán, para reiniciar la historia humana con su propia familia. Noé, por cierto, construyó la famosa arca en la que él, su familia y muchos animales se salvaron. El arca, una especie de jardín flotante, vino a parar después del diluvio sobre el monte Ararat, una especie de Nuevo Edén. Cuando pasó la riada, Dios restableció la *alianza* de Adán con Noé. Noé ofreció un sacrificio en señal de gratitud a Dios, y Dios envió un arco iris como señal de su amor por Noé. Noé y su familia estaban ahora en una relación familiar con Dios. Este es el dibujo que nos ayuda a recordarlo:



Alianza Noética

Pero después del diluvio, Noé no tuvo mucho más éxito que Adán. El mismo Noé pecó contra Dios, usando su

libertad y los bienes de Dios para emborracharse (Gn 9, 20–27). Su hijo Cam se burló de su embriaguez, y el resultado fue la maldición y la vergüenza para la familia de Noé y el conflicto entre los hijos de Noé. Los descendientes de Noé rechazaron también vivir como hijos de Dios e incluso se unieron para construir una gran torre (la "Torre de Babel") como una señal de su rechazo de Dios (Gn 11, 1–9).

En ese punto, Dios podría haber enviado otro castigo mundial como el diluvio, pero en cambio, decidió escoger a un hombre, Abrahán. Dios trabajaría con ese hombre y su hijo para curar las heridas de la entera familia humana. Invitó a Abrahán a una *alianza*: una relación familiar con él. Dios hizo esto en varias etapas (ver Gn 15 y 17).

El momento culminante llegó cuando Dios probó en qué medida confiaba Abrahán en Dios como su Padre. Dijo Dios: *Abrahán, ¿te atreverías a sacrificarme a tu propio hijo?* Abrahán, con la cooperación de su hijo Isaac, respondió *Sí.* Pero Dios no estaba interesado en que Isaac fuese en realidad sacrificado. Era una prueba de fe. Abrahán e Isaac habían mostrado una clase de confianza o fe que desafiaba cualquier duda. Dios interrumpió el sacrificio. Luego pronunció un juramento a Abrahán en el monte donde Isaac había sido colocado sobre el altar. Este juramento confirmó la alianza de Dios con Abrahán. Dios le prometió, «te colmaré de bendiciones… y en tu *semilla* [descendencia] serán bendecidas todas las naciones de la tierra» (Gn 22, 16–18, mi propia traducción).

Podemos dibujar el Monte Moria, donde Abrahán dispuso a su "hijo único" Isaac para sacrificarlo a Dios, de este modo:



Alianza Abrahámica

Por supuesto, esta historia suscita muchas preguntas. Por ahora, reconozcamos que este Monte Moria presenta un sorprendente parecido con otro monte, el Calvario. En Moria, Abrahán el padre pone a su "hijo único" Isaac sobre la leña del sacrificio a Dios. En el Calvario, un diferente "hijo unigénito" (Jn 3, 16) sería puesto en el leño. Daría su vida como sacrificio de amor por Dios y la humanidad. En otras palabras, el Monte Moria es un "tipo" o imagen del Monte Calvario.

El Monte Moria representa una encrucijada o momento decisivo en la historia humana, donde el camino de la salvación comienza a dirigirse infalible hacia su destino. Después de la alianza jurada por Dios a Abrahán en el Moria, no hubo ya caídas catastróficas semejantes a las de Adán o Noé. Hubo dificultades, seguro, pero entre tantas dificultades, Dios comenzó a cumplir sus promesas a Abrahán paso a paso.

Como privilegios de la alianza, Dios había dado a Abrahán tres específicas promesas:

– Llegaría a ser "una gran nación"

- Tendría un "gran nombre" y
- En su "semilla" (descendencia) serían bendecidas todas las naciones.

Después de la muerte de Abrahán, Dios comenzó a cumplir la primera promesa. Dispuso las cosas para que la familia de Abrahán viajase a Egipto, una tierra donde había abundancia de comida y la guerra era por entonces rara. Allí, los hijos de Abrahán fueron prolíficos y se multiplicaron hasta llegar a ser una "gran nación". Todo lo que necesitaban ahora era su propia tierra para vivir allí. Así que Dios le envió un líder y sabio, Moisés. Este les sacó de Egipto y le llevó al Monte Sinaí en el desierto, donde les dio una "constitución" basada en los Diez Mandamientos. Aquí, también, Dios hizo una alianza con los hijos de Abrahán. Esta alianza recibe diferentes nombres:

- "La Alianza Mosaica" porque la realizó con Moisés;
- "La Alianza del Sinaí" porque se estableció en el Monte Sinaí, o
- "La Antigua Alianza" porque más tarde daría lugar a la Nueva Alianza en Jesucristo.

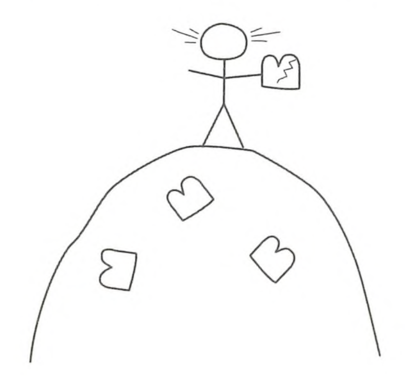
En la cumbre del Sinaí, Moisés roció con sangre de cordero a los israelitas y el altar de Dios. Esto manifestaba que Dios e Israel compartían ya la misma sangre (Ex 24, 8). Ellos eran una familia. Israel era el "primogénito" de Dios (Ex 4, 22) tal como Adán lo había sido. Allí Moisés obtuvo los Diez Mandamientos de Dios, que apareció en el Monte Sinaí en una tormenta:



Alianza Mosaica

El rostro de Moisés brillaba en la presencia de Dios.

Pero lo mismo que Adán, Israel rompió la alianza. En solo cuarenta días, Israel se apartó de Dios y volvió a adorar los dioses animales de Egipto (Ex 32). Pero Moisés intercedió por el pueblo, y Dios lo perdonó. Dios renovó la alianza, pero añadió muchos más preceptos como una especie de penitencia por los pecados de Israel (Ex 34, Lv 27). Esta es la imagen que utilizaremos para recordar la ruptura de los Diez Mandamientos y la adición de más leyes:



Israel necesitaba aún más espacio propio para vivir, así que después de un año en el Sinaí, Moisés los condujo a través del desierto hacia la Tierra Prometida. Los israelitas, sin embargo, se rebelaron al menos diez veces contra Dios en el desierto. Un viaje de unas pocas semanas terminó llevándoles cuarenta años. Dios tenía que cambiar la alianza después de cada rebelión hasta que tomó su forma final en el Libro del Deuteronomio. Aquí, los preceptos de la alianza fueron a veces ásperos y algo parecidos a una ley marcial o una represión contra el crimen. Moisés no estaba contento con Israel después de sus cuarenta años de rebeliones en el desierto. Aquí le vemos, entregando las leyes del Deuteronomio:

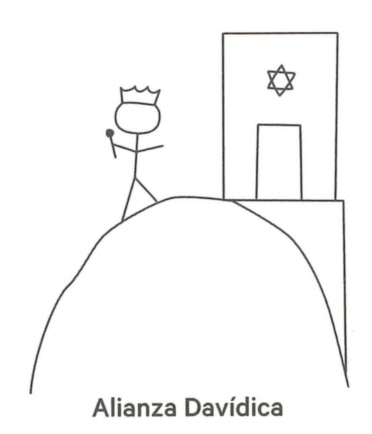


Tras la muerte de Moisés, su lugarteniente Josué condujo a Israel a la Tierra Prometida. Israel vivió en el país bajo las leyes del Deuteronomio durante generaciones, con pocos cambios en sus relaciones con Dios. Pero cientos de años después de Moisés, el pueblo de Israel pidió a Dios que le diera un rey que los gobernase, y el segundo rey que tuvo fue un hombre notable, un "ganador" en la historia de la salvación: David.

Ungir es derramar o untar aceite en la cabeza de alguien. En los tiempos antiguos, eso se le hacía a una persona para que desempeñara un rol especial, como rey, sacerdote o profeta. La unción de David fue especial porque él quedó abierto al Espíritu de Dios. Cuando el profeta Samuel ungió a David como rey de Israel, el Espíritu Santo vino y permaneció en David «desde aquel día» (1 S 16, 13). Dios bendijo a David en todo lo que hizo. Subió al trono, remplazando a su suegro Saúl como rey.

David hizo de la adoración a Dios su real prioridad, y Dios se complació. Concedió a David una alianza, una relación especial por la que David y sus hijos disfrutarían de la posición de hijos de Dios. Dios cuidaría a David y a sus herederos, expandiendo su reino hasta cubrir toda la tierra. De ese modo, las bendiciones de Dios se extenderían primero desde el rey a Israel y luego a toda la tierra.

Dibujamos esto para ayudarnos a recordar a David y la alianza que recibió como rey en el Monte Sion, también conocido como Jerusalén. Junto al rey está el Templo construido por Salomón, el hijo de David:



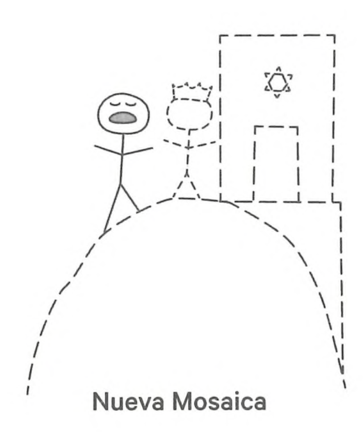
Alianza Davídica

Bajo la Alianza davídica, Israel prosperó durante los reinados de David y su hijo Salomón. Pero más tarde, en el reinado de Salomón, las cosas fueron a peor: Salomón empezó a adorar a otros dioses. Después de Salomón, muchos de los hijos de David no quisieron vivir como hijos del verdadero Dios. En vez de eso, muchos prefirieron ser sirvientes o incluso esclavos de dioses extranjeros y sus ídolos. Esos dioses extranjeros no eran dioses en absoluto; a veces eran incluso demonios.

Como resultado, el reino de Israel se dividió entre los reinos del norte y del sur. Ambos comenzaron a declinar. En unos trescientos años, los enemigos destruyeron primero el reino del norte y luego el del sur, y llevaron al pueblo al exilio. ¿Qué estaba haciendo Dios durante este tiempo? Envió a los grandes profetas para advertir a su pueblo que volviese con él. Esos fueron los famosos profetas, hombres como Isaías, Jeremías y Ezequiel.

Los profetas predicaron un mensaje básico a Israel: "primero las malas noticias y luego las buenas". Las malas eran que Dios les castigaría porque el pueblo había roto la Alianza mosaica, especialmente los Diez Mandamientos. La buena noticia era que Dios haría una nueva alianza restaurando todas las bendiciones prometidas a David.

Aquí va un dibujo de un profeta predicando en Jerusalén. Las imágenes de la Alianza davídica están en líneas de puntos porque son una futura realidad. En algún momento en el futuro, Dios enviará un nuevo Hijo de David que construirá un templo mejor y restaurará el reino de Israel:



Cuando abrimos el Nuevo Testamento y comenzamos a leer, Israel está aún en este último estadio, "profético", de la historia de la salvación. Han pasado varios cientos de años desde que uno de los grandes profetas pasó por la tierra, pero sus escritos permanecen, y muchos israelitas están convencidos de que el tiempo del cumplimiento está muy cerca. El prometido hijo de David puede llegar en cualquier momento, tomar el control de Jerusalén, y restaurar el reino.

De hecho, hubo dos significativas "falsas alarmas" justo antes y durante la vida de Jesús. Surgieron gobernantes que parecían, de algún modo, cumplir las profecías. Pero luego sus dinastías se desintegraron y las esperanzas se desvanecieron.

La primera causa de falsas esperanzas fueron los Macabeos (o Asmoneos), una familia sacerdotal israelita del centro montañoso del país. Hombres de esta familia se levantaron para vencer a las fuerzas de lengua griega que estaban oprimiendo a Israel en los seis "episodios" de alianzas que preceden al Nuevo Testamento: años 100 antes de Cristo. Los Macabeos ganaron eventualmente la independencia

en torno al 164 a. C., formaron un gobierno en torno al 140 a. C., y gobernaron hasta el 37 a. C. Algunos de sus últimos gobernantes tomaron el título de "rey".

En la cima de su poder, los Macabeos extendieron el reino de Israel casi hasta los límites de David y Salomón. Jerusalén, su capital, se hizo muy rica. Parecía como si la prometida restauración del reino estuviese al alcance de la mano, pero había un problema: los Macabeos tenían una mala genealogía. Los profetas habían prometido un rey del linaje de David. Pero los Macabeos descendían de Leví, la tribu de los sacerdotes, no de los reyes. Así que los Macabeos desaparecieron, y el Imperio Romano se convirtió en el verdadero gobernante de Israel.

Después de los Macabeos surgió otra dinastía; esta comenzó con Herodes el Grande, uno de los hombres más destacados de la historia antigua. Herodes fue un noble de la región al sur de Israel. Se casó en la familia macabea y viajó a Roma, donde convenció al Senado romano para que le nombrase rey de Israel. Al volver a Jerusalén con un ejército romano, suprimió fácilmente cualquier oposición y se estableció como gobernante del país. Reinó desde el 37 a. C. hasta el 4 a. C., y sus descendientes reinaron hasta el 66 d. C.

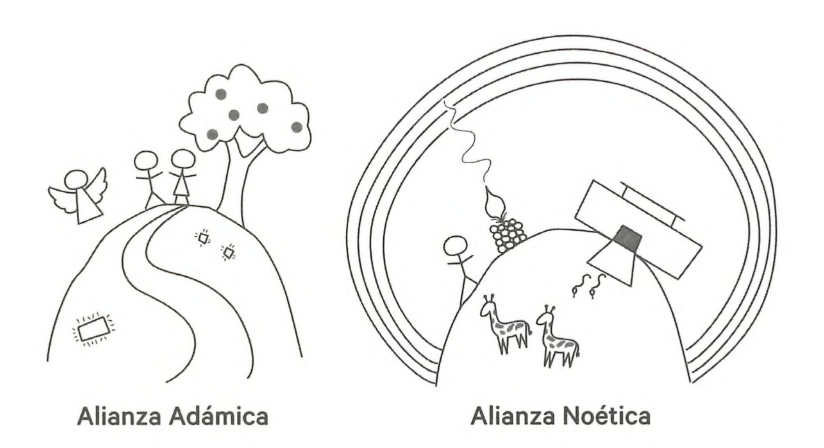
Al menos dos veces durante la dinastía herodiana, las fronteras de Israel se expandieron casi hasta los límites del reino de David y Salomón, y Jerusalén se hizo extremadamente rica. El gran número de judíos que llegaban como peregrinos de todo el Mediterráneo para celebrar las grandes fiestas en el Templo reconstruido por Herodes proporcionaba a la ciudad una gran riqueza. Una vez más, parecía que las visiones proféticas podrían cumplirse.

Pero había un problema: Herodes tenía la genealogía equivocada. No era un hijo de David. Incluso no era del

todo judío: su padre era un edomita, un descendiente de Esaú, un tradicional enemigo de Israel. Ni él ni sus hijos podían dar cumplimiento a las profecías. Por supuesto, muchos judíos podrían haber soñado con asesinar al impopular Herodes y remplazarlo por un descendiente de David. Por esa razón, Herodes tenía manía persecutoria sobre intentos de asesinato y también perseguía a quienes tuvieran sangre davídica. Pero a pesar de sus esfuerzos y los de sus hijos, la dinastía herodiana declinó. Los romanos depusieron al último descendiente de Herodes en 66 d. C.

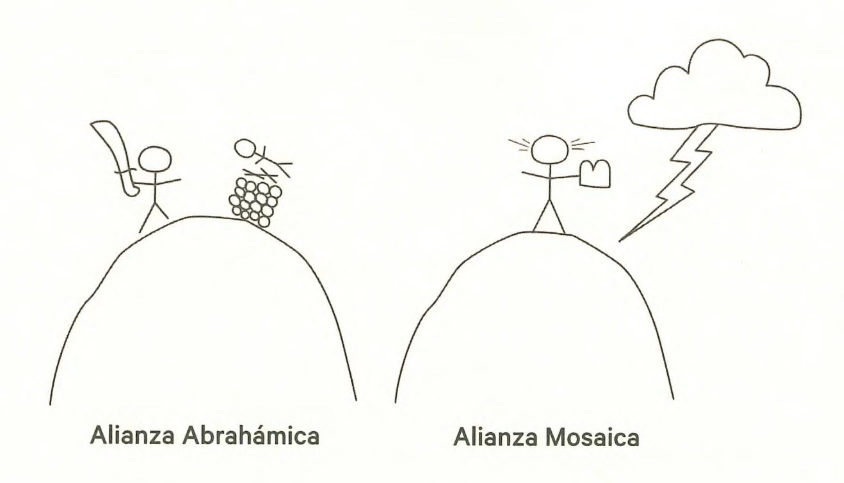
Cuando Jesús nació, hacia el final del reinado de este Herodes, los judíos estaban en plena exaltación de sus esperanzas y lamentaban por segunda vez tener como gobernantes a una dinastía que no presentaba la sangre correcta para cumplir las profecías. Eso puede explicar por qué el Nuevo Testamento comienza como lo hace, como veremos en el próximo capítulo.

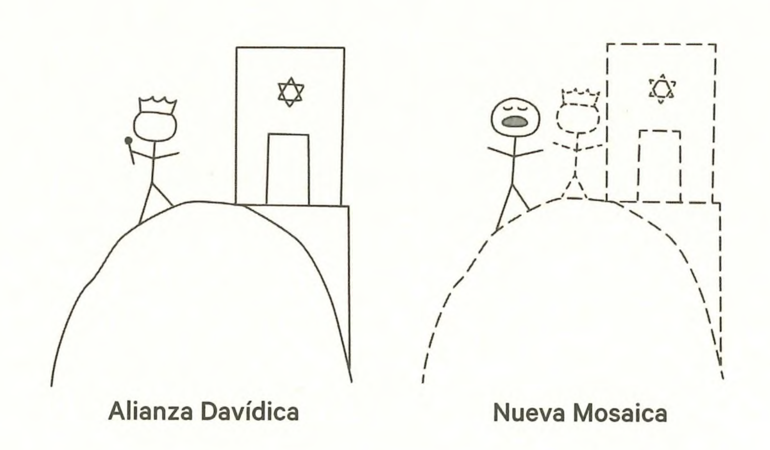
Aquí están nuestros dibujos que resumen los seis "episodios" de alianzas que preceden al Nuevo Testamento:



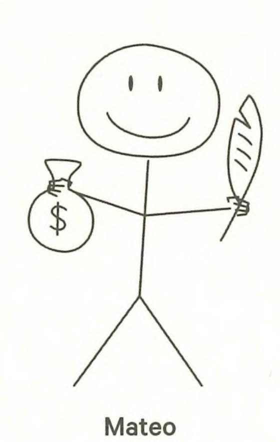
Alianza Adámica

Alianza Noética


Alianza Abrahámica
Alianza Mosaica


Alianza Davídica
Nueva Mosaica

PARTE I
¡HA LLEGADO EL REINO DE DIOS!



Mateo

2.
EL EVANGELIO DE MATEO

A LA MAYORÍA DE LOS AMERICANOS no nos importan mucho las genealogías. Nos movemos demasiado de una parte a otra y no ponemos mucho énfasis en los lazos familiares. De hecho, muchos de nosotros tendríamos dificultad para recordar los nombres de antepasados más allá de nuestros abuelos.

En otras muchas partes del mundo, la actitud es diferente. Hice una peregrinación a Israel hace algunos años. Nuestro guía resultó ser un árabe católico. Como yo no sabía nada sobre los árabes cristianos, pensé que debía ser un recién convertido del islam. «¿Cuánto tiempo hace que eres católico?», le pregunté. «Oh –dijo–, unos *ochocientos años*». El clan de su familia se había convertido en el tiempo de las Cruzadas (1200) y desde entonces había vivido en Israel, cerca de Nazaret. Las genealogías suelen ser muy importantes para las familias en Oriente Medio, donde historia y cultura son profundas.

Mateo comenzó su evangelio con una genealogía. Ese puede no ser el modo de captar la atención de los

americanos, pero *ciertamente* captó la atención de antiguos judíos que estaban esperando un rey que tuviera una genealogía correcta. Después de dos fracasadas dinastías (los Macabeos y los Herodianos) de reyes de linaje familiar inadecuado, los judíos estarían muy interesados en alguien que pudiera probar su descendencia del hombre correcto: el Rey David.

Entraremos con Mateo 1 en la genealogía de Jesús, dentro de un minuto. Antes, vamos a echar un vistazo a su evangelio.

MATEO A VISTA DE PÁJARO

Cuando vas a contar una larga historia, tienes que organizarla de algún modo. San Mateo prefirió organizar las enseñanzas de Jesús por temas. Cinco largos sermones de Jesús, cada uno de un tema distinto, constituyen la columna vertebral de su evangelio:

1. El Sermón de la Montaña (Mt 5-7)
2. El Sermón de la Misión (Mt 10)
3. El de las Parábolas del Reino (Mt 13)
4. El Sermón de la Misericordia (Mt 18)
5. El Sermón del Fin de los Tiempos (Mt 24-25)

Mateo aglutina estos cinco sermones mediante los viajes de Jesús, milagros y otros asuntos. Finalmente, pone la narración del Nacimiento al comienzo de su evangelio, y la de Pascua (realmente el Triduo) al final. Eso nos da una biografía de Jesús que comienza con Navidad y termina con Pascua, y tiene cinco bloques principales:

La historia de Navidad ("relatos de la infancia"): Mt 1-2

Libro 1: Jesús anuncia el reino: Mt 3-7

Libro 2: Jesús envía a sus oficiales reales: Mt 8-10

Libro 3: Jesús enseña sobre el reino oculto: Mt 11-13

Libro 4: Jesús enseña sobre el perdón en el reino: Mt 14-18

Libro 5: Jesús enseña sobre el final del reino: Mt 19-25

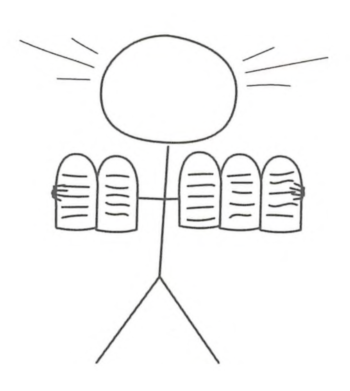
La historia de la Pascua (Triduo): Mt 26-28

Por supuesto, hace mucho tiempo hubo otro famoso maestro de Israel, un hombre que tuvo una infancia milagrosa, una vida difícil, y se enfrentó con mucha oposición, pero finalmente condujo a Israel a un sagrado banquete de salvación, hizo una alianza entre ellos y Dios, y les enseñó la ley de Dios. Ese fue Moisés:

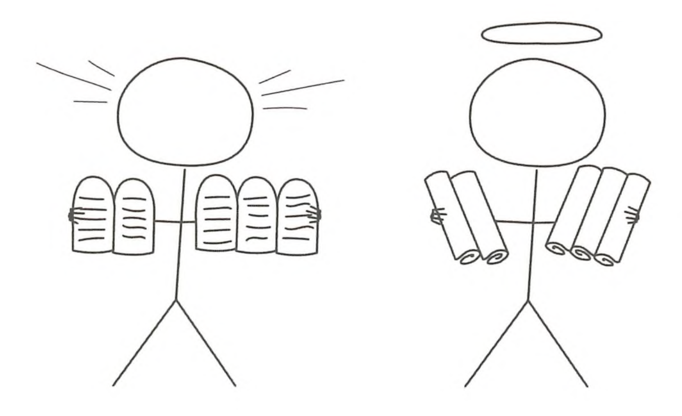


Alianza Mosaica

De acuerdo con la tradición, Moisés escribió cinco libros, los primeros cinco libros de la Biblia: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio.



¿Estaba Mateo tratando de pintar a Jesús como un nuevo Moisés con cinco nuevos libros? Es posible. Ciertamente retrata a Jesús como un nuevo Moisés en muchos lugares importantes del evangelio. En interés de la memoria y la enseñanza, puede ser útil comparar a Moisés con el retrato que hace Mateo de Jesús:



Esa es nuestra vista previa de Mateo. ¡Comencemos ahora a leer!

Historia de Navidad de Mateo: La Génesis de Jesús

Mateo comienza, «Libro de la genealogía de Jesucristo, el hijo de David, el hijo de Abrahán» (1, 1). ¡Reprime ese bostezo! ¡Hay mucho aquí! En una frase, Mateo ha conectado a Jesús con tres de los hombres más importantes de la Biblia: Adán, David y Abrahán.

Primero, comenzando con «libro de la genealogía de Jesucristo», Mateo conecta con el único pasaje de la Biblia donde aparece esa frase: Génesis 5, 1: «Este es el libro de las generaciones de Adán». Mateo está diciendo que Jesús es el Nuevo Adán. Hemos abierto un nuevo capítulo, un libro enteramente nuevo, en la historia humana. ¡Imagina eso!

Segundo, al llamar a Jesús «*el* Hijo de David», Mateo identifica a Jesús como el que restaurará la alianza y el reino de David. En esos días había muchos descendientes de David en Israel. Algunos expertos piensan que algunas ciudades (como Nazaret) estaban casi exclusivamente pobladas por gente con sangre davídica[1]. Pero Jesús no es solo "*un* hijo de David", él es "*el* Hijo de David", de quién el profeta Natán había profetizado: «Cuando hayas completado los días de tu vida… suscitaré después de ti tu *semilla* salida de tus entrañas y consolidaré su reino. Él edificará una casa en honor de mi nombre y yo mantendré el trono de su realeza para siempre. Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo» (2 S 7, 12-14).

Tercero, al llamar a Jesús «*el* Hijo de Abrahán», Mateo identifica a Jesús como el que cumplirá todas las promesas de la alianza con Abrahán. Todo judío era "*un* hijo de

[1] Cfr. Bargil Pixner, OSB, *Paths of the Messiah*. Ignatius Press, San Francisco 2010.

Abrahán". Pero Jesús era "*el* Hijo de Abrahán", de quien Dios dijo a Abrahán: «Mantendré mi alianza contigo y con tu *semilla* futura de generación en generación», y también, «en tu *semilla* serán bendecidos todos los pueblos de la tierra» (Gn 17, 7 y 22, 18). Como recordaremos del Antiguo Testamento, la alianza de Dios con Abrahán incluía tres promesas importantes: gran nación, gran nombre (realeza), y bendición universal de las naciones. Jesús va a restablecer la gran nación de Abrahán (la Iglesia), recibe el gran nombre (Rey de reyes y Señor de señores), y bendice a todas las naciones (la efusión del Espíritu Santo).

Así que, en una frase, Mateo conecta a Jesús con tres grandes figuras clave de la historia bíblica y sugiere lo que la vida y el ministerio de Jesús significará para el mundo. ¡No está mal!

Avanzando a través de la genealogía de Jesús, nos encontramos con muchos nombres difíciles de pronunciar. Pobre del joven diácono que tenga que leerlos en la vigilia de Navidad... Al final, notamos que Mateo ha dispuesto la genealogía en tres grupos de catorce (Mt 1, 17). ¿Por qué? Catorce es el número de David. El hebreo no tiene vocales, y las consonantes sirven también de numerales. El nombre de David en hebreo será DVD. *D* es la cuarta letra del alfabeto hebreo (el alefato), y *V* es la sexta. Sumando esas letras resulta catorce. La genealogía de Jesús es tres veces catorce: un "triple David" o "David al cubo". Mateo hace esto para que sea fácil memorizar y dar lugar a la conexión davídica.

Ahora, veamos de nuevo la genealogía. Mateo arranca con Abrahán porque Abrahán es el "padre de los judíos", y Mateo escribe su evangelio para los judíos en particular. Traza el linaje de Jesús a través de David y Salomón, por supuesto, porque es importante mostrar que Jesús es el

príncipe heredero del trono de Israel. Pero entonces, dice una canción escolar[2]:

> Cuatro de estos nombres no son como los demás,
> cuatro de estos nombres no encajan.
> ¿Puedes decir cuáles son
> mientras termino mi canción?

¿Te has dado cuenta? ¡Por supuesto! Cuatro *mujeres* se mencionan en esta genealogía: Tamar, Rajab, Rut y Betsabé –¡y qué mujeres!–. Si se incluyen mujeres en una antigua genealogía, debe ser por alguna razón especial: quizá fueron reinas o heroínas de la nación. Pero las mujeres de Mateo no son así, no son las santas grandes matronas como Sara, Rebeca o Lía.

Por el contrario, son... bueno, contemos solo sus historias.

¿Te acuerdas de Tamar? Era la nuera de Judá, probablemente una Cananea. Estuvo casada con dos de los hijos de Judá, ambos bribones, a los que Dios castigó. Pero cuando ella enviudó, sin culpa alguna suya, Judá rehusó ocuparse de ella. ¿Qué hizo Tamar entonces? Se puso un vestido provocativo y tacones de aguja (o sus equivalentes antiguos) y se fue al borde del camino para atraer la mirada de Judá (ver Gn 38). Terminó teniendo dos hijos de su suegro: Peres y Zéraj. La gran mayoría de la tribu de Judá, es decir, los judíos, descienden de estos dos muchachos, ambos el producto de esta verdadera, hum... *inusual* relación.

---

[2] Reproducimos aquí el original inglés: *Four of these names are not like the others Four of these names just don't belong, / Can you tell which ones are not like the others/ By the time I finish my song?*

¿Qué hay de Rajab? Era la cananea "propietaria" de su propio "establecimiento" en el barrio rojo de Jericó. Los espías israelitas se metieron en su casa para esconderse cuando estaban explorando la ciudad (Jos 2). Ella sobrevivió a la toma de la ciudad y resultó bien para ella, pues se casó con Salmón, un noble de la tribu de Judá.

¿Y Rut? Tampoco era judía; era una mujer del país de Moab, que enviudó después de casarse con un hombre de Judá. Era una mujer de fe y lealtad, que acompañó a su suegra a Judá para cuidarla. Sin embargo, hay una escenita en Rut 3 donde ella se prepara para "enganchar" a su novio, Booz, después de una fiesta nocturna, perfumándose y vistiéndose con ropa atractiva. Esa escena es la única razón por la que el Libro de Rut se ha considerado "para mayores". Pero no sucede nada, y todo acaba bien. Booz se casa con Rut, y siempre fueron felices.

¡Ojalá la historia de Betsabé fuese tan feliz! La suya es una de las más penosas de la Biblia. Mateo incluso ni menciona el nombre de Betsabé; solo dice, «David engendró a Salomón de la que fue mujer de Urías» (Mt 1, 6). ¡Uf!, Mateo, ¿tenías que traer a esta? David y Salomón eran los dos mayores reyes de Israel, pero el vínculo entre ellos implica un sórdido asunto de adulterio y asesinato. Urías era un gentil, un hitita (del territorio de la actual Turquía) y un devoto converso a la fe de Israel. Su mujer, Betsabé (no conocemos su nación), era una de las mujeres más guapas en el reino de David, y Urías era un mandamás del ejército de David, un héroe de guerra. David se encaprichó de Betsabé un día en que Urías estaba fuera de la ciudad, y cuando resultó que Betsabé estaba embarazada de David, el rey decidió echar tierra sobre el asunto consiguiendo que Urías muriese en combate. Luego, se casó con la viuda de Urías. El

episodio marca el punto moral más bajo en toda la vida de David (2 S 11), un desastre personal que dejó a su familia fuera de control y condujo a posteriores abusos, asesinatos, traiciones, y guerras.

Así que Mateo, ¿por qué traes a colación esto? De hecho, ¿por qué mencionar *algo* de estas cuatro mujeres, todas ellas *gentiles* (o al menos casadas con un gentil) y que no eran, podemos decir, *trigo limpio*? ¡Por muchas buenas razones!

1. A Jesús le reprocharían después juntarse con "publicanos y prostitutas", esto es, hombres asociados con gentiles y mujeres de mala reputación. Mateo señala que los grandes reyes judíos David y Salomón descendían de gente así.
2. Jesús y sus apóstoles serían criticados por invitar a la Nueva Alianza a pecadores, mujeres de esa clase y gentiles. Mateo muestra que Dios había incluido tales personas en la Antigua Alianza.
3. Se extendió una calumnia contra la Santa Madre. Algunos dijeron que no era virgen antes del nacimiento de Jesús. Mateo contrasta la pureza del nacimiento de Jesús con algunas de las impuras uniones en los ancestros de David y Salomón. Mateo dice: *Si vosotros, judíos, queréis acusar a alguien de impureza, hablemos de los ancestros de Salomón, ¡vuestro mayor rey!*

Dios es misericordioso. Realiza su salvación a pesar de nuestros pecados y defectos. Incluso en la Antigua Alianza, Dios incluye a personas imperfectas, con caídas, en el centro de su alianza familiar. Y todavía lo hace más en la Nueva Alianza, donde personas de toda raza, al margen

de sus pecados, errores, o cargas, son bienvenidos para acercarse a Dios.

El Nacimiento e Infancia de Jesús (*Mateo 1, 18-2, 23*)

En contraste con las cuestionables relaciones que forman el linaje de los grandes reyes de Israel, Jesús nace de un padre y una madre en una relación completamente pura. Es concebido en el vientre de su madre María, una virgen prometida a un hombre virtuoso, José, heredero del trono de David. Dios explica a José en un sueño que el niño ha sido concebido por el Espíritu Santo, en cumplimiento de una famosa profecía: «Mirad, la virgen está encinta y dará a luz un hijo, a quien pondrán por nombre Enmanuel» (Is 7, 14). Se ha dicho a veces que se interpreta mal Isaías 7, 14 aquí, porque el original hebreo de Isaías no usa la palabra "virgen" (en hebreo, *betheulah*) sino "doncella" (en hebreo, *almah*). En verdad, es tal el solapamiento entre el significado de estas palabra hebreas que los mismos traductores judíos, cientos de años antes de que escribiese Mateo, eligen la palabra griega "virgen" (*parthenos*) para traducir Isaías 7, 14. Mateo, escribiendo en griego, cita este versículo en la bien conocida traducción judía-griega (los Setenta), familiar para muchos de sus lectores.

La profecía de Isaías 7, 14 fue pronunciada setecientos años antes de que escribiera Mateo, y probablemente predijo el nacimiento del buen rey Ezequías de Judá, en un lenguaje exagerado y poético. Pero las profecías tienen a menudo más de un cumplimiento. Mateo sabe que Jesús es más *verdaderamente* "Dios con nosotros", *Emmanu-el,* en

hebreo. Jesús cumple la profecía mejor que Ezequías lo hiciera. Por eso Mateo la cita.

Conforme avanzamos en la infancia de Jesús, Mateo muestra continuamente dos cosas: Jesús es el Rey de Israel, y Jesús es el "Verdadero Israel" o Israel-en-persona.

Cuando aún es un niño en Belén, vienen "sabios" de Oriente buscándolo, y cuando lo encuentran lo adoran con "oro, incienso y mirra". El último sabio que vino de Oriente a Israel buscando a un rey fue en el reinado de Salomón. Si no me crees, vuelve atrás y lee 1 R 5, 10 y 14, donde «la sabiduría de Salomón sobrepasaba la sabiduría de todos los hijos de oriente [...]. De todos los pueblos venían a escuchar la sabiduría de Salomón gentes enviadas por todos los reyes de la tierra». Salomón atrajo a todos estos sabios internacionales cuando estaba en la cima de su carrera, pero Jesús ya los atrajo cuando era niño. Los regalos que traen los magos también nos recuerdan a Salomón. Nadie tenía más oro que Salomón (Cfr. 1 R 10, 14-22), y "el incienso y la mirra" juntos solo se mencionan en otro lugar de la Biblia, en la Canción de Salomón, como perfumes aromáticos usados por el rey y su esposa. La visita de los magos señala a Jesús como el rey-esposo, como Salomón, desde su misma infancia.

El rey Herodes supo por estos sabios del nacimiento de este nuevo rey. Envió soldados para matar a todo niño varón nacido en la región en el tiempo en que los sabios habían visto la estrella profética que anunciaba su nacimiento. El rey Herodes, como hemos dicho antes, no era del linaje de David y ni siquiera del todo judío. Era un impostor. Él y todos los demás lo sabían. Herodes también sabía que muchos judíos se alegrarían si él, Herodes, moría repentinamente en misteriosas circunstancias y era remplazado por un judío del linaje de David.

Así pues, Herodes era terriblemente paranoico y tenía la costumbre de matar a quien pudiese amenazar su trono, incluidas esposas e hijos. La "matanza de los inocentes", que probablemente supuso la muerte de una docena o veintena de bebés en los alrededores de Belén, era un suceso tan pequeño en comparación con otras masacres de Herodes y asesinatos que otros historiadores contemporáneos ni siquiera se molestan en recordarlo.

San José, como el otro José del mismo nombre, "Príncipe de Egipto", fue agraciado con sueños sobrenaturales. Los sueños le llevaron a huir con la Sagrada Familia a Egipto, cuya capital –Alejandría– era el "New York" de sus días, un centro de cultura judía, con la mayor población judía fuera de la tierra de Israel. Para los judíos que huían de problemas políticos en Israel, Alejandría era el lugar lógico adonde ir. No solo estaba cerca, sino también era un lugar donde era fácil mezclarse y "perderse" en alguno de los grandes barrios judíos de la ciudad. Pero años después, cuando José oyó que Herodes había muerto, volvió con la familia a Nazaret.

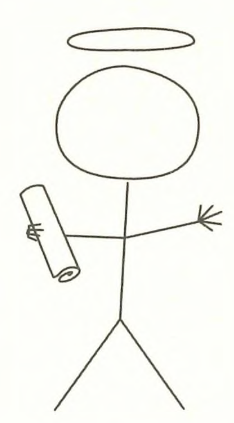
Nazaret era un pequeño pueblo en el norte (Galilea), probablemente poblado por la parentela de David. Habrían llamado a su pueblo "Retoño" (*Nezereth),* según la famosa profecía de que un "retoño" (en hebreo, *nezer*) brotaría de la familia de David (Is 11, 1). Mateo se refiere a esta profecía: «Será llamado *Nazareno*» (Mt 2, 23), es decir, será el retoño que anunciaron los profetas.

Mateo no nos da más información sobre la infancia de Jesús. Lo que sabemos a continuación es que Jesús ya es adulto, y comienza su vida pública en respuesta a la predicación de Juan Bautista. ¿Qué haría Jesús durante unos treinta años en Nazaret? Los cristianos lo llaman la "vida oculta" de Jesús, durante la cuál trabajó, probablemente aprendiendo el oficio

de su padre y cuidando de su madre después de la muerte de José, que fallecería cuando Jesús era joven.

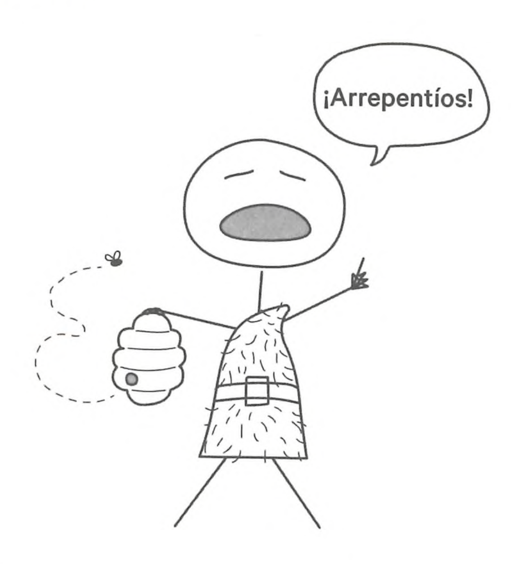
Aunque sabemos poco de esos años, son muy importantes para nosotros. ¿Acaso no trabajamos la mayoría de nosotros durante años, ocultos a la vista del público, con días llenos de cosas tan sencillas como ir a la oficina, hacer la compra, limpiar la casa y cuidar de la familia? La vida oculta de Jesús nos recuerda que también él –¡el mismo Dios!– trabajó durante muchos años desconocido para el mundo, en una vida ordinaria. Cuando nosotros vamos a trabajar en nuestra vida corriente, sabemos que Jesús nos entiende y está a nuestro lado.

LIBRO 1 DE MATEO: Jesús anuncia el Reino (*Mateo 3–7*)



Juan Bautista irrumpe en el escenario de la historia con su grito: «¡Arrepentíos, porque el reino de los cielos está cerca!». Juan era el original predicador de "fuego del infierno y azufre". Era una figura bastante extraña por su melena, con un cinturón de cuero, miel goteando de

su barba, y picaduras de abeja en los brazos. Juan parecía un superviviente del cercano día del juicio de Dios. La gente podría bautizarse solo para evitar terminar pareciéndose a él.



El núcleo del mensaje de Juan era: «Yo bautizo con agua, pero quien viene tras de mí es más poderoso que yo». Ese que viene suena muy intimidatorio. ¿Quién podría ser? ¿Quién podría "bautizar con el Espíritu Santo y fuego"?

Jesús también acudió a Juan para ser bautizado. ¿Por qué se bautizaría Jesús? Él no tenía pecado. Incluso Juan protesta: «Soy yo quien debe ser bautizado por ti». Pero Jesús le dice, «Hemos de cumplir toda justicia». ¿Qué quiere decir eso? En parte, significa que el bautismo de Jesús cumple muchas profecías de la Escritura.

Al salir Jesús del agua, el Espíritu Santo sobrevuela en forma de paloma y habla la voz de Dios Padre. Reconocemos imágenes de la historia de la creación: Habló Dios, y el

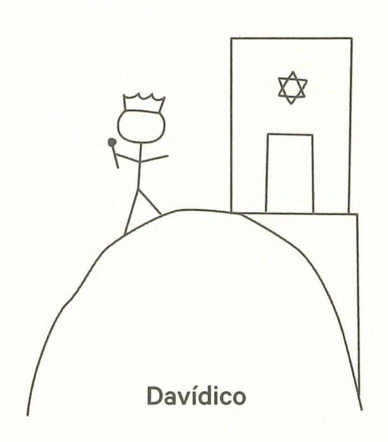
Espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas (Cfr. Gn 1, 1-2). La creación surge de las aguas. Así el bautismo es como una nueva creación y, de hecho, Jesús es la nueva creación. Eso nos recuerda cómo comienza Mateo: "El libro de la genealogía de Jesús", comparando a Jesús con Adán.



La voz de Dios Padre dice en el bautismo: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias». Aquí la voz de Dios hace eco al antiguo himno de la coronación del reino davídico, lo que se canta cuando un nuevo rey sube al trono. Conocemos este himno como el Salmo 2, y la línea clave dice:

> Proclamaré el decreto del Señor.
> Él me ha dicho:
> «Tú eres mi hijo.
> Yo te he engendrado hoy» (v.7).

Es como si Jesús, el Hijo de David, estuviera comenzando su reinado, y su padre celestial cantase un pasaje del himno para la ocasión.



Pero hay más. El Padre dice, «mi hijo *muy amado*», que remite a un famoso incidente, el sacrificio de Isaac en Génesis 22, ese famoso capítulo en que Isaac es llamado (en las antiguas traducciones) el *muy amado* hijo de Abrahán tres veces. Así que Jesús no solo es el rey Hijo de David que comienza su reinado, sino también él es un Nuevo Isaac, un "hijo muy amado", que irá a la misma cumbre del monte para ofrecer su vida en sacrificio.



Dijimos antes que Mateo subraya dos temas: Jesús como Rey de Israel, y Jesús como el Verdadero Israel. Tomemos nota: los israelitas volvieron de Egipto al final del Éxodo; salieron de allí pasando a través de las aguas del Mar Rojo antes de caminar por el desierto durante cuarenta años, enfrentando muchas pruebas y tentaciones. Jesús volvió de Egipto donde vivió, pero ahora pasa a través de las aguas del Jordán antes de entrar en el desierto para permanecer allí durante cuarenta días, donde afronta muchas pruebas y tentaciones. Jesús es el Israel místico, y tiene que experimentar en su propia persona lo que la nación en su conjunto ha soportado.

Pero es también su gran rey. Y sabemos que el mayor de los reyes de Israel, Salomón, comenzó su reinado siendo *bañado* y *ungido* en una fuente de agua sagrada, el manantial llamado Guijón, en la ciudad de Jerusalén (Cfr. 1 R 1, 38-40). El sacerdote Sadoc y el profeta Natán presidieron esta unción. A Salomón le había encargado su padre David guardar la Ley de Moisés (Cfr. 1 R 2, 1-4) antes de comenzar su reinado (Cfr. 1 R 2, 12).

De modo semejante, Jesús es *bañado* y *ungido* en otra fuente de agua sagrada, el Jordán, por Juan Bautista, quien poseía el sacerdocio legítimo de su padre Zacarías (Cfr. Lc 1, 5) y era el profeta de aquellos días. Luego Jesús entra en el desierto, donde guarda la Ley de Moisés contra las tentaciones del diablo, y vuelve para inaugurar su reinado con el grito: «Convertíos, porque está al llegar el Reino de los Cielos» (Mt 4, 17). Así la secuencia bautismo-tentación-predicación sigue el modelo tanto de la historia de Israel como de la historia de la familia real.

Jesús es llevado al desierto, donde ayuna y reza durante cuarenta días. "Después" sintió hambre (Mt 4, 2). ¿Por qué no la siente hasta después de cuarenta días? Quienes ayunan durante largos periodos normalmente sufren de hambre en unos cinco días, cuando el cuerpo empieza a quemar la grasa corporal. Después de eso, el hambre se calma hasta que se consume toda la grasa. Luego el cuerpo comienza a atacar la musculatura, y los dolores se reanudan. En ese punto, uno se está literalmente muriendo de hambre.

Satanás llega para tentarle tres veces: "Convierte estas piedras en pan"; "Lánzate desde el pináculo del Templo" y "Adórame y te daré las riquezas de las naciones". Conocemos bien esta escena. Hay gente que no se da cuenta, sin embargo, de que Jesús responde tres veces citando el Libro del Deuteronomio, que era la Ley de Moisés. Como un real hijo de David, era responsable de guardar la Ley de Moisés (Cfr. Dt 17, 18-20; y 1 R 2, 1-4), y lo hace.

Las tentaciones siguen un antiguo esquema: Satanás recurre a los deseos físicos de Jesús: "Convierte estas piedras en pan". También trata de despertar la curiosidad o el agrado de Jesús, cuando le "muestra todos los reinos del mundo y sus *riquezas*". Luego hay una llamada al orgullo de Jesús: "Salta desde el pináculo del Templo y los ángeles te recibirán". Estas tres básicas tentaciones responden a lo llamado la *triple concupiscencia*, y san Juan las resume como la «concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la arrogancia de los bienes terrenos» (1 Jn 2, 16). Son el monstruo de tres cabezas de la tentación que ya comenzó en el Jardín del Edén, cuando Eva vio que el fruto era bueno para comer, agradable a los ojos, y deseable

para hacerlos tan sabios como Dios, esto es, llegar a ser iguales a Dios: una fascinación del egoísmo. Jesús no se rinde como nuestros primeros padres al triple pecado.

Según la Ley de Moisés, el rey de Israel tenía que resistir la concupiscencia de la carne no teniendo varias esposas; la concupiscencia de los ojos, no teniendo mucho oro; y la arrogancia de los bienes terrenos no disponiendo de un gran número de caballos de guerra (es decir, poder militar: Cfr. Dt 17, 16-17). Jesús es el Rey que resiste esta concupiscencia y orgullo, incluso cuando padece hambre en el desierto. Salomón, sin embargo, acumuló esposas, oro y caballos de guerra, y cayó en pecado (1 R 10, 14–11, 13). Jesús es más grande que Salomón.

Después de las tentaciones, Jesús regresó y comenzó a predicar en la región de Galilea. Esta preciosa región del norte de Israel, bien abastecida de agua, está marcada por colinas que rodean el delicioso lago de agua dulce de Genesaret, también llamado "Mar de Galilea". Fue la primera que destruyeron los enemigos unos setecientos años antes. El profeta Isaías prometió que sería la primera región en ver al Mesías, el ungido Hijo de David (Is 9, 1-2). Mateo cita la profecía al relatar el comienzo del ministerio de Jesús (Mt 4, 16), y Jesús continúa con el mensaje de Juan Bautista: «Convertíos, porque está al llegar el Reino de los Cielos» (v. 17).

Un reino necesita no solo un rey sino también otros oficiales para ayudarle en el gobierno, así que Jesús comienza a llamar a sus primeros discípulos, el círculo íntimo de Pedro, Andrés, Santiago y Juan (Mt 3, 18-22). Después de muchos milagros y mucha predicación en el área de Galilea (4, 23-25), san Mateo relata el primero y principal sermón de Jesús: el Sermón de la Montaña en tres capítulos (Mt 5 a 7).

El Sermón de la Montaña se ha llamado con razón el "mayor sermón predicado nunca", y difícilmente se puede exagerar su influencia en la historia de la humanidad. Solo en el cielo sabremos cuántos millones de personas han sido confortadas, consoladas, convencidas y convertidas por este sermón. En la Iglesia católica ha tenido siempre un lugar privilegiado, y muchos de los Padres de la Iglesia lo consideran un perfecto resumen del mensaje de Jesús, la Buena Nueva del reino.

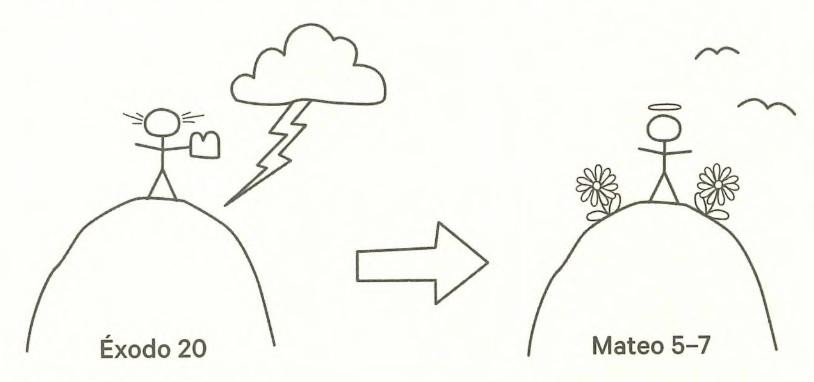
Muchos confunden el Sermón de la Montaña con sus bendiciones iniciales o Bienaventuranzas (Mt 5, 1-12). Pero las Bienaventuranzas son solo su introducción. El sermón completo no termina hasta el último versículo del capítulo 7: «Cuando terminó Jesús estos discursos, las multitudes quedaron admiradas de su enseñanza».

El sermón viene a tener cinco partes. Jesús lo abre con bendiciones y dando ánimos (5, 1-16) y luego lo concluye con una serie de advertencias (7, 13-27). En medio, enseña sobre la ley (5, 17-48), la piedad o las buenas obras (6, 1-18), y los principios de vida (6, 19 a 7, 27). El hilo conductor es "el reino".

1. Bendiciones a los ciudadanos del reino (5, 1-16)
2. Nuevas leyes para el reino (5, 17-48)
3. Piedad en el reino (6, 1-18)
4. Principios de vida del reino (6, 19–7, 27)
5. Advertencias a los ciudadanos del reino (7, 13-27)

No debemos olvidar la comparación entre Moisés y Jesús. Mucho tiempo atrás, Moisés subió al Monte Sinaí y

entregó la ley divina para guiar al pueblo de Dios. Ahora Jesús sube al monte de las Bienaventuranzas y entrega un nuevo conjunto de instrucciones al pueblo de Dios.



Terrorífico Monte Sinaí:
La Antigua Ley de
la Antigua Alianza

Tranquilo Monte de
las Bienaventuranzas:
La Nueva Ley de
la Nueva Alianza

Con todo, Jesús es mayor que Moisés. De hecho, la segunda sección del sermón de Jesús se compone de seis contrastes en los que Jesús corrige la Ley de Moisés o el modo en que la gente la interpreta:

MOISÉS DICE	JESÚS DICE
No matar…	¡No ira u odio! (5, 21-26)
No adulterio…	No concupiscencia sexual (5, 27-30)
No divorcio sin libelo…	No divorcio en absoluto (5, 31-32)
No jurar en falso…	No jurar nunca (5, 33-37)
Practicar la justicia…	Practicar la misericordia (5, 38-42)
Amar a tu prójimo…	Amar a tu enemigo (5, 43-48)

Para el pensamiento judío, Moisés era el gran profeta. Nadie era superior a Moisés salvo el mismo Dios. Cuando Jesús ajusta, añade e incluso corrige la ley de Moisés, una cosa queda clara: Jesús está diciendo que es mayor que Moisés. Jesús está actuando como Dios.

Hemos dicho que el tema del Sermón de la Montaña es *el reino de los cielos* (o "*de Dios*"). Quiero mostrarte que este tema está claro al comienzo, a la mitad y al final del sermón.

El Sermón de la Montaña comienza con las famosas "Bienaventuranzas", una palabra de origen latino que significa "bendiciones". Hay ocho principales que numeramos aquí:

1. Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos.
2. Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.
3. Bienaventurados los mansos, porque heredarán la tierra.
4. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque quedarán saciados.
5. Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia.
6. Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios.
7. Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios.
8. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque suyo es el reino de los cielos.

   Conclusión: Bienaventurados cuando os injurien, os persigan y, mintiendo, digan contra vosotros todo tipo de maldad por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo: de la misma manera persiguieron a los profetas de antes de vosotros.

Cada una de estas bienaventuranzas tienen la forma "Bienaventurados son los *x*, porque ellos serán *y*". La conclusión sigue y amplía la bendición por la persecución. Notemos que la *primera* y la *última* bienaventuranza prometen el mismo premio:

1. Bienaventurados los pobres de espíritu, *porque suyo es el reino de los cielos* (Mt 5, 3, cursiva añadida).
8. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, *porque suyo es el reino de los cielos* (Mt 5, 10, cursiva añadida).

Jesús comienza y termina sus bendiciones con el mismo tema: el reino de los cielos. Los antiguos maestros comenzaban y terminaban sus discursos o escritos con la misma idea. Los académicos llaman a este modelo una *inclusio.* Los antiguos maestros lo usaban para indicar el punto principal. Así que el punto principal de las Bienaventuranzas es *el reino de los cielos,* y podemos decir que las Bienaventuranzas son *bendiciones para los ciudadanos del reino.*

Sin embargo, los ciudadanos del reino de los cielos tienen cualidades que no esperaríamos. Son pobres, lloran, son mansos, hambrientos, sedientos, misericordiosos, puros, amantes de la paz y perseguidos. Son, en suma, la clase de gente de la que huye el resto del mundo y se burla. ¡Qué diferente es esto de lo que nosotros (y los antiguos judíos) esperaríamos! ¿No deberían los ciudadanos de un reino celestial ser ricos, felices, satisfechos, poderosos e invencibles? Toma nota: Jesús predica el reino de los cielos, pero *su visión del reino es diferente de lo que todos esperan.*

Veamos ahora el tema del reino en el centro del sermón. Esa sección trata sobre la piedad (las buenas obras

religiosas), y el acto central de la piedad es la oración (Mt 6, 5-15). Aquí, Jesús nos enseña el Padre Nuestro:

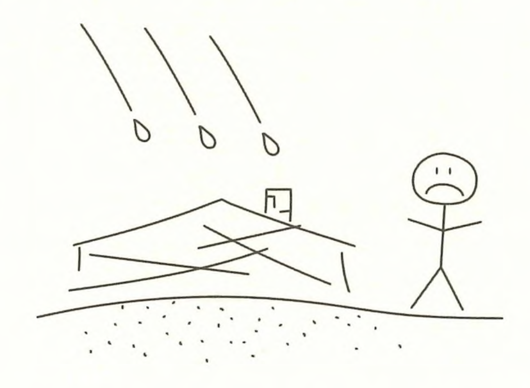
> Vosotros, en cambio, orad así:
> Padre nuestro, que estás en los cielos,
> santificado sea tu Nombre;
> venga tu Reino;
> hágase tu voluntad;
> como en el cielo, también en la tierra;
> danos hoy nuestro pan cotidiano;
> y perdónanos nuestras deudas,
> como también nosotros perdonamos a nuestros deudores;
> y no nos pongas en tentación,
> sino líbranos del mal.

La segunda petición de la oración, después de bendecir el nombre de Dios, es "venga tu Reino". La Oración del Señor es una oración del reino. ¿Qué significa esa venida del reino de Dios? Supone que su voluntad se haga en la tierra igual que se hace en el cielo.

El resto de la oración está en estrecha relación con las Bienaventuranzas. Pedimos nuestro pan de cada día porque somos pobres, hambrientos y sedientos. Pedimos perdón de las deudas porque somos misericordiosos y ya hemos perdonado a nuestros deudores. Pedimos evitar la tentación porque queremos ser puros, y pedimos que nos libre del mal porque somos perseguidos. La Oración del Señor no es una oración para el rico, poderoso, orgulloso, satisfecho y crítico. Es una oración para el oprimido que busca paz, misericordia y justicia, más que riqueza, poder, fama y gloria. Es una oración para los ciudadanos del reino descrito en las Bienaventuranzas.

Vayamos ahora al final del Sermón de la Montaña. Jesús concluye con una famosa parábola sobre dos hombres que construyeron sus casas sobre cimientos muy distintos:

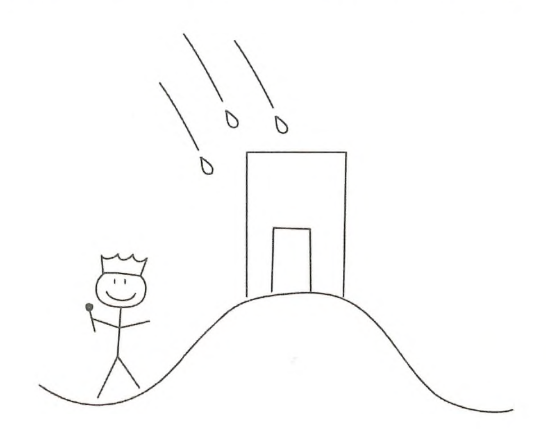
> Todo el que oye estas palabras mías y las pone en práctica es como un hombre prudente que edificó su casa sobre roca; y cayó la lluvia y llegaron las riadas y soplaron los vientos; irrumpieron contra aquella casa, pero no se cayó porque estaba cimentada sobre roca.
>
> Pero todo el que oye estas palabras mías y no las pone en práctica es como un hombre necio que edificó su casa sobre arena; y cayó la lluvia y llegaron las riadas y soplaron los vientos: se precipitaron contra aquella casa, y se derrumbó y fue tremenda su ruina (Mt 7, 24-27).



La doctrina de Jesús es la "roca" sobre la que construir la "casa" de la propia vida. Hasta aquí todo bien. Sin embargo, hay mucho más en esta parábola.

"El hombre prudente que edificó su casa sobre roca" es una frase cargada de sentido para una audiencia de antiguos judíos. ¿Quién fue el famoso "hombre prudente" que construyó una enorme "casa" en la cima de una famosa "roca"? No fue otro que Salomón, el hombre más sabio que vivió

jamás, quien construyó la Casa de Dios, el Santo Templo, sobre una gran formación rocosa en la cima del Monte Moria (2 Cro 3, 1), llamado ahora el "Monte del Templo". El santuario musulmán llamado el "Domo de la Roca" se alza junto al sitio donde la tradición judía considera que Abrahán intentó el sacrificio de Isaac hace tanto tiempo.

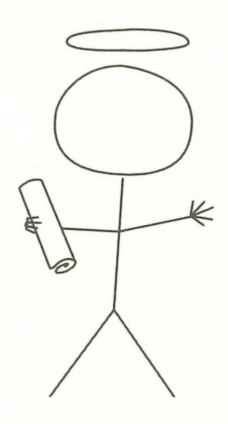


Así pues, el "hombre prudente que construyó su casa sobre roca" es una alusión a Salomón, el más grande de los reyes de Israel. El mensaje de la parábola es: si sigues mi doctrina (de Jesús), serás como Salomón el gran rey. Esta promesa de una realeza para el fiel discípulo de Jesús concluye este sermón que comienza con la bienaventuranza del "reino de los cielos". Así, de principio a fin, el Sermón de la Montaña es un "sermón del reino", una descripción de cómo vivir y comportarse como parte del reino de los cielos.

Pero, como hemos visto, no hay indicios en el Sermón de la Montaña de que en el reino de los cielos haya un ejército y una marina, una capital geográfica, un sistema fiscal, un programa para la conquista del mundo, o cualquier otra cosa de las que tienen los reinos de este mundo. El reino

de los cielos desafía nuestras expectativas. Requiere de nosotros una conversión respecto a como vemos el mundo.

LIBRO 2 DE MATEO: JESÚS ELIGE A LOS GOBERNADORES Reales (*Mateo 8–10*)

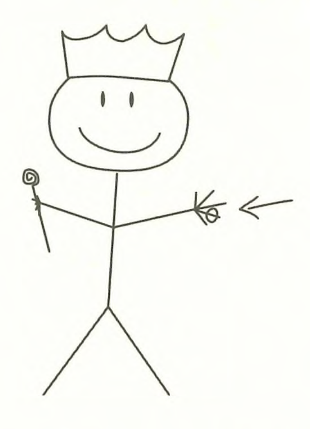


En el Sermón de la Montaña (Mt 5-7), Jesús anunció que el reino estaba aquí y enseñó a sus discípulos a vivir como parte de él. En los siguientes capítulos de Mateo (Mt 8-10), Jesús continúa haciendo cosas que muestran que él es el Rey. También elige a doce gobernadores reales para que le ayuden a dirigir su reino que crece.

Todos los milagros de Jesús en estos capítulos apuntan a su autoridad como rey. Un centurión acude a Jesús para pedirle que cure a su siervo enfermo. Jesús se ofrece a ir a la casa para tratar directamente al siervo. Pero eso no es necesario: «Basta que lo digas de palabra y mi criado quedará sano». El centurión mira a Jesús como una especie de César espiritual que solo tiene que hablar e inmediatamente todos los poderes ocultos del universo surgirán para hacer su voluntad.

Algunas de las poderosas palabras de Jesús le vinculan directamente con David y Salomón, los grandes reyes de la historia de Israel. Por ejemplo, en Mateo 8, Jesús primero calma una tempestad en el mar con una palabra (ver 23-27) y luego expulsa los demonios de dos enloquecidos endemoniados (ver 28-34). Los judíos recuerdan que Salomón tenía esa clase de poderes: en el Libro de la Sabiduría, Salomón afirma que la divina sabiduría le permite tener «un conocimiento sin error de los seres, para saber la disposición del universo y la acción de los elementos» [...] y «el poder de los espíritus» (Sb 7, 17-20). En rápida sucesión, Jesús demuestra poder sobre "la disposición del universo" y "los elementos" en el Mar de Galilea y luego vence al "poder de los espíritus" con los endemoniados. Jesús tiene poder y sabiduría como los de Salomón.

Salomón, por supuesto, era recordado como el mayor esposo de Israel. Tuvo más esposas que ningún otro: setecientas, según 1 R 11, 3. El gran poema de amor de la Biblia, el Cantar de los Cantares, le caracteriza como el mayor amante. El Salmo 45, el salmo de las nupcias del rey, describe una de sus bodas. Salomón heredó el papel del novio de su padre David. Cuando David llegó a ser rey de Israel, los ancianos de Israel le dijeron: «Hueso tuyo y carne tuya somos» (2 S 5, 1), haciéndose eco de las famosas palabras de Adán a Eva en la primera boda de la historia humana (Gn 2, 23-24). Luego, David e Israel hicieron una alianza para que él fuera su rey (2 S 5, 3). El matrimonio es una clase de alianza. La relación de David con su pueblo era como un matrimonio. Como rey, él y sus hijos después de él fueron una especie de esposos para el pueblo (2 S 17, 3). Salomón, el mayor de los hijos de David, fue la figura de un gran esposo.

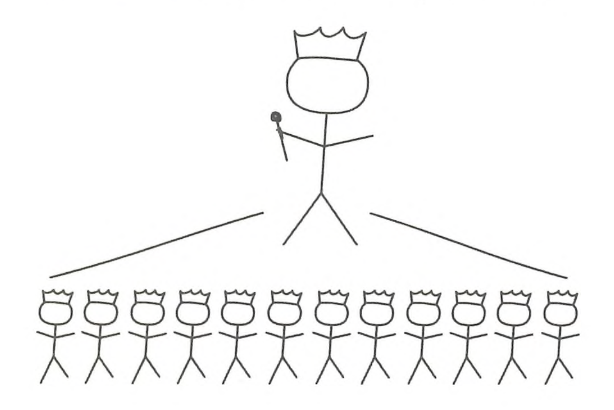


Volviendo a Mateo, vemos que poco después de calmar el mar y sanar a los endemoniados, Jesús se llama a sí mismo "el esposo": «Entonces se le acercaron los discípulos de Juan para decirle: "¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos con frecuencia y, en cambio, tus discípulos no ayunan?". Jesús les respondió: "¿Acaso pueden estar de duelo los amigos del *esposo* mientras el *esposo* está con ellos? Ya vendrá el día en que les será arrebatado el *esposo*; entonces ya ayunarán"» (Mt 9, 14-15, cursiva añadida). Los profetas también describen a Dios como esposo de Israel (Cfr. Oseas 2, 14-23). Como Hijo de Dios e Hijo de David, Jesús es tanto el divino esposo de los profetas como el esposo real, como David y Salomón.

Incluso los ciegos pueden ver quién es realmente Jesús, como se muestra unos versículos después cuando dos ciegos siguen a Jesús gritando: «¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David!». Hijo de David es un título real; le están reconociendo como el rey prometido. Les cura a ellos y también a un mudo, cumpliendo lo que Isaías había dicho del día en que Dios vendría para salvar a Israel: «Entonces

se abrirán los ojos de los ciegos [...] y la lengua del mudo gritará de júbilo» (Is 35, 5-6).

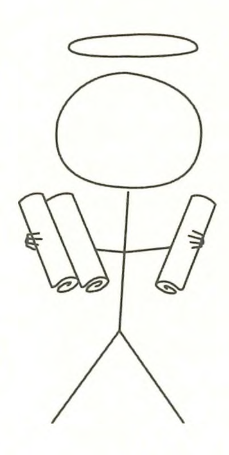
Cuando Salomón gobernó sobre todo Israel, en la cima de su poder, «tenía para todo Israel doce gobernadores que proveían al rey y a su palacio» (1 R 4, 7).



Así que no es una sorpresa que, después de "predicar el evangelio del reino" en "todas las ciudades y aldeas", Jesús llamase a sus doce discípulos y les diese autoridad para hacer las mismas cosas que él hacía. Ellos no debían ir a tierra de gentiles ni entrar en ciudad de samaritanos, sino ir primero «a las ovejas perdidas de la casa de Israel». Su mensaje es sencillo: «El reino de los cielos está al llegar» (Mt 10, 5-7). En su viaje de predicación, vivirán de acuerdo con las Bienaventuranzas: Serán pobres, no llevarán nada con ellos (8-10). Serán pacíficos, dando paz a los hogares que visiten (13). Serán limpios de corazón, tan «sencillos como las palomas» (16). Y serán perseguidos por causa de Jesús (17-23). Jesús les concede su propia autoridad, de modo que quien acepta a los apóstoles aceptará al mismo Jesús: «Quien a vosotros os recibe, a mí me recibe» (40). Abrazar al enviado del Rey es abrazar al Rey.

Los apóstoles continuaron su ministerio como gobernadores del Rey durante toda su vida, pero antes de morir, eligieron a otros hombres para continuar su ministerio, a quienes llamaron obispos. Estos nombraron a otros antes de morir, y así hasta el día de hoy. El origen de nuestro término obispo es griego, la lengua de las primeras comunidades cristianas, y es *episkopos,* que equivale a guardián de la comunidad.

LIBRO 3 DE MATEO: JESÚS ANUNCIA EL REINO OCULTO (*Mateo 11–13*)



En la famosa película *Charada* (1963), la viuda (Audrey Hepburn) de un soldado americano busca durante semanas, con la ayuda de un agente de la CIA (Cary Grant), la fortuna que le ha dejado su difunto marido. Las únicas claves son algunas pocas pertenencias personales y una carta encontrada en el cadáver de su marido. Después de una larga búsqueda infructuosa, los dos se dan cuenta de que la fortuna del difunto consiste en los tres sellos, muy raros y valiosos, que están pegados en el sobre corriente que contiene su última carta. En

otras palabras, la fortuna había estado todo el tiempo ante sus ojos, "oculta en lo corriente".

Muchos de los milagros y enseñanzas de Jesús en los capítulos 11–12 muestran una falta de reconocimiento del reino. Por ejemplo, Mateo 11 se abre con los mensajeros que envía Juan Bautista para que Jesús confirme que él es realmente el Mesías, el Rey de Israel (Mt 11, 2). Encarcelado por el rey Herodes y sufriendo en una oscura mazmorra, incluso Juan parece estar preguntándose si Jesús había traído el reino. Jesús dice a los discípulos de Juan que regresen y le cuenten lo que están viendo y oyendo: la profetizada curación de los ciegos, débiles, leprosos y sordos (Cfr Is 35).

Jesús habla luego de Juan Bautista, subrayando la falta de reconocimiento de la gente. Juan es el mayor de los profetas. Tanto él como Jesús han estado predicando el reino de los cielos. Juan insiste ayunando y mortificándose. Jesús bendice la alegría y la fiesta. A pesar de eso, los líderes de los judíos no creen ni a Juan ni a Jesús. Sin que les importe cómo se presenta el mensaje, no reconocerán la llegada del reino. Aunque Jesús realice portentosos milagros en algunas de sus grandes ciudades, ellos no aceptarán su predicación.

Más tarde, en Mateo 12, vemos que incluso los exorcismos no impresionan a los fariseos. Aunque Jesús expulsa a los demonios públicamente, ellos no aceptan que él haya venido de Dios ni creen en su mensaje del reino. Dicen que está al servicio de Satanás, que expulsa los demonios por el poder de Satanás. ¡Qué bajo han caído, el bien se ha convertido en mal para ellos, y el mal en bien! No pueden reconocer las señales del reino o el poder del Espíritu de Dios. Perciben al Espíritu como malo; por eso no pueden ser perdonados, pues el Espíritu Santo es quien nos trae el perdón de Dios.

Con hipocresía, los escribas y fariseos se acercan para pedir a Jesús una señal que pruebe que su predicación es de Dios (Mt 12, 38). Aparentemente, todas las curaciones y exorcismos no han sido suficientes. ¿Qué más quieren que haga Jesús? Notando su falta de sinceridad, Jesús rehúsa darles una señal más; la única señal que tendrán será la "señal de Jonás" –esto es, Jesús estará muerto durante tres días, así como Jonás lo estuvo en el vientre de la ballena (12, 40-42)–. Los contemporáneos de Jesús están mucho más ciegos que los gentiles en el Antiguo Testamento; aunque muchos gentiles reconocieron la acción de Dios en los reyes y profetas israelitas, los fariseos y otros líderes no pueden reconocer al Rey Dios que camina en medio de ellos.

Eso nos lleva a Mateo 13, una homilía de Jesús sobre el reino de los cielos en la que enseña siete parábolas del reino. El tema común en todas las parábolas es que el reino es inesperado y nada fácil de reconocer para cada uno.

La *Parábola del sembrador* (Mt 13, 1-9) describe la "palabra del reino" como una semilla que cae en suelo duro, rocoso, entre espinas o buena tierra, que representa cuatro diferentes clases de personas. Solo los que son "buena tierra" reconocen la "palabra del reino" como lo que es, la aceptan completamente y "dan fruto".

La *Parábola de la cizaña y el trigo* (Mt 13, 24-43) describe el reino de los cielos como un campo sembrado de trigo, con cizaña sembrada en él por un enemigo. El dueño del campo no quiere dañar el trigo, deja la cizaña en su sitio hasta la cosecha.

Los Padres de la Iglesia vieron este campo sembrado con cizaña como una imagen de la Iglesia católica. Hay muchas personas hipócritas e insinceras mezcladas en la Iglesia visible en todas las épocas. De hecho, parece a menudo que los hipócritas son más visibles que los verdaderos creyentes, del

mismo modo que la cizaña suele crecer más alta y derecha, mientras la espiga de trigo maduro se inclina por el peso del grano que lleva. Así que la cizaña en un campo de trigo es más prominente que el mismo trigo. Sería un error, sin embargo, pensar que la Iglesia no es el reino de los cielos simplemente porque los hipócritas se han mezclado en la cosecha. Muchos cristianos a lo largo de los siglos han roto con la Iglesia, ofendidos porque hubiese pecadores en ella. Varios de los que se llaman "reformadores" se han apartado intentando establecer iglesias "puras" o "cribadas", pero esto no se puede hacer hasta el juicio final. Eso no quiere decir que no se excomulgue a alguno que públicamente haga gala de ir contra las enseñanzas de la Escritura y de la Iglesia (ver 1 Co 5, 9-13). Por desgracia, eso es a veces necesario. Pero solo Dios puede expulsar a los hipócritas e insinceros que no llaman públicamente la atención.

La *Parábola del grano de mostaza* (Mt 13, 31-32) enseña que el reino comienza como una pequeña semilla que muere en el suelo, pero esa semilla crece como un enorme arbusto para que los pájaros construyan un nido en sus ramas. Eso es como la Iglesia, comenzando con la muerte de un solo hombre, Jesús de Nazaret, y creciendo como la mayor institución del mundo (mil doscientos millones de personas), como la madre de hospitales, escuelas y universidades, y como maestra y conciencia del mundo.

La *Parábola de la levadura* (Mt 13, 33) describe el reino como la levadura que actúa, sin ser vista, sobre una gran masa. Ese es el efecto de la Iglesia en la sociedad. Incluso cuando la Iglesia es públicamente rechazada o perseguida, ideas como la dignidad humana, el cuidado por los pobres, el perdón de las ofensas y los derechos humanos provienen del Evangelio. Se expresan en una cultura, pero muchos ni se dan cuenta de que son un efecto de la Iglesia.

Jesús concluye su homilía con tres parábolas cortas sobre la naturaleza oculta del reino:

El reino es *como un tesoro escondido en el campo* (44). No se ve allí. No hay señales de neón apuntando hacia él. Uno tiene que buscarlo (cavando) para encontrarlo y reconocer su valor. De nuevo, la Iglesia es como este campo. Mucha gente nunca sospecharía su verdadero valor; solo quien se toma el tiempo de investigar pacientemente puede notarlo.

El reino es *como una perla de gran valor* (45-46). Supone el conocimiento de un joyero avezado para distinguir entre la verdadera y la falsa, una perla valiosa u otra sin valor. Del mismo modo, quienes no son cuidadosos o interesados pueden equivocarse al intentar valorar una perla, y pueden equivocarse sobre el valor de la Iglesia.

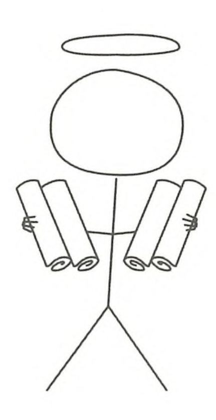
Finalmente, el reino es *como una red de pesca que recoge todo género de peces* (47-50), que no se seleccionan hasta que los pescadores llevan la red a tierra. Los Padres de la Iglesia entendieron el mar como el mundo, y la red como la Iglesia. Los pescadores son los apóstoles, y sus sucesores, los obispos. El buen y el mal pez son los santos y los pecadores en la Iglesia. Esta parábola es particularmente importante porque muestra que el reino de los cielos está presente en esta época. El reino es una red que recoge peces, y los peces no se seleccionan hasta que vienen los ángeles para el juicio final. Eso significa que el reino existe *ahora*, recogiendo peces *ahora*. No es una pura realidad futura, no es simplemente una perfecta edad que Jesús instaurará al fin de los tiempos.

No podría insistir más en lo importante que es para los católicos reflexionar sobre estas siete parábolas del reino en Mateo 13. Jesús vino y proclamó que el reino de los cielos había llegado. Algunos académicos liberales dicen que estaba equivocado y murió como un falso profeta.

Conservadores protestantes dicen que los judíos rechazaron el reino y por eso Jesús llevó a cabo un "plan B", la Iglesia, hasta que llegara un momento oportuno para traer de vuelta el reino a los judíos. Lo que tienen en común estas dos visiones es creer que el reino es una realidad sobrenatural perfecta, con Jesús gobernando visiblemente desde un trono en Jerusalén, y cosas así. Es como si no hubiesen leído la descripción del reino en Mateo 13.

La Iglesia católica afirma que el reino ya ha llegado, y está presente en la Iglesia. Algunos se burlan de eso: ¿Cómo puede ser la Iglesia el mismo reino? Está llena de malos peces... Tiene mucha cizaña... En algunos lugares, es tan pequeña como un grano de mostaza, o tan oculta como la levadura en la masa. Es solo un campo vacío, corriente, como tantos otros. No nos parece diferente a esas falsas perlas. Pero Jesús nos dijo que sería de ese modo. La Iglesia visible siempre parecerá despreciable a la gente sin fe. Sin embargo, en su interior, el reino de Dios está ya presente porque Jesús, el Rey, vive en su Iglesia.

Libro 4 de Mateo: El Reino Misericordioso (*Mateo 14–18*)



La misericordia en el reino de Dios es el tema dominante en el siguiente "libro" o unidad de Mateo (capítulos 14–18). La misericordia y el perdón de las ofensas pueden ser raras cualidades en sociedades no influenciadas por el Evangelio. Algunas culturas incluso no consideran la misericordia y el perdón como algo virtuoso, y los consideran en cambio como una señal de debilidad o un fallo en el modo de hacer respetar la justicia.

El asunto de la misericordia se expresa en el relato de varios milagros importantes y enseñanzas de este libro. Dos veces en esta sección, Jesús tiene misericordia o "compasión" de las multitudes que acuden a él, y les da de comer multiplicando panes y peces (Mt 14, 13-21 y 15, 32-39). Después de la gran confesión de Pedro –Jesús como el Hijo de Dios–, Jesús le da el poder de "desatar en la tierra", y la palabra griega que indica "desatar" se refiere a "librar de los pecados" (Cfr Ap 1, 5). Así que Pedro tendrá un cometido como "jefe perdonador de pecados". Finalmente, al terminar la homilía de Jesús en Mateo 18, él habla bastante de misericordia y perdón. Da instrucciones sobre el perdón del hermano (21-22) y cuenta la Parábola del Siervo Despiadado (23-35).

No podemos examinar cada historia contenida en estos cinco capítulos; nos centraremos en dos de las más importantes, que muestran cómo el reinado de Jesús es misericordioso. Los dos milagros de multiplicación de panes, uno para cinco mil y otro para cuatro mil, son importantes en esta sección de Mateo. Algunos piensan que se trata de una confusión en los números de un mismo suceso, pero no es así. La multiplicación para cinco mil tiene lugar en territorio judío, y los doce cestos que sobran simbolizan la restauración de las doce tribus de Israel, el pueblo de Dios. La de cuatro mil ocurre en territorio gentil (Mt 15, 21), y los siete

cestos sobrantes simbolizan la alianza con los gentiles que esperaban realizase el Mesías (Is 42, 6; Am 9, 11-12; Za 14, 16-19). Siete es el número de la alianza (Gn 21, 27-32). Jesús probablemente realizó otros milagros para dar de comer durante su ministerio de tres años, pero solo estos dos fueron recogidos por los autores de los evangelios.

Cuando Jesús, casi sin ayuda de nadie, alimenta a la multitud de cinco mil israelitas en Mateo 14, nos recuerda no solo el milagro de Eliseo (2 R 4, 42-44) sino también los gloriosos tiempos cuando David y sus hijos alimentaron a todo Israel a expensas del propio rey. David dio una fiesta con pan y vino a todo Israel cuando el ara volvió a Jerusalén (2 S 6). Salomón hizo lo mismo en la dedicación del Templo (1 R 8). Los buenos reyes Ezequías y Josías proporcionaron una comida de Pascua a toda la nación a su propia costa (2 Cro 30, 24 y 35, 7-8). Así Jesús, el Hijo de David, alimentando a Israel por sí mismo, es parte de una tradición real.

Por supuesto, esto milagros de alimentos apuntan a la Eucaristía, donde el Hijo de David, Jesús, nos alimenta a todos a su costa en el modo más profundo posible: nos da su cuerpo y sangre como comida. Mateo narra la comida de los cinco mil y de los cuatro mil de un modo que los lectores antiguos podrían conectar con la Eucaristía. Recuerda a Jesús diciendo que el pueblo se *recline,* y luego, *tomando* el pan, *dando gracias* o *bendiciendo* (las expresiones en griego para "dar gracias" y "bendecir" pueden ser sinónimas), *lo partió* y *lo repartió* a la gente. Los evangelistas usan esta secuencia de palabras: *reclinarse, tomar, dar gracias, bendecir y repartir* en el relato de la Última Cena cuando se instituye la Eucaristía. Los primeros cristianos oyeron estas palabras cada semana en la celebración de la Eucaristía, y los primeros lectores del evangelio de Mateo reconocerían la conexión con los milagros de Jesús.

Jesús mostró *compasión* y *misericordia* ante las multitudes alimentándolas, temiendo que desfallecieran por hambre en su regreso a casa. La Eucaristía sigue siendo una fiesta de *compasión* donde Jesús el Rey nos alimenta, a su costa, para que no desfallezcamos por agotamiento espiritual durante nuestro viaje terreno. Es la fiesta real de la misericordia.

Temas como la realeza y la compasión están también presentes en uno de los más importantes relatos de esta parte de Mateo. En Mateo 16, 13-20, Jesús pregunta a sus discípulos quién dice la gente que es él. Después de una serie de respuestas, les plantea la cuestión a los discípulos: «Y vosotros: ¿quién decís que soy yo?». Probablemente se produjo un momento de silencio embarazoso mientras los discípulos pensaban qué decir, hasta que Pedro se adelantó intrépido: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo».

Lo que Jesús dice a continuación es de gran importancia, y tenemos que verlo con calma. «Jesús le respondió: "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque no te ha revelado eso ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro [*petros*], y sobre esta piedra [*petra*] edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del Reino de los Cielos; y todo lo que ates sobre la tierra quedará atado en los cielos, y todo lo que desates sobre la tierra quedará desatado en los cielos"» (Mt 16, 17-19).

Ahora debemos entender que el nombre de "Pedro" viene del griego *petra,* piedra, roca, solo que con una terminación masculina: *petros.* Esta palabra nunca se había usado antes para nombrar a un hombre. Así que, en este pasaje, Jesús identifica a san Pedro como la "roca" sobre la que construirá su "Iglesia" que vencerá al infierno. Es una imagen de construcción de templo. Los judíos sabían que el Templo de Jerusalén se había construido sobre una gran

losa llamada "la piedra fundamental" (hebreo, *eben shettiyyah*), que ellos creían que bloqueaba el pozo que bajaba hasta el mundo de los muertos: el *Hades*, en griego, o el *Sheol*, en hebreo. Así que Jesús está comparando su Iglesia con un nuevo templo construido sobre Pedro.

Algunos intérpretes argumentan que Pedro no es la roca sobre la que Jesús construye la Iglesia. Dicen que se usan dos *diferentes* palabras griegas en el versículo: *petros* y *petra*. Pedro (*petros*) no es la roca (*petra*) sino que lo es otra cosa: su confesión de fe en Jesús.

Este problema de dos diferentes palabras para roca solo surge porque los evangelios traducen al griego las palabras de Jesús, al lenguaje internacional de aquel tiempo (como el inglés de hoy). En griego, la palabra usada para significar roca, *petra*, es femenina terminada en *a*, como en tantos nombres de mujer en inglés. No puede usarse como nombre para un varón cambiando la *a* por *os*, que es el masculino en griego: *petros*.

Pero Jesús habla la lengua de los judíos de su tiempo (arameo), y en ese idioma solo hay una palabra para "roca": *kepha*. Lo que Jesús dice a Pedro es: «Tú eres *kepha*, y sobre esta *kepha* edificaré mi Iglesia». Esta palabra aramea, *kepha*, da lugar al nombre de Cephas, utilizado para Pedro en varios pasajes, como Jn 1, 42; 1 Cor 1 12; 3, 22; 9, 5; 15, 5; Gal 1, 18; 2, 9; 11, 14.

Lo esencial de todo esto es, en el lenguaje hablado de Jesús, que está absolutamente claro que Pedro (*kepha*) es la roca (*kepha*) sobre la que él edificará su Iglesia, pero una pequeña confusión se produce cuando Mateo traduce las palabras de Jesús al griego.

Ahora veamos las "llaves del reino" y el "atar y desatar". En el antiguo reino de David, el oficial al cargo del palacio era el consejero del rey, y su mano derecha, el segundo con

más poder en el reino. Se le suele llamar "mayordomo real", y lleva las llaves del palacio atadas al hombro como una señal de su oficio (Is 22, 22). Solo él tiene la autoridad para abrir o cerrar el palacio, para controlar el acceso al rey. Si alguien quiere ver al rey, tiene que pasar antes por el mayordomo real. Nadie salvo el mismo rey puede contradecirle; de ahí que se diga del mayordomo real: «Abrirá y no habrá quien cierre, cerrará y no habrá quien abra» (Is 22, 22). Jesús hace eco a esa línea cuando dice: «Todo lo que ates sobre la tierra, quedará atado en los cielos, y todo lo que desates sobre la tierra, quedará desatado en los cielos». Así Jesús esta haciendo a Pedro su mayordomo real, su "número dos".

Rey

Mayordomo real

Otros oficiales

Estructura del Reino

Pero "atar" y "desatar" tiene otro significado en los días de Jesús. Los judíos usan la frase para referirse a la autoridad de interpretar la ley religiosa.

La ley religiosa necesita siempre ser interpretada. Dios dijo sobre el Sabbath: «No harás en él trabajo alguno» (Ex 20. 10), pero ¿qué es "trabajo"? ¿Lo es encender el fuego? Los maestros judíos (ras) dicen que sí, así que "atan", prohíben, encender fuegos en el día del Sabbath. ¿Es "trabajo" caminar media milla"? Los rabíes dicen que no, así que "desatan", permiten, pequeños desplazamientos en el Sabbath.

En Mateo 16, Jesús está haciendo a Pedro su "rabí jefe". Pedro interpretará la ley divina. El cielo le guiará y le respaldará. Como católicos, sabemos que esta autoridad de Pedro pasa a sus sucesores, los obispos de Roma, hasta nuestros días. Por eso, cuando surgen nuevas cuestiones que requieren interpretación de la ley de Dios, como sucede con las nuevas biotecnologías, miramos al papa como guía para determinar lo que es correcto y lo que no lo es.

Finalmente, "atar" y "desatar" puede referirse a retener o perdonar los pecados, como en Apocalipsis 1, 5: «Jesucristo [...] nos libró de nuestros pecados». El poder de Pedro de "atar y desatar" incluye la autoridad para perdonar el pecado. Vemos también esto en el final del evangelio de Juan, cuando Jesús sopló sobre los apóstoles después de su resurrección y les dijo: «A quienes perdonéis los pecados, les son perdonados, a quienes se los retengáis, les son retenidos» (Jn 20, 23). Pedro será el "jefe de los perdonadores de pecados". Él parece comprender eso, y un poco después, durante el famoso discurso de Jesús sobre la vida en la Iglesia (Mt 18), pregunta a Jesús algunas cuestiones prácticas sobre el perdón de los pecados (Mt 18, 21-22).

Vayamos ahora a esa gran homilía que termina esta sección de Mateo. El pecado y el perdón son sus principales temas. Jesús comienza advirtiendo que quienes inducen a pecar a los niños que creen en Jesús tendrán que pagar un alto precio en la vida futura: «Más le valdría que le colgasen al cuello una piedra de molino [...] y lo hundieran en el fondo del mar» (Mt 18, 6). Esas piedras pueden pesar cientos de libras.

Pecar e inducir a otros a pecar es un asunto muy serio. Jesús llega a decir que si tu mano, pie u ojos te llevan a pecar, es mejor que te los cortes para salvar tu alma. El Señor no quiere decir esto literalmente. Tampoco los apóstoles ni otros primeros santos practicaron eso de cortar partes de su cuerpo. Es un ejemplo de hipérbole: exageración para poner énfasis. Además, no son *realmente* nuestros miembros o nuestros órganos la causa de nuestros pecados. El pecado no viene de la mano o el ojo; viene del corazón (Mt 15, 19). Cortarnos las piernas no nos impide pecar.

Ya que el pecado es tan serio, ¿tendríamos que vivir temiendo el infierno? No, no debemos, pues tenemos un padre amoroso como Dios. Jesús cuenta la parábola de la Oveja Perdida: Dios es como un pastor que deja un rebaño de noventa y nueve ovejas para encontrar y traer de vuelta solo una que se ha extraviado. Por eso, cuando nos extraviamos, podemos estar seguros de que Dios, nuestro Pastor, vendrá por nosotros.

Los apóstoles son pastores que tienen que decidir si perdonan o no los pecados de otros cristianos, por eso Jesús les aconseja sobre cómo deben tratar a los pecadores en la Iglesia: Primero, ve al pecador y muéstrale su pecado personalmente. Si no te oye, trae a uno dos testigos. Finalmente, dilo a la Iglesia, y si no oye a la Iglesia, deja de tratarlo como cristiano.

Jesús entonces concede al grupo de los apóstoles el poder de "atar y desatar". Como hemos visto más arriba, esta es la autoridad para interpretar la ley de Dios y perdonar o retener el pecado. Este poder, dado a los apóstoles como grupo, se transmite a sus sucesores, los obispos. Por eso atribuimos a la reunión de todos los obispos de la Iglesia (un "concilio ecuménico") el ser *infalible,* esto es, que no se puede equivocar.

Pedro tiene una pregunta sobre el ejercicio de su rol como "jefe perdonador": ¿debe perdonar a un mismo pecador "hasta siete veces"? Probablemente Pedro pensaba que era generoso, pero Jesús le responde: «No te digo siete veces, sino setenta veces siete». Eso es 490, un número especial en la Biblia. En el antiguo Israel, cada cuarenta y nueve años se celebraba un año jubilar cuando todas las deudas eran perdonadas. Cuatrocientos noventa años son diez ciclos de jubileo, un periodo de perfecto perdón. El número 490 representa esa perfección de perdón.

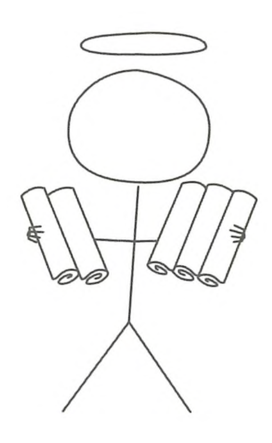
Jesús termina su homilía con la parábola del Siervo Despiadado. Conocemos bien esa parábola. El reino de los cielos es como un rey que tiene un siervo que le debe una suma increíblemente grande (mil talentos, más de trescientos millones de dólares de hoy). El siervo le pide que se la perdone, y el rey se la perdona. Ese siervo luego sale e intenta estrangular a otro siervo que le debe unos tres meses de salario (cien denarios). Este segundo siervo le pide que le perdone, pero el primero no quiere saber nada y le arroja en la cárcel. Finalmente, el rey se entera de esa triste historia y llama al primer siervo: «Te perdoné toda la deuda [...]. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero?». Jesús concluye: «Del mismo modo hará con vosotros

mi Padre celestial, si cada uno no perdona de corazón a su hermano» (Mt 18, 23-25).

A diferencia de los reinos de este mundo, que se apoyan en el miedo al castigo y en las multas por las menores infracciones, el "reino de los cielos" de Jesús se basa en la *misericordia*, expresada en el perdón de los pecados, deudas, y ofensas. La misericordia –fundamento de todo el reino– es la del rey, que perdona a cada uno de nosotros la enorme deuda de nuestro pecado. Al experimentar el perdón de Dios, perdonamos a los demás.

Es duro sentir cómo la enseñanza radical de Jesús sobre el reino fue rechazada en su tiempo. Ahora, debido a la influencia del cristianismo, los principios de perdón y misericordia aparecen en las leyes de muchos países. Nos hemos acostumbrado a pensar que el perdón y la misericordia son virtudes. Así que ahora tratamos de rehabilitar, y no meramente castigar a los criminales. Este es el silencioso efecto del Evangelio, como la levadura en la masa. No siempre fue así. Más aún, todavía hay mucho odio sin perdón entre personas, grupos y naciones en nuestro mundo de hoy. Muchos de nosotros necesitamos todavía convertirnos. Aunque Jesús ha perdonado nuestra deuda de mil talentos, no perdonamos la de cien denarios de algún miembro de la familia, compañero o amigo. Tenemos que volver a aprender qué significa ser un ciudadano del reino.

Libro 5 de Mateo. Jesús habla del Final del Reino (*Mateo 19–25*)



Jesús está ahora terminando su ministerio, y en este último libro de Mateo, le encontramos tratando del final de las cosas: el fin de su vida, el fin de Jerusalén, y el fin del mundo.

Jesús comienza con un conjunto de enseñanzas que se basan en cómo van a ser las cosas al final del tiempo, en el cielo. Los fariseos van a Jesús y le preguntan si el divorcio es legal (Mt 19, 3-12). Jesús dice que no. Dios hizo el matrimonio para durar siempre; Moisés solo lo admitió a duras penas, por la dureza de corazón de los hombres. Eso les chocó a los discípulos: si el matrimonio es permanente, más vale no casarse. Jesús concede que aquellos que son capaces pueden llevar una vida de soltero y convertirse en "eunucos por el reino de los cielos". Existían esos "eunucos" voluntarios en tiempos de Jesús. En las costas del Mar Muerto, en el sitio llamado Qumran, vivía un grupo de judíos célibes que rezaban y adoraban juntos esperando la llegada del Mesías. Los católicos los llamaríamos monjes. Jesús alaba a tales hombres. Viven una vida

"celestial", pues en el cielo no habrá matrimonio (22, 30). Están viviendo *ahora* como todos vivirán *al final.*

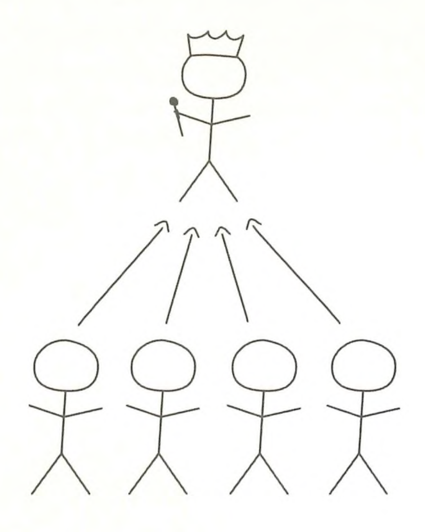
Un joven rico se acerca a Jesús en Mateo 19 y le pregunta qué hacer para salvarse. Jesús le dice que venda todos sus bienes, dé el dinero a los pobres, y luego le siga. Él no entiende que no habrá posesiones en el cielo y que todas las propiedades van a desaparecer en el tiempo. Al no captar esto, rechaza vivir *ahora* como todos vivirán *al final.*

Los apóstoles *han* dejado todos sus bienes para seguir a Jesús, así que Pedro quiere saber qué tendrán al final por su fidelidad. Jesús les dice: en el nuevo mundo, cuando el Hijo del Hombre se siente en su trono de gloria, os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel. Esto es una clara referencia a Salomón, que se sentó en su glorioso trono (1 R 10, 18-20) y nombró a doce oficiales sobre las doce tribus de Israel (1 R 4, 7; cfr. Sal 122, 5). Las palabras de Jesús pueden referirse al especial honor que corresponderá a los apóstoles en el juicio final. Sin embargo, quedarán también satisfechos antes de eso. En solo unos meses después de esas palabras, Jesús ascendería al cielo y se sentaría en el glorioso trono de su Padre. Los apóstoles comenzarían su gobierno sobre la Iglesia, el Nuevo Israel. Tendrían tronos espirituales, eso es, autoridad espiritual para gobernar la Iglesia, incluyendo poder espiritual, como hemos visto en el libro de los Hechos (ver 4, 32 y 5, 16). La autoridad de los apóstoles pasaría a sus sucesores, los obispos, quienes ahora se sientan en tronos llamados *cátedras* (del griego *kathedra,* "sede, trono"), en grandes edificios llamados *catedrales* en todo el mundo.

Los apóstoles tendrán un sitio especial en el reino, pero Jesús no quiere que eso les provoque un afán de figurar, algo como ser un "crack" en el cielo. Por eso les narra la Parábola de los Viñadores, sobre varios grupos de

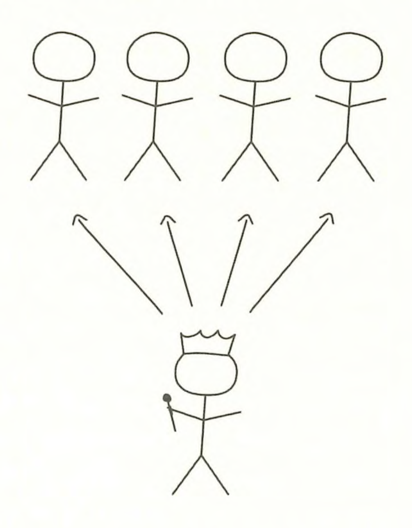
trabajadores de la viña que acuden a diferentes horas del día, y cada uno recibe el mismo salario, un denario (unos cincuenta dólares). El viñador es un símbolo bíblico de la nación de Israel (ver Is 5, 1-5), así esta parábola conecta con la promesa de Jesús de que los apóstoles regirán las doce tribus. ¿Qué es el denario que cada uno recibe? Probablemente Jesús mismo. Él es el salario que cada fiel obrero recibirá al final de los tiempos. Así, en cierto sentido, todos recibirán la misma recompensa.

Santiago y Juan no captan el asunto. Envían a su madre para que pida para ellos los dos primeros puestos en el reino: sentarse a la "derecha e izquierda" de Jesús. ¡Cuando él sea aclamado como rey, lo será entre dos ladrones clavados en su propia cruz! Santiago y Juan no saben lo que están pidiendo. Pero Jesús les advierte que «quien quiera ser el primero entre vosotros sea vuestro esclavo», porque el reino es servir, no cargárselo a otros. Jesús vuelve del revés la jerarquía usual. La mundana o demoniaca manera de ver el liderazgo parece esta:



El servicio va desde el pueblo al gobernante. Uso el término "demoniaco" intencionadamente porque es el modo en que Satanás ve cómo funcionan las cosas. El de abajo existe para el de arriba y debe servirle. Esa es la filosofía de los nazis, de Friedrich Nietzsche, y de Ayn Rand. De acuerdo con la tradición, Satanás cayó del cielo cuando comprendió que sería enviado por Dios para servir a simples humanos, y eso ofendía su sensibilidad.

Pero Jesús enseña: «Quien quiera ser grande entre vosotros debe ser vuestro servidor», cosa que origina una estructura organizativa como esta:



En la Iglesia, los que son líderes deben servir. Los sacerdotes sirven a sus feligreses; los obispos, a su diócesis; y el papa, a la Iglesia universal. Llamamos al papa *servus servorum Dei,* "siervo de los siervos de Dios". Este es un reino boca abajo. Eso no significa que quien no tenga una autoridad sea pisoteado, pero la autoridad se da para servir a los demás.

Ahora hemos llegado a la Semana de Pasión. Jesús comienza la última semana de su vida entrando en Jerusalén en un burro. Es una representación de la entrada de Salomón en Jerusalén en un burro, el día que asumió la realeza. Quinientos años antes, el profeta Zacarías había predicho que otro rey vendría un día y entraría en Jerusalén en un burro igual que Salomón. Zacarías lo había descrito poéticamente: «Tu rey viene hacia ti [...] montado sobre un asno, sobre un borrico, cría de asna» (Za 9, 9). Para asegurarse de que la multitud entiende que la profecía se está cumpliendo, Jesús usa un borrico y la asna madre para entrar en la ciudad. Las multitudes lo entienden y responden excitadas: un profeta que hace milagros está entrando en la ciudad del rey al estilo de Salomón. ¡Ha llegado el tiempo de que se cumplan todas las profecías! Arrojan ramos y mantos en el camino para darle un tratamiento de "alfombra roja".

Salomón, el hijo de David, construyó el primer Templo y, desde entonces, los hijos reales de David tienen la responsabilidad de mantenerlo. El primer acto de Jesús al entrar en Jerusalén en procesión real es ir a inspeccionar el Templo. Lo encuentra profanado por mercaderes sin escrúpulos, y los echa afuera a todos.

Los líderes de Jerusalén no quedan demasiado contentos con todo esto, y Jesús imparte varias enseñanzas sobre su destino. Maldice a una higuera en su camino a Jerusalén, que se seca inmediatamente. La higuera es un símbolo de la misma Jerusalén; como Jerusalén no se arrepiente a la llegada del Mesías, el propio Hijo de Dios, la ciudad caerá bajo una maldición de destrucción. El liderazgo de Jerusalén es como un hijo que dice a su padre que le obedecerá, pero nunca lo hace (Cfr. Mt 21, 28-32).

Se encontrarán fuera del reino de Dios, mientras los publicanos y las prostitutas entrarán en él.

Los líderes de Jerusalén son como trabajadores en la viña que representa a Israel. Tienen el control de la viña, pero no obedecen al dueño. Matan a todos los enviados del amo (los profetas) y finalmente a su Hijo (Jesús). Por eso, no escaparán al castigo del amo. El reino de Dios, que es también el reino de Israel, les será quitado y dado a otros, esto es, a los apóstoles y sus sucesores.

Al día siguiente, Jesús vuelve a Jerusalén y comienza una controversia con los que han llegado a Jerusalén. Una controversia se produce cuando un sabio expone una enseñanza en lugar público y todos se la discuten. Si derrota a todos, se gana el derecho de seguir enseñando. Vemos a Salomón entablando una controversia en Jerusalén en el libro Primero de los Reyes, donde el pueblo acude de todas las naciones, especialmente la Reina de Sabá (Cfr. 1 R 10, 1), "para ponerlo a prueba con enigmas". Los fariseos, saduceos y otros quieren ahora probar a Jesús, el que es "mayor que Salomón".

Antes de que comience la controversia, Jesús hace una especie de introducción con su parábola del Banquete de Bodas. En esta parábola, Dios Padre es el rey, Jesús es el hijo que se casa, y el banquete de bodas es la nueva Pascua (la Eucaristía) que Jesús está a punto de celebrar. Los invitados son los líderes de Israel, el pueblo que debe dar la bienvenida al Mesías de Israel que llega, pero que rechaza la invitación e incluso maltrata a los mensajeros. Por eso el rey envía a sus tropas para quemar la ciudad –una referencia a la destrucción de Jerusalén, que tendría lugar en menos de cuarenta años (ca. 70 d. C.)–.

Se recluta a la gente de la calle (es decir, a los gentiles) para llenar la sala del banquete del rey (la Iglesia), que

queda ahora repleta con "buenos y malos", recordándonos la cizaña, el trigo y la red. Un invitado se presenta sin traje de boda (buenas obras; ver Ap 19, 8), y el que le invitó lo echa. A veces es necesario eso en la Iglesia (ver 1 Co 5, 9-13).

Los líderes de Jerusalén, tanto fariseos como saduceos, no entienden bien la parábola, pero se figuran que va por ellos, y que su ciudad será quemada. De ahí que decidan acabar con la reputación y el prestigio de Jesús por todos los medios a su alcance.

Vienen primero los fariseos, preguntándole si es lícito pagar tributo al César. Piensan que lo han atrapado. Si dice que sí, ellos dirán a la multitud: *Este hombre no puede ser un profeta de Dios. Apoya el pagano, tiránico, inmoral régimen romano que nos oprime, ¡al verdadero pueblo de Dios!*

Si dice que no, irán inmediatamente a las autoridades romanas y les dirán: *¡Arrestad a este hombre! Intenta empezar una revolución diciendo a la gente que no pague los impuestos al César.*

Jesús responde: *¿De quién es la imagen y la inscripción de las monedas?*

Del César, dicen ellos.

Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios (Mt 22, 21).

El punto es que, según Génesis 1, 26 y 28, la imagen y semejanza de Dios está impresa en cada ser humano. En lo que concierne a Jesús, tú puedes dar todo tu dinero al gobierno que lo imprime y luego darte tú mismo a Dios. Es parecido a lo que dijo al joven rico: «Vende lo que tienes… y ven, sígueme» (Mt 19, 21). Después de todo, no hay riqueza material en el cielo, así que puedes también comenzar ahora.

Los fariseos no están dispuestos a seguir este consejo. Jesús descubre su hipocresía porque, por una parte, los

fariseos disfrutan de riquezas gracias a la estabilidad del gobierno romano, y su moneda es reconocida internacionalmente. Por otra parte, les cuesta pagar los impuestos que hacen posible la Pax Romana. Jesús sugiere que, si quieres disfrutar de los beneficios de Roma, tienes que pagar lo debido a Roma.

Los fariseos quedan en ridículo. Luego les toca batear a los saduceos. El saduceísmo consta de las altas familias sacerdotales que controlan el Templo, y su bienestar depende de ellos. Son los religiosos "profesionales" originales, gente que se gana la vida trabajando para organizaciones religiosas, pero que personalmente no tienen fe e incluso desprecia a las personas que la tienen.

Los saduceos solo aceptan los primeros cinco libros de la Biblia (desde el Génesis al Deuteronomio, es decir, la Torá, el Pentateuco o Libros de Moisés) como escritura. Como la resurrección y la vida futura no están directamente mencionados en esos libros, los saduceos no creen en ellas. De hecho, piensan que la idea de una vida futura es ridícula. Eso crearía dilemas insolubles, como el que presentan a Jesús: Una mujer estuvo casada con siete hermanos sucesivamente, cada uno se casó con ella y luego murió dejándosela al siguiente hermano. Entonces, en la resurrección –*si* es que hay una resurrección [risita]– ¿con quién estará casada? Es como decir: *Mira, Rabí Jesús, ¿no es todo eso de la resurrección un conjunto de ridículas tonterías?*

Jesús responde: *Estáis equivocados por no entender las Escrituras ni el poder de Dios. Primero, no hay matrimonio en el cielo. Segundo,* hay *una vida venidera, y eso está en los Libros de Moisés,* las únicas escrituras que aceptan los saduceos. Jesús cita Éxodo 3, 6, donde Dios dice: «YO SOY el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob» y concluye, «No es Dios de muertos sino de vivos». El argumento

depende aquí del tiempo del verbo. Si Abrahán, Isaac y Jacob estuviesen muertos, Dios tendría que decir: «YO ERA el Dios de Abrahán...». Pero no es eso lo que Dios dice. Él *ES* el Dios de Abrahán, lo que significa que Abrahán está aún vivo. La respuesta de Jesús es brillante, y hace lo que ningún rabí judío ha logrado antes que él: ofreció una prueba de la vida venidera desde los Libros de Moisés.

Notemos cómo una visión del *final* ha guiado las dos respuestas de Jesús. Al final, no tendremos dinero –respuesta a los fariseos–. Al final, no habrá matrimonio –la respuesta a los saduceos–.

Ahora los saduceos han quedado fuera de combate. Así, todos los oponentes de Jesús, encogidos, tratan de pensar otra pregunta difícil. Uno, un doctor de la ley, le preguntó honestamente: «Maestro, ¿cuál es el primero de todos los mandamientos?» (Mt 22, 28). Esta pregunta no es obviamente hostil, pero si Jesús le responde sin considerarla, podría desacreditarse ante parte de su audiencia, o implicarse en un debate con otros rabíes.

La respuesta de Jesús no es del todo nueva; algunos rabíes habían dicho algo semejante antes de él. Pero es un gran resumen: Amarás al SEÑOR tu Dios... Este es el gran y primer mandamiento. Y el segundo es semejante a este, amarás a tu prójimo como a ti mismo (Cfr. Mt 22, 28-31). Así pues, toda la enseñanza moral de la Escritura consiste en amar a Dios y al prójimo. Esto es ahora casi un cliché. Lo hemos oído tan a menudo que no nos damos cuenta de su brillante simplicidad. Los fariseos y otros expertos en la ley comprenden que no pueden argumentar contra eso.

Habiéndose defendido de todos los desafíos en esta "controversia", Jesús ahora pasa a la ofensiva, planteando una cuestión a los fariseos: *Si el Mesías es el Hijo de David, ¿cómo puede David llamarle "mi señor" en el Salmo 110, 1?*

Un par de presupuestos están presentes aquí. Uno que es tu descendiente nunca puede ser tu señor, porque te debe el honor debido a un padre. El segundo es que el Salmo 110 es una profecía sobre el Mesías. Como los fariseos aceptan estos dos presupuestos, deben estar equivocados. No pueden figurarse por qué David llamaría al Mesías "mi señor". En retrospectiva, nosotros conocemos la respuesta: porque el Mesías es también el mismo Dios, verdadero Dios y verdadero hombre. Pero los fariseos no están preparados para llegar ahí. No pueden aceptar a Jesús como el Mesías, y mucho menos que sea Dios mismo andando entre ellos.

Jesús ha derrotado a los fariseos, y ahora afirma realmente su autoridad. En Mateo 23, Jesús ocupa el capítulo entero advirtiendo a los fariseos dónde *acabarán* si no se arrepienten. Con siete "ayes" (vv. 13, 15, 16, 23, 25, 27,29), les advierte sin rodeos que "sobre vosotros" vendrá el juicio por "toda la sangre inocente que ha sido derramada sobre la tierra". No es que Jesús odie a los fariseos; más bien, usa una clase de "amor severo". Algunas personas se han desviado tanto que tú corres el riesgo de equivocarte con ellas. De hecho, tú *debes* ser honrado con ellas porque *merecen* que se les advierta del desastre que se les viene encima.

Para los fariseos, ese desastre será la destrucción de su cultura y de su capital, Jerusalén. Por eso Jesús se lamenta sobre Jerusalén (23, 37-39) y llega al último gran discurso del Libro de Mateo, el "discurso escatológico".

Escatológico significa "relativo a los últimos tiempos". En Mateo 24–25, Jesús describe los "últimos tiempos" de dos entidades: Jerusalén y el mundo. Cuando leas esos capítulos encontrarás muchas cosas que claramente suenan como el fin del mundo y el juicio final. Sin embargo, los estudiosos

ven ahí muchos acontecimientos que se cumplieron en el asedio y destrucción de Jerusalén en el año 70 d. C.

Realmente, Jesús está describiendo las dos cosas a la vez. Jerusalén es la ciudad del Templo, el "ombligo del universo", cuyo Templo representa todo el cosmos. El Templo estaba decorado con imágenes del sol, la luna y las estrellas. Los judíos veían el cosmos como un macrotemplo, y el templo como un microcosmos. Por eso, la destrucción de Jerusalén y su Templo era una premonición del fin del mundo. Este es el concepto clave para comprender Mateo 24–25. Cuando Jesús dice, «no pasará esta generación sin que todo esto se cumpla» (24, 34), eso tiene un doble significado. Una generación es a veces calculada como cuarenta años, y en menos de cuarenta años, todas las tribulaciones que Jesús describe caerán sobre Jerusalén (ver 23, 37-38). Por otra parte, el griego *genea* "generación", puede también significar "parentela" o "raza" (Cfr. Lv 25, 41 y Nm 10, 30), y la raza humana no pasará antes de que Dios traiga el juicio final.

Jesús termina con tres parábolas acerca de estar preparados para *el fin*: las vírgenes necias y prudentes (25, 1-13); los talentos (25, 14-30); y las ovejas y los cabritos (25, 31-46).

En la *Parábola de las vírgenes*, es claro que el mismo Jesús es el esposo a quien ellas esperan. Notemos con cuánta frecuencia Jesús usa esponsales y matrimonio como imágenes para hablar sobre el reino de los cielos. Lo hemos visto antes a lo largo del evangelio, más recientemente en la Parábola del banquete de bodas (22, 1-14). Recordemos que los profetas hablan del SEÑOR como el esposo de Israel, y el rey davídico era también una figura mayor de esposo del Antiguo Testamento. Jesús es tanto el SEÑOR como el Rey davídico. La Eucaristía es el banquete de bodas donde recibimos su Cuerpo. Pero estamos

adelantándonos. En la tradición de la Iglesia, el "aceite de las lámparas" de las vírgenes prudentes se entiende como una vida de santidad. Es prudente vivir una vida de amor a Dios *ahora* y no esperar "estar preparado para Jesús" justo antes de que llegue, tanto al final de los tiempos como al final de *tu tiempo* (es decir, de tu muerte). De un modo especial, esas "vírgenes" se refieren a los hermanos y hermanas que viven el celibato, de modo que se dedican totalmente a "esperar a Jesús". Llevan ya hoy un estilo de vida del fin de los tiempos.

La *Parábola de los talentos* nos recuerda que hemos de estar ocupados en los trabajos que Dios nos da mientras esperamos la vuelta de Jesús. Nuestro Señor quiere que "hagamos crecer" su reino durante el tiempo que tenemos, y no le agradan los que están mano sobre mano, esperando entrar en el cielo con el menor esfuerzo posible en su vida.

La *Parábola de las ovejas y los cabritos* advierte que las personas individuales y las naciones enteras serán juzgadas según lo que hicieron por «estos mis hermanos más pequeños» (25, 40). Cualquier cosa que uno hace por un débil, enfermo, desnudo, sediento o preso "hermano" de Jesús, él lo considera hecho por él personalmente.

El mensaje original de esta parábola es que cualquier bondad que muestres con un cristiano (un "hermano de Jesús"), Jesús la mira como una bondad con él mismo. Jesús y sus seguidores son uno. Incluso mejor es decir que Jesús y su Iglesia son uno. Con el tiempo, hemos llegado a expandir el significado de esta parábola y tomarla como una exhortación para ayudar a los pobres, pues toda persona pobre puede ser un "hermano" o "hermana" de Jesús, desconocida para nosotros.

Bueno. Hemos llegado al final del libro quinto de Mateo, el libro sobre el *final del reino*. Mira cuánto de él se ha

guiado por la idea del "fin". Jesús nos ha orientado para que vivamos sabiendo que, "al final", no nos casaremos ni tendremos propiedades (Mt 19, 3-12; 16-30: 22, 15-33). Además, la mayor parte de su enseñanza ha consistido en advertencias y parábolas sobre "el fin de los tiempos" y el castigo o recompensa que la gente recibirá.

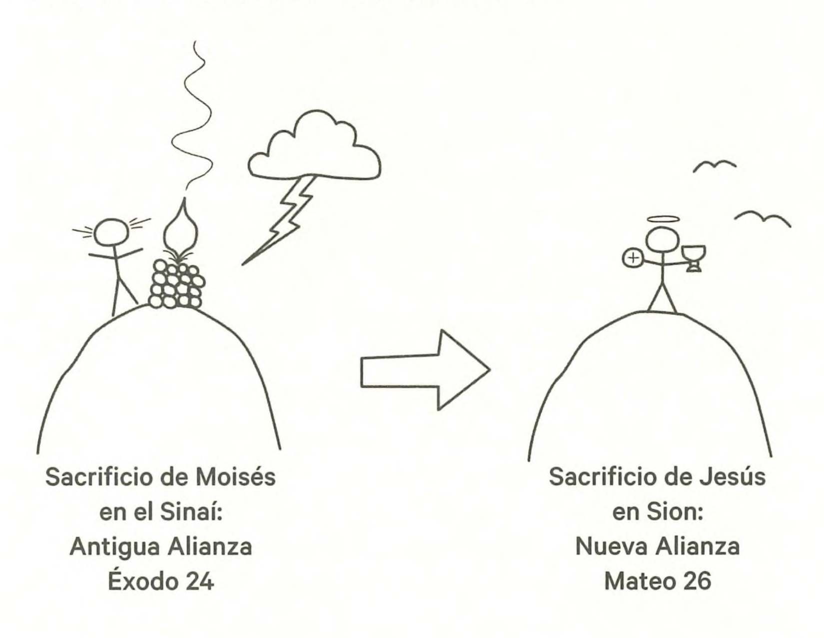
La Pascua de Mateo (*Mateo 26–28*)

Por ser sencillo, hemos llamado a esta sección "La Pascua de Mateo", pero podría ser mejor llamarla "Triduo de Mateo", porque estos capítulos nos ofrecen el relato histórico de los acontecimientos que celebramos el Jueves Santo, Viernes Santo y Pascua.

El relato de Mateo de la Última Cena y la institución de la Eucaristía puede encontrarse en el capítulo 26. Cuando una mujer unge a Jesús con un perfume caro durante una comida en Betania (a solo dos millas de Jerusalén), Jesús compara eso con ungir su cuerpo para sepultarlo (6-13). Quizá cansado de seguir a un rabí con un aparente deseo de morir, Judas se escabulle para ponerse de acuerdo con el sumo sacerdote para traicionar a Jesús en su momento (14-16). Entretanto, Jesús encarga a otros discípulos preparar la sala para celebrar con ellos la Pascua en Jerusalén (17-19).

Veamos de cerca cómo se dirige Jesús a los discípulos en la Última Cena. Mientras comen, Jesús *tomó* el pan, *pronunció la bendición, lo partió,* y *se lo dio a sus discípulos* diciendo: «Tomad y comed, esto es mi cuerpo» (26). Tengamos en cuenta esta secuencia: *tomar-bendecir-partir-dar.* Es la misma secuencia que en la multiplicación para los cinco mil (Mt 14, 19). Los discípulos están recostados en la cena (26, 20) lo mismo que los cinco mil se recuestan

en la hierba (14, 19). Mateo está comparando esas dos comidas. Las dos son cenas milagrosas con el Mesías, en las que este transforma sobrenaturalmente la comida natural. Sobre el cáliz, Jesús dice: «Bebed todos de él; porque esta es mi sangre de la nueva alianza» (26, 27-28). Solo hay un lugar en el Antiguo Testamento donde aparece la frase precisa "la sangre de la alianza", y es en Éxodo 24, 8. Allí Moisés rocía sangre sobre el altar (que representa a Dios) y sobre el pueblo, declarando: «Esta es la sangre de la alianza». ¿Cuál es el punto? *Lo que Jesús está haciendo en el monte Sion con los doce apóstoles es tan trascendental como lo que hizo Moisés en el monte Sinaí con las doce tribus.*



Solo hay un cambio: Moisés rocía al pueblo con "la sangre de la alianza". Jesús dice a los apóstoles que beban "*mi* sangre de la nueva alianza" (énfasis añadido). Moisés hace

la alianza con la sangre de novillos (Ex 24, 5). Pero los novillos no pueden pagar el precio del pecado humano. Jesús hace la Nueva Alianza con su propia sangre.

¿Por qué es "mi *sangre* de la nueva alianza" (énfasis añadido)? Sangre significa familia. Decimos que alguien "es de mi sangre", indicando "es pariente mío", y decimos que "la sangre es más espesa que el agua", indicando que las relaciones de familia biológica son más fuertes que otros vínculos. Más aún, decimos, "Es un *consanguíneo*", indicando un pariente por nacimiento, no solo un parentesco legal. Por eso la Nueva Alianza es tan brillante. Alianza es hacer familia por juramento. El rito del juramento en la Nueva Alianza consiste en una comida donde Jesús *nos da a beber su sangre para que compartamos la sangre de Dios*. Nos convertimos en "parientes de Dios", en su familia.

La Biblia dice: «La vida de la carne está en la sangre» (Lv 17, 11). Dios no quiere que su pueblo comparta la vida animal, por eso en el Antiguo Testamento está prohibido beber sangre (Lv 7, 26-27). Pero Dios quiere que compartamos la vida divina, por eso ahora nos manda beber la sangre de Jesús (Mt 26, 27-28): «Bebed... esta es mi sangre de la nueva alianza».

Esta sangre de la nueva alianza, dice Jesús, «es derramada por muchos para remisión de los pecados» (26, 28). Los pecados nos mantienen fuera de una relación de alianza con Dios en primer lugar. La sangre eucarística remueve los pecados y nos hace familia al mismo tiempo.

Finalmente, dice Jesús: «No beberé de ese fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba con vosotros de nuevo, en el Reino de mi Padre» (29). Eso suena como si Jesús prometiese no volver a beber vino ("el fruto de la vid") hasta que llegue el reino. Eso es confuso porque todavía queda al menos una copa de vino para completar la

ceremonia de Pascua. ¿No va Jesús a completar la Pascua? ¿O el reino del Padre va a llegar antes de que acabe la comida? Mucha gente supone que significa que Jesús está hablando de la gran fiesta que compartirá con todos sus seguidores cuando vuelva al final de los tiempos. ¿Pero qué quiere Jesús decir realmente con esas palabras?

Después de beber la copa eucarística, los discípulos cantan «un himno [y] salieron hacia el Monte de los Olivos» (30). Eso también parece raro. El "himno" puede haber sido un conjunto de salmos (Sal 115-118) conocido como el *Hallel*, cantado hacia el final de la cena de Pascua. Después del *Hallel*, sin embargo, se bebía una copa de vino y se pronunciaba una última bendición al final de la comida. Mateo, sin embargo, no menciona esto. En su lugar, después del himno, "salieron hacia el Monte de los Olivos". Para quien conozca el ritual de la Pascua, esto suena como si se fuesen antes del final. Sería como leer sobre la celebración de una Misa en la que el sacerdote y el pueblo saliesen de la iglesia después de la comunión, sin decir, "Podéis ir en paz. Demos gracias a Dios".

¿Por qué la Última Cena parece terminar sin la copa de vino final? Luego, cuando Jesús está en el Monte de los Olivos, reza repetidamente: «Padre mío, si es posible, *aleja de mí esta copa [o cáliz]*». Y finalmente, dice: «Si no es posible que esto pase *sin que yo lo beba,* hágase tu voluntad» (Mt 26, 39 y 42; énfasis añadido).

Casi inmediatamente después, llega Judas con los soldados y los matones de las autoridades. Prenden a Jesús para llevarle ante el sumo sacerdote y el consejo de los judíos para una "farsa de juicio". La ley judía prohíbe celebrar juicios en la noche. Falsos testigos se adelantan a acusar a Jesús, pero los jueces no encuentran ningún cargo convincente que merezca la pena de muerte, por mucho

que lo buscan. Finalmente, el sumo sacerdote intenta un recurso a la desesperada para que Jesús mismo se incrimine: «Te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios». Jesús responde: «Tú lo has dicho. Además, os digo que en adelante veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo» (Mt 26, 63-64).

Mucho tiempo atrás, el profeta Daniel tuvo una visión del futuro en la que vio "a uno como hijo de hombre" que venía "con las nubes del cielo" y avanzaba ante la corte celestial donde preside el "Anciano venerable" (Dn 7, 13). Este "Anciano venerable" es Dios mismo, o como diríamos los cristianos Dios Padre. Jesús está declarando ser el "Hijo de hombre" que vendrá ante el "Anciano venerable" cabalgando sobre las nubes.

Pero esta idea de cabalgar sobre las nubes no se refiere solo al cielo. Cabalgar sobre las nubes era un privilegio divino; en el paganismo, el dios supremo cabalga sobre las nubes: Júpiter para los romanos, Zeus para los griegos. Baal para los cananeos y Thor para los nórdicos. Así que el Hijo del Hombre es más que un ser humano: tiene poder divino y autoridad. Eso es lo que Jesús está reclamando para sí. El sumo sacerdote entiende esto y rasga sus vestiduras con un pretendido asombro: ¡Acabáis de oír la blasfemia! No necesitamos más testigos. *Bueno, eso es conveniente porque sucede que no tenemos más testimonios, y ninguno de los que teníamos ha resultado bueno.* Y en cuanto a rasgarse las vestiduras, eso era ilegal que lo hiciese el sumo sacerdote, según la ley bíblica (Cfr. Lv 10, 6; 21, 10). El cargo de "blasfemia", un insulto intencionado a la majestad de Dios, no parecía aplicable. Aunque está claro que Jesús declaraba ser el Mesías, sus palabras no ofendían de ningún modo a Dios según la ley judía. Aun así, el resto

de los jueces se subió al carro de la "blasfemia" porque era la única excusa para condenar a muerte a Jesús. «¡Es reo de muerte!», respondieron ellos.

Mientras tanto, el mejor amigo de Jesús, Pedro, está fuera en el patio, diciendo que él nunca estuvo con este extraño "Jesús de Nazaret" a los que hablaba reunido con ellos en torno al fuego (26, 69-75).

Por la mañana, el sumo sacerdote lleva a Jesús ante Pilatos para que lo ejecute. Ahora bien, hay dos razones para que haga esto. Ante todo, técnicamente él no tiene la autoridad para ejecutar a nadie porque el gobierno romano se reserva esa autoridad. Sin embargo, el consejo de los líderes judíos podría (y lo hizo) linchar a personas cuando le parecía oportuno (Hch 7, 54-59), por tanto, esa no era la razón real de que le llevaran ante Pilatos.

Había al menos otras dos razones. Primera, les asustaba Jesús y su popularidad y qué reacción podría producirse si ellos le mataban. Si había un levantamiento popular ante su muerte, querían que se dirigiese contra los romanos y no contra ellos. Segunda, si los romanos le mataban, sería mediante crucifixión, que era un modo de muerte particularmente cruel y torturante, y comportaba una maldición divina. Según Deuteronomio 21, 22-23, cualquiera que cuelga de un madero es "una maldición de Dios". Esto desacreditaría la proclamación de Jesús como Mesías. ¿Cómo podría el verdadero Mesías morir de una muerte maldecida por Dios?

Pilatos supo que los cargos contra Jesús eran falsos. Cuando él interrogó al propio Jesús, no encontró ofensas contra la ley romana, justo como el sumo sacerdote no las había encontrado contra la ley judía. Ciertamente, nada había que justificase la condena a muerte. Jesús confesó solo una cosa. Al preguntarle Pilatos: "¿Eres tú el rey de

los judíos?", él respondió: "Tú lo dices", que equivale a decir "eres tú quien dices eso". Pero, aun así, no era un crimen considerarse el heredero del trono de un pequeño y oprimido grupo étnico.

Pilatos intenta una táctica para librar a Jesús de sus manos. Era costumbre soltar a un preso por Pascua como una señal de buena voluntad en esta ocasión de fiesta. Pilatos trata de manipular esta costumbre. Da a la multitud a elegir entre dos presos, los dos llamados Jesús: Jesús Barrabás y Jesús de Nazaret.

Barrabás era un hombre impopular, un terrorista que había matado a algunos judíos durante una revuelta. El pueblo seguramente elegiría que soltase a este inofensivo rabí galileo antes que a un terrorista, pensaba Pilatos. ¡Pero, no! El sumo sacerdote y los líderes introducen a sus secuaces en la multitud y usan su influencia para que la gente vote a favor de Jesús Barrabás. Pilatos está disgustado con todo el procedimiento y "se lavó las manos", un ritual que afirmaba públicamente no estar de acuerdo con lo que estaba sucediendo. ¿Pero, era eso suficiente para exonerar a Pilatos de responsabilidad por la muerte de Jesús? Ciertamente no. Pilatos tenía autoridad y poder para castigar al culpable y proteger al inocente. Jesús nos enseña que toda autoridad viene de Dios (Jn 19, 11; Rm 13, 1-7). Es inmoral para un gobierno, entonces y ahora, permitir que se atente contra el inocente sin hacer nada para impedirlo.

De hecho, Pilatos da las órdenes a los soldados romanos para que cumplan los deseos del sumo sacerdote y crucifiquen a Jesús. Después de burlarse de él como "Rey de los judíos", le llevan al lugar de la ejecución, una colina conocida como la calavera (Gólgota). Allí le clavan en su cruz. Como un pequeño acto de compasión, le ofrecen a

Jesús vino agriado con un narcótico para atenuar el dolor de la víctima. Pero teniendo en mente su promesa («no beberé de ese fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba con vosotros de nuevo, en el reino de mi Padre»), nuestro Señor no lo bebió (26, 29; 27, 34).

Según la ley romana había que escribir el crimen cometido por la víctima en una tablilla (llamada *titulus*) arriba de la cruz.

Pilatos escribió el crimen de Jesús: «Este es Jesús el Rey de los judíos». En latín, es "Iesus Nazarenus Rex Iudeorum" de donde viene el acrónimo INRI. Pilatos era el representante local del gobierno romano. Al escribir este *titulus,* reconocía formalmente a Jesús como el pretendiente al trono de Israel. Por eso el evangelio de Juan nos dice que el sumo sacerdote protestó ante el modo en que Pilatos había escrito el título de Jesús, pero Pilatos se negó a cambiarlo.

Hay una gran ironía en el evangelio de Mateo. Comenzó su evangelio con una genealogía de Jesús, demostrando que Jesús pertenecía a la línea sucesoria para reclamar el

trono de David. Pero esta reclamación al trono solo se le reconoce por las autoridades cuando le matan. Los soldados romanos, el sumo sacerdote, y el mismo gobernador romano, todos le llaman "Rey de los judíos" o "Rey de Israel" (27, 29; 37, 42). El único "trono" que Jesús recibe en este mundo es la Cruz. Esto es irónico y paradójico. Pero de algún modo conviene a la clase de reino que Jesús ha predicado desde su primer sermón (Mt 5–7). Él es el rey de los pobres, los tristes, los hambrientos, los sedientos, los humildes y especialmente los perseguidos. Así es como él es cuando las autoridades le aclaman como rey. Así es como él es en su muerte.

Es una lección para nosotros, también, para seguir a este Rey como sus discípulos. No vamos a seguirle para obtener un trono en esta tierra por nuestros esfuerzos. Este mundo no reacciona bien ante quienes siguen el modo de vida de Jesús, especialmente si dicen la verdad públicamente. Si reinamos con Cristo en esta vida, es estando en una cruz, como Jesús mismo.

Jesús está próximo a morir y son cerca de las tres de la tarde. En ese momento, Jesús exclama: «Elí, Elí, ¿la'ma sabachtha'ní?», que significa: «¡Dios mío, Dios mío por qué me has desamparado?». Muchos se inquietan ante este versículo. ¿Significa eso que Dios Padre ha abandonado completamente a Jesús el Hijo? ¿Puede Dios Padre abandonarme así a mí en la hora de mi necesidad? ¿A qué clase de Dios adoramos? ¿En qué Dios creemos exactamente?

Pocas personas parecen darse cuenta de que las palabras de Jesús son la primera línea del Salmo 22: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado? Lejos estás de mi salvación» (Sal 22, 1). En los tiempos antiguos, los Salmos no estaban numerados. La práctica judía era referirse a los libros bíblicos o a secciones de los libros

por la primera línea o al menos una línea significativa. Todo judío con formación sabría exactamente a qué se refería Jesús al decir "Dios mío, Dios mío...". ¿Cuándo fue la última vez que leíste el Salmo 22? Es una experiencia interesante. Podrías hacerlo ahora. Es probable que no recuerdes exactamente como sigue el salmo. Pero míralo por encima y hazte esta pregunta: ¿Cómo termina el salmo? ¿Termina en desesperación o en victoria? Respóndete. Abajo he copiado unas pocas líneas, tomadas de la segunda mitad del salmo, comenzando en el versículo 24:

> Los que teméis al Señor, alabadle;
> estirpe toda de Jacob, glorificadle,
> temedle, estirpe toda de Israel.
> Pues no desprecia ni desdeña la miseria del mísero,
> ni le oculta su rostro;
> cuando a Él clama le escucha [...]
> Los pobres comerán hasta saciarse,
> alabarán al Señor los que le buscan.
> ¡Que vuestro corazón viva por siempre!
> Se acordarán y se convertirán al Señor
> los enteros confines de la tierra;
> se postrarán en su presencia
> todas las familias de las naciones (Sal 22, 24-28).

Merece la pena leer el salmo completo cuidadosamente. Sin embargo, estos versículos son suficientes para nuestro propósito: el Salmo termina con el triunfo de Dios y la justificación de su siervo. De hecho, "los enteros confines de la tierra" (una referencia a los gentiles) recordarán esto y volverán al Dios de Israel.

Ahora, permitidme una última pregunta: ¿Piensas que Jesús sabía como termina el Salmo 22? ¿Piensas que sí?

Bien, también yo. Así que, cuando interpretamos las palabras de Jesús desde la cruz, podemos decir: *Sí, Jesús está sufriendo.* Por el momento, tenemos la sensación de que Dios está ausente, que el mal está ganando. Pero Jesús sabe también como termina. Él sabe que la victoria de Dios y la resurrección están al llegar.

Algunos de los circunstantes piensan que Jesús está llamando a Elías. ¿Por qué? Pues porque solo hablan griego y no pueden entender el hebreo de Jesús. Pero uno de los que están allí hace algo muy significativo. Corre y trae vino barato, agriado (en griego, *oxos*), pone una esponja en una caña y trata de dárselo a beber. La versión griega indica que bebe. Puede haber ahí alguna confusión, pero Juan 19, 30 elimina cualquier duda: «*Jesús, cuando probó el vinagre,* dijo: "Todo está consumado"» (énfasis añadido).

Pero, espera. Jesús, ¿no has dicho que no beberías el fruto de la vid hasta que lo bebieses nuevo en el reino de los cielos? ¿Qué indicas bebiendo ahora, y qué diciendo "Todo está consumado"? ¿*Qué* está consumado?

Hay varias posibles respuestas a esta cuestión, y quizá muchas cosas llegan a la consumación con la bebida de Jesús en la cruz, dependiendo de cómo lo veamos. Sin embargo, algo que se consuma puede ser la Pascua que inició días atrás con sus discípulos. Vimos cómo parecían dejar la Sala de Arriba antes de beber la última copa de la cena, y que Jesús decía que no bebería hasta que estuviese en el reino. Luego vimos que el asunto de la copa (o el cáliz) continuaba en el Monte de los Olivos cuando pedía que pasase ese cáliz de él. Y rechazó beber el "fruto de la vid" cuando se lo ofrecieron antes de su muerte. Pero ahora, bebe y muere inmediatamente. La gran Pascua de Dios está completa, y el "cordero que quita los pecados del mundo" ha muerto para cargar con la culpa de nuestro pecado.

Pero ¿dónde está el reino que Jesús prometió? ¿Cómo puede haber llegado en el momento en que Jesús muere? Parece paradójico, pero san Mateo recoge misteriosos eventos que tienen lugar en el momento de la muerte de nuestro Señor, misteriosos eventos que apuntan a la llegada del reino de Dios. El velo del Templo que impedía ver o adorar en el Santo de los Santos se rasgó milagrosamente de arriba abajo. La presencia de Dios era ahora asequible para todos. Un terremoto partió las piedras y abrió sepulcros, y muchos santos de las generaciones anteriores resucitaron y entraron en Jerusalén y se aparecieron a muchos (Cfr. Mt 27, 51-53). Eran señales de que el reino de Dios había irrumpido en nuestra realidad y un signo del fin de los tiempos cuando el reino será visible para todos.

Con estos eventos, Mateo, y esperamos que también nosotros, quedamos convencidos de que el reino llegó en poder con el sacrificio y la muerte de Jesús. Es la llegada del reino lo que explica las palabras de Jesús al final del evangelio, después de volver de la muerte y aparecer a los discípulos:

> Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo (Mt 28, 18-20).

«Toda potestad en el cielo *y en la tierra* se me ha dado», dice Jesús, indicando que su reinado *en la tierra* ha comenzado ya. El reino de Jesús no es solo una realidad celestial. El Salmo 2, una antigua profecía sobre el Rey davídico, dice: «Pídeme y te daré en herencia las naciones, los confines de la tierra en propiedad» (v. 8). Jesús está diciendo

que él ya ha recibido esa potestad universal. Solo queda enviar a sus siervos, sus oficiales y virreyes, al mundo para reclamar la posesión de su reino.

Así, pues, dice: «Id y haced discípulos de todas las naciones». Nótese que no dice: *Haced feligreses de todas las naciones; Haced conversos de todas las naciones;* o *Haced que todos en las naciones digan ser mis seguidores.* No, él dice "haced discípulos". Un discípulo es una persona que estudia las enseñanzas de un gran hombre e imita su estilo de vida lo mejor posible. En cierto sentido, un discípulo es un imitador. Somos imitadores de Jesús.

Ser discípulo comienza con el Bautismo: «Bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo», dice Jesús.

Pero no termina con el Bautismo: «Enseñándoles *a guardar todo lo que os he mandado*». Nótese que *no* dice *enseñándoles todo lo que os he mandado* al modo en que Platón o Confucio puede ser enseñado en un curso de filosofía. No. Lo que dice es "enseñándoles *a guardar* todo lo que os he mandado". Enseñar información y enseñar conducta son cosas diferentes. Puedes enseñar a alguien todo lo referente a la física de la natación y la flotabilidad del cuerpo humano y esa persona no sabrá por eso nadar. Enseñar *sobre la natación* y enseñar a alguien a *nadar* son cosas diferentes.

Los apóstoles van a enseñar a *nadar*, no a obtener una licenciatura en la ciencia de la natación. O mejor, el apóstol va a enseñar cómo pescar, no cómo estudiar la genética de los peces y su comportamiento.

El cristianismo no es un tema académico; es un modo de vida, cómo vivimos nosotros, no solo lo que pensamos. Más aún, ningún aspecto del modo de vida cristiano es opcional. Jesús no dice: «Enseñadles que vean y elijan

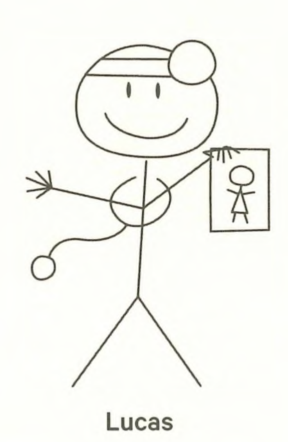
entre mis enseñanzas las que quieran seguir». No. Lo que dice es: «Enseñadles a guardar *todo* lo que os he mandado». Todos los aspectos de la vida y la fe cristiana están interconectados. Si dejas uno de esos aspectos, el vestido entero comienza a deshacerse. Jesús no quiere producir católicos de "cafetería", de esos que miran y eligen lo que quieren obedecer de sus enseñanzas y de su Iglesia.

Estas últimas instrucciones de Jesús en Mateo 28, 18-20 son una orden expresa, una tarea difícil de cumplir. Hay quienes llaman a este pasaje "el Gran Encargo", porque aquí Jesús encarga a sus oficiales sus "órdenes de marcha" hasta los últimos tiempos. Otros dicen que estos versículos son la "Gran Omisión", porque los cristianos a través de los siglos no los han seguido. Asegurémonos de que eso no suceda con nosotros. Estoy seguro de que estás leyendo este libro –y ciertamente para eso lo he escrito– como parte de un esfuerzo por aprender lo que Jesús enseña más completamente, para poder vivirlo más efectivamente.

***

¡Felicidades! Has llegado al final de Mateo, el primero de nuestros principales autores del Nuevo Testamento. Has visto cómo, desde el comienzo con la genealogía hasta el final, con el "Gran Encargo", la vida de Jesús, su muerte y resurrección han traído realmente el reino de Dios a la tierra. Ahora que hemos trabajado un evangelio, los otros evangelios irán un poco más rápidos, pues ya hemos cubierto lo que es común.

PARTE II
¡EL REINO DE DIOS CRECE!



Lucas

3.
EL EVANGELIO DE LUCAS

AHORA ES TIEMPO DE COMENZAR a estudiar los escritos de san Lucas, y cuesta no estar excitado. Siempre me siento contento cuando comienzo a explicar Lucas y su continuación, los Hechos de los Apóstoles, en mis cursos sobre el Nuevo Testamento, porque el tema de la alegría corre a través de ambos libros. El Evangelio de Lucas, de hecho, comienza con el relato de los cinco Misterios Gozosos.

¿Por qué está san Lucas tan contento? Probablemente porque creció como pagano y más tarde escuchó del apóstol Pablo la buena nueva sobre Jesucristo. El paganismo no era muy alegre. Los dioses paganos serían crueles e impredecibles. Más aún, la religión pagana no era siempre clara sobre lo que una persona podría esperar, si podía esperar algo, en la próxima vida. Esa fue la cultura en que creció san Lucas antes de encontrar al apóstol Pablo y oírle hablar sobre Jesucristo. San Pablo decía que Dios amaba a los seres humanos, hasta el punto de haberse hecho

uno de ellos, e incluso sufrir y morir para probar su amor por ellos. Jesús de Nazaret era Dios encarnado: mostraba el camino para la vida eterna. Quien creía en él y seguía sus enseñanzas tendría confianza en recibir el amoroso abrazo de Dios en una vida venidera. Eso era una gran noticia. ¿Cómo podría alguien no alegrarse al oírla? La predicación de san Pablo cambia radicalmente la vida de Lucas para siempre.

Como dijimos antes, san Lucas era un gentil instruido, de lengua griega, el único gentil que escribiría una parte del Nuevo Testamento. Aunque era gentil, veremos que conocía las escrituras judías muy bien. Puede que se convirtiese al judaísmo antes de ser cristiano.

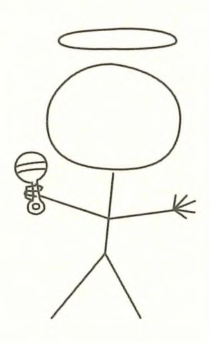
Si san Mateo escribió su evangelio principalmente para los judíos, san Lucas lo hace para los no judíos (gentiles). Eso explica muchas de las diferencias entre estos dos evangelios. Por ejemplo, Mateo traza la genealogía de Jesús desde Abrahán, el antepasado de los judíos. Pero Lucas la establece remontándose a Adán, padre de toda la raza humana. Los personajes gentiles juegan un papel más importante en el evangelio de san Lucas, y san Lucas omite algunos detalles sobre la vida de Jesús que los no judíos no entenderían.

El evangelio de san Lucas tiene algunos énfasis especiales. Junto a la importancia de los gentiles, subraya la de la oración y el Espíritu Santo. Vemos a Jesús rezando con más frecuencia en Lucas, y la actuación del Espíritu Santo se menciona más frecuentemente. Las mujeres juegan un gran papel. Lucas nos habla más de la relación de Jesús con mujeres, y de cómo ellas ayudan a su ministerio y al crecimiento de la Iglesia.

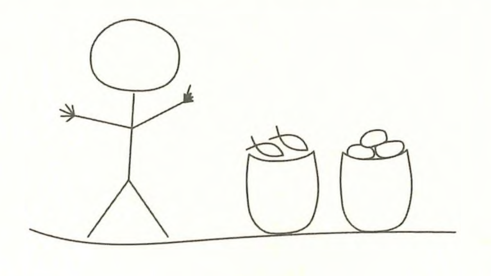
El evangelio de san Lucas se desglosa en cuatro secciones básicas:

1. Infancia de Jesús (Lc 1–2);
2. Comienzo del ministerio de Jesús (Lc 3–9);
3. Viaje final de Jesús a Jerusalén (Lc 10–19); y
4. Semana Santa (el "relato de la Pasión", Lc 20–24).

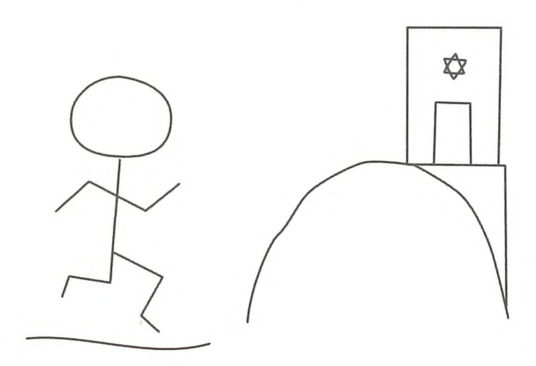
Utilizaremos algunos dibujos sencillos que ayuden a recordar estas cuatro partes del evangelio de Lucas. Para los relatos de la infancia (Lc 1–2), dibujaremos un niño Jesús con un sonajero y halo (El Señor perdonará nuestro sencillo arte. Él conoce nuestra buena intención).



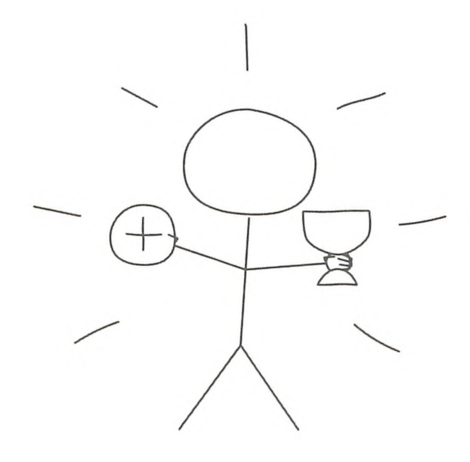
Durante el comienzo de su predicación (Lc 3–9), Jesús enseña y obra milagros. Para recordar su enseñanza, le dibujaremos con su mano alzada, señalando un punto. Para recordar sus milagros, dibujaremos cestos de panes y peces, recordando la multiplicación para cinco mil (ver Lc 9, 10-17).



El relato del viaje (Lc 10–19) transcurre mientras Jesús se dirige a Jerusalén por última vez. Así que le dibujaremos caminando resuelto hacia Jerusalén.



Para representar los capítulos de la Semana Santa de Lucas (20–24), dibujaremos a Jesús celebrando la Eucaristía, que nos recordará los dos episodios famosos en esos capítulos: la institución de la Eucaristía (Lc 22, 1-38) y el acontecimiento del Camino de Emaús (Lc 24, 13-35), cuando a Jesús "le reconocieron al partir el pan" (24, 35).



Buena parte del evangelio de Lucas se solapa con el de Mateo, especialmente en Lucas 3–9, donde se relata el comienzo del ministerio de Jesús. La mayor parte del material único en Lucas puede encontrarse en la sección de la infancia de Jesús (Lc 1–2) y su viaje final a Jerusalén (Lc 10–19). Lucas añade también algunos toques especiales al recordar los acontecimientos de la Semana Santa. En lo que sigue, saltaremos la mayor parte del material que ya tratamos en Mateo y prestaremos mayor atención a los relatos y enseñanzas que son únicos de Lucas.

Introducción de Lucas

¿Preparado para empezar? ¡Bien! Entremos en Lucas. Este es el pasaje de apertura: «Ya que muchos han intentado poner en orden la narración de las cosas que se han cumplido entre nosotros, conforme nos las transmitieron quienes desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra, me pareció también a mí, después de haberme informado con exactitud de todo desde los comienzos, escribírtelo de forma ordenada, distinguido Teófilo, para que conozcas la indudable certeza de las enseñanzas que has recibido» (Lc 1, 1-4).

¡Es una buena frase! Apenas puedes leerla en alta voz sin tomar aire. Veamos algunas cosas:

Primero, es un párrafo verdaderamente elegante. Es más complejo del que podría escribir un graduado de enseñanza media. San Lucas está mostrando su buena formación grecorromana. Está diciendo: *¡Mira lo que puedo hacer, mundo! Puedo soltar un párrafo como este sin sudar ni una gota.* San Lucas ha sido educado en las mejores escuelas de su tiempo, las equivalentes a Harvard y Yale en la

antigüedad. Cuando quiere, puede componer en griego tan elegante como el de los grandes filósofos e historiadores. Los griegos y romanos de clase alta que leyesen el comienzo de su evangelio podrían comprobar inmediatamente que trataban con un educado hombre de mundo, no con un curandero o un charlatán predicador.

En segundo lugar, san Lucas nos dice que está escribiendo historia, no mitología. Dice que se ha "informado con exactitud de todo desde los comienzos", lo que significa que ha investigado personalmente en los acontecimientos que narra. Transmite el testimonio de "testigos oculares" y escribe "de forma ordenada" para que sus lectores puedan conocer la "verdad". Este es el lenguaje de un escrito histórico. En el tiempo de san Lucas, los griegos habían escrito historia en los últimos cuatrocientos años, desde los días de los grandes historiadores Heródoto y Tucídides. Los griegos tenían ideas muy sofisticadas acerca de cómo se escribía historia y largos debates sobre el mejor modo de hacerlo. Heródoto creía que uno debía dar toda la información posible y dejar que los lectores juzgasen por sí mismos lo verdadero y lo falso. Tucídides, por otra parte, argumentaba que uno no debía transmitir información que no pudiese verificar personalmente. Lucas claramente se pone al lado de Tucídides. Presenta solo la información que él ha verificado. Eso es lo que significa que se ha "informado con exactitud" y obtenido la información de "testigos oculares".

Lucas menciona que "muchos" han escrito ya sobre la vida de Jesús. Los evangelios de Marcos y Mateo ya existían cuando escribe san Lucas, y él utiliza ciertamente el de Marcos como una fuente, posiblemente también el de Mateo. Pero dos evangelios no son "muchos". Había un número de biografías de Jesús en los tiempos antiguos

que están ahora perdidas. La Iglesia fue muy cuidadosa sobre qué biografías de Jesús ("evangelios") aprobaba. De las muchas que se escribieron, la Iglesia eligió solo las mejores, las más cuidadas, y más fiables.

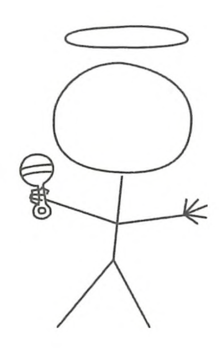
San Lucas escribe a "Teófilo". El nombre de Teófilo significa "el que ama a Dios". Escribir a Teófilo puede ser un recurso literario. Quizá san Lucas se refiere a "cualquiera que ame a Dios". Por otra parte, podría también ser una persona real llamada Teófilo a quien escribía Lucas. Es interesante que la única persona viva conocida en el tiempo de Lucas resulta ser un judío sumo sacerdote[1]. Si este es el Teófilo al que escribe Lucas, se trataba de una correspondencia de alto nivel. ¿Esperaba san Lucas convertir a un líder muy influyente de la comunidad judía? Aunque fuese así, san Lucas sabía bien que muchos otros leerían el relato que escribía para Teófilo. De hecho, hay razones para creer que san Lucas era consciente de que estaba escribiendo nuevas escrituras para el pueblo de Dios y su libro ocuparía un lugar junto a los libros del Antiguo Testamento.

Por ejemplo, cuando seguimos leyendo desde Lucas 1, 1-4 la historia de la infancia de Jesús en Lc 1, 5 y 2, 52, san Lucas cambia su estilo griego. Si la introducción era muy elegante, en griego culto, los relatos de la infancia están escritos en "griego bíblico", esto es, en el estilo de la famosa traducción griega del Antiguo Testamento que conocían casi todos los judíos (llamada de "Los Setenta"). En otras palabras, cuando san Lucas pasa al "lenguaje bíblico" muestra que la historia de la Biblia va recorriéndose a lo largo de la vida de Jesús. Jesús es un gran profeta como los del Antiguo Testamento. Más que eso: es el Rey que predijo el Antiguo Testamento que había de volver.

---

[1] Josefo, *Antiguedades judías*, 18, 123 y 19, 297.

PARTE 1 DE LUCAS: LOS RELATOS DE LA INFANCIA (*Lucas 1–2*)



San Lucas no solo usa estilo bíblico; también escribe basándose en modelos bíblicos. Los libros de Samuel en el Antiguo Testamento cuentan la historia del advenimiento de David como rey de Israel. Sin embargo, los libros comienzan retrocediendo al nacimiento de Samuel, el profeta que encuentra a David y le unge como rey.

Del mismo modo, san Lucas retrocede en su evangelio para comenzar con el nacimiento de Juan Bautista, el nuevo profeta que identificará y ungirá a Jesús, el nuevo Rey Davídico. Juan es el "Samuel" del nuevo "David", Jesús.

Zacarías, el padre de Juan, es un sacerdote de alto rango que se entera del nacimiento de Juan a través de un ángel en el Templo, cuando él está celebrando una importante liturgia: el ofrecimiento del incienso a Dios dentro del santuario. Aquí ve al ángel Gabriel. Nadie ha visto a Gabriel desde que se apareció a Daniel quinientos años antes (Dn 9). En aquel tiempo, había dicho a Daniel que pasarían quinientos años hasta la llegada del Mesías, el "príncipe ungido". Pasó el tiempo. Ahora ha vuelto para anunciar que llega el Mesías.

Pero los profetas habían dicho que Elías volvería antes del Mesías, y por eso Gabriel viene a hablar con Zacarías. Le dice al anciano sacerdote que va a tener un hijo, que se llamará Juan, es decir, "la gracia del Señor". Será Nazareo como Samuel, sin beber alcohol, «e irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías» (Lc 1, 17).

Juan Bautista no es literalmente Elías que regresa de la muerte, y por eso cuando más tarde le preguntan: «¿Eres tú Elías?», él dice que no (Jn 1, 21). Sin embargo, Juan es el único que mencionan los profetas cuando profetizan que Elías volverá antes del Mesías. Por ejemplo, Malaquías, considerado el último de los profetas del Antiguo Testamento, termina su libro diciendo: «Ved que Yo os enviaré al profeta Elías antes de que llegue el día del Señor, grande y temible. Él reconciliará el corazón de los padres con los hijos y el corazón de los hijos con los padres» (Ml 3, 23-24). Así, Gabriel dice de Juan: «Irá delante de Él con el espíritu y el poder de Elías para convertir los corazones de los padres hacia los hijos» (Lc 1, 17). Juan sería el Elías que los profetas anunciaron.

¿Qué pasaría si fueses un anciano, y un ángel se te apareciera un día en tu puesto de trabajo para decirte que tu anciana esposa iba a tener un bebé? Tú no le creerías, y tampoco le creyó Zacarías. Así que Gabriel le impidió hablar hasta que naciese el bebé.

La Anunciación (*Lucas 1, 16-38*)

Seis meses después, Gabriel vuelve a actuar, esta vez para anunciar el nacimiento de Aquel a quien se supone que Juan prepara el camino. Va a Nazaret, en Galilea, a una virgen llamada María, prometida a un cierto José, un descendiente de David. «¡Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo!»,

exclama. Este es un saludo bastante raro para darlo un ángel a un ser humano. Literalmente, Gabriel llama a María "la que ha sido agraciada", que san Jerónimo tradujo por *gratia plena* en latín, "llena de gracia". María se asombra por esta aparición del ángel, pero Gabriel la tranquiliza:

> No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios: concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús [*y'shua*, "Salvación"]. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará eternamente sobre la casa de Jacob y su Reino no tendrá fin (Lc 1, 30-33).

Si has estado conmigo a lo largo de *La Biblia paso a paso*, reconocerás que Gabriel le está prometiendo a María que Jesús cumplirá la Alianza Davídica. En efecto, las palabras de Gabriel solo resumen los puntos clave de 2 S 7, ese famoso capítulo donde Dios asegura a David una alianza de realeza.

Pero si Jesús es el Hijo de David que gobernará desde el trono de David para siempre, ¿por qué no le vemos entronizado en Jerusalén gobernando sobre los judíos?



El evangelio de Lucas va a responder a esta pregunta.

Después de oír el anuncio de Gabriel, María tiene una pregunta obvia: *¿Cómo sucederá esto, porque yo no estoy casada?*

Gabriel replica: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el poder del Altísimo te *cubrirá con su sombra*» (énfasis añadido). Y lo hace usando la misma expresión para la gloria de Dios que *cubre con su sombra* el Tabernáculo en el desierto (Ex 40, 35), de modo que Moisés no puede entrar allí. María es el nuevo tabernáculo de Dios, una santa morada para su presencia.

«He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38). En latín "hágase" es *fiat*. Por eso hablamos aquí del *fiat* de María, esto es, su voluntad de dejar que Dios haga lo que quiera con ella. No hay duda de que san Lucas la presenta como un ejemplo para todos nosotros. Lo he visto así desde hace años, incluso cuando yo era un predicador protestante, cuando tenía que predicar este texto cada Adviento.

La Visitación (*Lucas 1, 39-56*)

Incluso estando embarazada, Nuestra Señora va a la casa de su anciana prima Isabel para ayudarle en su embarazo y parto. Lucas cuenta la historia de tal modo que podemos oír los ecos de una gran historia del Antiguo Testamento. María "se levantó y marcho deprisa" a la montaña; cuando saludó a Isabel, el bebé Juan saltó "en su seno", e Isabel exclamó su agradecimiento en voz alta. Esto hace eco al gran evento cuando David se "levantó" y "acudió" con el Arca de la Alianza a la montaña de Judea, a la misma Jerusalén, y allí bailó de alegría ante el Arca cuando la procesión entró en la ciudad. María es como una nueva Arca

de la Alianza. El Arca contenía los Diez Mandamientos (la Palabra de Dios), el maná (pan del cielo), y la vara de Aarón, el sumo sacerdote. Jesús, en el vientre de María, es el Verbo de Dios, el pan del cielo, y nuestro verdadero sumo sacerdote.

Cuando María llega a la casa de Isabel, la reacción es verdaderamente inusitada. Considera la diferencia de posición entre estas dos mujeres. Isabel es una mujer anciana; vive cerca de Jerusalén, la capital, y su marido sirve activamente en el templo como sacerdote, una profesión de altura. Todas estas cosas dan a Isabel una posición social. María, por otra parte, es una embarazada adolescente, prometida a un trabajador de escasa posición. A los ojos del mundo, ella es de baja condición. Isabel podría mirar por encima del hombro a su prima. ¿Cómo reaccionará?

Ella reacciona exclamando: «¡Bendita tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre!» (1, 42). "Bendita tú entre las mujeres" es una frase que significa en hebreo: "Eres la más bendecida de todas las mujeres". Isabel actúa como si fuese un gran *privilegio* que su prima adolescente se *dignase* visitarla: «¿De dónde a mí tanto bien, que venga la madre de mi Señor a visitarme? Pues en cuanto llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de gozo en mi seno; y bienaventurada la que ha creído, porque se cumplirán las cosas que se le han dicho de parte del Señor» (43-45).

¿Por qué esta desmesurada reacción? La clave está en el título que Isabel da a María: "la Madre de mi Señor". Es el título de la Reina Madre del reino de David. En el antiguo Israel, no era la *esposa* del rey la que gobernaba como reina sino su *madre*. Vemos esto especialmente en 1 R 2, donde Salomón, el mayor de todos los reyes de Israel, trata a su madre Betsabé con mucho respeto. Cuando ella viene a visitarle, él se levanta de su trono y se inclina

ante ella. Luego hace traer un trono para ella para que se siente a su derecha y le promete concederle todo lo que pida (1 R 2, 19-20). Puedes apostar que ante ninguna otra persona de la tierra se hubiese inclinado Salomón. Pero eso era el antiguo protocolo de la corte. La reina madre era honrada por todos, incluso el rey, y se suponía que se le concedía lo que pidiese.

A pesar de la pobreza de María y su aparente clase baja a los ojos del mundo, Isabel la ve como quien verdaderamente es: la Reina Madre de todo Israel, y la trata como tal.

Algunos cristianos tienen poco trato con María y critican a la Iglesia católica por honrarla. Pero honrar a María, lo que llamamos "devoción mariana", es algo bíblico y arranca de la propia Biblia. La primera persona en honrar a María es el ángel Gabriel, que la llama "llena de gracia". Isabel es la segunda persona y el primer ejemplo de *humana* veneración de María en la historia. Como Isabel, los católicos a lo largo de la historia han reconocido a María como la Reina Madre de la Casa de David y la han tratado con real dignidad.

En respuesta a Isabel, María, llena del Espíritu Santo, canta su gran cántico, que llamamos el *Magnificat*, por su primera palabra en latín:

> Engrandece mi alma al Señor,
> y se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador:
> porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava;
> por eso desde ahora me llamarán bienaventurada
> todas las generaciones.
> Porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso,
> cuyo nombre es Santo;
> su misericordia [*eleos*] se derrama de generación en generación
> sobre los que le temen.

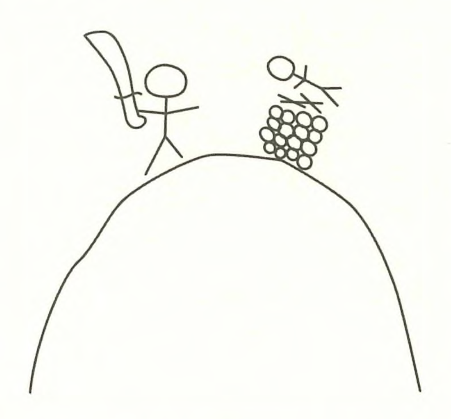
Manifestó el poder de su brazo,
dispersó a los soberbios de corazón.
Derribó de su trono a los poderosos y ensalzó a los humildes.
Colmó de bienes a los hambrientos
y a los ricos los despidió vacíos.
Auxilió a Israel su siervo, recordando su misericordia [*eleos*],
como había prometido a nuestros padres,
Abrahán y su *semilla* para siempre (Lc 1, 46-55).

En el cántico de María, los lectores judíos podrían captar muchos ecos de lo que cantó Ana ante el nacimiento de su hijo el profeta Samuel (1 S 2, 1-10). El nombre de Ana significa "Gracia" en hebreo, y hoy se usa también Gracia como nombre de mujer. Compara María y Ana: una mujer es "gracia"; la otra es "llena de gracia". Ambas alaban a Dios por humillar al orgulloso y exaltar al humilde. María probablemente sabía de memoria la oración de Ana, no nos sorprende que su *Magnificat* suene parecido.

María se alegra de que "todas las generaciones" la llamarán bienaventurada", y su profecía se cumple cada vez que rezamos el Avemaría: «Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús». El Avemaría se basa en textos bíblicos y profecías.

La palabra "misericordia" es muy importante en el cántico de María. Habla de Dios "acordándose de su misericordia". ¿Qué significa "recordar la misericordia"? No solemos hablar así. Solo tiene sentido en hebreo. San Lucas está traduciendo la frase hebrea *zakar hesed,* que significa "recordar" (*zakar*) "el vínculo de la fidelidad a la alianza" (*hesed*). Esta palaba *hesed*, "fidelidad a la alianza", es muy rica; se traduce por *eleos* en griego y *misericordia* en español, pero significa mucho más que misericordia. Es la fidelidad de Dios a sus promesas juradas. Mira las

dos últimas líneas del *Magnificat*: «Auxilió a Israel su siervo, recordando su misericordia [*eleos* = *hesed*], como había prometido a nuestros padres, Abrahán y su descendencia (literalmente *semilla*) para siempre» (54-55). Nuestra Santa Madre está describiendo la alianza con Abrahán. ¿Cuándo y dónde habló Dios con "nuestro padre Abrahán" y "su semilla para siempre"? Eso sucedió en el monte Moria, después de que Abrahán casi sacrifica a su "único hijo" Isaac a Dios, y Dios dijo: «Juro por mí mismo... por haber hecho una cosa así... te colmaré de bendiciones... en tu *semilla* serán bendecidos todos los pueblos de la tierra» (Gn 22, 16-18).



María sabe que el hijo que lleva en su seno cumplirá todas las promesas que Dios hizo a Abrahán por el juramento de la alianza. Cada vez que sacerdotes, religiosos y otros católicos recitan el *Magnificat* en la Liturgia de las horas, están dando gracias a Dios por su fidelidad (*hesed*) a su alianza con Abrahán.

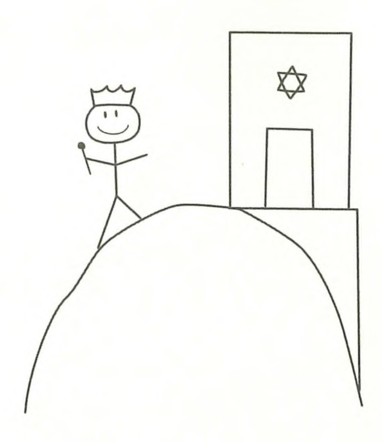
Si avanzamos un poco deprisa en Lucas, después del nacimiento de Juan Bautista encontramos que Zacarías, el

padre de Juan, tiene ideas muy parecidas a las de nuestra Santa Madre. Cuando al fin se suelta su lengua, después del nacimiento de su hijo, bendice a Dios con su propio cántico, el *Benedictus*, que también se recita en el Oficio divina. Comienza así:

> Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
> porque ha visitado y redimido a su pueblo,
> y ha suscitado para nosotros el poder salvador
> en la casa de David su siervo,
> como lo había anunciado desde antiguo
> por boca de sus santos profetas (Lc 1, 68-70).

Zacarías da gracias a Dios por cumplir tanto la Alianza Davídica como la que hizo con Abrahán. "Visitar" y "redimir" son términos de alianza: cuando tu aliado se encuentra en problemas (por ejemplo, vendido como esclavo), tú vas a "visitarlo" y "redimirlo" (volver a comprarlo). El "poder salvador" en la "casa de David su siervo" significa un nuevo rey davídico, un hijo de David que restaurará el reino de David y la alianza. Lo de "desde antiguo por boca de sus santos profetas" se expresa así:

> Isaías: «Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado… El imperio será engrandecido, y la paz no tendrá fin sobre el trono de David» (9, 5-6).

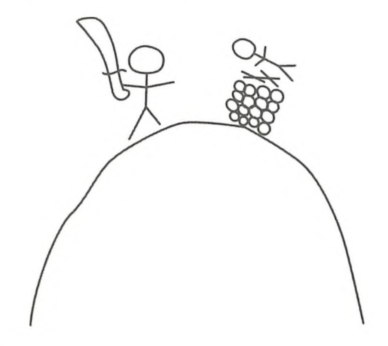


Jeremías: «Mirad que vienen días, oráculo del Señor, en que suscitaré a David un brote justo, que rija como rey y sea prudente» (23, 5).

Ezequiel: «Pondré sobre ellas un pastor que las apacentará, mi siervo David. Él las apacentará» (34, 23).

Así pues, Dios está "recordando" no solo la alianza con David sino también la alianza con Abrahán. Un poco después, en el *Benedictus*, Zacarías pronuncia tres líneas que significan lo mismo: «Ejerciendo la misericordia [*hesed*] con nuestros padres, y acordándose de su santa alianza, y del juramento que hizo a Abrahán, nuestro padre» (Lc 1, 72-73). *Hesed* es fidelidad a la alianza. Así que "ejercer *hesed*" es lo mismo que "recordar su santa alianza". Y la "santa alianza" es la misma cosa que el "juramento" que Dios hizo a Abrahán, porque alianza es la *extensión del parentesco por juramento.* ¿Y cuándo juró Dios a "Abrahán, nuestro padre"? Eso sucedió solo una vez, al final de este acontecimiento: «*Juro por mí mismo*... por haber hecho una cosa así, y no haberme negado a tu hijo, tu único hijo, te colmaré de bendiciones... en

tu *semilla* serán bendecidos todos los pueblos de la tierra» (Gn 22, 15-18, énfasis añadido).



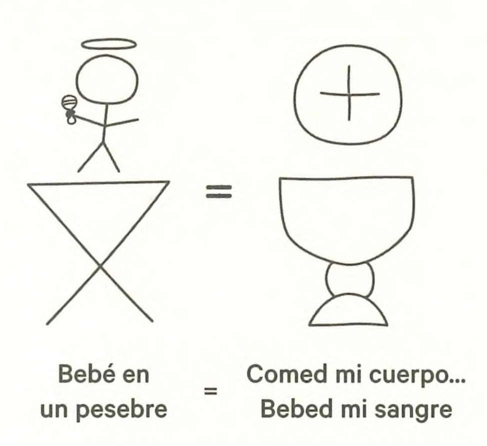
Tanto el *Magnificat* de María como el *Benedictus* de Zacarías forman parte del pulso de la oración en la Iglesia católica, recitados diariamente en la tarde y la mañana respectivamente. Ambas oraciones están llenas del concepto de *misericordia,* que según hemos visto es un concepto de alianza, *hesed.* Con cuánta frecuencia habremos rezado estos dos cánticos sin darnos cuenta de que alabamos a Dios por cumplir su alianza con Abrahán y David, por el regalo de Juan y Jesús.

San Lucas resume la infancia de Juan diciendo que crecía y se fortalecía en el espíritu y habitaba "en el desierto" hasta el tiempo de su manifestación a Israel. El desierto era el área desértica hacia del este de Jerusalén a lo largo del Jordán y el Mar Muerto. ¿Qué podía hacer un muchacho allí? ¿Cómo podría incluso sobrevivir? No lo sabemos, pero conocemos que los Esenios tenían un monasterio en la costa norte del Mar Muerto y admitían muchachos para educarlos como futuros monjes[2]. ¿Creció allí Juan Bautista? Lo sospecho, pero no puedo probarlo.

[2] Josefo, *La guerra judía*, 2, 119.

El Nacimiento (*Lucas 2, 1-21*)

Volvamos al nacimiento de Jesús. Dios dispuso las circunstancias del nacimiento de Jesús de modo que nos recordase sus conexiones con su antepasado David. Un censo ordenado por el gobierno romano forzó a José a dejar Nazaret para viajar y registrarse en Belén. Por supuesto, Belén era el lugar de nacimiento de David y se encuentra a unas pocas millas de Jerusalén. Quizá el censo había llevado a un número inusitado de personas hasta Belén, que era solo un pueblo muy pequeño, porque san Lucas dice que "no había lugar para ellos en el aposento". María y José se refugiaron con animales, probablemente en una cueva, y cuando nació el niño, María lo envolvió en pañales y lo recostó en un "pesebre". Qué apropiado es esto: el pequeño que será el pan de vida, que se dará para que le coman, es recostado en un comedero, en una ciudad cuyo nombre, "Bethlehem", significa "la casa del pan".



Belén era también un pueblo de pastoreo. El mismo David creció como un pastor, así que no nos sorprende encontrar pastores en los alrededores. Se les aparecieron ángeles, anunciándoles el nacimiento del "Cristo, el Señor". Dejando a sus ovejas, acudieron para encontrar al niño y verle con sus propios ojos. Asombrados, algunos de ellos podrían recordar las profecías de quinientos años antes: «Voy a salvar a mi rebaño y nunca más será objeto de pillaje… Pondré sobre ellas un pastor que las apacentará, mi siervo David. Él las apacentará, será su pastor» (Ez 34, 22-23). El niño del pesebre es el nuevo David que apacentará el rebaño de Israel con su propio cuerpo.

San Lucas indica su fuente para los relatos de la infancia de Jesús mencionando que «María guardaba todas estas cosas ponderándolas en su corazón» (2, 19). Pero María es más que una fuente de información histórica; ella es también un ejemplo espiritual, porque nos enseña cómo meditar. Cuando rezamos los misterios gozosos del Rosario, nosotros también podríamos "guardar" todos los misterios y "ponderarlos" en nuestros corazones, meditándolos y considerando su profundo significado. Si solo pronunciamos las palabras sin ponderar los misterios, no estamos rezando el Rosario como se debe.

La ley de Dios prescribía que, a los ocho días, un niño varón debía ser circuncidado como señal de su incorporación a la Alianza de Abrahán (ver Gn 17, 11-12).

Génesis 17:
Alianza de Circuncisión

Los judíos aprovechaban esta oportunidad para dar oficialmente un nombre al niño. José le llamó "Salvación", en hebreo, *Y'shua* y en español Jesús. Es profundo que este niño, nacido como la verdadera "semilla de Abrahán" en quien serán bendecidas todas las naciones de la tierra (Gn 22, 18), reciba ahora esta antigua señal de la alianza de Abrahán. Este primer derramamiento de la sangre de Jesús mira al último derramamiento de su sangre en la Cruz, cuando una corriente de sangre y agua brotó de su costado, un signo del Espíritu Santo saliendo de su cuerpo para bendecir a todas las naciones y cumplir las promesas a Abrahán.

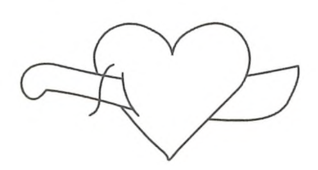
La Presentación (*Lucas 2, 22-38*)

La Ley de Moisés también determinaba un cierto tiempo de purificación ritual para una madre después del nacimiento de un hijo varón, treinta y tres días, tras los cuales debía ofrecer un sacrificio, quedaba purificada y entraba en el santuario para adorar (Lv 12). María y José obedecieron esta ley, aunque es probable que nuestra Madre no requería estrictamente este ritual de purificación por las circunstancias únicas del nacimiento de Jesús. Acudieron con Jesús al Templo para cumplir la ley. Sacrificaron con la ofrenda de los pobres: dos palomas, la ofrenda menos cara posible (Lv 12, 8). Así vemos que la Sagrada Familia era pobre, y Jesús creció en la pobreza, aunque eran de estirpe real, el linaje de los reyes de Israel.

Había ancianos que vivían cerca del Templo y dedicaban los últimos años de sus vidas a rezar en el lugar santo. Dos de ellos, un hombre llamado Simeón y una mujer llamada Ana, reconocieron al niño Jesús y profetizaron sobre él. Simeón vio al niño y dijo: ¡*Mis ojos han visto tu*

Salvación, tu y'shua! Y luego identificó a Jesús como el cumplimiento de las profecías de Isaías: «Te he puesto para ser luz de las naciones, y gloria de mi pueblo Israel» (Lc 2, 32. Ver también Is 42 y 49).

Sus palabras a María fueron más inquietantes: «Este niño ha sido puesto para caída y resurrección de muchos en Israel, y para signo de contradicción, y a tu misma alma la traspasará una espada» (Lc 2, 34-35).



Aquí Simeón predice el sufrimiento de María junto al de Jesús, el dolor que ella tendrá que soportar como madre viendo a su único hijo ser rechazado, torturado y ejecutado. María estará unida a Jesús en su pasión, tomando parte con él en la redención del mundo. Cada verdadero cristiano sigue los pasos de María, compartiendo en cierto modo los sufrimientos de Jesús.

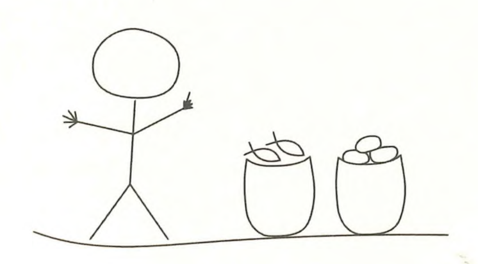
En efecto, María ya sufre por Jesús algunos años después, cuando María y José van con Jesús a Jerusalén por Pascua. Después de la fiesta, ellos comienzan el viaje de vuelta a Nazaret con sus parientes y amigos. La gente en próximo oriente vive y viaja en clanes unidos, hasta hoy.

Pero después de pasar un día, María y José advierten que él no está en el grupo y vuelven a Jerusalén para encontrarle. Pensemos en la agonía de los tres días de búsqueda en esa inmensa ciudad. Finalmente le encuentran en el Templo, y la Madre está angustiada cuando dice: *Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira que tu padre y yo, angustiados, te buscábamos.* Y Jesús replica inocente: «¿Por qué

me buscabais? ¿No sabíais que es necesario que yo esté en las cosas de mi Padre?» (2.49).

¿Qué va a pasar aquí? Bueno, ante todo, veremos que la vida de esta familia puede ser difícil. Malentendidos surgen incluso cuando ambos padres son santos y el hijo es divino. Segundo, el modelo del profeta Samuel es útil aquí. En distintos modos, Jesús ha sido comparado a Samuel. Ambos nacieron de madres "llenas de gracia" que cantan parecidos cánticos sobre sus nacimientos. Ambos están destinados a ser profetas y conectados al Templo. Luego recordamos que Samuel, cuando ya fue lo bastante mayor, fue llevado al Templo para que lo educase el sacerdote (1 S 1, 25-28). Seguramente no es accidental la semejanza con la infancia de Jesús. Quizá el muchacho Jesús pensaba que, a la edad de doce, la del fin de la adolescencia en el judaísmo, sus padres le estaban llevando a Jerusalén para dejarle en el Templo, como a Samuel. Seguramente la santa Madre le habría hablado ya tranquilamente de algunas especiales circunstancias de su nacimiento, que se parecían a las de ese gran profeta. En todo caso, san Lucas vería esa semejanza: termina la historia de la infancia de Jesús con una línea de la historia de Samuel: «Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres» (Lc 2, 52. Ver 1 S 2, 26).

PARTE 2 DE LUCAS: PREPARACIÓN DEL MINISTERIO DE JESÚS (*Lucas 3–9*)



El relato de Lucas sobre la preparación del ministerio de Jesús cubre un espacio semejante al que ya hemos leído en Mateo. De hecho, esta sección de Lucas es probablemente menos original que las demás secciones de su evangelio. Por eso no vamos a repetir la historia de nuevo. Sin embargo, nos centraremos en tres historias de Lucas que son únicas comparado con Mateo.

En Lucas 3, tenemos una genealogía de Jesús diferente de la que da Mateo 1. La de Mateo va desde Abrahán hasta Jesús, mientras que Lucas va hacia atrás desde Jesús hasta Adán. Mateo muestra a Jesús como el salvador de los judíos (hijo de Abrahán), mientras Lucas muestra a Jesús como el salvador de los gentiles (hijo de Adán). Pero hay más: en largos tramos, las dos genealogías no coinciden, y en cada una hay un padre diferente para san José: "Jacob" en Mateo y "Helí" en Lucas. Algunos piensan que eso prueba que uno o los dos evangelios están amañados y no se puede confiar en los evangelios.

Sin embargo, no es difícil explicar por qué Mateo y Lucas pueden haber puesto un padre diferente para san José. En los tiempos antiguos, las genealogías podrían seguir la descendencia legal o la biológica, o ambas[3]. Porque por la dureza del trabajo, enfermedades y guerras, muchos padres morían jóvenes, y sus hijos eran adoptados por otros. Por la adopción, no era raro que un hombre tuviese padre biológico y legal distintos, especialmente en las dinastías reales. Por ejemplo, el mismo César Augusto, el emperador en el tiempo del nacimiento de Jesús, tenía nada menos que tres padres. Su padre biológico fue un

---

[3] Ver mi entrada sobre "Genealogy" en *The Westminster Dictionary of New Testament and Early Christian Literature and Rhetoric*. Louisville: Westminster/John Knox, 2003.

tal Gayo Octavio, un noble romano. Pero su padre murió cuando Augusto tenía cuatro años, y fue adoptado como hijastro por el nuevo marido de su madre, Lucio Marcio Filipo. Sin embargo, como joven soldado, Augusto impresionó grandemente a su tío abuelo Julio César, y Julio adoptó a Augusto como su heredero. Por tanto, la ley romana inscribió a Augusto como hijo de Julio César, a quien sucedió como gobernador del Imperio romano. Pero biológicamente, era sobrino nieto de Julio.

Del mismo modo, no es difícil explicar por qué san José pudo tener dos padres. La tradición nos dice que María era hija única. En la ley judía, el marido de una hija única se convierte en el heredero del padre de esta: a todos los efectos, el yerno se convierte en el "hijo". Por eso sospecho que Helí, anotado como padre de san José en Lucas 3, 23, es su padre por el matrimonio con la Virgen, y la línea de descendencia dada en Lucas 3 es realmente la línea biológica de Jesús a través de su madre, mientras que Mateo 1 nos da la línea de san José a través de su padre natural Jacob. Me parece así porque san Lucas muestra más interés en la Virgen, señalándola dos veces como su fuente, mientras que san Mateo muestra más interés en san José. Sin embargo, esto no es dogma de la Iglesia, y podría ser de otra manera. Pues también podría ser que, por diferente razón, san José tuviese más de un padre. La cuestión es que no resulta difícil explicar por qué puede haber dos diferentes genealogías.

En Lucas 4, 16-30, san Lucas nos cuenta algo que no hace Mateo. Este simplemente dice que Jesús deja pronto Nazaret y se fue a vivir a Cafarnaún (Mt 4, 13). Lucas explica por qué. Después de predicar y enseñar por toda Galilea, Jesús llegó a Nazaret, "donde se había criado", para dar su primer sermón en su sinagoga. Eligió como texto una colección de profecías del Libro de Isaías, especialmente Isaías 61:

El Espíritu del Señor Dios está sobre mí,
porque el Señor me ha ungido.
Me ha enviado para llevar la buena nueva a los pobres,
a vendar los corazones rotos,
anunciar la redención a los cautivos
y a los prisioneros la libertad;
para anunciar el año de gracia del Señor (Is 61, 1-2).

El "año de gracia del Señor es el año jubilar, una muy antigua celebración israelita cada cincuenta años, cuando se liberaban todos los esclavos, toda propiedad vendida volvía a su dueño, y todos volvían a casa, a su dominio familiar.

Por los Rollos del Mar Muerto hemos descubierto que muchos judíos esperaban que el misterioso rey sacerdote Melquisedec (ver Gn 14) volviera en cualquier momento y anunciase el Año Jubilar de Dios, que liberaría al pueblo no de las deudas de dinero, sino de la deuda del pecado. Creían que el texto que tomó Jesús de Isaías 61 describía esta figura sobrenatural de Melquisedec.

Por eso, cuando Jesús se sentó para comenzar a predicar (porque se predicaba desde una sede en aquel tiempo) y anunció: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír», el efecto fue electrizante. ¡Aquí está este joven rabino, andando por todas partes, curando y haciendo milagros, reclamando ser el gran Melquisedec que ha vuelto para anunciar el Año Jubilar de Dios!

Con todo, el pueblo de Nazaret era escéptico ante este joven del pueblo: ¿No es este Jesús, el hijo de José el carpintero? Conocemos a toda su familia, ¿cómo puede ser tan especial? Su falta de fe impide a Jesús realizar ningún gran milagro, y cuando Jesús les señala que muchos de los grandes profetas realizaron sus milagros de curaciones para gentiles y no para judíos, sus vecinos se llenaron de

ira y trataron de matarle. Así que esta es una de las razones por las que Jesús se trasladó a Cafarnaún, que era también una ciudad mayor, situada con mejores comunicaciones.

En Lc 6, 17-49, san Lucas recoge otro sermón de nuestro Señor, que suena mucho como el Sermón de la Montaña de san Mateo, pero con significativas diferencias. El lenguaje es a menudo diferente, y tiene lugar en una localización diferente, en un "lugar llano", no en la cumbre de un monte. Por eso se le llama a veces el "Discurso en el llano". Algunos piensan que san Lucas simplemente copió el Sermón de la Montaña de san Mateo y cambió algunas palabras y la localización. Pero no parece que el sentido de la honradez de san Lucas le permitiese poner en boca de Jesús palabras e inventar eventos para los que no tuviese fuentes. Lo más probable es que tanto el Sermón de la Montaña de san Mateo como el Sermón del Llano de san Lucas son variantes de un sermón frecuente que Jesús predicó por doquier en Galilea.

Jesús fue un predicador itinerante. Conozco algo de eso, pues yo también acostumbraba a viajar predicando, sustituyendo a pastores enfermos o de vacaciones. Tengo un sermón que predicaba allá donde iba. ¿Por qué escribir uno nuevo cuando nadie había oído este antes? Sin embargo, nunca predicaba exactamente el mismo dos veces. En cada nuevo lugar, había diferentes circunstancias: la estación del año era diferente, los acontecimientos recientes también lo eran, y las comunidades eran diferentes. Así que adaptaba mi mensaje a la situación. Si en la congregación eran todos mayores, usaría distintos ejemplos que si se trataba de jóvenes familias.

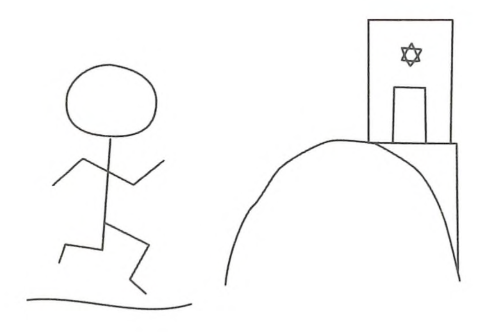
Podemos estar seguros de que Jesús no daba un mensaje diferente por completo para cada ciudad y pueblo que visitaba. Tendría un mensaje básico sobre el reino de

Dios y cómo prepararse para él, que probablemente predicó cientos si no miles de veces. La gente recordaría su mensaje, especialmente sus discípulos que viajaban con él y le oían tan a menudo. Tomaban notas, pero habría muchas variantes en el mensaje básico de Jesús, dependiendo de las circunstancias en donde estaba predicando.

Así pues, lo que tenemos en Mateo 5–7 y Lucas 6 son dos versiones del mensaje básico de Jesús, dadas en dos diferentes ocasiones, que han llegado hasta nosotros. En todo caso, solo lleva pocos minutos leer Mateo 5–7 e incluso menos Lucas 6, pero sabemos que Jesús predicaba la mayor parte del día. No tenemos un relato palabra por palabra de la predicación de Jesús, sino un resumen de sus principales puntos.

Para cuando llegamos a Lucas 9, Jesús habrá predicado mucho, realizado muchos milagros, y contado muchas parábolas. Se ha presentado él mismo y su mensaje al pueblo de Israel. Pero el ambiente del evangelio comienza a cambiar. Nubes de tormenta surgen en el horizonte cuando Jesús empieza a predecir su muerte muchas veces (9, 22 y 44-45). El resto del evangelio narra su último viaje a Jerusalén.

PARTE 3 DE LUCAS: VIAJE FINAL DE JESÚS. "EL RELATO DEL VIAJE" (*Lucas 10–19*)



La mayor parte del evangelio de Lucas transcurre durante los últimos meses de la vida de Jesús en la tierra. Ya en Lucas 9, 51, Jesús decide marchar hacia Jerusalén por última vez, sabiendo que la muerte le espera allí. En los capítulos 10–19, está viajando, y los capítulos 20–24 cuentan lo que sucedió durante la semana de su Pasión.

Lucas 9 es el punto de inflexión. El ministerio de Jesús ha ido bien. No solo ha enseñado y realizado milagros, sino también ha preparado a los doce para hacerlo, y los envía a un exitoso viaje misionero (9, 1-11).

Cuando estaba haciendo oración a solas, al terminar, preguntó a sus discípulos: «¿Quién decís que soy yo?». Respondió Pedro: «El Cristo [el Ungido] de Dios». Eso es lo que Jesús dijo ser en su primer sermón en Nazaret, cuando leyó la profecía de Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido», y luego añadió: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír». Hay aquí un sentido de cumplimiento en la confesión de Pedro. Los apóstoles comprenden y creen quién es Jesús, al menos en lo fundamental, y están preparados para continuar su ministerio. Es un hito significativo. Queda que Jesús dé paso a la Nueva Alianza, pero eso incluye su muerte. Él comienza a hablar abiertamente de su muerte: «El Hijo del Hombre debe padecer mucho… y ser llevado a la muerte y resucitar al tercer día» (Lc 9, 22).

La Transfiguración es otro punto de inflexión. Unos ocho días después de predecir su muerte por primera vez, Jesús sube a un monte con sus tres discípulos más cercanos: Pedro, Santiago y Juan. Mientras está en oración en la cumbre, su aspecto cambia completamente, y los discípulos le ven glorificado: su vestido se volvió blanco, brillando con la gloria de Dios. Los grandes profetas Moisés y Elías le hablaron sobre su "salida" que pronto él iba a

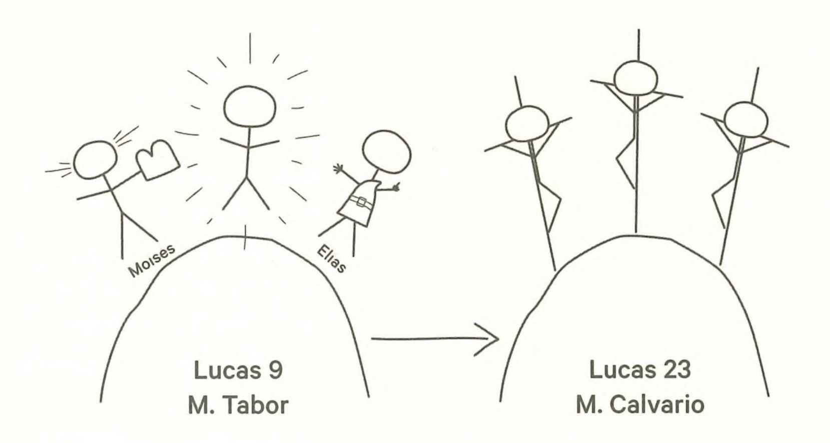
cumplir en Jerusalén (9, 31). Los discípulos se adormecieron y al despertar vieron su gloria y a los dos profetas que estaban al lado de Jesús. No sabían realmente qué decir. La visión terminó con la voz de Dios: «Este es mi Hijo, el elegido: escuchadle». Cuando sonó la voz, Jesús estaba solo. Todo quedó en silencio, y Jesús estaba luego con ellos con su ropa normal.

¿Cuál es el significado de la Transfiguración? Una clave para comprender este acontecimiento es prestar atención a lo que Jesús estaba hablando con Moisés y Elías: literalmente, su "éxodo", que en las biblias en español suele traducirse como "muerte" o "salida" (9, 31). Pero es mejor dejarlo como "éxodo" porque es un concepto importante. Varios profetas habían anunciado un "nuevo" o "segundo éxodo" al final de los tiempos cuando Dios rescataría a su pueblo disperso y lo salvaría (ver Is 11, 10-16). Este "nuevo éxodo" no lo conduciría de nuevo Moisés, sino el real Hijo de David (la "raíz de Jesé" en Is 11, 10).

Esto nos ayuda a comprender que Jesús, en Lucas 9-19, está haciendo el relato de su último viaje a Jerusalén. Está conduciendo el nuevo éxodo. Durante su ida final a la Ciudad Santa, reúne cada vez más discípulos a su alrededor: son los comienzos de la Iglesia. Para cuando llega a Jerusalén, tiene una gran muchedumbre, que celebra en torno a él su entrada triunfal (Lc 19, 29-44). Lleva entonces a sus discípulos a una nueva Pascua (la Eucaristía, Lc 22) y les libra de la esclavitud del pecado por su muerte en la Cruz. Este es el nuevo éxodo que anunciaron los profetas, el que continuamos nosotros celebrando hasta hoy, que puede rescatar a todo el pueblo de Dios, dondequiera que esté disperso, de la esclavitud del pecado para una nueva vida de libertad como hijos de Dios.

¿Por qué están precisamente Moisés y Elías en la Transfiguración? Por una parte, ellos representan la Ley (Moisés) y los profetas (Elías), las dos partes de la Biblia israelita, esto es, el Antiguo Testamento. Jesús representa el Nuevo Testamento: es como si la Escritura tuviese una conversación consigo misma. La Ley y los profetas testifican sobre Jesús. Por otra parte, la tradición judía sostiene que Moisés y Elías fueron ambos llevados al cielo, no como muchos santos del Antiguo Testamento que esperan la resurrección en el lugar de la muerte (Sheol). Por eso Moisés y Elías pueden hablar con el glorificado Jesús, porque ellos ya comparten la gloria celestial.

Por extraño que pueda parecer, la Transfiguración es un anticipo del Calvario. Esos dos montes son como los pilares sobre los que Lucas relata los últimos meses de Jesús. Desde Lucas 9 a Lucas 23 transcurre un viaje de un monte a otro.



De la Gloria a la Gloria

En el monte Tabor, Jesús es visiblemente glorificado para sus discípulos. En el Calvario, Jesús es también glorificado, pero eso no puede verse con los ojos de la carne. Debes mirar con los ojos de la fe. Y puedes ver que es verdaderamente un gran Dios, cuyo amor le lleva a dejar a un lado su naturaleza divina y someterse a la muerte para salvar a sus pobres criaturas. ¿Qué gran amor es este? ¿Y qué es mayor que este amor? Por eso la Cruz del Calvario muestra la gloria del amor de Dios para quienes la miran con fe.

Poco después de la Transfiguración, san Lucas dice esto: «Y cuando iba a cumplirse el tiempo de su ascensión, decidió firmemente marchar hacia Jerusalén» (Lc 9, 51). Este es el arranque formal de la "marcha a la muerte" de Jesús a la Ciudad Santa, que los académicos llaman "el relato del viaje". Es solo de Lucas. Ningún otro evangelio habla de este viaje final con tanto detalle. Muchas historias especiales y enseñanzas encontradas solo en Lucas ocurren en esta sección: el Buen Samaritano (10, 25-37), el Hijo Pródigo (15, 11-32), y el Rico Epulón y el pobre Lázaro (16, 19-31).

No podemos ver cada historia y enseñanza de esta sección, pero podemos resumir el punto principal. Este último viaje de Jesús es como el crecimiento del reino de Dios. Conforme Jesús se acerca a Jerusalén, reúne cada vez más discípulos a su alrededor. Esos son ciudadanos del reino, los comienzos de la Iglesia. Constituyen una gran multitud por el tiempo en que Jesús llega a Jerusalén (19, 37-40). Muchos se irán temporalmente durante su pasión y muerte, pero volverán cuando lleguen las noticias de la resurrección.

Los temas del reino recorren el relato del viaje. Los milagros que realiza Jesús, como los exorcismos (10, 17; 11, 14-23) y curaciones (13, 10-17; 13, 1-6), son señales de

que el reino de Dios está llegando a este mundo. En efecto, Jesús enseña esa verdad: después de echar a un demonio de un mudo, Jesús dice a la muchedumbre: «Si yo expulso los demonios por el dedo de Dios, es que el Reino de Dios ha llegado a vosotros» (Lc 11, 20). Algunos habían dicho que Jesús expulsaba a los demonios con el propio poder de Satanás, pero Jesús señala lo ridículo que es eso: ¿Por qué Satanás expulsaría a los suyos? Más bien, los exorcismos son señales de que el reino de Satanás se estaba hundiendo ante sus ojos, y el reino de Dios ocupaba su lugar. De nuevo, Jesús enseña después a las multitudes: «El Reino de Dios no viene con espectáculo; ni se podrá decir: "Mirad, está aquí" o "está allí"; porque daos cuenta de que el Reino de Dios está ya en medio de vosotros» (Lc 17, 20-21). Jesús dice de sí mismo que él es el Rey, y donde está el Rey, allí está el reino. El reino está ya entre la gente, en la propia persona de Jesús, pero ellos no lo reconocen.

Los temas del reino se muestran en las parábolas que enseña Jesús. Dos parábolas favoritas de esta parte de Lucas son la del Buen Samaritano y la del Hijo Pródigo.

Jesús cuenta *la parábola de Buen Samaritano* cuando un doctor de la Ley le pregunta por el camino para ir al cielo. Jesús le dice que guarde la ley de Dios, especialmente el mandamiento de "amar al prójimo como a sí mismo". Esa es una orden importante; ¿quién de nosotros puede decir que ama a su prójimo así? El hombre se da cuenta de lo difícil que es vivir esto, y empieza a discutir sobre los términos: «¿Y quién es mi prójimo?» (Lc 10, 29).

Jesús cuenta una historia. Un hombre iba por el camino entre Jerusalén y Jericó. Ese es un trecho que baja varias millas por un país estéril, seco y desértico. También era un lugar lleno de bandidos, pues es fácil esconderse allí. Un viaje muy peligroso.

El hombre fue asaltado por unos bandidos, que lo roban y lo dejan por muerto. Dos hombres religiosos, un sacerdote y un levita pasaron cerca de la víctima. Probablemente temieron que el hombre estuviese ya muerto; si lo tocaban quedarían contaminados, y no podrían cumplir sus deberes en el Templo.

Finalmente, un samaritano bajaba por el camino. Los judíos despreciaban a los samaritanos porque eran en parte gentiles y en parte israelitas, descendían de las diez tribus infieles del norte de Israel que se habían apartado hacía tiempo y adoraban a dioses paganos. Así que los judíos y los samaritanos eran "primos lejanos", ambos de tribus de Israel, pero los samaritanos tenían creencias religiosas falsas y adoraban en el templo equivocado, no el de Jerusalén. Sin embargo, este samaritano tuvo compasión del pobre hombre, le prestó una primera ayuda, le llevó a una posada para recuperarse, y pagó al posadero.

Entonces Jesús preguntó: «¿Cuál de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los salteadores?». «El que tuvo misericordia con él», respondió el doctor. «Pues anda, y haz tú lo mismo» (Lc 10, 36-37). Jesús elude la pregunta. El hombre quiere reducir la definición de "prójimo" a un número manejable de personas. Pero Jesús cambia el foco a convertirse en buen prójimo uno mismo. También muestra que el amor al prójimo se extiende a personas que normalmente menospreciamos y evitamos: personas de diferente raza, religión o costumbres. Ordinariamente, tanto el samaritano como el judío viajero se habrían apartado uno del otro, ni siquiera se habrían tocado. Pero en crisis, las barreras caen y el samaritano muestra amor a este "primo lejano" judío.

En otro nivel, esta parábola trata del reino de Dios. En el Antiguo Testamento, el reino de David se dividió por

desgracia en dos reinos rivales, el reino de Israel en el norte con diez tribus y el reino de Judá en el sur con dos tribus. Los judíos descendían de Judá, y los samaritanos de Israel. Pero los profetas habían dicho que, cuando viniera el Mesías, los reuniría en un solo reino: «No volverán a ser dos naciones ni volverán a dividirse en dos reinos» (Ez 37, 22), sino que «mi siervo David será su príncipe para siempre», y «estableceré con ellos una alianza para siempre» (Ez 37, 25-26). En esta parábola, un samaritano del norte de Israel y un judío del sur de Judá se reconcilian. Esa es una de las cosas que Jesús viene a hacer.

En otra ocasión (Lc 15, 11), Jesús cuenta una parábola sobre el perdón. El hijo más joven de un hombre toma su herencia y se la gasta marchándose a otro país distante. Sin dinero y próximo a morir de hambre, decide volver a casa y pedir a su padre que le dé trabajo. Su padre le abraza y empieza una gran fiesta para celebrar su regreso, pero su hermano mayor se enfada: ¿Por qué celebrar una fiesta para este holgazán? Su padre tiene que salir y pedir al hermano mayor que se una a la fiesta.

Este es el esbozo de la muy conocida *parábola del Hijo Pródigo*. Todos sabemos que tiene mucho que ver con el perdón de Dios y el sacramento de la Reconciliación. Pero también es una historia del reino de Israel. El hijo menor representa al reino del norte de Israel, que rechazó al Señor y se apartó para adorar a los dioses de pueblos extranjeros. Israel fue gobernado por la tribu de Efraín, el hijo menor de Israel (realmente, su nieto menor, que fue adoptado como hijo). El hermano mayor representa a Judá, el reino del sur que permaneció cerca de Dios en la historia y vivía aún en torno a la casa de Dios, el Templo de Jerusalén. ¿Qué pasa con el enfado del hijo mayor cuando el menor vuelve? Lo podemos ver en el libro de los Hechos. Ahí,

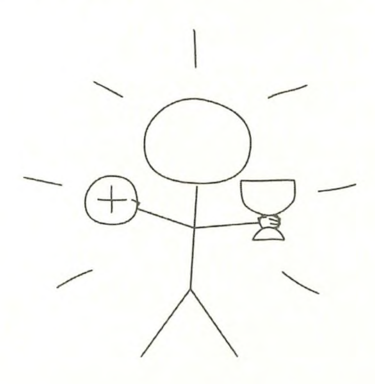
los judíos se enfadan y tienen celos cuando los apóstoles predican la buena nueva a los samaritanos (descendientes de Israel) e incluso a los gentiles. Los judíos piensan que esos grupos no deben reconciliarse con Dios. Pero recordemos que la parábola termina con el padre intentando que el hijo mayor se una a la fiesta. Este es el deseo de Jesús: que los judíos y los samaritanos vengan juntos al reino de Dios, con los gentiles también.

Vemos los temas del reino en los milagros y parábolas de Jesús desde que deja el monte de la Transfiguración (Lc 9) hasta que llega cerca del monte Sion, la ciudad de Jerusalén (Lc 19). A medida que el viaje llega a su fin, la idea del reino vuelve varias veces: en Jericó, a solo un día de viaje de Jerusalén, cura a un ciego que le llama y repite con insistencia: «¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!». Hijo de David es el título del príncipe coronado, el de quien hereda el reino. El ciego puede "ver" lo que pocos pueden ver: Jesús es el Rey que vuelve.

Mientras está en Jericó, en casa de Zaqueo, cuenta una parábola sobre el reino de Dios en la que un "hombre noble" viaja a un país lejano para recibir la investidura real. Confía su riqueza a sus siervos, para que negocien mientras él está fuera. A su regreso, premia a los siervos que han trabajado bien con lo que les dio. Jesús es el noble que irá a un "país lejano" (el cielo) para ser rey (la Ascensión) y premiará a sus siervos (sus discípulos) cuando vuelva.

Finalmente, Jesús entra en Jerusalén (Lc 19, 28-40) y termina su larga marcha. Lo hace cabalgando en un borrico, como vimos en Mateo, con la multitud de los discípulos gritando: «¡Bendito el Rey que viene en nombre del Señor!». El Rey ha entrado en la ciudad real para completar el sacrificio que traerá consigo el nuevo reino.

PARTE 4 DE LUCAS: SEMANA SANTA. EL RELATO DE LA PASIÓN (*Lucas 20–24*)



La semana de la Pasión de Jesús se desenvuelve en Lucas del mismo modo en muchos aspectos que lo hace en Mateo, así que no vamos a tratar todo el asunto otra vez. Ya conocemos la purificación del Templo y las enseñanzas y discusiones que tienen lugar allí, la predicción de la destrucción del Templo y el fin del mundo, y la conspiración de Judas para traicionar a Jesús. Pongamos el foco en esos pasajes en que san Lucas recoge una importante y exclusiva información. Uno de ellos es su relato de la Última Cena, llamado a menudo "relato de la institución", porque es donde el Señor *instituye* la Eucaristía.

Lucas nos dice específicamente que fueron Pedro y Juan a quienes Jesús envió a Jerusalén para preparar la Pascua. Estos dos discípulos van siempre juntos en Lucas y en Hechos. Jesús dice a Pedro y Juan que vayan a la ciudad y busquen a un hombre que lleva un cántaro de agua. Pero llevar el agua era una tarea de mujer y no la hubieran realizado muchos hombres judíos. Sin embargo, la secta judía de los esenios practicaba el celibato, y sus hombres célibes tenían que transportar

su propia agua. Por tanto, este hombre sería probablemente un esenio, y ellos tenían su propio calendario litúrgico en el que la Pascua siempre caía en martes[4]. También sabemos por la arqueología que el sitio de la Última Cena estaba en el barrio esenio de Jerusalén, es decir, el vecindario donde vivían todos los esenios. Todos estos hechos nos sugieren que Jesús celebró su última Pascua con esta secta judía. Jesús y sus discípulos no eran esenios, por supuesto, pero parece que se llevaban bien con ellos porque los evangelios no recogen discusiones entre Jesús y los esenios, como las que mantiene Jesús con fariseos y saduceos.

Como en Mateo, Jesús habla de no comer o beber de nuevo hasta la llegada del reino de Dios. Al principio de la cena de Pascua, dice: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque os digo que no la volveré a comer hasta que tenga su cumplimiento en el Reino de Dios» (Lc 22, 15-16). ¿Qué quiere decir Jesús? ¿No comerá *de nuevo* la Pascua hasta que llegue el reino? ¿O no comerá *nada* hasta que llegue el reino? Es difícil saber el sentido de las palabras de nuestro Señor más allá de que habla de no comer hasta la llegada del reino de Dios. Del mismo modo, toma el cáliz justo antes de la Última Cena, que debería haber sido el segundo del rito de la antigua Pascua. Sobre este cáliz dice: «Tomadlo y distribuidlo entre vosotros; pues os digo que a partir de ahora no beberé del fruto de la vid hasta que venga el Reino de Dios» (17-18). Esta afirmación es más clara e indica, como vemos en Mateo, que Jesús no beberá vino hasta que llegue el reino.

Sobre el pan de la comida, dice Jesús: «Esto es mi cuerpo, que es entregado por vosotros. Haced esto en

---

[4] Para una completa explicación del calendario esenio y la Última Cena, ver Annie Jaubert, *The Date of the Last Supper*. Alba House, New York 1965.

memoria mía» (19). Al decir "esto es mi cuerpo entregado por vosotros", Jesús no solo transforma el pan en su cuerpo sino también indica que está próximo a morir; pronto va a "entregar su cuerpo" por los discípulos en sacrificio. No olvidemos que Jesús sabía exactamente lo que estaba haciendo. Algunos estudiosos de hoy dicen que el prendimiento y muerte de Jesús le tomó por sorpresa. Pero todos los evangelios, así como los escritos del apóstol Pablo, indican que Jesús sabía muy bien que sufriría y moriría en manos de las autoridades de Jerusalén. Quienes dicen otra cosa están ignorando todos los testimonios históricos, porque no creen que Jesús fuese realmente el Hijo de Dios y tuviese conocimiento profético.

Después de la comida, Jesús toma de nuevo un cáliz de vino, que sería ahora la tercera copa del ritual de la Pascua, y sobre este dice: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros» (20). Las palabras "mi sangre" quieren decir "consistente en mi sangre". ¿Por qué tiene sentido que la "nueva alianza" consista en la sangre de Jesús? Solo tiene sentido porque una alianza forma una familia, y las familias son parientes de sangre. Así, decimos: "Es de mi sangre", indicando que es parte de mi amplia familia.

Jesús dice que el cáliz es la "nueva alianza". Cuando dice esto, traza una línea recta con Jeremías 31, 31, el único lugar donde se usa la frase "nueva alianza" en todo el Antiguo Testamento. Ahí, el profeta Jeremías predice: «Mirad que vienen días –oráculo del Señor– en que pactaré una *nueva alianza* con la casa de Israel y la casa de Judá. No será como la alianza que pacté con sus padres el día en que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto [...], pondré mi Ley en su pecho y la escribiré en su corazón» (Jr 31, 31-33, énfasis añadido). Jeremías contrasta la Nueva Alianza con la antigua Alianza Mosaica. Esta Nueva Alianza no se

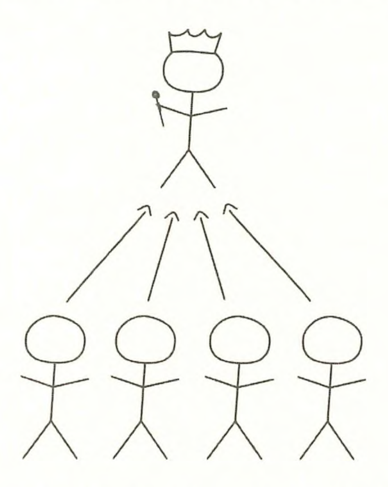
romperá como la antigua, y la ley se escribirá no en tablas de piedra sino en los corazones del pueblo.

Adviértase que Jesús dice que el cáliz de su sangre *es* la Nueva Alianza. Esto cumple las profecías de Isaías, donde Dios dijo a su santo siervo: «Te he destinado para alianza del pueblo» (Is 42, 6 y 49, 8). Jesús no vino solo para pactar una alianza, sino para *ser* una alianza. Esto es lo que vemos que sucede en la Última Cena. Él llama a su cuerpo y sangre la "nueva alianza". Obviamente, su cuerpo y sangre son él mismo; por tanto, él se está *convirtiendo* en la Nueva Alianza mediante la Eucaristía.

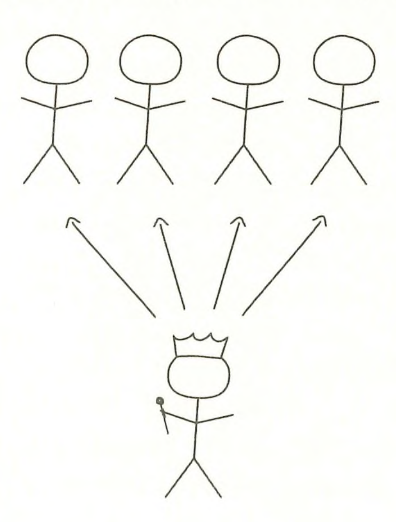
No olvidemos que es su cuerpo y sangre eucarísticos lo que Jesús llama la "nueva alianza". La palabra latina para "alianza" es *testamentum.* "Nuevo Testamento" significa lo mismo que "nueva alianza". En realidad, los veintisiete libros y cartas que forman la segunda parte de la Biblia *no son realmente el Nuevo Testamento.* Podríamos llamarlos "los libros que leemos cuando celebramos el Nuevo Testamento", o "los libros que nos hablan sobre el Nuevo Testamento", pues eso son realmente. El Nuevo Testamento mismo *es la Eucaristía.* Leer los libros del Nuevo Testamento sin ir a Misa es como mirar un menú sin comer esa comida o leer sobre natación sin saltar nunca a la piscina. La Biblia dice que el "Nuevo Testamento" es la Eucaristía.

Prosigamos la lectura del relato de Lucas de la Última cena. Después de beber el tercer cáliz, surge una disputa entre los discípulos acerca de quién sería considerado el mayor. Jesús acababa de decirles que no iba a beber vino de nuevo hasta que llegase el Reino de Dios. Por eso ellos esperaban que el reino llegara de un momento a otro, y estaban compitiendo por posiciones de liderazgo. Jesús les dijo esto: «Los reyes de las naciones las dominan, y los que tienen potestad sobre ellas son llamados bienhechores. Vosotros no seáis

así; al contrario: que el mayor entre vosotros se haga como el menor, y el que manda como el que sirve» (Lc 22, 25-26). Jesús le da la vuelta al modelo mundano de liderazgo. Ya hemos dicho esto antes, pero vale la pena repetirlo. El mundo piensa que el servicio fluye del pueblo al gobernante:



Pero Jesús dice que va del gobernante al gobernado:



Eso no significa que el gobernante no tenga autoridad. Por el contrario, el gobernante necesita autoridad para servir.

Pongamos algunos ejemplos. Mi párroco vive para servir a los fieles de nuestra parroquia. Está ahí para servirnos, asegurándose de que tengamos acceso a los sacramentos que necesitamos para vivir una vida santa: Bautismo, Eucaristía, Confesión y los demás. Pero para que él pueda asegurarse de que lo tenemos, debe tener autoridad para establecer los horarios de Misas y Confesiones, para ordenar las reparaciones necesarias en el edificio de la iglesia, para contratar personas que le ayuden en su ministerio (secretarias, guardas, catequistas), y lo demás. ¿Cómo podría ser eficaz si no tuviese autoridad?

Del mismo modo, nuestro obispo vive para servir a nuestra diócesis, para asegurarse de nuestra salud, espiritual primero, pero corporal también, si fuese necesario. Pero para cuidarnos, debe tener autoridad para llevar las finanzas de la diócesis, construir edificios o derribarlos, destinar sacerdotes a un lugar u otro, y cosas así. Sin esa autoridad, no podría tomar decisiones y todo se destruiría.

Finalmente, el papa vive para servir a toda la Iglesia. Tiene que asegurarse que en el mundo las personas tengan acceso a los sacramentos y se les enseñe la verdad sobre Jesús sin error. Para hacer eso, debe tener autoridad para enseñar la fe, nombrar obispos y otros líderes, y suspender a los líderes que caigan en pecado o error.

Uno de los principales modos en que el papa sirve a la Iglesia es dirimiendo controversias teológicas. Si no hubiera alguien que pudiese establecer la recta doctrina, la Iglesia se destruiría en contiendas. Pero para dirimir las discusiones en la Iglesia, el papa necesita autoridad. Es lo que llamamos infalibilidad pontificia. Significa que el papa cuando establece una doctrina en materia de fe y

costumbres no puede equivocarse, porque está respaldado por Dios. Si no fuese infalible, nadie podría tener su palabra como definitiva, y las discusiones no terminarían nunca. Por eso, para servir a la Iglesia, Dios le dio a Pedro y sus sucesores la infalibilidad: «Todo lo que ates sobre la tierra quedará atado en los cielos» (Mt 16, 19).

Por ser uno de los últimos servidores de la Iglesia, uno de los títulos del papa es *servus servorum Dei,* "siervo de los siervos de Dios". Lo que en realidad resume el papel del papa. Está ahí para servirnos, y tiene la autoridad para hacerlo.

Así pues, en la Última Cena Jesús nos muestra cómo debe gobernarse la Iglesia y qué significa se un líder en el Reino de Dios. Llega a decir: «Porque ¿quién es mayor: el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Sin embargo, yo estoy en medio de vosotros como quien sirve» (Lc 22, 27). Al traer a colación la imagen de la "mesa", Jesús muestra que la Eucaristía es donde sus líderes mostrarán su liderazgo principalmente. Él, Jesús, es quien les sirve su primera comida eucarística. Después, ellos le imitarán, guiando al resto de la Iglesia en la celebración de la Eucaristía hasta el fin de los tiempos. Gastarán el resto de sus vidas "sirviendo la mesa".

Hasta hoy, nuestros sacerdotes y obispos siguen las huellas de los apóstoles y de Jesús "sirviendo la mesa". En mi parroquia, utilizamos un comulgatorio y nos arrodillamos para la Comunión. Somos como los discípulos, y el comulgatorio representa la mesa de la Última Cena. Nuestro párroco va dando la Eucaristía a los que vienen a "reclinarse" en la "mesa". El sacerdote está entre nosotros "como quien sirve". Ahí es donde brilla realmente su papel de liderazgo en el Reino de Dios.

Ahora leamos lo que dice Jesús a los apóstoles después de indicarles cómo deben ser los líderes en la Iglesia. Voy

a traducir literalmente, que puede ser ligeramente distinto de algunas versiones:

> Vosotros sois los que habéis permanecido junto a mí en mis tribulaciones. Por eso yo *hago alianza* [*diatithemi*] con vosotros preparándoos un Reino como mi Padre la hizo conmigo preparándomelo a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino, y os sentéis [*kathemai*] sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel (Lc 22, 28-30).

Jesús emplea la palabra usual de "hacer alianza" (en griego *diatithemi*) para describir su regalo del Reino a los apóstoles. Muchos traductores dicen "preparar" porque les parecerá que no tiene sentido "hacer alianza con un reino". Sin embargo, si me has seguido a lo largo del Antiguo Testamento en *La Biblia paso a paso*, sabes que tiene mucho sentido. Solo hay un reino en la Biblia (y probablemente en el mundo) que se fundase sobre una alianza: el reino de David (2 Cro 13, 5). Jesús está poniendo el reino de David –que se ha convertido en el Reino de Dios– sobre los hombros de los apóstoles.

El primer privilegio del reino es comer en la mesa del Rey: "Para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino". Comer en la mesa del rey significa ser como "uno de los hijos del rey" en los tiempos antiguos (ver 2 S 9, 11). El rey te trataba como familia. Esta es la mesa eucarística, donde el Rey es a un tiempo huésped y comida.

El segundo privilegio del reino es el gobierno: «Y os sentéis [*kathemai*] sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel». Jesús está convirtiendo a los apóstoles en príncipes del reino de David. En los tiempos antiguos, los príncipes reales se sentaban juzgando casos legales en Jerusalén: «Pues allí está la sede de justicia, la sede de

la casa de David» (Sal 122, 5). Algunos piensan que esta promesa a los apóstoles tendrá solo su cumplimiento en el cielo o en un tiempo futuro, cuando Cristo vuelva para gobernar en Jerusalén. Pero los apóstoles comenzaron a gobernar sobre el Nuevo Israel ya en el libro de los Hechos, como veremos. Y sus sucesores continúan "sentados en tronos" para juzgar a las tribus en todo el mundo. Jesús dijo que "se sentarían", lo que es *kathemai* en griego. Una "sede" en griego es una *kathedra*, y en torno a una sede para un apóstol construimos un edificio llamado *kathedral.*

La Iglesia ha crecido más allá de las originales doce tribus, y ahora hay sucesores de los apóstoles sentados (*kathemai*) en *kathedras* en sus *kathedrales* alrededor del mundo, juzgando tantas otras "tribus".

Entre estos príncipes que gobernarán las tribus de su reino, Jesús ha puesto a uno como líder, y en la Última Cena tuvo unas palabras especiales para él: «Simón, Simón, mira que Satanás *os* ha reclamado para cribaros como el trigo. Pero yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca; y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos» (Lc 22, 31-32). La cosa es que Satanás busca a *todos* los apóstoles, pero Jesús pide específicamente por Pedro, para que él los recupere, una vez que se haya convertido.

Aquí de nuevo vemos a Pedro liderando a los apóstoles, un rol que su sucesor, el papa, sigue ejerciendo a través de la historia de la Iglesia. Tiempos de prueba pueden afligir a la Iglesia, y a veces incluso el sucesor de Pedro puede vacilar un tiempo, como lo hizo el mismo Pedro. Pero se recupera, se convierte y reúne a los demás hermanos, los obispos.

Bien, después Jesús termina la Última Cena y deja la Sala Alta con sus discípulos; el resto del relato de su

pasión es muy parecido al del evangelio de Mateo. Más que repetir la bien conocida historia de nuevo, avancemos rápidamente a un evento que solo refiere Lucas: el camino de Emaús (Lc 24, 13-25).

Es el Domingo de Pascua, y dos discípulos de Jesús –ninguno de los dos es apóstol– deciden dejar Jerusalén y marcharse al tranquilo pueblo de Emaús, a dos horas de camino de la Ciudad Santa. Están deprimidos. Pensaban que Jesús era el redentor prometido por los profetas de Israel. Ahora todas sus esperanzas se han desvanecido.

Conforme avanzan compartiendo su decepción, Jesús se acercó a ellos sin que lo advirtiesen al principio. Después de un rato él se mete en la conversación: *¿De qué estáis hablando?* (Me gusta el modo en que Jesús se hace aquí el tonto). *¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado allí estos días?*, responde Cleofás. En otras palabras: *¿Qué pasa contigo? ¿Has estado viviendo bajo una roca durante la semana pasada? ¿Eh?* Jesús insiste, haciéndose aún el tonto: *¿Qué ha pasado?*

Entonces Cleofás le explica toda la historia; cómo ellos tenían grandes esperanzas sobre este Jesús de Nazaret, y luego los príncipes de los sacerdotes y magistrados se confabularon para matarlo. Todo se acabó, y las mujeres se pusieron como locas esta mañana, diciendo que le habían visto junto al sepulcro.

Después de que Cleofás haya contado toda la historia, Jesús no se contiene y deja ya la broma del "ignorante". Les dice: «¡Necios y torpes de corazón para creer todo lo que anunciaron los Profetas! ¿No era preciso que el Cristo padeciera estas cosas y así entrara en su gloria?» (Lc 24, 25-26). Y se dedica a explicarles las escrituras del Antiguo Testamento que hablaban del Mesías, sus sufrimientos y su gloria: «Comenzando por Moisés y por todos los

Profetas les interpretó en todas las Escrituras lo que se refería a él» (27).

Todos sentimos curiosidad acerca de qué les dijo Jesús exactamente en el camino de Emaús, y yo mismo he investigado mucho esta cuestión y creo que he reconstruido el asunto con cierta precisión. Está claro que, a lo largo del camino de Emaús, a unas cinco millas desde Jerusalén, hay una parte del terreno en el lado norte del camino, llana y polvorienta, donde Jesús pudo detenerse con Cleofás y su amigo y comenzar a dibujar estas figuras en el polvo:



No es así, estoy bromeando. Dudo que Jesús dibujase los montes y a los mediadores de la historia de la alianza para hacerse entender. Pero probablemente se extendió en muchos de los temas y textos de la Escritura que hemos resumido con nuestro diagrama de los montes.

Cleofás y su compañero (quizá el propio san Lucas) empiezan a darse cuenta de que quizá su desconocido compañero de viaje tenga un doctorado en teología bíblica, por decirlo así. Disfrutan tanto con su enseñanza que le piden que se quede con ellos al atardecer. El amigo experto en la Escritura se queda a cenar con ellos en el pueblo donde se han detenido. Pero cuando se sientan para cenar, él hace algo sorprendente. En vez de esperar que uno de ellos sirva, comienza a actuar como el anfitrión de la comida. Toma el pan, bendice, lo parte y se lo da a ellos. En cuanto hace esto, ellos dan un respingo: han visto antes hacer eso a alguien. Este hombre actúa justo

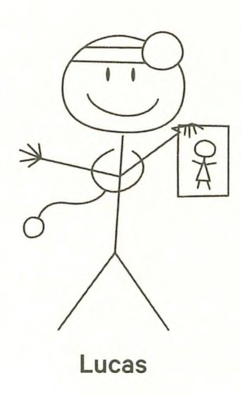
como… no, espera, es más que eso… ¡él realmente *es* Jesús! «Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su presencia» (24, 31).

Cleofás y su compañero vuelven deprisa a Jerusalén en la noche para intentar encontrar a los demás que creyeron. Encuentran a los once apóstoles reunidos con otros discípulos, «y se pusieron a contar lo que había pasado en el camino, y cómo le habían reconocido en la fracción del pan» (24, 35).

En todo el episodio de Emaús, podemos ver un modelo de la Misa: primero, la Liturgia de la Palabra, donde el celebrante explica cómo las Escrituras conducen a Jesús; y luego la Liturgia de la Eucaristía, cuando el mismo Jesús se revela en la "fracción del pan".

Mientras los dos de Emaús están explicando estas cosas, el mismo Jesús se aparece a los Once, probando su identidad al mostrarles las manos y los pies, y comiendo en su presencia. Encarga a los apóstoles ser sus "testigos", literalmente *mártires* (Lc 24, 48), que predicarán la buena nueva a todas las gentes, comenzando desde Jerusalén. Luego, los bendijo y ascendió al cielo; y ellos regresaron a Jerusalén «y estaban continuamente en el Templo bendiciendo a Dios». Este final del evangelio de Lucas prepara el comienzo de su siguiente libro, Hechos, que abrirá con un relato más largo de los acontecimientos resumidos al terminar su evangelio. El escenario está dispuesto para que el Reino de Dios se extienda rápidamente en el mundo, comenzando desde Jerusalén y el Templo.

4.
EL LIBRO DE LOS HECHOS



Lucas

AHORA NOS MOVEREMOS en la secuela del evangelio de Lucas: el Libro de los Hechos de los Apóstoles, o solo "Hechos". Es único en el Nuevo Testamento: solo este libro nos cuenta la historia de la primitiva Iglesia. Mientras que tenemos cuatro biografías de Jesús, solo tenemos una de la naciente Iglesia. Hemos de agradecer a san Lucas que recogiera para nosotros los hermosos relatos de la Ascensión (Hch 1, 6-11), Pentecostés (Hch 2, 1-42), el martirio de Esteban (Hch 7), la vocación de san Pablo

(Hch 9, 1-18), y tantos otros conmovedores eventos que modelaron la Iglesia y la historia del mundo.

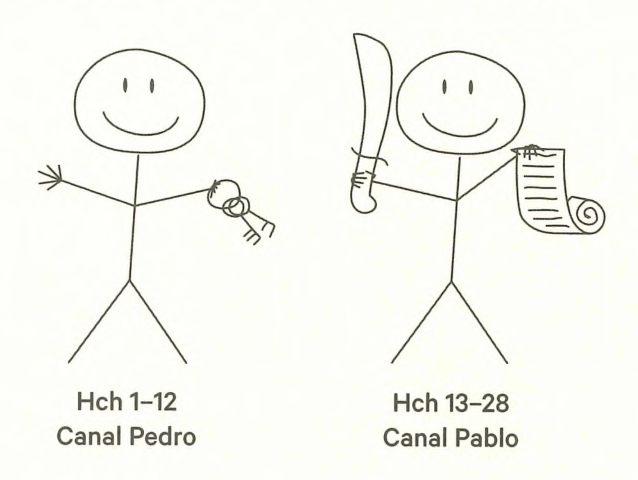
No es difícil imaginar el tema del Libro de los Hechos. Todo lo que hay que hacer es considerar lo que Jesús les dice a los apóstoles en la primera escena del libro: «Se les apareció durante cuarenta días y les habló de lo referente al *Reino de Dios*» (Hch 1, 3, énfasis añadido). Luego, mira los dos últimos versículos del Libro de los Hechos, donde Pablo está en arresto domiciliario en Roma, pero «predicaba el *Reino de Dios* y enseñaba lo referente al Señor Jesucristo con toda libertad y sin ningún estorbo» (Hch 28, 31, énfasis añadido). Cuando un libro comienza y termina con el mismo tema, los estudiosos lo llaman una *inclusión*. Eso marca el tema de los Hechos como el del *Reino de Dios*. Pero quizá sepas que muchos dicen que el tema es el del nacimiento de la Iglesia. Entonces, ¿cuál es: el del Reino de Dios o el de la Iglesia? ¡Sí! No se trata de una cosa o la otra, porque, según hemos visto en el evangelio, la Iglesia es el comienzo del Reino ya en la tierra.

Hechos puede dividirse en dos secciones principales: Hch 1–12 es el "Canal Pedro" ("Todo Pedro, todo el tiempo"), y Hch 13–28 es el "Canal Pablo" ("Todo Pablo, todo el tiempo").

Eso es una pequeña simplificación, por supuesto, porque san Pablo hace una importante aparición en Hch 9, y san Pedro la hace en Hch 15, y algunos otros personajes tienen mayor presencia (como san Esteban en Hch 7). Pero es verdad que Hch 1–12 sigue básicamente la carrera de san Pedro desde la Ascensión de Jesús (Hch 1) hasta el martirio de Santiago el Mayor (Hch 12).

Desde ese punto, san Pedro queda oculto debido a la persecución, y la acción de Hechos se traslada a la carrera de san Pablo desde su primer viaje misionero (Hch 13)

hasta su prisión en Roma (Hch 28). La razón por la que san Pablo ocupa más espacio (cuatro capítulos más) es que Lucas está con Pablo en algunos de sus viajes y recuerda los eventos con gran detalle (Hch 16, 20-21 y 27). Podemos representar así la división de Hechos:



Pedro tiene las llaves del Reino (Mt 16, 19). Pablo tiene la espada del Espíritu (Ef 6, 17) y una carta, pues era un gran escritor de cartas. Ahora que tenemos una idea del tema y estructura de Hechos, ¡vamos allá!

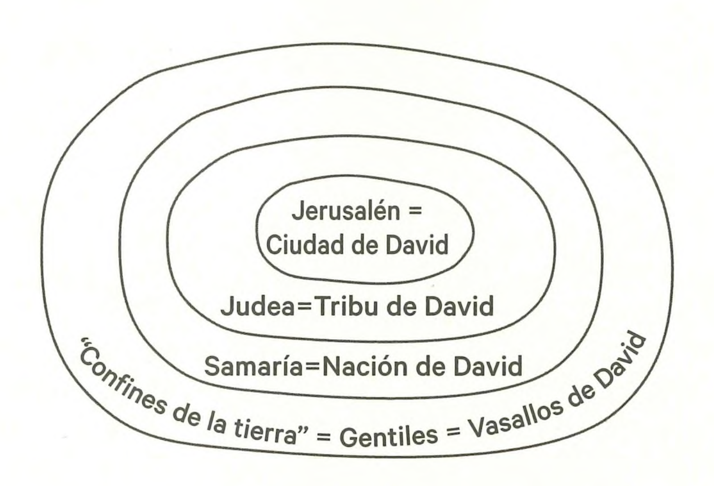
Los cuarenta días y la Ascensión (*Hch 1, 1–11*)

Hechos comienza con Jesús dedicando tiempo a los apóstoles en un periodo de cuarenta días desde la Pascua a la Ascensión. Ya hemos visto que, durante ese tiempo, les enseña sobre el "Reino de Dios" (Hch 13). Significativamente, Jesús come con los apóstoles durante este tiempo, como podemos ver en Hch 1, 4, que dice literalmente:

"*Mientras toma sal* [griego, *sunalizomenos*] con ellos les mandó no ausentarse de Jerusalén". "Tomar sal con" era una locución griega que significa "comer con" porque se sirve sal en cada comida como un condimento. ¿Recordáis las palabras de Jesús sobre no comer o beber hasta que llegue el Reino de Dios? Aquí Jesús está comiendo y bebiendo con los apóstoles (ver también Hch 10, 41-42), así que el Reino ha llegado, aunque sea pequeño como un grano de mostaza en ese momento.

Los apóstoles quieren saber más sobre el reino: «¿Es ahora cuando vas a restaurar el Reino de Israel?», preguntan. Jesús responde: «No es cosa vuestra conocer los tiempos o momentos que el Padre ha fijado con su poder, sino que recibiréis la fuerza del Espíritu Santo [...] y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra» (1, 7-8).

La interpretación corriente de esto es que Jesús está dejando fuera del asunto a los apóstoles. Como si les dijese que olviden el reino y se limiten a predicar el Evangelio. Me gustaría sugerir otra interpretación: los discípulos preguntan *cuándo,* pero Jesús les dice *cómo.* Ellos no pueden conocer la cuestión del tiempo, pero el "reino" será "restaurado en Israel" a través del ministerio de su predicación. Después de todo, la secuencia Jerusalén-Judea-Samaría-"confines de la tierra" es un mapa teológico del reino de David. Jerusalén es la capital de David. Judea es la propia tribu de David. Samaría es el norte de Israel, la nación de David. Los "confines de la tierra" se refiere a los gentiles, quienes se supone son vasallos de David: «Pídeme y te daré en herencia las naciones, los *confines de la tierra* en propiedad» (Sal 2, 8, énfasis añadido).



Las palabras de Jesús son una descripción de cómo se extenderá el Reino por todo el mundo. También indican la estructura del Libro de Hechos, que seguirá la secuencia de Jerusalén (Hch 1–7), Judea y Samaría (Hch 8), y "los confines de la tierra" (Hch 9–28), es decir, la misión a los gentiles, comenzando por la conversión de Pablo, el apóstol de las gentes en Hch 9, y terminando con la predicación de Pablo en Roma, la capital del mundo gentil, en Hch 28.

Después de constituir a los apóstoles como sus reales emisarios, Jesús sube al cielo donde se sienta a la derecha de Dios Padre (Mc 16,19; Ef 1, 20; Hch 7, 55-56). La Ascensión es el comienzo del reinado de Jesús sobre toda la tierra a través de su cuerpo, la Iglesia. Cuando rezas este misterio del Rosario, puede ser este un punto de meditación: ¿considero el reinado de Jesús por encima de cada aspecto de mi vida, incluido mi trabajo, mi descanso, dinero y sexualidad?

Unos ángeles dicen a los apóstoles que no se queden mirando al cielo; Jesús volverá del mismo modo. Ellos regresan a Jerusalén y vuelven a sus ocupaciones. Una de las primeras será la sustitución del traidor Judas. Los apóstoles son ahora Once, pero como representan místicamente a los doce patriarcas de las doce tribus de Israel, deben recuperar su número de doce. Además, Pedro recuerda una profecía de esto en los Salmos; por ejemplo, el Salmo 109, 8, que literalmente dice en hebreo y griego: "Que su cargo [en griego, *episkopen*] lo ocupe otro". Echaron suertes entre dos candidatos dignos, y recayó sobre Matías que fue agregado a los once en lugar de Judas.

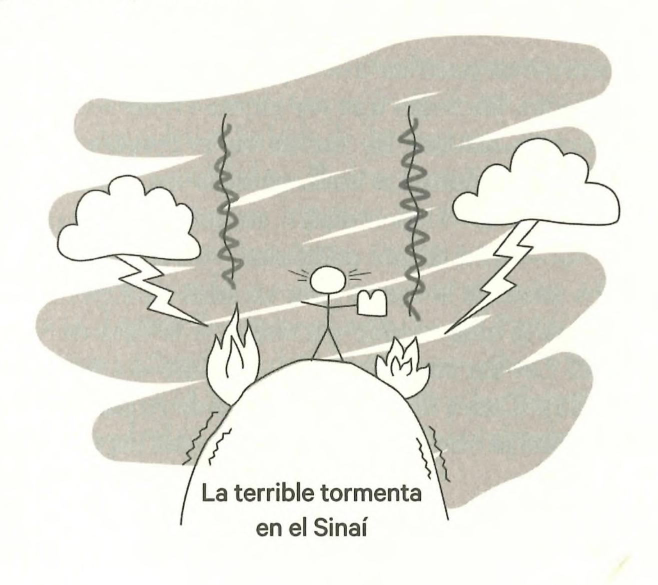
Todo este episodio tiene gran importancia para los católicos. Demuestra dos puntos importantes: primero, los apóstoles tienen un rol o cargo [un *episkopen*] que no termina con su muerte; segundo, este rol es descrito como un *episcopado*, literalmente una "vigilancia" o supervisión. Al llamarlo así, se muestra la conexión entre los apóstoles y los posteriores guías de la Iglesia, que se llaman *episkopoi,* u obispos (Flp 1, 1; 1Tm 3, 2; Tt 1, 7).

Vemos aquí el importante principio de la *sucesión apostólica.* Esto es, cuando la muerte u otra razón impide a un apóstol cumplir sus deberes, otro es nombrado para *sucederle.* Nuestros obispos y sacerdotes de hoy son los sucesores de la precedente generación, y estos de la anterior, y así hasta los apóstoles que nombraron a sus sucesores durante su propia vida. Así pues, los obispos son sucesores de los apóstoles en el sentido de que cumplen el rol de los apóstoles de liderazgo o vigilancia. No hay lugar en la Iglesia de Jesucristo para quienes se constituyen a sí mismos como autoridad, o para grupos que rompen la unidad, con guías desconectados de la cadena que llega hasta los apóstoles.

Ya vueltos a su número completo de doce, los apóstoles están preparados para recibir el "poder" que Jesús les había prometido. Ya han recibido el Espíritu (Jn 20, 22 y Lc 24, 49a), pero necesitan "la fuerza de lo alto" (Lc 24, 49b; Hch 1,8) para poner en marcha la Iglesia.

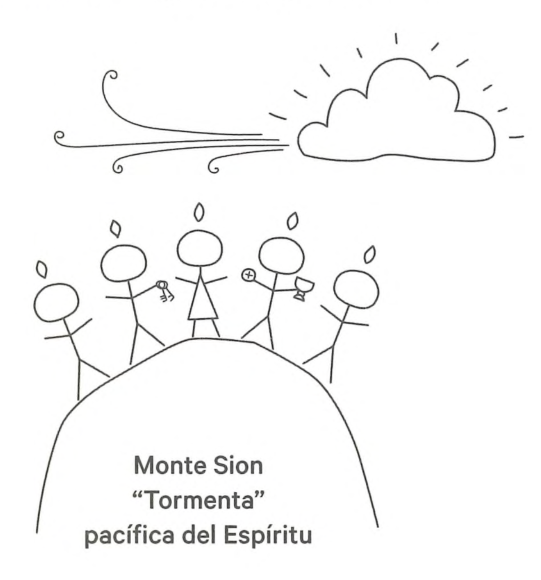
Era la fiesta de Pentecostés en Jerusalén. "Pentecostés" viene de una palabra griega que significa "cincuenta". Se llamaba así porque la fiesta se celebraba cincuenta días después de Pascua. Eso caía al comienzo de la cosecha del trigo, pero cincuenta días después de Pascua fue también cuando los israelitas llegaron al monte Sinaí y recibieron la Ley de la Alianza, los Diez Mandamientos. Así que Pentecostés era el gran memorial de la entrega de la Ley en el Sinaí.

Pentecostés es un nuevo Sinaí. Allí Dios apareció en una terrible tormenta, con tinieblas, truenos, relámpagos, fuego, humo y nubes.



La terrible tormenta en el Sinaí

En Pentecostés, hay también una tormenta, pero no asusta. Hay un "viento impetuoso", y "lenguas de fuego" que descansan sobre los apóstoles y los demás.



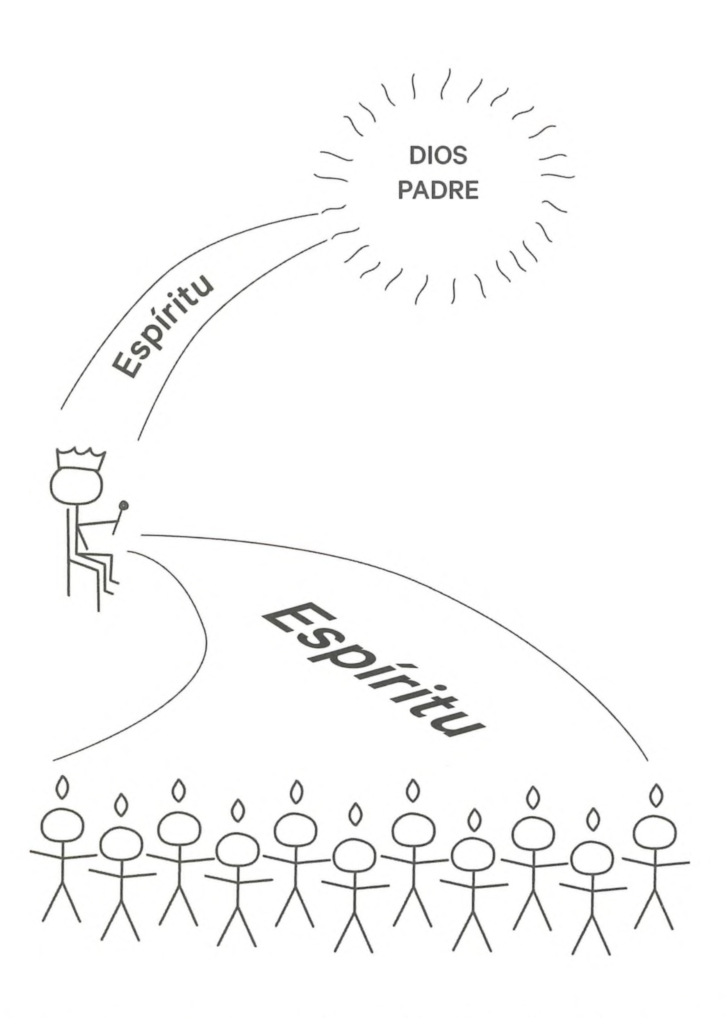
Es una tormenta pacífica del Espíritu Santo.

En el Sinaí, Dios dio una ley escrita en tablas de piedra. En Pentecostés, da una ley escrita en el corazón humano: el Espíritu Santo llena los corazones de los fieles. Jeremías había profetizado: «Vienen días… en que pactaré una nueva alianza… no como la que pacté con vuestros padres el día en que los tomé de la mano para sacarlos de Egipto… Sino que esta será la alianza que pactaré con la casa de Israel… Pondré mi Ley en su pecho y la escribiré en su corazón» (Jr 31, 31-33). Como dice santo Tomás de Aquino, la ley de la Nueva Alianza no es otra que la gracia del Espíritu Santo[5].

[5] Tomás de Aquino, *Suma Teológica* I-II, q. 106, a. 1.

Pentecostés era una fiesta de peregrinación, y «habitaban en Jerusalén judíos, hombres piadosos venidos de todas las naciones», dice san Lucas (Hch 2, 5), y sigue con la lista de varias naciones. Cuando el Espíritu se posa sobre los apóstoles y comienzan a hablar en muchas lenguas diferentes, la multitud queda "asombrada", "admirada" y "perpleja" porque *cada uno les oía hablar en su propia lengua.* Aquí estamos en lo contrario de la Torre de Babel (Gn 11), donde todo el pueblo estaba asombrado y perplejo porque *no podían entender* lo que decían los demás. La fuerza del Espíritu Santo borra en la humanidad las divisiones que proceden del pecado.

Pedro comienza a predicar, dirigiéndose a la multitud. San Lucas recoge un breve resumen de su discurso (Hch 2, 14-36). San Pedro predica que esta milagrosa efusión del Espíritu cumple las profecías y cita un largo pasaje del profeta Joel (Hch 2, 14-21). Continúa predicando a Jesús como el cumplimiento de la Alianza davídica, citando varios salmos de David, porque David era «profeta y sabía que *Dios le había jurado solemnemente que sobre su trono se sentaría un fruto de sus entrañas,* lo vio con anticipación y habló de la resurrección de Cristo» (30-31, énfasis añadido). Pedro apunta a las dramáticas señales –el viento, las lenguas de fuego, y el poder de hablar en diferentes lenguas– como prueba de que Jesús ha sido entronizado y comienza su reinado. «Exaltado, pues, a la diestra de Dios, y recibida del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís» (Hch 2, 33). Las llamas *visibles* y las lenguas *audibles* prueban que algo ha tenido lugar en el reino *invisible*: Jesús ha subido a su trono.



Cuando la multitud oyó la predicación de Pedro inspirada por el Espíritu, "se dolieron de corazón". Esta fuerte frase de "dolerse de corazón" recuerda las profecías de la "circuncisión del corazón" del Antiguo Testamento. Moisés profetizó que, después de muchas subidas y bajadas en la historia de Israel, «el Señor, tu Dios, circuncidará tu corazón… para que ames al Señor, tu Dios, con todo tu

corazón» (Dt 30, 6). Ezequiel había dicho algo parecido: «Os daré un corazón nuevo y pondré en vuestro interior un espíritu nuevo. Arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne» (Ez 36, 26).

Aparentemente Dios ha hecho que, aunque un corazón de piedra no pueda dolerse, estos israelitas se han dolido. «¿Qué tenemos que hacer?, preguntan a los apóstoles. Pedro les dijo: Convertíos, y que cada uno de vosotros se bautice en el nombre de Jesucristo para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hch 2, 37-38). Luego, tres mil almas, judíos y gentiles convertidos al judaísmo de todas las naciones de la tierra, se bautizaron en esta primera Pentecostés y recibieron el Espíritu Santo. Este llenarse del Espíritu Santo es la "circuncisión" o limpieza del corazón que predijo Moisés. Recuerda que la circuncisión es un acto de alianza. En el Bautismo, la efusión del Espíritu Santo en nuestros corazones realiza la Nueva Alianza entre nosotros y Dios.

¿Qué hicieron los recién bautizados? «Perseveraban asiduamente en la doctrina de los apóstoles y en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones» (Hch 2, 42). Y «tenían todas las cosas en común» y «repartían... según las necesidades de cada uno» (44-45). Estos son los elementos básicos de la Misa:

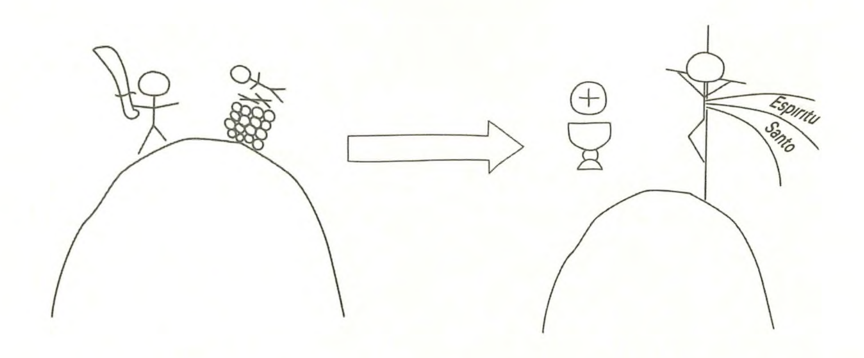
"La doctrina de los apóstoles": Liturgia de la Palabra
"La comunión": Rito de la paz
"La fracción del pan": Liturgia de la Eucaristía
"Las oraciones": Oraciones a lo largo de la Misa
"Tener las cosas en común": Las colectas de las ofrendas.

La "fracción del pan" es casi un término técnico en Lucas y en los Hechos para designar la celebración de la

Eucaristía. Así se llamaba en estos primeros tiempos. Los primeros cristianos también practicaban una especie de "comunismo carismático" entregando sus posesiones para "tener todas las cosas en común". Al crecer la Iglesia y extenderse por todo el mundo, esto se demostró impracticable, así que la Iglesia pasó a las colectas personales cada domingo en la Misa, y el obispo "repartía... según la necesidad de cada uno". Ese es el origen de la colecta en la Misa.

Los religiosos, sin embargo, normalmente "tienen todas las cosas en común" dentro de su orden, como los primeros cristianos. Lo que vemos es que, después de su bautismo, los primeros cristianos se dedicaban a la celebración de la Eucaristía y a los demás elementos que llamamos ahora "la Misa".

Podemos ir más rápidamente sobre los acontecimientos que tuvieron lugar después de Pentecostés. Poco después, Pedro y Juan curan a un cojo de nacimiento cuando van al Templo, y eso da ocasión a Pedro para pronunciar otro importante discurso, poniendo énfasis esta vez en el cumplimiento en Jesús de la alianza con Abrahán. Concluye su discurso diciendo: «Vosotros sois los hijos de los profetas y de la alianza que Dios estableció con vuestros padres cuando le dijo a Abrahán: "En tu *semilla* serán bendecidas todas las familias de la tierra"» (Hch 3, 25). Esto es una cita de Génesis 22, 18, el juramento de Dios a Abrahán después de intentar el sacrificio de Isaac, el "hijo único" de Abrahán, puesto sobre la leña del altar en el monte Moria. Pedro les está diciendo que Jesús es la "semilla" de Abrahán que bendecirá a todas las familias de la tierra. Jesús es el cumplimiento de las promesas de la alianza con Abrahán:



El Consejo de los judíos, llamado el Sanedrín, arresta a Pedro y a Juan porque les molesta lo que están enseñando. Pero no encuentran motivo para juzgarlos, de modo que les amenazan y los sueltan. La experiencia solo hace que la Iglesia crezca: quedan llenos del Espíritu, y Dios los bendice con "milagros y prodigios".

La primitiva Iglesia es un Israel restaurado, compuesto de conversos de las diferentes naciones en que se dispersaron las doce tribus (Hch 2, 5-11). Jesús prometió que los discípulos "se sentarían en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel". Aunque no los vemos sentarse en tronos materiales, vemos a los apóstoles juzgando a las "doce tribus" restauradas. San Lucas da un ejemplo de su liderazgo: los fieles tienen tal respeto a la autoridad de los apóstoles que venden sus casas y tierras y ponen el dinero a los pies de los apóstoles. Un matrimonio, Ananías y Safira, decide burlar este sistema declarando solo una parte de lo obtenido (5, 1-2). Mienten a Pedro diciéndole que traen el precio de la venta, pero Pedro dice: «No has mentido a los hombres, sino a Dios» (4). Notemos que mentir a los apóstoles, particularmente a Pedro, es "mentir a Dios". Los apóstoles tienen su autoridad recibida de Dios. El marido y la mujer caen muertos en presencia de Pedro

cuando se descubre la mentira, aumentando así el respeto que tienen todos por Pedro y los apóstoles.

El Sanedrín detiene otra vez a Pedro y Juan, furioso porque no han dejado de predicar después de las amenazas de la vez anterior (5, 17-42). Al oír la respuesta de Pedro, "se enfurecieron y querían matarlos". Pero prevalecieron los de sentido común, y el Sanedrín se contentó con azotarlos y luego los soltaron. Esto no detuvo el progreso de la Iglesia, de modo que el liderazgo del Nuevo Israel (los Doce) está ganando la partida ante el del Antiguo Israel (el Sanedrín).

Sin embargo, no todo es perfecto en el Reino de Dios. Las viudas de lengua griega no están recibiendo suficiente comida en el reparto diario de la Iglesia, probablemente porque los que entregan la comida no hablan bien el griego y no pueden entender a las viudas (6, 1-6). Los judíos cristianos de lengua griega [helenistas] se quejan a los apóstoles, y lo que estos hacen cambiará la estructura de la Iglesia para siempre.

«No es conveniente que nosotros abandonemos la palabra de Dios para servir a las mesas», responden los apóstoles (6, 2). Esto es, aunque las obras de misericordia son buenas, no tienen prioridad ante la predicación de Evangelio. Como Jesús dijo en el desierto: «No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios» (Mt 4, 4). Y en otro lugar Jesús dice: «¿De qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero si se destruye a sí mismo o se pierde?» (Lc 9, 25).

Del mismo modo, ¿de qué serviría que la Iglesia pudiese alimentar a cada ser humano del planeta si todos rechazasen el Evangelio y se pasasen la eternidad separados de Dios? «Obrad no por el alimento que se consume», dice Jesús, «sino por el que perdura hasta la vida eterna» (Jn 6,

27). Los apóstoles, ante la crisis del reparto de comida, no quieren abandonar la misión primordial de la Iglesia, que es enseñar a la gente el camino a la vida eterna.

Así pues, los apóstoles dijeron: «Escoged, hermanos, de entre vosotros a siete hombres de buena fama... a los que designemos para esta tarea» (Hch 6, 3). Lucas da la lista de los elegidos: Esteban, Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Parmenas, y Nicolás. Todos estos hombres tienen nombres griegos, así que probablemente serían de lengua griega. Asegurarían que las viudas de lengua griega tuvieran su comida. Consideramos a estos hombres como los primeros diáconos. La Iglesia los presentó «ante los apóstoles y orando les impusieron las manos» (6, 6). Eso es lo que nosotros llamamos ahora la "ordenación". La imposición de las manos transmite poderes. Los apóstoles están tomando algo de la autoridad entregada a ellos por Jesús y dándosela a estos siete diáconos para una tarea específica: administrar las necesidades físicas de la Iglesia.

Cuando yo era un predicador protestante, utilicé este texto de Hechos 6, 1-6 para argumentar una "democrática" forma de gobierno de la Iglesia. Diría que la Iglesia sola escoge sus propios líderes y los elige. En retrospectiva, veo que estaba equivocado. Los apóstoles son los que llevan a cabo todo este proceso. La congregación escoge a los candidatos para el diaconado. Y luego los "presentan" ante los apóstoles y orando les imponen las manos. La autoridad viene de los apóstoles. Esta es una estructura jerárquica. Gobernada por Jesús, el Rey, y sus príncipes reales, los apóstoles, la Iglesia es jerárquica y no democrática.

Con los nuevos diáconos nombrados dirigiendo los asuntos prácticos de la Iglesia, los apóstoles quedan liberados para dedicarse a la predicación. Como resultado, «la

palabra de Dios se propagaba y aumentaba el número de discípulos en Jerusalén, *y gran cantidad de sacerdotes obedecían a la fe*» (6, 7, énfasis añadido).

Esta conversión de un gran número de sacerdotes para ser seguidores de Jesús supone el cumplimiento de las promesas de Dios en el Antiguo Testamento. El sacerdocio viene de la tribu de Leví, y esta tribu era especial para Dios por su celo por él. Dios había hecho la especial promesa a esta tribu de que ellos le servirían siempre como sacerdotes (ver Jr 33, 17-21). Así pues, este gran grupo de sacerdotes levitas en el restaurado reino de Israel es una señal de que Dios está manteniendo sus promesas. Ellos no pierden su sacerdocio cuando reciben a Jesús. Por el contrario, forman parte del "sacerdocio real" del que habla Pedro (1 P 2, 9). La tribu de Leví entra en la Nueva Alianza y gana y comparte el nuevo sacerdocio.

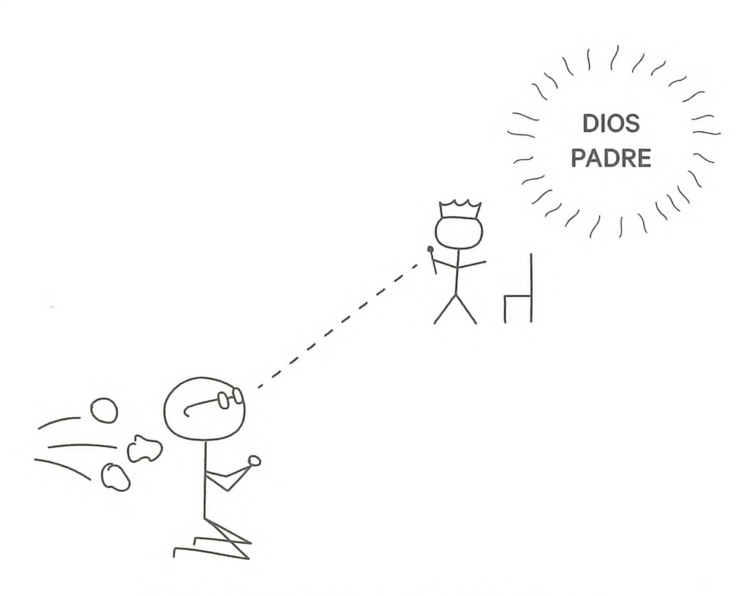
El Martirio de Esteban (*Hch 7*)

Debes saber que la luna de miel no duraría. Había gente envidiosa de la Iglesia y de lo rápido que estaba creciendo por la fuerza de este nuevo Evangelio. Así que el crecimiento de la Iglesia condujo a la persecución, como suele suceder. En este caso, el pararrayos de la violencia fue Esteban, uno de los nuevos diáconos. Es un buen predicador y estudioso de la Biblia. Sus oponentes le prendieron y le llevaron ante el Sanedrín. «Este hombre no deja de proferir palabras contra este lugar santo [el Templo] y contra la Ley», dijeron (6, 13). «¿Es esto así?, preguntó el sumo sacerdote» (7, 1). Y Esteban comienza su defensa.

El discurso es muy largo, la mayor parte de Hechos 7, y se lee como un resumen de la historia bíblica. ¿Cuál es tu propósito, Esteban? ¿Buscas solo ganar tiempo? Realmente, hay un propósito en el discurso de Esteban. Al repasar casi toda la historia de Israel, se fija en todos los lugares y tiempos en que Dios aparece lejos del Templo. Señala también cómo los verdaderos profetas son siempre rechazados en la historia de la salvación. ¿Cuáles son los puntos principales de Esteban? Número uno: Dios puede ser adorado en todas partes, no solo en este Templo. Número dos: Jesús es un verdadero profeta, y vosotros le habéis rechazado como rechazasteis a todos los verdaderos profetas anteriores a él.

El discurso de defensa de Esteban termina de un modo que es más que un sermón de infierno y llamas: «¡Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos! ¡Vosotros os estáis siempre resistiendo al Espíritu Santo: como vuestros padres [...] ¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres? Asesinaron a los que anunciaban la venida del Justo» (Hch 7, 51-52). No hay necesidad de decir que la multitud no quedó muy contenta con esta conclusión. «Rechinaban los dientes contra él» (54). Es un modo de decir suavemente que estaban muy enfadados. Pero Esteban dijo: «Mirad, veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios» (56).

El Hijo del Hombre es Jesús, y la "diestra de Dios" es la posición de autoridad. Pero ¿no estará Jesús "sentado a la diestra" de Dios? (Lc 22, 69). ¿Por qué está de pie?



Antes de "gustar la muerte", Esteban ve "el Reino de Dios" (Lucas 9, 27)

Los reyes se levantan de su trono y se quedan en pie cuando quieren honrar a alguien que se acerca a la sala de trono. Así Salomón, por ejemplo, se levantó de su trono para saludar a su madre Betsabé cuando llegó a su corte (1 R 2, 19). Jesús se ha levantado de su trono y está de pie para recibir a Esteban, que está a punto de entrar en la sala del trono, pues la airada muchedumbre le arrastra fuera de la ciudad y le lapida. «Señor Jesús, recibe mi espíritu», exclama, y «Señor, no les tengas en cuenta este pecado», al morir con palabras muy parecidas a las de Jesús en la Cruz (Hch 7, 59-60; ver Lc 23, 34 y 46), solo que Jesús ha rezado al *Padre*, y Esteban lo hace a *Jesús*. Jesús y el Padre son uno (Jn 10, 30). Dios rasga el velo que separa lo visible de lo invisible y permite a Esteban ver la realidad invisible antes de su muerte.

El inicio de la Persecución y la Expansión del Reino (*Hechos 8*)

La muerte de Esteban desata una ola de violencia contra los cristianos, y todos, salvo los apóstoles, se dispersaron por "Judea y Samaría". Pero este es el plan de Dios, pues Jesús había dicho: «Seréis mis testigos [del griego, *mártires*] en Jerusalén, *en toda Judea y Samaría*» (Hch 1, 8, énfasis añadido). Así el Reino de Dios se expande desde la capital de David hacia su tribu y su nación.

Aquí oímos algo de Saulo (más tarde Pablo) por primera vez: fue el líder de los que lapidaron a Esteban, y ahora actúa como la cabeza de una especie de policía secreta, que busca a los cristianos. Pero a su tiempo, él mismo será un "testigo… hasta los confines de la tierra". Pero todavía no.

Entretanto, Lucas pone el foco en el ministerio de Felipe que, igual que Esteban, es un diácono. También como él, es un gran predicador. Esto sigue siendo así en nuestros días en la Iglesia: el ministerio del diaconado incluye ocuparse de las necesidades materiales y predicar.

Felipe bajó a la ciudad de Samaría y predicaba (8, 4-25). Los samaritanos eran los que quedaban de las diez tribus del norte, la "Casa de Israel". Jeremías prometió: «Vienen días… en que pactaré una nueva alianza con *la casa de Israel y la casa de Judá*» (Jr 31, 31, énfasis añadido). Así pues, el Evangelio debía predicarse en Judea, la "casa de Judá", y en Samaría, la "casa de Israel". Muchos de estos samaritanos israelitas aceptaron la Buena Nueva del Reino de Dios y se bautizaron (Hch 8, 12). Felipe los bautizó. Hasta el día de hoy, el Bautismo es una de las cosas que pueden hacer los diáconos. Pero su bautismo no era completo. Ellos no otorgaban la plenitud del Espíritu Santo. Pedro y

Juan, los apóstoles, tenían que ir e imponerles las manos. Entonces recibieron el Espíritu Santo.

Este es el origen del rito de la Confirmación. La Confirmación es un resello o ratificación del Bautismo. Supone una plenitud del Espíritu Santo, dando fuerzas para ser un buen testigo de Jesús. Observa que el don del Espíritu Santo está ligado al ministerio de los apóstoles. En Hechos, el Espíritu Santo se recibe solo por las manos de los apóstoles, o en su presencia, o por las de alguien autorizado por ellos. San Lucas nos muestra que el Espíritu actúa a través de los "oficiales reales" de la Iglesia, los apóstoles. Por eso, en cuanto sea posible, el obispo local acude en persona para confirmar a los fieles. Tal como Pedro y Juan van a Samaría, el obispo va como sucesor de los apóstoles para confirmar el don del Espíritu Santo recibido en el Bautismo.

Jesús había dicho a los apóstoles: «Seréis mis testigos… en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra» (Hch 1, 8). El confín sur de la tierra, como pensaba la gente en aquel tiempo, estaba en la dirección de Etiopía. Por eso, no debe chocarnos que, después de echar raíces la buena nueva del reino en Samaría, Dios envíe a Felipe a la ruta que baja hacia el sur para que se encuentre con un oficial real etíope que vuelve a casa. El dignatario estaba leyendo en voz alta en su carro (por entonces todo el mundo lo hacía en voz alta), y Felipe pudo oírle leyendo al profeta Isaías sobre el siervo de Dios que es llevado como oveja al matadero, que sufre en silencio y le matan injustamente. «¿Entiendes lo que lees?», le pregunta Felipe (Hch 8, 30). El dignatario pudo responder algo así: *¡Claro que lo entiendo! ¡Invoco al Espíritu Santo y Dios me da entenderlo al instante! ¡La Biblia es todo lo que necesito!* Bueno… en realidad, no es eso lo que dijo el dignatario. En cambio, dijo: «¿Cómo lo voy a entender si no

me lo explica alguien?» (31). Esta respuesta nos enseña algo sobre la Biblia y la Iglesia. La Biblia puede ser difícil de entender. Dios no nos deja caer un libro desde el cielo y espera que lo entendamos por nuestra cuenta. En todos los tiempos de la historia, hubo un pueblo de Dios. La familia de Dios en la tierra, que atesoró su Palabra y la puso por escrito. Es dentro del pueblo de Dios, la Iglesia, donde la Palabra de Dios es propiamente comprendida. Felipe es un oficial y representante de la Iglesia. Como diácono, ejerce el Orden Sagrado y la responsabilidad de enseñar la verdad de la fe de la Iglesia. Felipe, que ayuda al dignatario a comprender el significado de Isaías, es una gran ilustración de cómo la Iglesia ayuda a cada uno de nosotros a captar el significado de la Palabra de Dios.

Entonces Felipe se sube al carro y comienza a explicar cómo Isaías habla de Jesús de Nazaret, que sufrió y murió como cordero sacrificial. El oficial real queda tan conmovido que pide el Bautismo. Y Felipe, uno de los primeros diáconos, le bautiza en unas aguas cercanas. Como dijimos más arriba, hasta el día de hoy, los diáconos bautizan como parte de su ministerio.

El oficial etíope quedó muy contento al bautizarse y continuó alegre su camino a Etiopía. ¿Qué hizo al llegar a casa? Debió realizar alguna evangelización, pues Etiopía es el primero y más antiguo país cristiano de África, donde la Iglesia ha estado presente desde los tiempos apostólicos. Este oficial nos da otra sorpresa. No solo era un extranjero no israelita, sino que también era eunuco. Y en la Alianza mosaica, ni los extranjeros ni los eunucos podrían acudir a la presencia de Dios para adorarle. Toma tu Biblia y mira en Isaías 53 el pasaje que Felipe explica al eunuco. Imagina al eunuco sentado en su carro después de su Bautismo y siguiendo su lectura de Isaías 54, Isaías 55 e Isaías 56. Para

en Isaías 56 y fíjate en los versículos 1-8. Imagina al eunuco etíope leyendo este pasaje justo una hora, más o menos, después de que Felipe le bautizara, y puedes ver porqué estaba tan entusiasmado al llegar a casa que se dedicó a conseguir que todo su país llegase a ser cristiano.

Así pues, el Reino de Dios está creciendo. El eunuco etíope extenderá el reino hacia el sur, hasta "los confines de la tierra", y en el siguiente capítulo de Hechos oiremos del hombre que, más que ningún otro, será responsable de extender el reino hasta el otro "confín de la tierra". Saulo el fariseo, no satisfecho con arrestar y perseguir a los cristianos en Jerusalén, se dirige a Damasco, en Siria, para ver si puede encontrar allí cristianos a los que detener. En el camino, le envolvió el resplandor de una luz del cielo y cayó al suelo. Una voz le dijo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Respondió: «¿Quién eres tú, Señor?». «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (Hch 9, 4-5).

Nótese que no dice: *Yo soy Jesús, a cuyos seguidores estás persiguiendo.* No, lo que dice es: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues». Lo que se hace a los cristianos se le hace a Cristo. Es justo lo que dice Jesús en Mateo, en su descripción del Juicio: «Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40). Los cristianos están tan unidos a Cristo que son uno con él. Por eso, santa Juana de Arco diría en su proceso: «Sobre Jesucristo y la Iglesia, yo simplemente sé que son una sola cosa, y no podemos complicar el asunto». También, como Jesús es el Rey, y el reino en persona, se sigue que su Iglesia, que es una sola cosa con él, es también el reino.

Bien, Saulo el fariseo queda ciego durante varios días después de su encuentro con Jesús, hasta que finalmente un hermano cristiano, Ananías, acude para devolverle la vista. Inmediatamente, Saulo comienza a predicar a Jesús

a quien antes perseguía, pero eso provoca una reacción hostil, y tiene que huir de Damasco. San Lucas deja entonces de seguir la carrera de san Pablo, que será el foco de la segunda mitad del libro (Hch 13–28) y que llevará el mensaje del Reino de Dios hasta los confines de la tierra. Pero por ahora, san Lucas quiere volver a seguir la actividad de san Pedro, que es el tema principal de Hch 1–12.

SAN PEDRO Y LOS GENTILES (*Hch 9, 32–10, 18*)

San Pedro está tan lleno del Espíritu Santo que puede repetir los milagros del propio ministerio de Jesús. Tal como Jesús curó a un paralítico tendido en su camilla (Lc 5, 17-26), así Pedro cura a un paralítico llamado Eneas (Hch 9, 32-35). Pero Eneas es el nombre del mítico fundador de Roma, así que este hombre bien pudo ser un romano, y su curación apunta al rol de san Pedro para abrir la Iglesia a los romanos y los demás gentiles.

Luego, así como Jesús resucitó a una muchacha acudiendo a su casa, enviando fuera a todos los que lloraban, tomándola de la mano y diciéndole que se "levante" (Lc 8, 49-56), así Pedro resucita a la mujer Tabita, una discípula cristiana que había fallecido en la ciudad costera de Jope, usando el mismo método que Jesús (Hch 9, 36-43).

San Lucas nos cuenta estas historias de los estupendos milagros de Pedro, parecidos a los de Cristo, para recordarnos que la de Pedro es la autoridad de Cristo (Mt 16, 18) y que Pedro continúa el ministerio de Jesús. Esto es importante porque lo que Pedro va a hacer en Hch 10 será muy controvertido, y los primeros cristianos necesitan que se les recuerde que Pedro tiene autoridad para hacerlo.

Mientras está cerca del mar en Jope, en casa de un amigo, san Pedro hace oración y cae en éxtasis. Vio un gran mantel que descendía del cielo con animales de muchas especies, puros e impuros para un judío, kosher y no kosher. Y oyó una voz de Dios: "Pedro, mata y come". Esto sucedió tres veces. Luego él salió del éxtasis.

¿Qué era todo esto? Bien, en la Alianza mosaica, después de que el pueblo de Israel ha pecado adorando al becerro de oro y volviendo a la religión pagana, Dios dio al pueblo muchas leyes para enseñarles a vivir separados de los gentiles y sus malos caminos. Dios les enseña qué animales no son puros y no deben comerse. Este era un recurso educativo. Los animales puros simbolizan a los israelitas, y los impuros simbolizan a los gentiles. También, como los israelitas tienen que seguir una dieta diferente, restringida, no comen con los gentiles y básicamente están apartados de ellos casi todo el tiempo para no contaminarse.

Pero Dios revela a Pedro que esas leyes ya han servido para su propósito, y ahora su tiempo ha pasado. Judíos y gentiles ya no tienen que estar separados. Bajo David y Salomón, el rey de Israel había gobernado un imperio internacional que incluía a las naciones gentiles de alrededor. Los gentiles iban a Jerusalén para pagar tributo al rey davídico y rezar al Dios de Israel en el Templo. El rey David escribió del Señor: «Él nos somete los pueblos, las naciones bajo nuestros pies» (Sal 47, 4), y los príncipes de las naciones conquistadas por Israel se unirían para adorar: «Dios está sentado en su santo trono. Los príncipes de las naciones se unen al pueblo del Dios de Abrahán» (Sal 47, 9-10).

Ahora Dios está haciendo lo mismo. Jesús es el Hijo de David, y en su reino reúne a todos los pueblos para ser el único pueblo de Dios, del Dios de Abrahán. La Alianza con Abrahán prometió: «En tu *semilla* [descendencia]

serán bendecidas todas las naciones de la tierra». Judíos y gentiles están unidos en un reino-Iglesia.

Volvamos a Pedro. Después de esta visión, en la que Dios le dice que las leyes sobre alimentos de Moisés hay que retirarlas, llegan unos mensajeros a san Pedro con un recado: un centurión romano llamado Cornelio quiere que Pedro vaya y le enseñe el camino de la salvación. Pedro acude y le predica el mensaje básico del Evangelio de la fe en Jesús (Hch 10, 34-43). Mientras está haciendo esto, el Espíritu Santo desciende sobre todos los gentiles presentes: la familia de Cornelio y sus amigos. Comienzan a hablar en lenguas, como los apóstoles en Pentecostés (Hch 2). De hecho, a veces se llama a Hch 10 la "Pentecostés de los gentiles". Reciben el Espíritu Santo, incluso sin hacerse antes judíos mediante la circuncisión. Pedro ordena que sean bautizados. En verdad, el reino se está extendiendo "hasta los confines de la tierra".

Pero los judíos están acostumbrados a la circuncisión y a las normas "kosher" desde hace largo tiempo, y es difícil hacerse a la idea de que alguien pueda ser adorador de Dios sin cumplir estas normas. No todos los líderes de la iglesia madre en Jerusalén están de acuerdo con lo que está haciendo san Pedro. Pero cuando san Pedro les explica lo sucedido, se tranquilizaron y alabaron a Dios por haber concedido a los gentiles ganar también la vida eterna (Hch 11, 1-18).

Los cristianos se dispersan por todas partes para huir de la persecución en Jerusalén, y cuando llegan a Antioquía, muchos gentiles se unen a la Iglesia. Por primera vez, a los discípulos se les llama cristianos (Hch 11, 19-26).

Pero las persecuciones en Jerusalén empeoran (Hch 12, 19). Finalmente cae uno de los apóstoles. Herodes Agripa (gobernó del 41 al 44), nieto de Herodes el Grande, dio

muerte a Santiago, hijo de Zebedeo, normalmente nombrado después de Pedro en las listas de apóstoles de los evangelios (Mt 17, 1). Agripa prendió también a Pedro. El Señor envía un ángel para liberar a Pedro de la prisión, y Pedro vuelve a la Sala Alta, el lugar donde el Señor había celebrado la Última Cena y donde se reunía la Iglesia durante algunos años. Allí les cuenta su milagrosa salida de la cárcel, y deja al frente al otro Santiago. Este Santiago es hijo de Alfeo, a veces llamado "Santiago el menor", que era primo del Señor y escribiría la Epístola de Santiago (según la tradición). Este Santiago sería cabeza de la Iglesia en Jerusalén durante el resto de su vida. ¿Por qué no fue cabeza allí Pedro? Pedro es ahora un fuera de la ley. Es peligroso para él aparecer en público. Pedro ejerce su ministerio "en la clandestinidad" casi por el resto de su vida. Por eso tenemos tan pocas noticias de las idas y venidas de Pedro de ahora en adelante. Se le ha mencionado cincuenta y cuatro veces en los doce primeros capítulos de Hechos, pero solo se le mencionará ya una vez más (en el "Primer Concilio ecuménico de Jerusalén" en Hch 15, 7).

No es que Pedro no sea ya importante. Más aún, Pedro seguía en vida cuando Lucas termina Hechos (Pablo también: ver Hch 28, 30-31), y era peligroso relatar qué había hecho y dónde había estado desde su evasión en torno al año 44. Podría implicar a otros como traidores ante el gobierno romano.

En cambio, san Lucas pasa aquí del "Canal Pedro" al "Canal Pablo". A san Pablo se le llama "Pablo", en vez de Saulo, desde Hch 13, 9, y en adelante se le menciona 127 veces, desde Hch 13 hasta 28. Es notable: san Pedro es mencionado 54 veces en Hch 1–12 y "Pablo" ni una (se le llama "Saulo"). Por otra parte, san Pablo es mencionado 127 veces en Hch 13–28 y "Pedro" solo una (15, 7). El

foco se ha desplazado claramente de un apóstol al otro en este punto del libro.

Arrancando en Hechos 13, san Lucas narra la actividad de san Pablo en cuatro viajes misioneros:

1. Asia Menor (actual Turquía) en Hechos 13–14;
2. Asia Menor y Grecia en Hechos 16–18;
3. Asia Menor y Grecia y luego Jerusalén en Hechos 19-21; y
4. Jerusalén a Roma en Hechos 27–28.

Entre estos viajes, san Lucas inserta el Primer Concilio ecuménico de Jerusalén (Hch 15), y la prisión de Pablo y sus juicios en Judea (Hch 22-26).

Podemos resumir el resto de Hechos así, en torno a los próximos capítulos:

1. Primer viaje misionero de Pablo, a Asia Menor (Hch 13–14). *El Primer concilio de la Iglesia en Jerusalén (Hch 15)*
2. Segundo viaje misionero, a Asia Menor y Grecia (Hch 16–18)
3. Tercer viaje misionero de Pablo, a Asia Menor, Grecia y Jerusalén (Hch 19–21) *Prisión de Pablo y Juicios en Judea (Hch 22-26)*
4. Cuarto viaje misionero de Pablo, a Roma (Hch 27–28)

El tema a lo largo de estos capítulos es Pablo, que lleva el Reino de Dios a "todos los confines de la tierra".

San Pablo realizó buena parte de su ministerio en un territorio llamado Asia Menor, equivalente más o menos a la actual Turquía. Sin embargo, en el tiempo de Pablo, Asia Menor no la poblaban los turcos. Había sido colonizada por griegos y era un centro principal de la cultura griega.

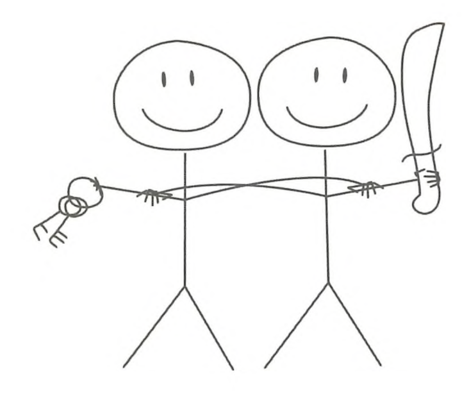
San Lucas se ocupa de señalar que san Pedro y san Pablo predicaban el mismo Evangelio. Siempre hubo intentos de separar a estos apóstoles diciendo que san Pedro predicaba un Evangelio "judío" y Pablo un Evangelio "gentil". Algunos estudiosos acusan a san Pablo de ser el "verdadero inventor del cristianismo". Esto no es cierto. No fue Pablo sino Pedro quien llevó primero el Evangelio del Reino a los gentiles. Pedro y Pablo tuvieron alguna ocasional diferencia, pero Lucas, que trabajó con los dos, muestra que ellos estaban en la misma sintonía.

En efecto, cuando examinamos el primer discurso disponible de san Pablo, mientras viaja a través de Asia Menor (Hch 13, 16-41), suena mucho como el primero de san Pedro en Pentecostés (Hch 2) y la curación del paralítico (Hch 3). Tal como hizo Pedro en Hechos 4, predica Pablo que Jesús es el cumplimiento de las promesas hechas a Abrahán (Hch 13, 17, 26 y 32). Imitando a Pedro en Hch 2, Pablo predica que Jesús cumple la alianza prometida a David, la de que uno de sus hijos reinaría sobre su reino (Hch 13, 22-23, 32-33). Pablo incluso repite el argumento de Pedro de la profecía de David sobre que el "fiel" que no "verá la corrupción" (Sal 16, 10) tiene que ser Jesús. Este es el asunto: Pedro y Pablo predican el mismo Evangelio. ¡Qué apropiado es que la Iglesia celebre su fiesta juntos el 29 de junio!

San Lucas muestra que la Iglesia católica se construyó sobre los cimientos de estos dos grandes apóstoles. Demuestra que los dos predicaron el mismo Evangelio y compartieron el mismo Espíritu Santo, mostrando una serie de notables semejanzas entre ellos. Examinemos la siguiente tabla:

Pedro y Pablo	Pedro...	Pablo...
...predican a Jesús como el heredero de las alianzas con David y Abrahán.	...en Hch 2 (Pentecostés) y en Hch 3 (curación en el Templo).	...en Hch 13 (Antioquía de Pisidia).
...curan a un cojo de nacimiento que no puede andar.	...en una puerta del Templo (3, 1-10).	...en Listra en Asia (14, 8-11)
...pueden curar a la persona incluso sin tocarla.	...con su sombra (5, 15).	...a través de pañuelos o ropa que han tocado su cuerpo (19, 12)
...derrotan a magos.	...convierte a Simón el mago (8, 9-21).	...vence a Elimas (13, 8-12).
...confirman con el Espíritu Santo después de bautizar.	...confirma a samaritanos (8, 17).	...confirma a efesios (19, 6).
...resucitan a muertos.	...resucita a Tabita (9, 36-42).	...resucita a Eutico (20, 7-12).
...evasión milagrosa de cárcel.	...evasión en Jerusalén (12, 6-9).	...evasión en Filipos de Macedonia (16, 19-34).

Las cosas que Pedro hace en Jerusalén, Judea y Samaría, Pablo las hace en territorios de gentiles. Así vemos cómo todo el mundo pasa a ser la "Tierra Santa" donde Dios actúa. El Reino de Dios se puede extender hasta los confines de la tierra. Este es el tema de Lucas:



Juntos, Pedro y Pablo construyen el Reino de Dios.

Veamos de cerca un ejemplo en que Pablo pasa por una experiencia semejante a la de Pedro. El primer viaje misionero de Pablo a Asia Menor, vuelve locas a muchas comunidades judías (Hch 13–14). Muchas de las sinagogas rechazan la predicación de Pablo, así que se dirige a los gentiles. Cuando comienza a haber un gran número de gentiles convertidos, los judíos se llenaron de envidia. Algunos agitadores siguen a Pablo por Asia Menor, sembrando problemas para él donde se detiene.

Sin embargo, igual que la predicación a Cornelio preocupó a algunos líderes de Jerusalén, también el viaje de Pablo suscita un debate. Pablo y Bernabé van a Jerusalén y tienen que enfrentarse a los que insisten en que todos deben hacerse judíos mediante la circuncisión antes de ser cristianos (Hch 15, 1-5). En palabras de Yogi Berra: «Es un *déjà vu* una vez más». ¿No hemos visto ya esa discusión con Pedro en Hechos 11?

Pero, como hoy mismo, aunque la Iglesia haya manifestado decisiones en su magisterio, siempre hay disidentes que tratan de reabrir cuestiones cerradas. A los apóstoles les pareció necesario reunirse en concilio:

«Los apóstoles y los presbíteros se reunieron para examinar esta cuestión» (Hch 15, 6). Lo que tenemos aquí es el primer concilio de la Iglesia. Lo llamamos "Primer Concilio ecuménico de Jerusalén". La cuestión no es el celibato sacerdotal, ni el divorcio y vuelta a casar, ni la divinidad de Jesucristo, ni "la salvación por la sola fe", ni ninguna otra cuestión caliente de los últimos siglos. La cuestión apremiante es: ¿Pueden los gentiles ser cristianos sin hacerse antes judíos?

Después de mucha deliberación, se levantó Pedro y terminó el debate; explicaré sus palabras mediante una paráfrasis mía: *Todos sabéis que Dios me eligió para ser el primero que predicase el Evangelio a los gentiles. Ellos recibieron el Espíritu Santo sin ser antes circuncidados. ¿Por qué queréis hacerles seguir la Ley de Moisés, cuando ni siquiera nosotros los judíos hemos sido capaces de cumplirla? Somos salvados por Jesús, de la misma manera que ellos* (Cfr. Hch 15, 7-11).

Después de que hablase Pedro, no hubo más debate. Escucharon a Pablo, que contó los prodigios del Espíritu que él había visto entre los gentiles. Finalmente, Santiago el Menor, el líder de los que habían defendido la circuncisión, contestó concediendo: *Habéis oído lo que Simón Pedro ha dicho, cómo Dios se ha dignado recibir a los gentiles. Esto fue profetizado por Amós*:

> "Después de esto volveré
> y reedificaré la tienda caída de David,
> reconstruiré sus ruinas y la levantaré de nuevo,
> para que busquen al Señor los demás hombres
> y todas las naciones sobre las que ha sido invocado mi Nombre"
> (Hch 15, 16-17; ver Am 9, 11-12).

Es una importante profecía la que cita Santiago. La "tienda de David" es un modo poético de aludir al *reino de David.* Así pues, se sigue esta lógica: cuando Pedro habla de los gentiles que llegan a la Iglesia, Santiago dice que eso cumple las profecías de que Dios reconstruirá el reino de David, que incluye a los gentiles. Esto tiene mucho sentido, pues hemos visto expandirse el "Reino de Dios". Así vemos que los apóstoles entienden la Iglesia como el cumplimiento de las promesas de la alianza con David a través de Jesús.

Aunque este primer concilio de la Iglesia decide que nos gentiles no tienen que cumplir toda la Ley mosaica, en la práctica manda que los gentiles cristianos deben abstenerse de las costumbres más obvias que ofenderían las sensibilidades judías: de lo ofrecido a los ídolos, de los animales estrangulados, de la sangre y de la inmoralidad sexual. Envían una carta, una "encíclica", si queréis, a todas las iglesias con esta decisión.

Después de relatar el Concilio de Jerusalén, san Lucas narra dos viajes misioneros más de Pablo, su prisión, los juicios en Judea, y su viaje final a Roma. Bautiza a familias completas, incluidos niños, en varias ocasiones (Hch 16, 11-34). Dos veces le vemos celebrar la Eucaristía, llamada "fracción del pan", en dos situaciones distintas, entre primeros cristianos y en el barco que le lleva a Roma (Hch 20, 7-11; 27, 35).

Por todas partes, vemos que los sufrimientos de Pablo, especialmente sus prisiones y juicios, en realidad le proporcionan la oportunidad de evangelizar a los oficiales del gobierno, a los militares, y a los príncipes. Es paradójico. Si no hubiese sido atacado y perseguido, no hubiera tenido la oportunidad de predicar a los líderes del mundo. Tan es así, que el Libro de los Hechos termina con Pablo

esperando predicar el Reino de Dios al mismísimo César, el gobernante universal del mundo conocido, y así a todos los gentiles que habitan "los confines de la tierra".

Así pues, Hechos trata sobre el crecimiento del reino, y vemos que incluso en el tiempo de la vida de la primera generación de cristianos se produjo un gran esfuerzo para llevar la Buena Nueva por todo el mundo. Pero san Lucas ha contado la historia de tal manera que nosotros los lectores cristianos y católicos podemos entender que somos aún parte de esta historia. La Buena Nueva está produciéndose aún, y el reino sigue aún creciendo en nuestros días. Estamos aún bautizando para el perdón de los pecados y el don del Espíritu Santo (Hch 2, 38), dedicándonos aún a "la enseñanza de los apóstoles y a la comunión, a partir el pan y a las oraciones" (2, 42) en cada Misa. Los sucesores de los apóstoles vienen aún para imponer las manos y preparar a otros hombres para compartir su liderazgo (Órdenes sagradas, 6,6) y completar el don del Espíritu Santo a los creyentes (Confirmación, 8, 17). Y aún sufrimos persecuciones, en muchos lugares tan severas como las que los apóstoles sufrieron. Pero estas persecuciones crean aún oportunidades para predicar la buena nueva del Reino.

Permítaseme cerrar con una pequeña historia de tiempos más modernos. Vietnam es un país del sudeste asiático. Los jesuitas franceses fundaron allí las primeras iglesias en los años 1600. En 1975, Francis Xavier Nguyen Van Thuan fue nombrado arzobispo auxiliar de Saigón, siete días antes de que la capital de Vietnam del sur fuese tomada por las fuerzas comunistas del norte. La caída de Vietnam del sur pareció un gran desastre para el gran número de vietnamitas católicos, que habían dependido primero de los franceses y luego de los americanos para defender su libertad religiosa de los revolucionarios respaldados

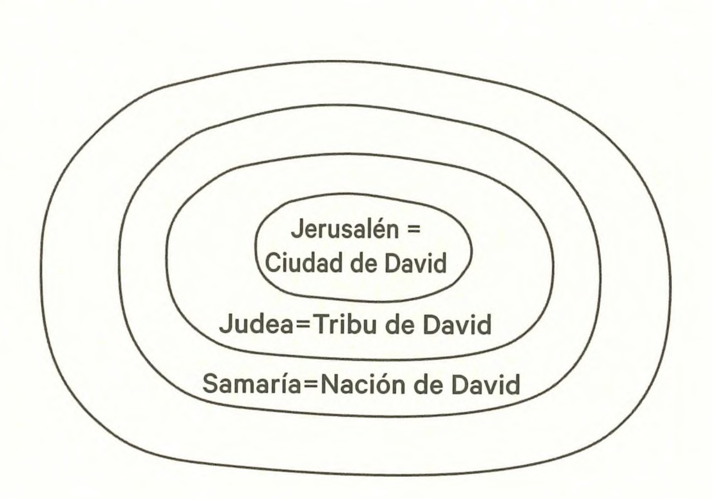
por China. Como parte de la supresión comunista de la Iglesia, el obispo Thuan fue inmediatamente arrestado y enviado a un "campo de reeducación", donde quedó en solitario confinamiento.

Pero el obispo Thuan no se desesperó. Su único contacto con seres humanos fueron sus guardias de prisión. Se hizo amigo de ellos. Al ver que no tenían formación, comenzó a enseñarles cosas, incluidos idiomas extranjeros y las enseñanzas de la Iglesia. Sus guardias comunistas acabarían saliendo de servicio canturreando cantos latinos. Algunos se convirtieron en secreto. Los oficiales de la prisión se preocuparon. ¡Este preso suponía una peligrosa influencia para sus guardianes! Los oficiales comenzaron a rotar los guardias con más frecuencia, para que ninguno estuviese expuesto al obispo demasiado tiempo. Pero no pudieron evitar que ganase la simpatía de los soldados, algunos de los cuales le proporcionaron medios para que pudiese celebrar Misa y enviar mensajes a sus fieles.

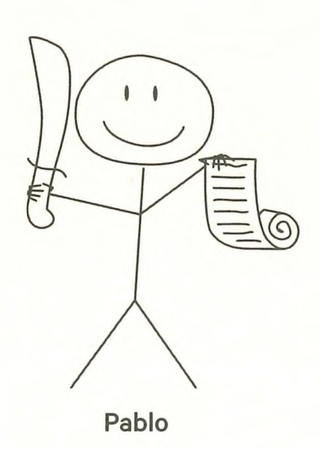
Después de muchos años, el obispo Thuan fue liberado y marchó a Roma, donde san Juan Pablo II le creó cardenal. Murió en 2002, y su causa de canonización progresa. La Iglesia católica en Vietnam está firme en la fe y continúa creciendo.

En el cardenal Thuan vemos un verdadero sucesor de los apóstoles, cuya vida fue como la de san Pablo: prisiones injustas crearon oportunidades para evangelizar y extender el reino.

Todavía estamos viviendo en el Libro de los Hechos. Todavía somos los testigos (en griego, *mártires*) "hasta los confines de la tierra".


Jerusalén =
Ciudad de David
Judea=Tribu de David
Samaría=Nación de David

PARTE III
VIVIENDO EN EL REINO



5.
SAN PABLO Y LA CARTA A LOS ROMANOS

AHORA PASAMOS A SAN PABLO que, después del mismo Jesucristo, fue uno de los hombres más influyentes en la historia del mundo. San Pablo pudo ser el mayor misionero entre los apóstoles, aunque no fue uno de los Doce. Jesús le llamó aparte, como una especie de "apóstol trece", enviado especialmente a los gentiles, mientras los Doce fueron enviados a reunir las "tribus de Israel". Las cartas de san Pablo constituyen una gran parte del Nuevo Testamento –tradicionalmente, los libros desde Romanos a Hebreos– y los estudiosos piensan con frecuencia en san Pablo como el mayor teólogo de la primitiva Iglesia. Grandes debates se producen hasta hoy sobre la interpretación de sus escritos. Los estudios Paulinos son casi un "deporte" entre los estudiosos de la Biblia. Muchos de ellos se han hecho famosos (y a veces ricos) escribiendo libros sobre san Pablo.

Acabamos de leer el Libro de los Hechos, así que conocemos la biografía básica de san Pablo. Sabemos que

nació en Tarso, una importante ciudad de la costa sur de Asia Menor. En algún momento en su juventud, acudió a Jerusalén para estudiar la Ley de Moisés y otras leyes judías con el gran fariseo Rabí Gamaliel. Fue fundamentalmente formado como un letrado religioso judío, y esa formación se nota en todos sus escritos. Como relata Hechos 7–9, san Pablo odiaba al principio a los cristianos y fue el jefe de su persecución, hasta que vio a Jesucristo resucitado en un encuentro sobrenatural mientras viajaba a Damasco. Hasta en el día de hoy, llamamos a un repentino y radical cambio en las creencias de una persona una experiencia de "Camino de Damasco". Después de su conversión, san Pablo comenzó a predicar la buena nueva de Jesús vigorosamente, y fue enviado a varios viajes a través de Asia Menor y Grecia para fundar iglesias. Hechos termina con su arresto domiciliario en Roma, a comienzos del año 60. Nuestra información sobre él después de eso no es clara, pero parece que su caso fue sobreseído tras su presentación al emperador romano, y estuvo libre por un tiempo para seguir con su trabajo misionero antes de ser arrestado de nuevo, y ejecutado por el emperador Nerón en torno a los años 66-68. San Pablo fue ciudadano romano, así que no fue crucificado como otros apóstoles y primeros mártires (cosa ilegal para los ciudadanos romanos), sino decapitado. Su cuerpo fue enterrado en terreno perteneciente a uno de los primeros cristianos fuera de los muros de la ciudad de Roma, en el sitio que ocupa ahora la basílica de san Pablo Extramuros.

Es difícil sobrestimar la influencia de san Pablo, especialmente la influencia de sus escritos. Muchos de los grandes santos y doctores de la Iglesia fueron profundamente influidos por la meditación esos escritos, incluso san Agustín y santo Tomás de Aquino. Martín Lutero

creyó que había fundamentado su doctrina de la "salvación por la sola fe" en los escritos de san Pablo, desencadenando la Reforma y la ruptura de la unidad cristiana en la civilización occidental. Los efectos de la interpretación de Lutero perduran aún entre nosotros. Algunos piensan que san Pablo fue un protestante temprano, cuyas enseñanzas contradicen las de la Iglesia católica. En muchas iglesias protestantes, la predicación se refiere más a san Pablo que a los evangelios. Incluso algunos católicos temen que los escritos de san Pablo socaven la fe y se alejan de estudiarlos. No necesitan inquietarse. San Pablo era y es completamente católico, y sus escritos son compatibles con la fe católica, pues son los que moldearon la fe católica.

Catorce cartas han sido reconocidas en la Iglesia como de san Pablo:

La Carta de san Pablo a los Romanos
La Primera Carta de san Pablo a los Corintios
La Segunda Carta de san Pablo a los Corintios
La Carta de san Pablo a los Gálatas
La Carta de san Pablo a los Efesios
La Carta de san Pablo a los Filipenses
La Carta de san Pablo a los Colosenses
La Primera Carta de san Pablo a los Tesalonicenses
La Segunda Carta de san Pablo a los Tesalonicenses
La Primera Carta de san Pablo a Timoteo
La Segunda Carta de san Pablo a Timoteo
La Carta de san Pablo a Tito
La Carta de san Pablo a Filemón
La Carta a los Hebreos

Estas cartas no se han ordenado cronológicamente sino más bien por su longitud, comenzando por la carta más

larga (Romanos) y avanzando hasta la más corta (Filemón). Las cartas a iglesias (de Romanos hasta 2 Tesalonicenses) preceden a las cartas a individuos (de 1 Timoteo hasta Filemón). La Carta a los Hebreos se coloca la última porque su autor no está identificado, y la Iglesia nunca ha estado completamente segura de que sea de san Pablo. La teología de Hebreos tiene mucho en común con san Pablo, pero el estilo literario es diferente. Quizá fue escrita (o en colaboración) por un amigo o discípulo.

Demos un rápido vistazo a estas catorce epístolas de Pablo:

La *Carta a los Romanos* (58 d. C.) es probablemente la mayor epístola de Pablo[1]. Expone su teología con gran profundidad, poniendo énfasis en que la buena nueva de Jesús es el camino de la salvación para todos los seres humanos, ya sean judíos, griegos o bárbaros (probablemente tú y yo estaríamos entre los "bárbaros").

La *Primera Carta a los Corintios* (56 d. C.) es una carta a la Iglesia en Corinto para encauzar problemas de la iglesia local como respuesta a preguntas que le han hecho relativas a la unidad de la iglesia, procesos judiciales, moral sexual, matrimonio, celibato, idolatría, comportamiento en la Eucaristía, dones espirituales, y la resurrección de la carne.

La *Segunda Carta a los Corintios* (57 d. C.) es una carta de seguimiento que refuerza su enseñanza sobre la moral sexual y la disciplina de la iglesia, y defiende la autoridad de Pablo como apóstol.

Gálatas (55 d. C.) es la carta más dura de Pablo, pues reprocha a la Iglesia en Galacia por decir a la gente que

---

[1] Para las fechas de las cartas de Pablo, sigo Bo Reicke, *Re-examining Paul's Letters: The History of the Pauline Correspondence*. T&T Clark, New York 2001.

tienen que circuncidarse y obedecer las leyes de la Alianza mosaica para salvarse. La salvación no viene por "las obras de la Ley [mosaica]" dice san Pablo, sino por "la fe en Jesucristo" (Ga 2, 16).

Efesios (29 d. C.) probablemente se envió no solo a Éfeso sino también a las iglesias cercanas. En ella, Pablo expone la doctrina sobre la Iglesia y el "misterioso" rol de la Iglesia en la salvación. La Iglesia es el nuevo templo de Dios, donde israelitas y gentiles viven juntos. Es también el Cuerpo de Cristo. La relación entre Cristo y su Iglesia es el modelo para el matrimonio cristiano y la vida familiar.

Filipenses (61/62 d. C.) la escribió para agradecer a los cristianos de Filipos su ayuda económica durante una de sus prisiones. Es la carta más alegre de Pablo, en la que da muchos consejos prácticos para vivir la vida cristiana y estar alegres incluso cuando se sufre.

Colosenses (59 d. C.) parece una versión más corta de Efesios. Pablo escribe a la Iglesia en Colosas, resumiendo lo que ha dicho a los efesios y advirtiéndoles sobre los falsos maestros que pretendían que siguiesen la Ley mosaica.

Primera y Segunda Tesalonicenses son algunas de las primeras cartas de Pablo (52-53 d. C.). Los cristianos de Tesalónica estaban muy preocupados por el fin de los tiempos, y Pablo les instruye sobre la segunda venida de Cristo, la resurrección de los muertos, el juicio final, y el "Anticristo"[2]. Hasta entonces, los cristianos deben continuar trabajando y llevando una vida santa.

Las cuatro últimas cartas de Pablo están dirigidas a individuos.

---

[2] San Pablo no emplea el término "anticristo", que solo aparece en 1 y 2 Juan. Él le llama «el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición» (2 Ts 2, 3) que parece un modo de mencionarlo.

Primera y Segunda Timoteo (56 y 60 d. C.) y *Tito* (58 d. C.) son cartas para asistentes de mucha confianza de san Pablo que gobiernan iglesias a las que san Pablo no puede ir, y que continuaron su ministerio tras la muerte del apóstol. En las cartas que les envía Pablo, vemos claramente el principio de la *sucesión apostólica*: los apóstoles establecieron a otros hombres con su autoridad apostólica para que siguieran gobernando la Iglesia en su lugar cuando faltasen ellos (ver 2 Tm 2, 2). Timoteo y Tito son jóvenes obispos que vigilan (en griego *episcopein*) la grey de los cristianos en una región. Pablo los anima antes que nada a guardar su propia fe fuerte y luego les instruye sobre cómo llevar la Iglesia: cómo identificar y nombrar hombres fieles capaces de enseñar, cómo manejar los diferentes grupos en la Iglesia, y cosas así.

Filemón (59 d. C.), la carta más corta de Pablo, es una breve apelación a su amigo Filemón, pidiéndole liberar a su esclavo huido Onésimo, a quien Pablo encuentra en prisión, para que Onésimo pueda ser ayudante de Pablo en su ministerio.

La anónima *Carta a los Hebreos* viene al final de las epístolas de Pablo. Como el autor no está claramente identificado, la primitiva Iglesia dudaba sobre quién la escribió. Las ideas de la carta son con frecuencia como las de san Pablo, pero el estilo griego es mucho más elegante que en ninguna otra carta de Pablo. Quizá Pablo la escribió con la ayuda de un estilista griego como san Lucas, o la escribió algún otro bajo la influencia de san Pablo. En todo caso, la Carta a los Hebreos se escribe a una comunidad de judíos cristianos donde muchos sienten la tentación de volver a la antigua Alianza mosaica. El autor les urge para que sean fuertes en la fe y reconozcan a Jesús como superior a los ángeles, a Moisés, y al sumo sacerdote del Templo. Jesús tiene

un mejor sacerdocio, alianza, sacrificio y santuario que los que la Alianza mosaica pueda ofrecer.

Esta es nuestra rápida gira por las cartas de Pablo. Ahora nos fijaremos en profundidad en una sola de sus cartas, la que pienso que mejor resume el pensamiento de san Pablo: Romanos.

Carta de san Pablo a los Romanos

Decir que la Carta a los Romanos ha tenido gran influencia en la historia cristiana es quedarse corto. Hasta el día de hoy, algunas de las mayores divisiones entre cristianos proceden de la interpretación de lo que dice Pablo en esta carta.

Veamos un ejemplo práctico. Cuando me formaba para ser pastor protestante, aprendí a predicar el Evangelio recitando y explicando seis versículos de Romanos. Este es un método bien conocido entre los protestantes americanos llamado "Roman Road". Bien, un día caminaba por un barrio del centro, entrenado en evangelización por un pastor urbano. Llamamos a la puerta de una mujer que había visitado su iglesia más o menos una semana antes. Ella estaba en casa y nos invitó a subir a su apartamento, donde mi amigo pastor comenzó a hablarle de Jesús. Siguió la "Roman Road" y le preguntó si quería rezar para "invitar a Jesús a entrar en su vida". Ella dijo que sí, y rezamos. Eso era algo bueno: como diríamos los católicos, había hecho una "comunión espiritual". Pero luego sucedió algo que no fue tan agradable. Mi mentor comenzó una elemental instrucción en la fe. Le preguntó:

«Ok, ahora has pedido recibir a Jesús. Pero si sales y robas mañana un banco, ¿estarías aún salvada?»

«Umm… ¿qué quieres decir», preguntó.

«Bueno, si vas y cometes algunos pecados realmente malos, si la semana próxima te vuelves loca y disparas a alguien, ¿estarías aún salvada?»

«Uf...», dudó la mujer, sin saber a dónde quería ir a parar. «¿No?», preguntó.

«*¡Sí!*», replicó mi amigo, «*¡lo estarías!*». Y continuó luego en esa línea: «Has recibido a Cristo, y nada de lo que hagas puede separarte del amor de Dios. La salvación es por la fe sola. Tus obras no importan. Una vez salvada, siempre salvada».

Yo estaba allí sentado oyendo esto un tanto extrañado. No es que no estuviese de acuerdo con la "salvación por la sola fe", pero nunca había oído enseñar esto tan rudamente. También tenía serias dudas de que fuese prudente comenzar la instrucción de los nuevos cristianos diciéndoles que podrían disparar a la gente y seguir yendo al cielo. Aunque esto fuese cierto, podría no ser el mejor modo de empezar.

Aquella mujer nunca llegaría a ser miembro de nuestra iglesia local.

Durante los siguientes cuatro o cinco años, fui pastor urbano y continué con la evangelización puerta a puerta. Ocasionalmente, alguien se convertía y se unía a mi iglesia. Pero incluso en esos pocos años de pastoral, vi cómo personas que yo había evangelizado abandonaban la vida cristiana y comenzaban una vida de pecado. Y cuando se lo hacía ver, a veces me decían: «Estoy salvado por la sola fe. Sé que lo que hago está mal, pero aun así iré al cielo». Esto suponía una conmoción para mí. No me había encontrado antes con gente que se tomase la idea del la "salvación por la fe sola" de un modo tan extremo. Pero he llegado a creer que abunda entre los cristianos americanos. También hay muchos en América que se han vuelto

ateos o al menos han rechazado el cristianismo porque ven "la salvación por la sola fe" como una burda forma de hipocresía: «Los cristianos piensan que pueden hacer lo que quieran e ir al cielo porque 'creen en Jesús', mientras que el resto de nosotros podemos hacer todo el bien que queramos, pero iremos al infierno por creer lo que es falso». Para esa gente, los cristianos parece que utilizan la creencia en Jesús como "una tarjeta gratuita para salir de la cárcel" y evitar responder de sus actos.

Todas estas cuestiones surgen de una malinterpretación de la Carta a los Romanos, que se remonta a Martin Lutero. Lo aclararemos en las páginas que siguen.

***

Muchos consideran que Romanos es la mayor epístola de Pablo. Ciertamente es la más larga de las suyas. Ha jugado un gran rol en la historia del mundo. Romanos jugó una buena parte en la conversión de san Agustín al cristianismo. Después de un largo combate espiritual, san Agustín estaba un día sentado fuera con su amigo Alipio, casi desesperado por no saber qué hacer con su vida. Oyó a un niño que cantaba en la puerta de al lado: «¡Toma y lee! ¡Toma y lee!». Así que escogió una copia de Romanos que tenía y leyó el primer pasaje que encontró: «Como en pleno día tenemos que comportarnos honradamente, no en comilonas y borracheras, no en fornicaciones y desenfrenos, no en contiendas y envidias; al contrario, revestíos del Señor Jesucristo, y no estéis pendientes de la carne para satisfacer sus concupiscencias» (Rm 13, 13-14). Él tomó esto como si se lo dijese Dios: que dejase su desordenado estilo de vida y entregara su vida a Dios. San Agustín llegó a ser el padre de la Iglesia más influyente en la tradición católica.

Como mencioné mas arriba, para bien o para mal, Martin Lutero encontraría su doctrina de la "salvación por la sola fe" mientras leía Romanos, y acometió la Reforma, cambiando para siempre la historia de Europa y del mundo. John Wesley, fundador del movimiento metodista, se convirtió cuando su corazón se "caldeó de modo extraño" mientras leía un comentario a Romanos.

Probablemente Romanos ha llevado consigo conversiones sin cuento de otras personas menos famosas. Montañas de comentarios se han escrito sobre ella, hay gente que ha llegado a las manos discutiendo cómo interpretarla, y ha cambiado el curso de la historia para siempre en más de una ocasión. ¿Qué es este libro? ¿Por qué lo escribió Pablo? ¿Qué significa?

Romanos es, por cierto, una carta que Pablo escribió a la comunidad cristiana de Roma mientras él estaba en Corinto. Las características de una carta están especialmente claras en el capítulo primero y en los capítulos 15–16. Mucha parte del resto de Romanos parece más un sermón o una clase de teología.

¿Por qué la escribió Pablo? Por varias razones. La más apremiante era una razón práctica. Pablo planeaba viajar a España para llevar a cabo allí su trabajo misionero. Tendría que parar en Roma en el camino, y quería avisar a los cristianos de allí para que estuvieran preparados para ayudarle en el resto del camino a España.

Pero también había otras razones. Pablo sentía verdaderamente que Dios le había hecho comprender el significado del Evangelio, la Buena Nueva. Entendía que la Buena Nueva había sido ya anunciada en el Antiguo Testamento. Los profetas de Israel habían hablado de que llegaría un tiempo en que algunas leyes de Moisés desaparecerían, y tanto los israelitas como los gentiles serían

salvados por Dios. Estaba convencido de que ese tiempo ya había llegado. Quería compartir con la Iglesia en Roma su convicción de que la Antigua Alianza se refería a la Nueva, y cómo judíos y gentiles podían vivir juntos en un único pueblo de Dios, la Iglesia.

Un mapa mental de Romanos

Antes de entrar en la lectura a fondo de Romanos, hagamos "zoom" como en Google Maps para obtener una imagen a vista de pájaro de la ruta que seguiremos a través del libro. El comienzo (1, 1-15) y el final (15, 14 a 16, 27) del libro consisten en saludos y otras delicadezas que se suelen usar en la correspondencia, y otros asuntos prácticos.

San Pablo comienza el cuerpo de su carta estableciendo una tesis: «No me avergüenzo del Evangelio, porque es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree, del judío en primer lugar y también del griego. Pues en él se revela la justicia de Dios de la fe hacia la fe, como está escrito: "El justo vivirá de la fe"» (Rm 1, 16-17). Esto es lo que san Pablo busca probar: el Evangelio, la Buena Nueva de Jesús, es el camino de la salvación para todos en el mundo. No hay dos caminos de salvación: Moisés para los judíos y Jesús para los gentiles. No, Jesús es para todos. Y otra cosa es que la Buena Nueva es un modo de ser justo con Dios (la "justicia de Dios") que arranca con confianza y continúa confiando en Dios cada paso del camino ("de la fe hacia la fe").

Después de afirmar que la Buena Nueva es el camino para salvarse para todos, san Pablo tiene que mostrar que todos *necesitan* ser salvados. Así pues, su siguiente paso es presentar la "mala noticia" de que todos los humanos han

pecado, apartándose de Dios, y todos necesitan arrepentirse. Tanto gentiles (1, 18-32) como judíos (2, 1 a 3, 20) necesitan la salvación, aun teniendo ya los judíos la ley de Moisés.

Después de mostrar que todos necesitan ser salvados, san Pablo vuelve a exponer su tesis: el único camino para ser justificado ante Dios es a través de la fe en Jesucristo, no guardando la ley de Moisés (3, 21-30).

Luego, san Pablo responde a tres objeciones a esta tesis que él espera le plantearán los judíos cristianos:

Objeción número uno: *San Pablo, tu tesis básicamente anula el Antiguo Testamento completo* (Rm 3, 31). Por el contrario, dice san Pablo, el mismo Antiguo Testamento muestra que la salvación es una cuestión de fe, no simplemente de guardar la ley de Moisés (4, 1 a 5, 21).

Objeción número dos: *San Pablo, tu tesis implica que podemos seguir pecando pues no tenemos que obedecer las leyes* (6, 1). Por el contrario, san Pablo dice que en Jesús hemos muerto al pecado y comenzamos a vivir una vida nueva (6, 1 a 7, 6).

Objeción número tres: *San Pablo, tu tesis implica que la ley de Dios en el Antiguo Testamento era algo malo* (7, 7). Por el contrario, san Pablo dice que la ley de Dios en el Antiguo Testamento es santa; solo que no es suficiente para salvarnos (7, 7-25).

Después de responder a estas tres objeciones, san Pablo está preparado para resumir su mensaje completo en Romanos 8, el capítulo más importante de toda la epístola. Ahí Pablo explica que la Ley mosaica nos enseñó lo que estaba bien o mal, pero no nos dio la fuerza para hacer el bien. Ahora, Jesús asumió el castigo por nuestros pecados mediante su muerte en la Cruz y nos dio el Espíritu Santo para que podamos cumplir la ley de Dios. Con tal de que vivamos según el Espíritu y no según nuestra antigua naturaleza, seremos salvados.

¿Y qué pasa con los israelitas de raza, ahora que la Nueva Alianza ha llegado? ¿Qué va a ser de ellos? Este es el tema de san Pablo en los siguientes tres capítulos, Romanos 9–11, donde argumenta que Dios no ha olvidado al pueblo de Israel para que, al final, "todo Israel se salve" (11, 25-26).

Si todo esto es verdad, ¿cómo debemos vivir? Pablo entra en este asunto al comienzo de Romanos 12. Durante los siguientes capítulos, habla de humildad, amor, paciencia, mansedumbre, amabilidad y las demás virtudes que describen la vida cristiana.

Finalmente, termina la carta, comenzando por Romanos 15, 14, con una lista de instrucciones finales, saludos y bendiciones.

Podemos estructurar así la Carta a los Romanos:

- **I. Presentación. Saludo (1, 1-7)**
- **II. Sección doctrinal (capítulos 1–11)**
  - A. Tesis: El Evangelio es el camino de salvación por la fe para todos, judíos y gentiles (1, 16-17).
  - B. Soporte: Tanto gentiles como judíos han pecado y necesitan salvación (1, 18 a 3, 20).
  - C. Vuelve a exponer la tesis: El Evangelio es el camino de salvación para todos, sin la Ley mosaica (3, 21 -31).
  - D. Objeciones y respuestas (capítulos 4–7):
    1. Pablo, estás anulando el Antiguo Testamento. No, la Ley contiene realmente el Evangelio (capítulos 4–5).
    2. *Tu Evangelio implica que podemos seguir en pecado.* No, morimos al pecado y no podemos seguir viviendo en él (capítulos 6–7).
    3. *Tu Evangelio implica que la ley es mala.* No, pero nuestra naturaleza pecadora hace mal uso de la ley (capítulo 7).

E. Resumen: Vivimos ahora de acuerdo con el Espíritu Santo, no según la carne (capítulo 8).

F. Digresión: *¿Qué pasa con el pueblo de Israel ahora que ha llegado la Nueva Alianza?* Dios tiene aún un rol para su pueblo (capítulos 9–11).

III. Sección práctica (capítulos 12–15)
Practica el amor, la humildad, la mansedumbre, la mortificación y las demás virtudes de la santidad.

IV. Instrucciones finales, saludos y bendiciones (15, 14 hasta el final).

Ahora entremos más de cerca en Romanos.

Presentación y saludo de Pablo (*Rm 1, 1-7*)

«Pablo, siervo de Jesucristo, apóstol por vocación, designado para el Evangelio de Dios, que Él de antemano prometió por sus profetas en las Santas Escrituras acerca de su Hijo Jesucristo, Señor nuestro, nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios con poder según el Espíritu de santificación por la resurrección de entre los muertos, por quien hemos recibido la gracia y el apostolado para la obediencia de la fe entre todas las gentes para gloria de su nombre, entre las que estáis también vosotros, elegidos de Jesucristo, a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: gracia y paz a vosotros de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo» (Rm 1, 1-7).

Pablo comienza su carta a los Romanos saludándolos y luego dando gracias a Dios por ellos. Esta es la práctica corriente en la mayor parte de las cartas de Pablo.

El saludo de Pablo en Romanos es elaborado y florido. Cuando se presenta él, da un completo panorama de

lo que significa ser un apóstol de Jesús. Resume el mensaje del Evangelio justo en su personal presentación. En el proceso, señala varios puntos importantes. Primero, "el Evangelio [fue prometido] de antemano [...] en las Santas Escrituras". Para Pablo, "las Santas Escrituras" son el Antiguo Testamento porque los libros del Nuevo Testamento no han sido escritos aún. Es muy importante para Pablo que la Buena Nueva de Jesús fue ya *anunciada* y *prefigurada* por los profetas del Antiguo Testamento.

Segundo, este evangelio es sobre el Hijo de Dios "nacido del linaje de David". Aunque san Pablo no emplea mucho el lenguaje del reino en Romanos, en el trasfondo de su pensamiento está siempre la restauración del reino de David, que incluye tanto a Israel como a los gentiles.

Tercero, este Jesús, «nacido del linaje de David», ha nombrado a Pablo su real mensajero, su "apóstol", para traer a la "obediencia de la fe a todas las gentes". Es decir, san Pablo es enviado a los gentiles para hacerlos obedientes al Rey davídico, Jesús. Ahora bien, hay disputa entre católicos y protestantes sobre qué significa "obediencia de la fe". Esta disputa está en el núcleo de la historia que conté al comienzo del capítulo. Ahí veis que mi entrenador en la evangelización, como muchos protestantes, entendía por "obediencia de la fe" una "obediencia" que consiste solo en creer. Es decir, la única "obediencia" que Dios espera es que tú creas, que "tengas fe". La Iglesia católica entiende que "obediencia de la fe" significa un verdadero cambio de conducta que procede de tener fe en Jesús. Pienso que quedará claro en Romanos que "obediencia de la fe" significa realmente una vida transformada y una conducta cambiada que viene de tener fe en Jesucristo.

Después de presentarse, san Pablo saluda a los romanos con «gracia y paz a vosotros de parte de Dios nuestro

Padre y del Señor Jesucristo». "Gracia" (en griego, *charis*) es el típico saludo griego. "Paz" (en hebreo, *Shalom*) es el típico saludo judío. Pablo combina los dos, pues escribe a la Iglesia, una nueva comunidad del pueblo de Dios compuesta de judíos y griegos juntos. Y por "griegos" entendemos los de lengua griega, los gentiles. El griego era la lengua internacional, hablada por las personas con formación en el Imperio Romano. Con frecuencia, en los escritos de Pablo, "griego" significa lo mismo que "gentil".

Después del saludo, Pablo da gracias a Dios por los romanos. «Vuestra fe es alabada en todo el mundo», dice Pablo (Rm 1, 8). La Iglesia romana fue famosa por su fidelidad al Evangelio desde el principio. La Iglesia en Roma se convertiría en la iglesia madre de la cristiandad, especialmente porque tanto Pedro como Pablo fueron allí martirizados, dejando sus huesos y sus sucesores en la ciudad. Como Roma tiene tan gran influencia en la Iglesia en todo el mundo, Pablo tuvo gran interés en estar allí, para explicar su doctrina sobre cómo judíos y gentiles están unidos en la Nueva Alianza.

TESIS (*Romanos 1, 16-17*)

Concluidos los preliminares, san Pablo aborda el principal punto de su carta: «No me avergüenzo del Evangelio, porque es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree, del judío en primer lugar y también del griego. Pues en él se revela la justicia de Dios de la fe hacia la fe, como está escrito: "El justo vivirá de la fe"» (1, 16-17). "Evangelio", como sabes, es literalmente la "Buena Nueva" (en griego, *euangelion,* de *eu,* "bueno", y *angelion,* "mensaje"). La "Buena Nueva" de Jesús es el camino de

salvación para todos. No hay un camino para los judíos y otro diferente para los griegos (significando aquí "gentiles"). No, Jesús es la Buena Nueva para todos, y el camino de la salvación que enseña Jesús es el camino de la fe, es decir, creer en Dios.

Los católicos difieren de algunos protestantes sobre qué es realmente esta "justicia de Dios de la fe hacia la fe". Algunos protestantes piensan que significa una "justicia" que consiste solo en tener "fe". Esto es, tú crees en Jesús, y Dios te lo cuenta como justicia. La Iglesia católica la entiende como una verdadera justicia, un verdadero cambio en la conducta, que procede de creer en Jesús. ¿Qué punto de vista es correcto? Seguiremos leyendo Romanos para verlo.

Esta es la "Buena Nueva" para san Pablo: Dios ha revelado un camino para ser salvado para cada uno que procede de la fe en Jesús. Pero para apreciar la "buena noticia", hay que entender la "mala noticia", que es que todos necesitan la salvación. Si alguien piensa que no necesita ser salvado de nada, entonces la "buena noticia" no significa mucho. "¿Qué importa que pueda ser 'salvado' por la fe en Jesús?", podría decir. "¡Yo no necesito ser salvado para nada!". Por eso, en la siguiente sección de la carta de Pablo, explica la "mala noticia": los seres humanos están sujetos al juicio de Dios.

La mala noticia (*Romanos 1, 18 a 3, 20*)

Esta es la mala noticia: «En efecto, la ira de Dios se revela desde el cielo sobre toda impiedad e injusticia de los hombres que tienen aprisionada la verdad en la injusticia» (v. 18). Toda la humanidad experimenta la "ira" de Dios. ¿Qué es la "ira" de Dios? San Pablo lo explicará en lo que sigue.

Hay suficiente evidencia en el mundo, expone san Pablo, para que todo ser humano pueda conocer que hay un Dios y conocer lo básico sobre él. «Lo que se puede conocer de Dios es manifiesto en ellos», dice san Pablo, pues «las perfecciones invisibles de Dios [...] se han hecho visibles a la inteligencia a través de las cosas creadas» (1, 19-20). ¿Por qué entonces hay tanta falta de fe en el mundo? Porque el hombre "aprisiona la verdad" (v.18).

Con san Pablo, la Iglesia católica enseña que las personas pueden *conocer* a Dios por la razón, incluso sin fe. A veces digo a mis estudiantes: «Yo no creo que Dios existe». Me miran asombrados mientras dejo que esa afirmación les cale. Luego digo: «Yo sé que Dios existe». Cuando piensas en la evidencia y los argumentos que demuestran que *debe haber* un Dios, la existencia de Dios se convierte en un asunto de *conocimiento,* no solo de *fe.*

La evidencia de la existencia de Dios es tan sólida hoy como lo era en tiempos de san Pablo, o como siempre ha sido, porque el modo en que son las cosas no ha cambiado. Porque conocemos más hoy sobre el mundo, podemos probar ahora la existencia de Dios de modo más fuerte y preciso que en tiempos de san Pablo o incluso que hace cien años.

Una de las más poderosas pruebas de la existencia de Dios es lo que los filósofos y científicos llaman el "ajuste fino del universo". "Ajuste fino" se refiere al hecho de que todas las fuerzas primarias parecen haber sido ajustadas por una inteligencia a los valores exactos necesarios para producir la vida inteligente.

Dejad que me explique. La operación del universo parece estar gobernada por fuerzas que llamamos constantes físicas. Algunos ejemplos de constantes físicas son los siguientes:

- La velocidad de la luz
- La fuerza de gravedad
- El ritmo de expansión del universo
- La proporción de protones y electrones del universo

Y hay muchas otras. Puedes recordar de las clases de ciencias en la enseñanza media que hay un número asociado con cada una de estas constantes. Por ejemplo, la velocidad de la luz es de unos 300 000 km por segundo, y la fuerza de gravedad hacia la superficie de la tierra hace que los objetos se aceleren a un ritmo de 9,8 m por segundo al cuadrado.

Avances en la ciencia moderna han probado que todas las constantes físicas están ajustadas con gran precisión, de tal modo que, si una de ellas se desviase en el más pequeño porcentaje, el universo no podría soportar la vida.

Por ejemplo, si la proporción entre el número de protones y electrones del universo se alterase incluso en una parte por trillón de trillones, la fuerza del electromagnetismo en el universo podría superar la gravedad, y ni estrellas, planetas o vida se formarían nunca.

Para dar otro ejemplo, Stephen Hawking señala que «si el ritmo de expansión del universo un segundo después del Big Bang hubiese sido menor incluso en una parte de cien mil millones de millones, el universo habría vuelto a colapsar antes de alcanzar el presente tamaño»; en otras palabras, antes de que la vida humana apareciese en la tierra[3].

Imagina que tienes una máquina de hacer el universo con cuarenta botones, o más, que controlan las leyes básicas de la naturaleza. Para hacer un universo en que la vida pueda existir, cada botón debería ajustarse a un número exacto, en un ajuste de más de treinta decimales.

---

[3] Stephen Hawking, *A Brief History of Time*. Bantam Press, London 1988, p.121.

ACMÉ UNIVERSO-MATIC

Cada botón debe ajustarse exactamente

¿Cuál es la probabilidad de que eso pueda ocurrir por accidente? Aproximadamente una sobre 10 seguido de 229 ceros.

Incluso hay ateos que admiten que esto parece apuntar a Dios. El astrónomo ateo Sir Fred Hoyle admite: «Una interpretación de sentido común de los hechos sugiere que un superintelecto ha alterado las leyes de la física»[4].

Stephen Hawking está de acuerdo: «El hecho notable es que los valores de estos números (i.e., las constantes físicas) parecen haber sido ajustados muy finamente para hacer posible el desarrollo de la vida», y concede que se podría aceptar esto como evidencia de «un divino propósito en la Creación y la elección de las leyes de la ciencia»[5].

La realidad del "ajuste fino" cósmico solo fue reconocida en los últimos cien años debido a los avances en la ciencia. Es un hecho irrefutable, reconocido por ateos y creyentes, y es una de las más fuertes evidencias de una poderosa inteligencia creativa –un Dios– como la fuente del universo. Sin embargo, cuando pregunto

---

[4] Fred Hoyle, "The Universe: Past and Present Reflections", *Annual Review of Astronomy and Astrophysics*, 20 (September 1982): 16.

[5] Hawking, *A Brief History of Time*, 125.

a los estudiantes en mis clases cuántos han oído hablar del ajuste fino cósmico, apenas hay alguno. Ellos son jóvenes católicos bien formados de toda América. ¿Por qué no conocen estos hechos?

Por qué también ignoran:

- La asombrosa complejidad de las más sencillas formas de vida.
- Las repentinas, inexplicables explosiones de nuevas formas de vida observadas en los fósiles.
- La increíble naturaleza del Big Bang.
- y otras evidencias científicas que apuntan a un creador.

Pues porque, como dice san Pablo, «los hombres [...] tienen aprisionada la verdad» (Rm 1, 18). Nuestra cultura está basada en el ateísmo, y podría derrocar nuestro sistema sociopolítico que la gente supiera que hay fuertes razones científicas y filosóficas para creer en un Dios creador. Soy un profesor y doctor que ha trabajado en círculos académicos durante los pasados veinte años. Puedo atestiguar que hay fuerte presión social y política en esos círculos para abstenerse de informar de estudios que puedan apuntar a la existencia de Dios, especialmente en escuelas estatales, pero también en muchas instituciones protestantes y católicas. El profesor que presente esta información se arriesga a enfadar a sus colegas y por último a poner en peligro su propio empleo.

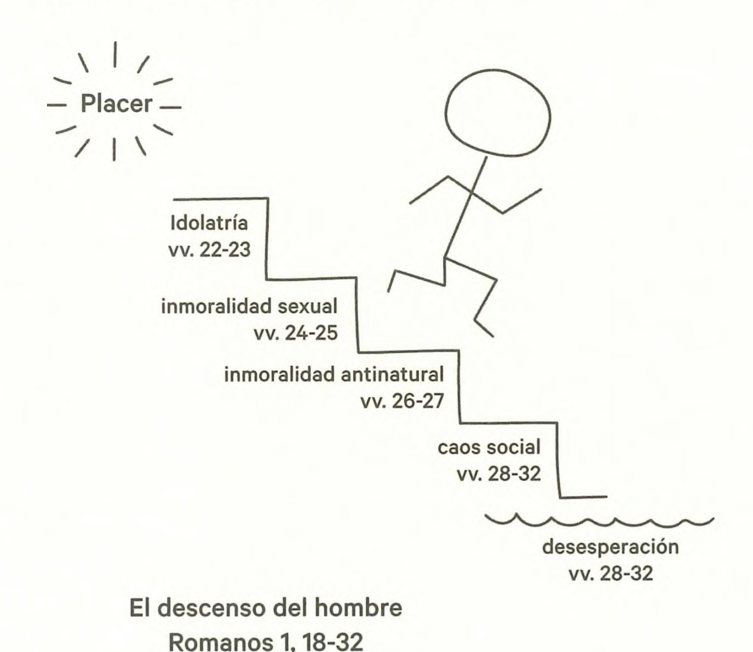
Así pues, lo que san Pablo dice en Romanos 1, 18 sigue siendo verdad. Quizá nunca en la historia humana ha sido posible construir tan precisos y contundentes argumentos sobre la existencia de Dios como los de ahora. Pero ahora más que nunca la información no se pueda dar porque es demasiado políticamente incorrecta.

San Pablo dice que la humanidad conoce a Dios porque hay suficiente evidencia en la creación para reconocer su existencia. Pero la humanidad no adora a Dios, "porque habiendo conocido a Dios no le glorificaron como Dios ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos y se oscureció su insensato corazón: presumiendo de sabios se hicieron necios y llegaron a transferir la gloria del Dios incorruptible a imágenes que representan al hombre corruptible, y a aves, cuadrúpedos y a reptiles" (1, 21-23). San Pablo describe aquí la antigua religión, que estaba dedicada a la adoración de ídolos que se suponía representaban a varios dioses. Esos dioses eran personificaciones de cosas que quería la gente: adoraban a Venus, la diosa de la sexualidad; Dionisios, el dios del vino; Marte, el dios de la violencia, y Plutón el dios de la riqueza. Adoraban a estos "dioses" para obtener las cosas que los dioses representaban. La moderna sociedad no es muy diferente. Los ídolos han desaparecido, pero a través de su música, sus fiestas, su trabajo y su estilo de vida, la gente adora aún la sexualidad, las drogas, la violencia y la riqueza.

¿Cómo responde Dios al rechazo de él? Bueno, les da lo que quieren. Después de describir el rechazo de la humanidad a Dios, san Pablo pasa a describir tres etapas de "castigo" que Dios inflige a la sociedad humana. En cada etapa, Dios "les da" lo que desean.

En la primera etapa, Dios «los abandonó a los malos deseos de sus corazones, a la impureza» (1, 24). Eso significa sexualidad sin trabas fuera del matrimonio. Quien rechaza a Dios empieza a buscar el sexo por placer más que por amor. ¿Por qué pasa eso? Estamos hechos para una relación de amor con Dios. Cuando rechazamos a Dios, queda un vacío de Dios en nuestras vidas que nos duele y queremos llenar. La gente intenta llenar el vacío

con el sexo porque el sexo proporciona la ilusión de una relación de amor, si no con Dios, al menos con otra persona. Pero por supuesto, sin un compromiso para toda la vida –esto es, sin el matrimonio–, el sexo no es realmente amor. Como dice la famosa Tina Turner sobre el sexo: «¿Qué puede hacer el amor con eso?».



El descenso del hombre
Romanos 1, 18-32

Así que, cuando la gente se cansa de empujar el sexo hacia el vacío de Dios de sus vidas, alcanzamos la siguiente etapa del "castigo" de Dios para los que le rechazan: «Por lo tanto, Dios los entregó a pasiones deshonrosas, pues sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contrario a la naturaleza, y del mismo modo los varones» (1, 26-27). En esta segunda etapa, la gente se considera frustrada con

el sexo normal, que no les proporciona la satisfacción que ansían. Comienzan a experimentar otras formas de sexualidad que no sigue los designios de Dios para nuestros cuerpos, esperando que estas experiencias más exóticas satisfarán sus almas. Pero como lo que deseamos de verdad es a Dios mismo, esto no satisface tampoco, sino que nos hace daño en el cuerpo y en el alma.

Entonces alcanzamos la etapa final del castigo de Dios, cuando Dios «los entregó a un perverso sentir que les lleva a realizar acciones indignas» (1, 28). Yo llamo a esta etapa la del "caos social". San Pablo la pinta como una película de villanos: «Colmados de toda iniquidad, malicia, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidio, riñas, engaño, malignidad; chismosos, calumniadores, enemigos de Dios, insolentes, soberbios, fanfarrones, inventores de maldades, rebeldes con sus padres, insensatos, desleales, desamorados, despiadados» (1, 29-31). Básicamente, la sociedad se ha roto, y ya no hay amor. ¿Por qué pasa esto? En buena parte, la sociedad se desintegra porque todo lo que es sexo fuera del matrimonio en las dos primeras etapas rompe la unidad de la familia y produce hijos fuera del matrimonio. En los tiempos antiguos, a muchos de estos niños se les mataba recién nacidos, y en nuestros días los matamos antes de nacer en buen número, 1,5 millones al año solo en América. Pero muchos otros sobreviven y crecen sin un padre y madre casados que les quieran y se comprometan con ellos de por vida. Creciendo con falta de amor y falta de orientación, muchos nunca aprenden a distinguir el bien del mal y tratan de salir de su dolor infligiendo dolor a otros.

Lo que san Pablo ha descrito es un ciclo que comienza con el rechazo de Dios y termina en el caos entre los seres humanos. Pablo lo llama la "ira" de Dios que se revela a los hombres, pero hemos visto que esa "ira" significa dar

a la gente lo que quiere. Cuando deseamos *no hay* Dios, el castigo es construirlo nosotros. Este ciclo del rechazo de Dios al caos se repite a lo largo de la historia en personas, familias, culturas y naciones. Es un triste ciclo, pero no es inevitable. Hay una alternativa: volver a Dios, cuyo amor se ha manifestado en Jesucristo.

Pero, mientras Pablo está describiendo cómo las cosas van de mal en peor entre los gentiles, hay judíos creyentes oyéndole que piensan que eso no se aplica a ellos. Probablemente asienten con la cabeza, pensando para sus adentros: *¡Díselo, Pablo! ¡Predica, hermano! ¡Estos gentiles son ciertamente malos, y se merecen lo que tienen!* Pero en Romanos 2, san Pablo se vuelve a esos que se justifican a sí mismos y les acusa de hipocresía: «Por eso, tú que juzgas, quienquiera que seas, eres inexcusable; porque en lo que juzgas a otro te condenas a ti mismo, ya que tú, el que juzgas, haces lo mismo» (2, 1).

Hay algunos, entre los judíos que oyen a san Pablo, muy críticos con los gentiles por faltar a las leyes de Dios, pero que, al mismo tiempo, ellos son también desobedientes a la ley de Dios. San Pablo les advierte: «¿Y tú, hombre que juzgas a los que hacen las mismas cosas que tú, piensas que escaparás al juicio de Dios?» (2.3). Pues Dios, «retribuirá a cada uno *según sus obras*» (2, 6, énfasis añadido). Es extraño que muchos protestantes crean en la "salvación por la sola fe", no por las obras, leyendo a san Pablo decir esto en una carta. Pero como veremos, san Pablo y Romanos han sido muy mal comprendidos. San Pablo enseña muy claro que lo que realmente *hacemos* juega un importante rol en nuestro destino eterno: «Tribulación y angustia para todo hombre que obra el mal [...]. Gloria, en cambio, honor y paz a todo el que obra el bien» (2, 9-10). Cuando seamos juzgados en el último día, Dios tendrá en cuenta el conocimiento de Dios

que tengamos. «Todos los que pecaron sin estar sujetos a la Ley, también sin Ley perecerán; y los que pecaron sujetos a la Ley, serán juzgados por la Ley» (2, 12). Aquí, por "la Ley" se puede entender las escrituras. Dios será más indulgente con quienes no conocen las escrituras y más exigente con quienes las tienen. Hay gentiles, por ejemplo, que "siguiendo la naturaleza, cumplen los preceptos de la Ley" y muestran que «tienen grabado en sus corazones lo que la Ley prescribe» (2, 14-15). Son personas que no conocen las escrituras, pero siguen el sentido natural del bien y el mal que está inscrito en la naturaleza humana. A estas personas puede "excusarlas" Dios en el juicio final.

Pero el simple hecho de ser judío, y haber oído y conocido la ley de Dios, y haber sido circuncidado de acuerdo con lo mandado en el Antiguo Testamento no les ayudará en el juicio final si "quebrantan la ley". Pues «es judío el que lo es en su interior, y es circuncisión la del corazón, según el espíritu, no según la letra» (2, 29). Al decir que la verdadera circuncisión es espiritual, san Pablo no está anulando el judaísmo. Obtiene esta idea del mismo Moisés, quien prometió que un día Dios circuncidaría los corazones de su pueblo (Dt 30, 6). Esto recuerda a los israelitas que "se dolieron de corazón" cuando oyeron a Pedro predicar (Hch 2, 37) y recibieron el Bautismo y el Espíritu Santo.

Sin embargo, la circuncisión del corazón no es una realidad oculta que no tiene efecto en la conducta. No, sino que como san Pablo dijo antes, «no son justos ante Dios los que oyen la Ley, *sino los que cumplen la Ley*: estos son los que serán justificados» (Rm 2, 13, énfasis añadido). De nuevo, parece extraño que Pablo diga esto en un documento donde se supone que está enseñando la "salvación por la sola fe". Pero como veremos, san Pablo nunca enseña la "salvación por la sola fe". Ciertamente enseña "la

salvación por la fe", pero esa *fe* transforma nuestras vidas, incluyendo lo que realmente *hacemos.*

Bien, si no es solo *oír* la ley y cumplir ceremonias como la circuncisión lo que hace a nadie justo ante Dios, ¿tiene importancia ser judío y no gentil? Pablo aborda esa cuestión en Romanos 3. Responde que, en cierto sentido, los judíos tienen una ventaja, y en otro sentido no la tienen.

Por una parte, tienen ventaja porque a ellos se les han dado las escrituras. Dios les habló de un modo como no lo hizo con ningún otro pueblo. Eso es una bendición, aunque muchos judíos a través de la historia hayan ignorado la palabra de Dios (Rm 3, 1-8).

Por otra parte, los judíos no son superiores, pues han pecado contra Dios como los demás. San Pablo cita un amplio número de escrituras del Antiguo Testamento que hablan de los pecados de Israel, el pueblo de Dios (3, 10-20). Las escrituras mismas dejan claro que tanto Israel como los gentiles han ofendido a Dios y necesitan salvación.

Repite la tesis: Salvación por la Fe, no por las obras de la Ley (*Romanos 3, 21-31*)

Bien, san Pablo ha dejado establecida la "mala noticia" de que tanto judíos como gentiles han pecado y están bajo la "ira" de Dios. Ahora Pablo resume esta tesis una vez más, y merece la pena moverse cuidadosamente por lo que dice, porque es a menudo malentendido.

«Nadie será justificado ante Él por las obras de la Ley; ya que el conocimiento del pecado existe por medio de la Ley» (3, 20). La frase "obras de la Ley" es un término técnico en el judaísmo que se refiere a las diferentes reglas de purificación de la Ley de Moisés. Los esenios, por ejemplo, usan el

término "obras de la ley" para referirse a muchos puntos del ritual de purificación: cómo manejar el cuero, los perros, líquidos impuros, grano cosechado por gentiles, y cosas así. "Obras de la ley" no se refiere a lo que podríamos pensar son "obras de misericordia" o "buenas acciones". Los judíos creían y creen aún que las buenas acciones en sentido moral son necesarias *para todo ser humano*, incluidos los gentiles, y no son exclusivas de la Ley de Moisés. "Obras de la Ley" son asuntos ceremoniales exclusivos de la Ley de Moisés. Las buenas obras se requieren de todos.

Cuando san Pablo dice: «Nadie será justificado [...] por las obras de la Ley», su significado primario es que cumplir las ceremonias de la Ley de Moisés, especialmente la circuncisión, no te salvará.

Pero si la circuncisión y las demás ceremonias que manda Moisés no nos justifican ante Dios, ¿qué puede hacerlo? Pablo contesta: «Ahora, en cambio, la justicia de Dios, atestiguada por la Ley y los Profetas, se ha manifestado con independencia de la Ley: justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen» (3, 21-22). Hay un camino distinto. Este camino no es el de la Ley de Moisés, con todas sus ceremonias. Sin embargo, "la Ley y los Profetas" (el modo judío de hablar del Antiguo Testamento) atestiguan este diferente camino. Este modo implica recibir la justificación de Dios (el Espíritu Santo) por la fe en Jesús.

«Porque no hay distinción, ya que todos han pecado y están privados de la gloria de Dios» (3, 22-23). Este es un versículo muy famoso. Muchos protestantes lo han memorizado. Yo lo hice cuando era pastor y solía citarlo cuando evangelizaba puerta a puerta. Mostraba este versículo como prueba de que todo ser humano había pecado y necesitaba un salvador. Claro que esto es cierto, con

la excepción de nuestro Señor y de su santa Madre. Sin embargo, cuando Pablo dice "todos han pecado", no significa *primariamente* todos y cada uno de los seres humanos. En su contexto, significa que no hay distinción (entre judíos y gentiles) ya que *todos* (tanto judíos como gentiles) han pecado y están privados de la gloria de Dios.

San Pablo continúa: «Son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que está en Cristo Jesús. A él lo ha puesto Dios como propiciatorio en su sangre, mediante la fe» (3, 24-25). Aunque hemos pecado, si ponemos nuestra confianza en Jesús, él nos dará su gracia, que es el Espíritu Santo, y estaremos reconciliados con Dios.

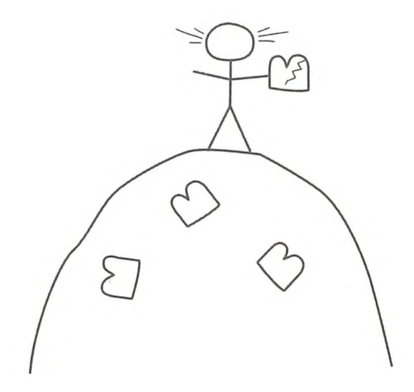
Finalmente, san Pablo resume una vez más: «Afirmamos que el hombre es justificado por la fe con independencia de las obras de la Ley» (3, 28). En otras palabras, es a través de la fe como se recibe el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo nos justifica, nos reconcilia, con Dios. Las obras de la Ley de Moisés, como la circuncisión y las normas sobre los alimentos, no pueden darnos el Espíritu Santo.

Recordemos:

La Alianza mosaica comienza así:



Pero luego hay que añadir más leyes después del pecado del pueblo. Estas son las "obras de la ley":



Luego se añadieron aún más leyes en el Deuteronomio, más "obras de la ley", cuando Moisés se enfureció ante la dureza de corazón del pueblo de Dios:



Esta alianza, con sus leyes para el pueblo que era duro de corazón (Mt 19, 8), no es ya adecuada para el pueblo que tiene el amor de Dios en sus corazones (Rm 5, 5).

Ahora Pablo tiene que responder a tres objeciones que él sabe que le opondrán sus lectores judíos:

Objeción 1: Pablo, estás anulando el Antiguo Testamento (*Romanos 4–5*)

Muchos de los lectores judíos de Pablo serían comprensibles destinatarios de los que estaba diciendo. Si la circuncisión y las demás obras de la Ley no eran necesarias para la salvación, entonces Pablo está socavando la autoridad de la Ley o Torá, los cinco libros de Moisés, el corazón del Antiguo Testamento. Pues los judíos llaman al Antiguo Testamento "la Ley y los Profetas". La "Ley" son los primeros cinco libros, los libros de Moisés, y van desde Génesis a Deuteronomio. Los "Profetas" son todo el resto. Así que cuando Pablo pregunta en 3, 31: «Así pues, ¿destruimos la Ley por la fe?», tiene a la vista la Torá, la Ley en el sentido de los libros de Moisés.

«¡De ninguna manera!», se responde Pablo. Y sigue en los siguientes dos capítulos (Rm 4 y 5) mostrando lugares de la Ley de Moisés, especialmente Génesis, que apuntan a la salvación por la fe en Dios más que por ceremonias externas.

Por ejemplo, en Génesis 15, 6, Abrahán pone su confianza en Dios, y la Biblia dice que "se le contó como justicia". Así pues, Abrahán fue justificado ante Dios por su fe o confianza *mucho antes de estar circuncidado*, pues el mandato de la circuncisión no se dio hasta dos capítulos y muchos años después en Génesis 17. Si Abrahán pudo ser "justificado" a los ojos de Dios sin circuncisión o cualquier otra de las obras rituales de la Ley de Moisés mandadas mucho más tarde, entonces es razonable pensar que tales cosas no son absolutamente necesarias para reconciliarse con Dios (Rm 4, 1-2). Ese es el argumento de Pablo en Romanos 4, 1-12.

En la siguiente sección (Rm 4, 13-25), Pablo presenta otro argumento sobre la salvación por la fe basado en la

vida de Abrahán. Señala que cuando Dios dio a Abrahán el mandato de circuncidarse él y sus hijos como una señal de alianza (Gn 17), al mismo tiempo, Dios prometió a Abrahán que sería "padre de muchos pueblos", que quiere también significar "padre de muchos gentiles". Esto se refiere a la paternidad espiritual, pues Abrahán no fue físicamente padre de muchos pueblos o gentes.

Hay un argumento implícito en este pasaje. San Pablo quizá asume que es obvio para sus lectores, pero nosotros podemos no caer en ello. Es algo así: al unirse los gentiles a la Iglesia, comparten la fe de Abrahán, y él se convierte en su padre espiritual. Sin embargo, si todos los gentiles se hicieran antes judíos aceptando la circuncisión y demás leyes judías, entonces Abrahán sería solo padre espiritual de judíos y *no se cumpliría la profecía de que llegaría a ser padre de muchos pueblos*. Por tanto, los gentiles deben de *seguir siendo* gentiles cuando entran en la Iglesia para que Abrahán sea verdaderamente el "padre de muchos pueblos", como Pablo afirma dos veces (vv. 17 y 18).

Después de alabar a Dios por su gran amor por nosotros que, incluso cuando éramos pecadores, envió a su hijo a la muerte por nosotros (Rm 5, 1-11), Pablo vuelve a la Ley, los libros de Moisés, para seguir explicando el Evangelio (5, 12-21). Esta vez, se traslada en la historia humana al tiempo anterior a Abrahán, para comparar a Jesús con Adán, el primer hombre y padre de la especie humana.

Este es el argumento de Pablo (5, 12-21): Adán pecó, y su naturaleza pecadora pasó a sus descendientes antes de que hicieran algo bueno o malo. Jesús es el nuevo Adán. Su naturaleza en gracia pasó a nosotros por la fe antes de que hiciéramos algo bueno o malo. No tienes que hacer nada para recibir una naturaleza pecadora de tu padre Adán. Del mismo modo, no tiene que hacer nada para

recibir la gracia de Dios de Jesús; solo confía en él y acéptalo. Pero recordemos que la "gracia de Dios" no es solo el perdón de nuestros pecados. Es el mismo Espíritu Santo, que cambia quiénes somos, y cómo somos. Como san Pablo dijo antes, «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rm 5, 5).

Para recapitular en este punto, san Pablo responde a la objeción de que ha anulado la Ley, esto es, los libros de Moisés, acudiendo al primero de ellos, Génesis, y mirando las figuras de Abrahán y Adán. Abrahán fue justo a los ojos de Dios incluso antes de existieran ninguna de las leyes de Moisés. Además, Dios predice que sería el "padre de muchos pueblos", cosa que sucede al incorporarse los gentiles a la Iglesia. Adán es una imagen que contrasta con Jesús. Adán contagia su naturaleza pecadora a todos nosotros. Jesús nos ofrece libremente su naturaleza en gracia. Así pues, los libros de Moisés (la Ley) nos muestran imágenes de la salvación por la fe a través de Jesucristo.

Objeción 2: Tu Evangelio implica que podemos seguir pecando (*Romanos 6–7*)

¡Cielos, no!, responde Pablo, usando tres metáforas: muerte, esclavitud y matrimonio.



Primero, dice Pablo, no podemos vivir ya en pecado porque hemos muerto al pecado (6, 1-14).



Muerte

En el Bautismo, compartimos la muerte de Jesús y su resurrección. Al sumergirnos en el agua somos sepultados con Jesús. Salir del agua es resucitar con él. Nuestra vieja naturaleza pecadora que recibimos de Adán muere en el proceso. Como Jesús, hemos comenzado una nueva vida: «Fuimos sepultados juntamente con él mediante el bautismo [...] para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos, [...] también nosotros caminemos en una vida nueva» (Rm 6, 4).

Segundo, dice Pablo, no podemos ya vivir en pecado porque ya no somos esclavos del pecado sino "¡siervos de Dios!". ¿No sabéis que los esclavos tienen que hacer lo que su amo les dice? Bien, antes de pertenecer a Jesús, éramos todos esclavos del pecado. Pero ahora hemos sido liberados de ese amo y obtenido uno diferente y mucho mejor: Dios.

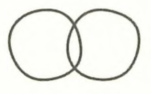


Matrimonio

«Ahora, en cambio, liberados del pecado y hechos siervos de Dios» (6, 22). Es una situación mucho mejor, porque «el

salario del pecado es la muerte; en cambio el don de Dios es la vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro» (6, 23).

Tercero, dice Pablo, no podemos seguir pecando porque no estamos "casados" ya con el pecado.



Esclavitud

Antes de pertenecer a Cristo, era como si estuviésemos casados con nuestra naturaleza pecadora y no pudiéramos liberarnos de ella. Pero ahora, por el Bautismo, hemos muerto a todo eso. Justo como la muerte pone fin al matrimonio y permite casarse de nuevo al que sobrevive, así nuestra muerte en el bautismo nos libera para casarnos con Cristo, nuestro esposo. Ahora estamos unidos a Jesús y vivimos una «nueva vida del Espíritu» (7, 6).

OBJECIÓN 3: TU EVANGELIO IMPLICA QUE LA LEY ES MALA (*Romanos 7*)

¡Cielos, no!, responde de nuevo Pablo. Explica que no es la *ley* de Dios la que es mala; más bien lo es nuestra naturaleza pecadora, o lo que él llama «el pecado que habita en mí» (7, 17).

Resumamos lo que san Pablo dice en Romanos 7: todo ser humano tiene la experiencia de hacer cosas que sabe son malas. Es extraño; sabemos que algo está mal, y en nuestro interior nos oponemos a eso, incluso viendo que lo hacemos. Experimentamos una inclinación al mal y otra al bien en nuestro interior. A esta "inclinación al mal" Pablo la llama "la ley del pecado" que está en nosotros (7, 23).

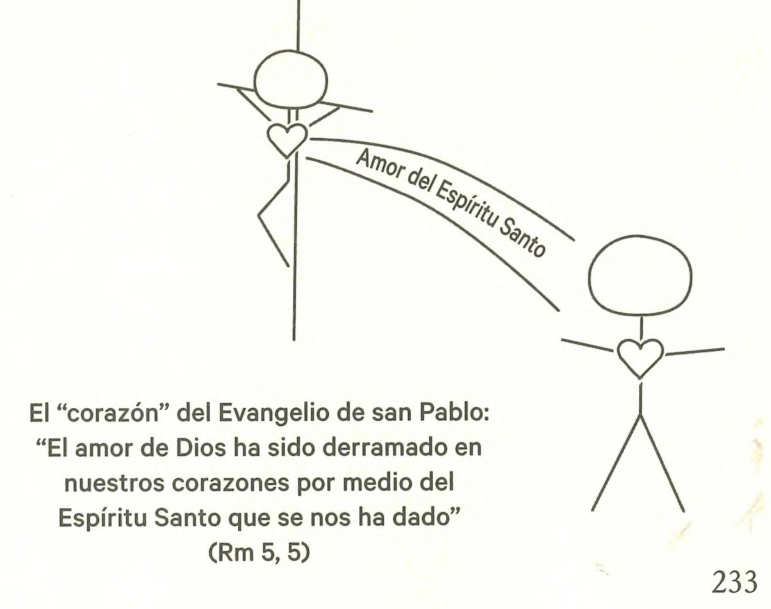
Ahora bien, la ley de Dios es buena. Nos permite distinguir el bien del mal, y es bueno saber lo que está bien y lo que está mal. Pero a veces, cuando oímos las leyes de Dios, deseamos evitarlas, justo para encontrarnos con lo que estamos perdiendo (7, 7-8). Las reglas a veces nos tientan a romperlas por una curiosidad insana, para ver qué pasa.

Aunque las leyes de Dios sean buenas, su *efecto* en nosotros puede ser malo por estar tentados a romperlas para ver qué sucede entonces. En efecto, sin la fuerza de Dios actuando en nuestras vidas, podemos llegar por nosotros mismos a un estado calamitoso. Tenemos una tendencia a lo que está mal, aunque sepamos que está mal, y entonces quedemos atrapados en el mal (7, 15-20). En nuestros días llamamos a esto "adicción", y todos nosotros tenemos una tendencia a la adicción a cosas que sabemos son nocivas para el cuerpo, la mente y el espíritu: drogas, sexo, o excesos en TV, deportes, alcohol, videojuegos o muchas otras cosas. San Pablo lo experimentó en sí mismo y lo describe como algo que «me esclaviza bajo la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte…? Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo Señor nuestro» (7, 23-25). Jesús puede liberarnos del pecado a través del Espíritu Santo.

Resumen: La vida en el Espíritu: el corazón de la Buena Nueva de san Pablo (*Romanos 8*)

Ahora llegamos al corazón de esta carta a los Romanos y el corazón del evangelio de san Pablo. Se encuentra en Romanos 8, el capítulo central de toda la epístola. Aquí Pablo explica la diferencia entre la Alianza Mosaica y la Nueva Alianza. Llama a la Mosaica la "ley del pecado y de

la muerte" y a la Nueva la "ley del Espíritu de la vida que está en Cristo Jesús". La Alianza Mosaica, la Ley, era buena hasta donde llegaba; enseñó lo que estaba bien o mal, pero su mayor limitación era que no podía dar al pueblo el poder de hacer el bien. Esa es la gran diferencia entre la Antigua Alianza y la Nueva Alianza: la efusión del Espíritu, que nos da el poder de guardar la ley de Dios. Dios envía a Jesús para que asuma sobre él todo el castigo que merecemos por el pecado según las antiguas alianzas de la historia de la salvación y para derramar el Espíritu Santo de modo que sus discípulos puedan vivir sus vidas agradando a Dios. Esto se enseña en Romanos 8, 3-4: «Pues lo que era imposible para la Ley, al estar debilitada a causa de la carne, lo hizo Dios enviando a su propio Hijo en una carne semejante a la carne pecadora; y por causa del pecado, condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la Ley se cumpliese en nosotros, que no caminamos según la carne sino según el Espíritu».



El "corazón" del Evangelio de san Pablo: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado" (Rm 5, 5)

Dios envía a Jesús para pagar el precio por el pecado y darnos el Espíritu para que pudiésemos cumplir "el justo requerimiento" de la ley. ¿Qué es el "justo requerimiento"? Es amar a Dios sobre todas las cosas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Como enseñará Pablo más tarde, «la caridad es la plenitud de la Ley» (Rm 13, 10).

Así pues, Pablo ciertamente no está enseñando que somos salvados solo por creer algunas verdades sobre Jesús. Ni enseña que podemos solo recibir el Espíritu Santo y luego seguir nuestro propio camino, haciendo lo que nos guste. Una vez que recibimos el Espíritu a través de la fe en Jesús, tenemos que vivir según el Espíritu de Dios. Hay cosas prácticas que necesitamos hacer.

Primero, necesitamos "conformar [nuestra mente] según el Espíritu", no según las cosas de la carne, porque «la tendencia de la carne es la muerte, mientras que la tendencia del Espíritu, la vida y la paz» (8, 6). "Tender" a algo significa poner el foco de nuestros pensamientos y deseos en eso, y "la carne" aquí significa el placer físico y las posesiones. Así, si enfocamos nuestros pensamientos y deseos hacia los placeres físicos y posesiones, entonces estamos camino de la muerte espiritual. Pero si enfocamos nuestros pensamientos y deseos hacia las cosas del Espíritu, viviremos con Dios para siempre. ¿Qué son las cosas del Espíritu? En otro lugar Pablo da la lista de "los frutos del Espíritu" como «la caridad, el gozo, la paz, la longanimidad, la benignidad, la bondad, la fe, la mansedumbre, la continencia» (Gálatas 5, 22-23). Nuestros pensamientos y deseos se deben dirigir a esas virtudes.

Segundo, necesitamos vivir según el Espíritu, que significa "hacer morir las obras del cuerpo" a través del Espíritu. «Porque si vivís según la carne, moriréis; pero, si con el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis» (8, 13).

Nótese de nuevo que Pablo no enseña "la salvación por la sola fe" como se suele entender. Nadie que "vive según la carne" va a ganar la vida eterna, incluso si cree todos los hechos sobre Jesús. Nuestra fe en Jesús tiene que vivirse por la fuerza del Espíritu Santo. Ahora bien, "hacer morir" equivale en latín a "mortificación", de las raíces *mortis* y *facio.* De ahí viene la idea de "mortificaciones" en la tradición espiritual católica. Tenemos que mortificar las apetencias del cuerpo. Y esas apetencias se refieren a los placeres físicos que nos consentimos, placeres que no nos ayudan a amar a Dios ni a nadie. Ya no podemos vivir así. Una vida centrada en el propio bienestar es una vida egoísta. Pero el amor de Dios es donación, no egoísmo. Dios Padre se está dando continuamente al Hijo, y el Hijo se está dando continuamente al Padre, y ese Amor-donación es el Espíritu Santo. Nos dan el Espíritu Santo mediante la fe en Jesús para que podamos participar de ese amor donación. Pero eso es lo opuesto a un estilo de vida centrado solo en nuestro propio bienestar. Hemos de practicar el negarnos a nosotros mismos si realmente queremos amar a Dios y a los demás. Y cada acto de renuncia al "propio yo" implica una "pequeña muerte", una mortificación. Eso supone sufrimiento, pero el sufrimiento es parte necesaria para vivir como hijos de Dios. Jesús, el propio Hijo de Dios, vino a sufrir para probarnos su amor por nosotros. Si compartimos el Espíritu de Jesús, nuestras vidas seguirán el mismo modelo. «Recibisteis un Espíritu de hijos», dice san Pablo. «Y si somos hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo; *con tal de que padezcamos con él,* para ser también con él glorificados» (8, 15 y 17, énfasis añadido).

¿Por qué tenemos que padecer con él? Necesitamos sufrir con Cristo para que nuestro amor sea probado y

purificado. En la condición humana, amor y sufrimiento son inseparables. Hasta que sufres por alguien no está claro que le/la ames. Las jóvenes parejas piensan que "se aman". Cuando se es joven, con buena salud, y rico... ¿cómo saberlo? ¿A quién no le gusta estar con otra persona atractiva y en la flor de la vida? Eso no queda claro hasta que llega la enfermedad, los hijos, el cansancio, el estrés y la edad. Si son fieles el uno al otro en ese tiempo, entonces podemos decir que "se aman". La prueba del amor no está en celebrar una fabulosa boda. Cualquiera con suficiente dinero puede hacer eso. La prueba del amor es seguir siendo fiel "hasta que la muerte nos separe".

Eso mismo nos sucede con Dios. Dios ha probado su amor por nosotros en esto: «Porque siendo todavía pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rm 5, 8). Y ahora, permite el sufrimiento en nuestras vidas, para que tengamos el privilegio y la oportunidad de probar nuestro amor por él.

Uno de mis amigos me dijo algo así: «Sufrir sin amar es insoportable; amar sin sufrimiento es imposible».

¡No es que la vida cristiana sea toda sufrimiento y tristeza! Aunque sufrir es ciertamente necesario e inevitable, san Pablo recuerda varias razones de esperanza y alegría:

Primero: «Los padecimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria futura que se va a manifestar en nosotros» (8, 18). En otras palabras, el cielo será tan bueno que este mundo parecerá un mal sueño del que hemos despertado. No solo nuestras almas sino también nuestros cuerpos e incluso toda la creación será renovada un día.

Segundo: Durante este tiempo de espera, tenemos el Espíritu Santo. «El Espíritu acude en ayuda de nuestra flaqueza» e «intercede por nosotros con gemidos inefables» (8, 26). ¡Qué alivio es saber que el espíritu de Dios vive en nosotros e inspira nuestras plegarias!

Tercero: Dios trabaja en cada uno para nuestro bien. Así es como lo dice Pablo: «Sabemos que todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios» (8, 28). En la tradición católica este versículo se resume a menudo en la frase latina *Omnia in bonum,* que significa "todo es para bien". Nótese que san Pablo *no dice*: Todo lo que sucede *es* bueno. Sin duda, mucho de lo que sucede puede ser malo. Pero Dios puede sacar un bien de eso, para aquellos que le aman, del mismo modo que saca el mayor bien –nuestra salvación– del mayor mal en la historia humana: la muerte del inocente Hijo de Dios.

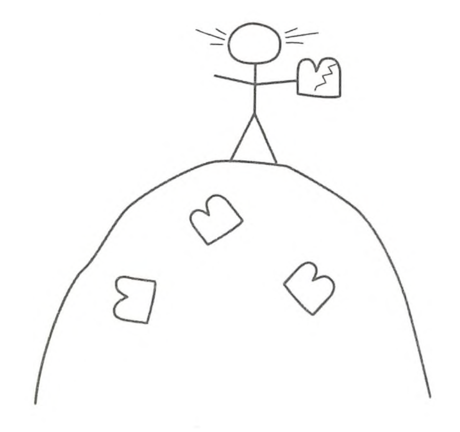
Cuarto: Nada puede separarnos del amor de Dios. El mismo Dios que envía a su hijo para nuestra salvación será nuestro juez en el último día: ¿Cómo podríamos tener un juez que "está de nuestra parte" como este? Nada en esta vida puede apartarnos del "amor de Cristo". Ni los sufrimientos, ni «la tribulación, o la angustia, o la persecución, o el hambre, o la desnudez, o el peligro, o la espada» (8, 35), no pueden romper el lazo de amor; en cambio, se convierten en oportunidades para nosotros de devolverle amor.

«En todas estas cosas vencemos con creces gracias a aquel que nos amó. Porque estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad ni cualquier otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que está en Cristo Jesús, Señor nuestro» (8, 37-39). La única cosa importante que san Pablo no menciona es el pecado. El pecado puede separarnos del amor de Dios, porque el pecado es nuestra elección deliberada de separarnos de Dios. Dios respeta nuestras elecciones. Pero salvo nuestra libre voluntad, no hay nada en todo el universo que pueda apartarnos del amor de Dios.

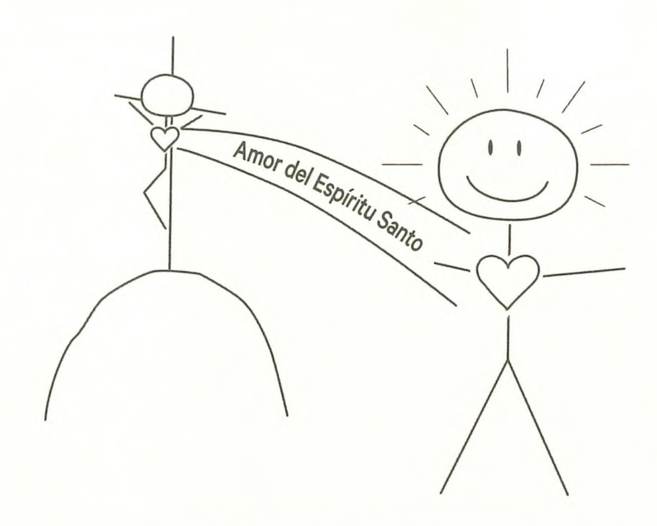
Digresión: El rol de Israel en la era de la Nueva Alianza (*Romanos 9–11*)

Al final de Romanos 8, san Pablo ha cumplido su principal objetivo. Ha explicado su evangelio, que es "de la fe hacia la fe" (Rm 1, 17). Nadie se justifica ante Dios simplemente cumpliendo las ceremonias de la alianza de Moisés, las "obras de la ley". En cambio, te reconcilias con Dios cuando pones tu confianza en Jesús y recibes de él, mediante el Bautismo, el Espíritu Santo, que limpia y sana el interior de tu persona. Una vez tenemos el Espíritu Santo, somos realmente aptos para vivir el corazón de la ley de Dios, que es amar a Dios y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Podemos hacerlo porque tenemos el amor de Dios viviendo en nosotros, dándonos su fuerza. El amor conduce al sufrimiento, por supuesto, porque solo a través del sufrimiento el amor se muestra genuino. Pero sufrir es algo temporal y nada puede separarnos del amor de Dios.

Esto no es suficiente:



Necesitamos esto otro:



Ahora, san Pablo dirige su atención a otros tres asuntos, antes de terminar su carta. Primero, ¿qué pasa con Israel ahora que la salvación no viene de la Ley de Moisés? Segundo, ¿cómo viviremos si este Evangelio es verdadero? Y finalmente, ¿cuáles son las instrucciones inmediatas de Pablo para los cristianos romanos?

En Romanos 9–11, san Pablo aborda la difícil cuestión del rol del pueblo de Israel que no ha aceptado a Jesús como Cristo y no ha entrado en la Nueva Alianza. Esto produce una gran pena a Pablo. Como israelita, de la tribu de Benjamín, su más profundo deseo es que todos los descendientes de Israel reconocieran a Jesús como el Mesías prometido por los profetas y entrasen en su reino.

La explicación de san Pablo sobre este asunto es compleja, y se extiende en problemas teológicos en estos tres capítulos. Pero podemos resumir los principales puntos que señala sobre el pueblo de Dios de la antigua alianza:

1. La identidad biológica o étnica por sí misma nunca ha sido suficiente para garantizar una buena relación con Dios. A través del Antiguo Testamento, vemos ejemplos de un hermano que acepta la alianza y otro que la rechaza. «No son hijos de Dios los que son hijos de la carne, sino que son considerados descendencia los hijos de la promesa» (Rm 9, 8). En muchos periodos de la historia, la mayoría de Israel rechazó la alianza de Dios, y solo una minoría la guardó. No nos puede sorprender que algo semejante esté sucediendo ahora que ha llegado la Nueva Alianza.
2. En efecto, los mismos profetas predicen que la mayoría de la nación elegida por Dios rechazaría su salvación: «Isaías clama en favor de Israel: "Aunque el número de los hijos de Israel sea como las arenas del mar, solo un resto se salvará"» (9, 27); y «Todo el día extendí mis manos hacia un pueblo incrédulo y rebelde» (10, 21).
3. A pesar de todo, Dios no ha rechazado a su pueblo. Hay un resto de israelitas que ha aceptado a Jesús, incluido el mismo Pablo, por no mencionar a los apóstoles, nuestra santa Madre y muchos otros. Es como en los primeros tiempos de la historia de Israel, como en los días de Elías, cuando solo unos pocos miles en Israel se mantuvieron fieles (Rm 11, 2-5).
4. Finalmente, Dios todavía espera con los brazos abiertos a cualquiera de Israel que quiera ir a él. La Iglesia puede compararse a un olivo cuyo tronco es israelita (Jesús, María, los apóstoles y los primeros cristianos), pero muchas de sus ramas son gentiles "injertados" en él (11, 17-24). Si Dios puede injertar ramas de gentiles en el olivo de Israel para crear la Iglesia, seguro que puede injertar de nuevo a las ramas que fueron cortadas en su propio olivo natural. El corazón de Dios

es siempre tierno con el pueblo de Israel porque «son amados por causa de sus padres. Porque los dones y la vocación de Dios son irrevocables» (11, 28-29).

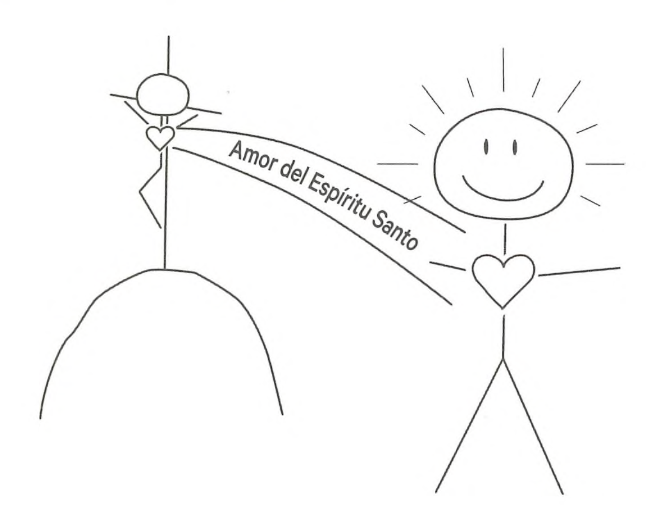
En efecto, san Pablo ve a Dios actuando, de modo misterioso, para salvar a todo Israel: «No quiero que ignoréis, hermanos, este misterio, para que no os consideréis sabios a vuestros ojos: que la ceguera de Israel fue parcial, hasta que entrara la plenitud de los gentiles, y así todo Israel se salve» (11, 25-26). Muchos se preguntan qué puede significar que la entrada de los gentiles sea el modo de que "todo Israel" se salve. Quizá san Pablo se refiera al modo en que la mayor parte de Israel –las diez tribus del norte, llamadas a veces las "tribus perdidas"– disperso entre los gentiles, volvió en los años 700 d. C. Ahora que gentiles están llegando a Dios, entre ellos están los descendientes de estas tribus perdidas. En el misterio de Dios, todas las tribus están viniendo de nuevo a Dios.

SECCIÓN PRÁCTICA: VIVIR LA NUEVA VIDA EN CRISTO (*Romanos 12–15*)

La mayor parte de las cartas de san Pablo se dividen en dos secciones: la primera, doctrinal y la segunda, práctica. Romanos no es una excepción. La enseñanza doctrinal ha terminado (capítulos 1 a 11), y ahora san Pablo hace aplicaciones (capítulos 12 a 15).

Todas sus indicaciones para la vida cristiana rodean el mandamiento central del amor. El corazón de su mensaje se encuentra en Romanos 13, 8-10: «No debáis nada a nadie, a no ser el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo ha cumplido plenamente la Ley. Pues "no

adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás" y cualquier otro precepto se compendian en este mandamiento: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". La caridad no hace mal al prójimo. Por tanto, la caridad es la plenitud de la Ley». Necesitamos relacionar esta instrucción con su enseñanza anterior: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rm 5, 5).



Esto nos da el cuadro completo de la visión de Pablo sobre la vida cristiana. Nosotros no hacemos gran cosa para ganarnos el cielo. Confiamos en Jesús, y Jesús nos da el Espíritu Santo. El Espíritu nos llena de amor y cambia nuestro modo de vivir. Por decirlo en pocas palabras.

En esta sección (capítulos 12–15), san Pablo hace varias aplicaciones del principio del amor:

Por amor, nos exhorta «a que ofrezcáis vuestros cuerpos como ofrenda viva, santa, agradable a Dios: este es vuestro culto espiritual» (12, 1). Así es como amamos a

Dios, el primer mandamiento. Ofrecer las ofrendas es propio del sacerdocio; todos nosotros somos sacerdotes. La Iglesia llama a esto el "sacerdocio común" de los fieles.

El sacrificio que ofrecemos es nuestro "cuerpo", que indica aquí toda nuestra vida. Por eso los católicos suelen comenzar el día con un "ofrecimiento de obras", que se expresa en una oración breve según la devoción particular de cada uno. Al ofrecer todas las realidades de nuestro día, estamos viviendo lo que indica san Pablo en Romanos 12, 1: ponemos en ejercicio nuestro sacerdocio en la Nueva Alianza. Este ofrecimiento de nuestras vidas se simboliza en la Misa, cuando los laicos llevan el pan y el vino en el ofertorio para la celebración de la Eucaristía.

Pablo hace otras aplicaciones del principio de amor:

Los cristianos deben ser *humildes* (12, 3-8), y usar los dones recibidos de Dios para amar a los demás, reconociendo que no hay un don más importante o más necesario que otro. Todos tenemos algo que compartir en el cuerpo de Cristo, y no podemos enorgullecernos de los dones recibidos, ni desear otros.

Los cristianos deben mostrar especial amor a sus hermanos y hermanas en Cristo, animándolos y ayudándoles en toda necesidad física y espiritual (12, 9-13).

Pero también deben amar a *sus enemigos,* rezando por los que les persiguen y devolviendo amor por odio, bien por mal, amabilidad por abuso (12, 14-21).

Una vida de amor implica *respeto por las autoridades,* reconociendo que el gobierno es algo bueno y se supone que sirve a Dios premiando el bien y castigando el mal (13, 1-7).

Debemos también acoger "*al que es débil en la fe*", un tema importante para san Pablo (14, 1 y 15, 6). El "hermano débil" es alguien que puede ser fácilmente tentado. Hemos de ser cuidadosos, al convivir con otros creyentes,

evitando lo que parezca pecaminoso o pueda inducir a otros al pecado.

En tiempos de san Pablo, muchos cristianos estaban realmente preocupados por la idea de comer carne que hubiese sido sacrificada a los ídolos. Los templos paganos eran como mataderos en aquellos tiempos. Muchos animales se sacrificaban a los dioses diariamente, y la carne sobrante se vendía en el mercado. Esos dioses paganos eran realmente demonios, y muchos cristianos no podían comer esa carne sin sentir que quizá estaban cooperando con el culto a los demonios. Por otra parte, no había nada malo en esa carne, y otros cristianos la comían. San Pablo aconseja a los creyentes no discutir sobre este asunto, pero no hacer cosas que inquieten a los demás o los lleven a hacer cosas que les parecen malas.

En nuestros días, si vas a comer con un cristiano que está curándose del alcoholismo, no pidas una cerveza y luego te la bebas delante de él. Estarías tentándole con algo que puede ser peligroso espiritualmente para él. Del mismo modo, hemos de ser modestos en nuestra vestimenta, cuidadosos para no despertar malos deseos en nuestros hermanos y hermanas. Nuestro estilo de vida debe animar a los demás en su fe.

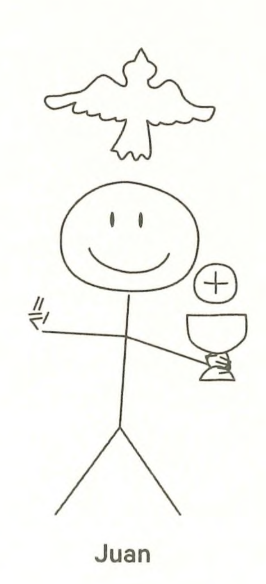
MUCHAS POSDATAS: LARGO FINAL DE PABLO A SU CARTA (*Romanos 15, 14 hasta el final*)

Aun conteniendo mucha seria teología, Romanos es una carta, y las cartas terminan con saludos, bendiciones, despedidas, últimas recomendaciones y posdatas. Los últimos dos capítulos de Romanos (de 15, 14 a 16, 27) tienen mucho de eso y más. Pablo expone que ya ha evangelizado

bastante desde Jerusalén por todas partes hasta Iliria [los Balcanes], y ahora quiere pasar a nuevo territorio. Espera ir a España y pasar por Roma en su camino. Desea estar con los cristianos de Roma y que le ayuden a ponerse en camino. Pero antes, Pablo marcha a Jerusalén para llevar a los cristianos judíos una buena cantidad de dinero que ha obtenido en Grecia de los cristianos gentiles. Después planea ir a Roma. Como sabemos por los Hechos, no todo salió así. Fue arrestado en Jerusalén y pasó dos años en prisión antes de que le enviasen encadenado a Roma.

Roma era el centro y la capital del imperio, y había muchas idas y venidas a la ciudad. San Pablo conoce a muchas personas de Roma y que encuentra en todas partes, y a otras que se han establecido allí. La mayor parte del capítulo 16 consiste en decir "Hola" a todos sus amigos y conocidos. Estos versículos nos recuerdan que la fe cristiana no es solo una filosofía o conjunto de saberes sino también implica la vida de seres humanos y una comunidad que llamamos "la Iglesia", que lleva viva más de dos mil años. Finalmente, san Pablo termina con una preciosa doxología dirigida a Dios: «Al que tiene poder de confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio oculto por los siglos eternos, pero ahora manifestado a través de las Escrituras proféticas conforme al designio del Dios eterno, dado a conocer a todas las gentes para la obediencia de la fe, a Dios, el único sabio, a Él la gloria por medio de Jesucristo por los siglos de los siglos. Amén» (16, 25-27). Nótese que vuelve a la idea de la "obediencia de la fe", que antes mencionó en el comienzo de la carta (1, 5). ¿Qué significa eso? Significa que recibimos el Espíritu Santo de Dios a través de la *fe* en Jesús y luego tenemos el poder para *obedecer* el mandamiento de Dios del amor. Ese es el evangelio de Pablo. La fe hace posible amar.

PARTE IV
¡EL REINO PERFECTO!



6.
EL EVANGELIO DE JUAN

BIENVENIDO POR FIN A LA CUMBRE del Nuevo Testamento, los escritos del apóstol Juan. Los Padres de la Iglesia ven a Juan como el "águila" porque su visión teológica se elevó hasta las alturas del amor divino.

La tradición católica considera a Juan como el autor de cinco libros del Nuevo Testamento: el Evangelio de Juan, tres epístolas de Juan, y el Libro del Apocalipsis. Trataremos del primero y el último de estos, el Evangelio y Apocalipsis. Comenzaremos con el Evangelio.

Lo que vamos a estudiar es la mayor obra de la literatura universal, punto. Es la más influyente, la más ampliamente difundida, y el libro más significativo de la historia humana.

Puedo demostrar esto. Piénsalo conmigo por un momento. ¿Cuál es el *best seller* número uno perenne en todo el mundo? No es el Corán, no es *El Hobbit*, y no es *Harry Potter*. Es siempre la Biblia. Y de la entera Biblia, ¿qué parte es la primera? ¿Con cuál nos ponemos de pie en la Misa? Lo hacemos con los cuatro evangelios. Y de estos cuatro,

¿hay alguno que sea destacado por la Iglesia, por los Padres, como *por encima del resto*? Es el Evangelio de Juan. De aquí a veinte años los libros más leídos de hoy se olvidarán, pero seguiremos aún hablando del Evangelio de Juan.

Y lo que nos vamos a encontrar en las páginas que siguen es que el Evangelio de Juan realmente es un libro sobre los sacramentos católicos. Te invito a reflexionar sobre esto: el libro más popular del mundo, el más leído del mundo, es realmente un libro sobre los sacramentos de la Iglesia católica.



Muchos miran el retrato que hace Juan de Jesús como muy diferente del de los otros evangelios, pero realmente la Iglesia no lo ha visto así. Si la Iglesia hubiera considerado este retrato como muy diferente del que pintan de Jesús los demás evangelios, la Iglesia no hubiese reconocido este evangelio. Si Jesús en Juan es verdaderamente diferente de Jesús en Mateo, Marcos y Lucas depende

mucho de la interpretación. Si buscas conflicto entre los retratos, puedes hacer que choquen. Si ves los retratos como complementarios –esto es, como completándose unos a otros–, puedes tener un retrato más rico de Jesús al leer los cuatro evangelios juntos. En efecto, una patrística tradición cuenta que se le pidió a Juan, hacia el final de su larga vida, que escribiese sus recuerdos del Señor, y el resultado fue su evangelio. De hecho, el Evangelio de Juan parece ser el último de los evangelios, que trata de completar su retrato de Jesús. Juan evita contarte las mismas historias que ya has leído tres veces, aunque asume lo que sabes de ellas. En cambio, profundiza en unos pocos eventos escogidos, a los que con frecuencia llama "signos".

En efecto, el Evangelio de Juan está estructurado, en parte, en torno a una secuencia de siete milagrosos "signos". Estos signos le dan al libro su columna vertebral:

- La conversión del agua en vino en las bodas de Caná (2, 1-11)
- La curación del hijo del funcionario en Caná (4, 46-54)
- La curación del paralítico en Betzata (5, 1-18)
- La multiplicación para los cinco mil (6, 1-15)
- La curación del ciego de nacimiento (capítulo 9)
- La resurrección de Lázaro (capítulo 11) y
- Finalmente, la muerte y resurrección de Jesús (cap. 19–20)

Estos milagros se llaman "signos" porque apuntan más allá de ellos mismos. No queremos quedarnos atados a los signos mismos. Queremos ver a dónde apuntan los signos. Jesús reprende a la gente que se queda fijada en los milagros, que quiere ver a Jesús haciendo "otro", como si viese una sesión de fuegos artificiales o a un mago.

Critica la búsqueda de emociones que llevan consigo los milagros porque esos milagros son signos. Apuntan a algo (o alguien) distinto.

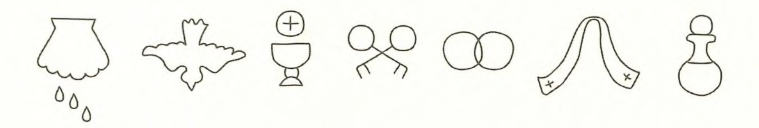
Cuando voy conduciendo y veo una señal de tráfico cercana a mi casa, después de un largo viaje, no me detengo, salgo del coche y digo entusiasmado: «¡Ya estoy en casa! ¡Estoy en casa!». La señal es solo una indicación que me ayuda a encontrar mi camino hacia lo que busco.

El tema principal en el Evangelio de Juan es que el poder de Jesús en los *signos* llega a nosotros en los *sacramentos.* Cuando yo era niño, mis padres solían leerme, de los evangelios –y me gustaba oírlas–, esas grandes historias de los milagros de Jesús. A menudo pensaba: *Me gustaría haber vivido entonces, podría haber ido a su encuentro y tocar el borde de su manto. Ojalá hubiese podido tocar a Jesús y experimentar su poder.*

El Evangelio de Juan se escribió precisamente para tratar esta clase de deseo. El apóstol cuenta las historias de la vida de Jesús de un modo en el que vemos que los sacramentos están ya presentes en lo que Jesús está haciendo, y su ministerio continúa a través de ellos. No tenemos que leer esas narraciones y decir: "Oh, me gustaría volver atrás y tocar a Jesús", porque *podemos* tocarle ahora, a través del pan y el vino de la Eucaristía, las aguas del Bautismo, las palabras del sacerdote en el confesonario, y los demás sacramentos. Juan cuenta los milagros de la vida de Jesús de modo que podamos ver la conexión y pensar: "Lo mismo que Jesús hace, la Iglesia continúa haciéndolo, y puedo tocar aún a Jesús".

***

Conforme avanzamos en el Evangelio de Juan, vamos a hacer un vínculo entre cada uno de los siete signos de Juan y los siete sacramentos de la Iglesia.



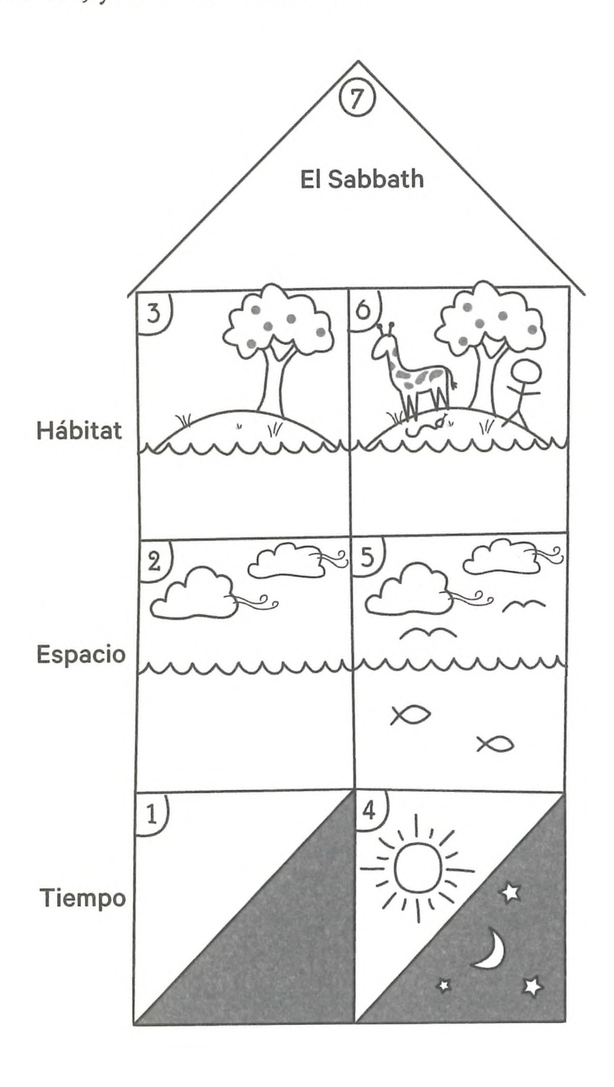
El primer signo: La conversión del agua en vino en las bodas de Caná (*Juan 2, 1-11*)

> Al tercer día se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús. También fueron invitados a la boda Jesús y sus discípulos. Y, como faltó vino, la madre de Jesús le dijo: «No tienen vino». Jesús le respondió: «Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora». Dijo su madre a los sirvientes: «Haced lo que él os diga». Había allí seis tinajas de piedra preparadas para las purificaciones de los judíos, cada una con una capacidad de unas dos o tres metretas. Jesús les dijo: «Llenad de agua las tinajas». Y las llenaron hasta arriba. Entonces les dijo: «Sacadlo ahora y llevadlo al maestresala».
>
> Así lo hicieron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, sin saber de dónde provenía –aunque los sirvientes que sacaron el agua lo sabían–, llamó al esposo y le dijo: «Todos sirven primero el mejor vino, y cuando ya han bebido bien, el peor; tú, al contrario, has reservado el vino bueno hasta ahora». Así, en Caná de Galilea hizo Jesús el primero de los signos con el que manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él (Jn 2, 1-11).

Lo primero que queremos ver es cuándo tiene lugar este signo. El versículo 1 dice: «Al tercer día se celebraron unas

bodas». Eso suscita enseguida la pregunta: "¿A los tres días de qué?".

Para aclararlo, volvamos al primer versículo del evangelio: «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios».



Solo hay otro libro en la Biblia que comience con "En el principio": el primero de todos, Génesis. El apóstol Juan traza una conexión entre su evangelio y el Libro de Génesis, como si dijese: *La venida de Jesús es tan transcendental, que es como un nuevo comienzo de la historia del mundo. Es un nuevo Génesis. Es una nueva creación.*

San Pablo dice lo mismo en 2 Corintios 5, 17, uno de mis versículos favoritos de la Biblia. Dice san Pablo: «Si alguno está en Cristo, es una nueva criatura». Tú comienzas de nuevo cuando encuentras a Jesús.

El Evangelio de Juan continúa con más conexiones con Génesis: «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Todo se hizo por él, y sin él nada se hizo de cuanto ha sido hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron» (Jn 1, 1-5). Juan comienza hablando de la luz y las tinieblas. ¿Cuándo vinieron a la escena de la historia la luz y las tinieblas? Obviamente, en el día primero de la historia de la creación: «Dijo Dios: "Haya luz"»(Gn 1, 3). Así que estamos en el día primero de este "nuevo Génesis" de Juan y de Jesús.

Al continuar leyendo Juan 1, encontramos a Juan Bautista, el "hombre enviado por Dios" que no es "el Cristo" sino la "voz que clama en el desierto". De repente, leemos: «*Al día siguiente* vio a Jesús venir hacia él y dijo: "Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo"» (1, 6 y 20, 29 énfasis añadido).

Así pues, parece que estamos contando días. Todo lo que sucede antes de esto debe ser el día primero. Ahora estamos en el día siguiente, el segundo, que arranca con el versículo 29. Este esquema continúa. Si repasas el resto de Juan 1, verás que la frase "el día siguiente" se repite en

los versículos 35 y 43 también. Si cuentas los días, encontrarás que al final del capítulo 1 han pasado cuatro días en el evangelio, y el capítulo 2 comienza "al tercer día" contando desde el capítulo anterior, dándonos un total de *siete días.*

Estos son los de la creación de la nueva creación en Jesús. En el Génesis, Adán es creado en el sexto día, cae en un profundo sueño, Dios toma su costilla, hace a Eva, despierta a Adán, y le presenta a Eva. Cuando Adán se despierta, puedes suponer que sería la mañana del séptimo día. Y es entonces cuando ve a Eva por primera vez. La primera vez que sale la mujer en la historia humana es en el séptimo día.

Del mismo modo, en el Evangelio de Juan, es en el séptimo día del evangelio cuando se menciona por primera vez a una mujer: «Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús» (2, 1). María es la Nueva Eva.

Jesús fue también invitado a la boda. Él es el Nuevo Adán. Obviamente no es la boda de Jesús, pero es un matrimonio. Las únicas personas identificadas en este matrimonio son Jesús y su madre. Así aparecen como la Nueva Eva y el Nuevo Adán, el hombre y la mujer que van a traer una nueva raza humana mediante su cooperación.

Leamos un poco más. El versículo 3 dice: «Como faltó vino...» Aparentemente falta en el primer día. Esta es realmente una mala fiesta. En estos tiempos antiguos la fiesta de bodas duraba siete días, y se supone que conservas vino para siete días, guardado para tu familia y amigos. Este vino se acaba en el primer día –"fallo épico"–, como dicen algunos chavales.

«Como faltó vino, la madre de Jesús le dijo: "No tienen vino"» (2, 3). María nos enseña aquí un pequeño secreto

sobre la oración. Mira cómo se acerca a su divino Hijo. Ella va a Jesús y le dice: «No tienen vino». No le agarra por el brazo para manipular: *Debes hacer esto. Quiero que les ayudes, son mis amigos, y necesito que hagas más vino.* No hay nada de eso. ¿Qué hace ella? Solo hace saber al Señor su problema. Estoy convencido de que nos está enseñando a rezar: deja que el Señor sepa lo que te pasa. No tienes que explicar; no tienes que darle cinco sugerencias sobre cómo puede resolver tus problemas. Déjalos en sus manos.

Jesús responde: «Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora» (2, 4). Esto está lleno de sentido. Nótese que no dice: *No he venido para proporcionar vino,* sino que dice: «Mi hora no ha llegado todavía». Esto implica: *He venido para proporcionar vino, pero no todavía.* ¿Cuándo proporciona bebida Jesús en otra parte de este evangelio? Vemos esto solo en la Cruz, cuando "sangre y agua" brotan de su costado (19, 34). Es el vino eucarístico de su sangre. Pero quedan aún tres años para eso. Aquí Jesús le está diciendo a su madre: *¿Quieres que la bola ruede hacia la cruz, donde realmente proporcionaré vino? ¡Es un poco pronto para comenzar ese camino!*

María solo dice a los servidores: «Haced lo que él os diga» (2, 5). Ahora tenemos a seis servidores de pie mirando a Jesús. María no ha manipulado, argumentado, pedido, ni se ha quejado. Solo deja la pelota en el tejado de Jesús. Este es un ejemplo para nuestra oración: dejar tus problemas en manos de Jesús y pasar una noche durmiendo bien.

«Había allí seis tinajas de piedra preparadas para las purificaciones de los judíos, cada una con capacidad de unas dos o tres metretas. Jesús les dijo: "Llenad de agua las tinajas". Y las llenaron hasta arriba» (2, 6). Eso equivale a unos 120 o 180 galones de agua. Lo sacaron, lo llevaron

al maestresala (algo así como el chef) y se lo dieron a probar. Inmediatamente, llamó al esposo (2, 9). Y eso es muy importante. Tomad nota: él asume que el esposo es quien proporcionó el vino. En aquellos días, ese era su deber, del mismo modo que en nuestra cultura también existen costumbres similares.

Este es el asunto: nuestro Señor ha cumplido el deber del esposo, y lo ha hecho mucho mejor que el tipo de quien era la fiesta. El maestresala le dice a este tipo: «Todos sirven primero el mejor vino, y cuando ya han bebido bien, el peor; tú, al contrario, has reservado el vino bueno hasta ahora» (2, 10). Eso suena bien y tranquilo y formal en nuestra lengua de hoy. Pero puedes estar seguro de que, en aquella vida, era más o menos así: *¡Amigo! ¿Cuál es tu problema? ¿No sabes estar en tu sitio en una fiesta? ¿¡Cómo comenzaste con esa porquería teniendo* esto *guardado!?*

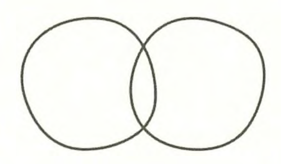
Yo sé un poco de comprar vino. Cuando vas al supermercado hay en el estante de abajo cosas que se venden en grandes botellas o en cajas. Acuérdate de esto: si se vende en cajas o en tamaños de más de medio galón, no es buen vino. Conforme avanzas de una estantería a otra, hay más lengua extranjera en las botellas. Ese idioma es francés. Nadie lo entiende porque el francés se pronuncia de modo distinto de como se deletrea. A los franceses les gusta así porque los americanos y los británicos no pueden saber lo que están diciendo. En todo caso, cuando llegas arriba de la estantería, las botellas son más pequeñas y todas en francés, y no puedes saber qué estás comprando: solo supones que es vino, y mejor que sea bueno, pues pagarás veinte dólares o más por menos de un cuarto.

¡O sea, Jesús hizo 180 galones del mejor vino francés de importación! Un mar de esa maravilla que se vende en pequeñas botellas. Jesús lo hace todo a lo grande en el

evangelio de Juan. Es el esposo abundante. Un versículo clave en el evangelio es 10,10 (énfasis añadido): «Yo he venido para que tengan vida...» –¿solo suficiente vida para ir tirando? ¡No!, continúa el versículo– «... ¡y la tengan *EN ABUNDANCIA*!». Del mismo modo, cerca del comienzo del evangelio, Juan exclama: «De su *plenitud* todos hemos recibido, y gracia por gracia» (1, 16).

Este asunto de la abundancia va a recorrer el evangelio conforme Jesús lo haga todo a lo grande: una enorme montaña de pan y peces para los cinco mil (capítulo 6), una disparatada cantidad de aromas derramada sobre su cuerpo en su sepultura (capítulo 19), y una tremenda gran pesca en el Mar de Galilea (capítulo 21). Jesús es nuestro esposo que ha venido para satisfacernos al completo.

En este signo que Jesús da en Caná, nosotros vemos obviamente una relación con el Sacramento del Matrimonio. Jesús es el verdadero esposo de cada uno de nosotros. Incluso cuando nos casamos, lo que estamos haciendo es entrar en una relación con otro hombre o mujer, y ese hombre o mujer nos va a mostrar el amor de Jesús a través del suyo.



Nuestro esposo o esposa se convierte en Jesús para nosotros o, en otras palabras, el amor de Jesús nos abraza a través de ellos.

***

Jesús es el esposo de nuestras almas, y cuando nos casamos, encauza toda esa abundante gracia –simbolizada aquí en los 180 galones de vino– hacia nosotros a través de nuestra esposa. Esto es parte de la teología del Sacramento del Matrimonio.

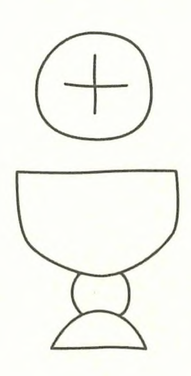
Estando presente en esta boda, bendiciéndola con un milagro, y comenzando allí su ministerio, Jesús muestra lo mucho que respalda este Sacramento del Matrimonio y cuán importantes son la idea y la hermosura del matrimonio para su plan de salvación.

El matrimonio no es algo que inventaron los humanos. Dios diseñó el matrimonio y lo puso en su sitio al comienzo de la creación. Y Dios dispuso que la relación de marido y mujer reflejase la relación de la alianza entre él mismo y su pueblo. La relación de la alianza entre él mismo y su pueblo es prioritaria, y Dios diseñó el matrimonio para reflejarla.

Así pues, el matrimonio es algo que Dios pone en marcha: es un icono de Cristo y su Iglesia, y esa es la razón por la que no podemos cambiar sus reglas. Igual que dos más dos son cuatro, y eso es una evidencia de la realidad que nadie puede cambiar, así un hombre y una mujer para siempre es un matrimonio. Obviamente la gente puede votar para llamar "matrimonio" a otro tipo de relaciones, y los tribunales pueden conceder que otras relaciones reciban los mismos derechos que el matrimonio. Pero eso no cambia la realidad. El Tribunal Supremo podría declarar que ahora dos más dos van a ser cinco y forzar a todos legalmente para decir que eso es así. Pero eso no lo hace verdadero. Dios estableció un hombre, una mujer, abiertos a los hijos, y para siempre, para reflejar la divina relación entre Dios y su pueblo. Y eso es inalterable.

***

El signo que Jesús realiza apunta también a la Eucaristía. Los primeros cristianos que leyeron el Evangelio de Juan entendieron muy bien que, si Jesús tenía el poder de convertir el agua en vino, también tenía el poder de convertir el vino en su sangre.



No solo eso, sino que en los primeros tiempos la Eucaristía se llamó "la fiesta de bodas del Cordero". Hay una estrecha relación entre el matrimonio y la Eucaristía: en el sacramento del Matrimonio, abrazas a tu esposa; en el sacramento de la Eucaristía, acudimos a comulgar y abrazamos el cuerpo de nuestro esposo en la hostia. La Misa es comunión entre Dios y la Iglesia, el Matrimonio es comunión entre marido y mujer. Así pues, hay un fuerte paralelismo entre estos sacramentos.

La siguiente historia que vamos a ver no se refiere a un signo, pero la examinaremos rápidamente porque nos prepara para los siete signos. Después de las bodas de Caná, Jesús sube a Jerusalén y limpia el Templo:

> Pronto iba a ser la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. Encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas en sus puestos. Con unas cuerdas hizo un látigo y arrojó a todos del Templo, con las ovejas y los bueyes; tiró las monedas de los cambistas y volcó las mesas. Y les dijo a los que vendían palomas: «Quitad esto de aquí: no hagáis de la casa de mi Padre un mercado». Recordaron sus discípulos que está escrito: «El celo de tu casa me consume». Entonces los judíos replicaron: «¿Qué *signo* nos das para hacer esto?». Jesús respondió: «Destruid este Templo y en tres días lo levantaré». Los judíos contestaron: «¿En cuarenta y seis años ha sido construido este Templo, y tú lo vas a levantar en tres días?» (Jn 2, 13-20, énfasis añadido).

En realidad, los judíos no habían terminado de construir el Templo. Esta conversación tiene lugar en el año 26. Han estado trabajando en él cuarenta y seis años, y tardarían aún treinta y ocho o treinta y nueve años en acabarlo, en el 66. Quedó en pie durante cuatro años hasta que los romanos lo incendiaron y destruyeron en el año 70.

Pero Jesús no hablaba del Templo de piedra: «Él se refería al Templo de *su cuerpo*» (2, 21, énfasis añadido). El *signo* que Jesús quiere mostrarles para demostrar que tiene autoridad para limpiar el Templo es la resurrección del templo de su cuerpo después de que ellos lo destruyeran. Aquí, cerca del comienzo del Evangelio de Juan, tenemos ya un anticipo de lo que será el séptimo y último signo: la muerte y resurrección de Jesús.

Así pues, el Evangelio de Juan nos prepara para ver esto. Es importante porque cuando llegamos al final de su evangelio no hay versículos en los capítulos 19 o 21 llamando *signo* a la muerte y resurrección. Pero no necesitamos volver atrás, porque ya estamos advertidos, para que veamos esto como el último signo.

El tema de Jesús como esposo que vimos en las bodas de Caná continúa en Juan 3, donde Jesús dice a Nicodemo que el hombre necesita "nacer de nuevo" por "el agua y el Espíritu" para "ver el Reino de Dios" (Jn 3, 3-5).



Esto es una continuación de las bodas de Caná. ¿Cómo darán vida a sus hijos el Nuevo Adán y la Nueva Eva que vimos en las bodas? No del modo natural, sino "por el agua y el Espíritu", es decir, a través del Bautismo. Pero Nicodemo no puede comprender eso todavía.

Jesús se marcha a Judea, predicando y ordenando a sus discípulos bautizar. Juan Bautista oye que el ministerio de Jesús está teniendo más seguidores que el suyo. Pero Juan no está celoso; llama a Jesús "el esposo" y se compara él mismo con el amigo del esposo (3, 29). El amigo del esposo se alegra por el esposo y está preparado para quitarse de en medio.

Los temas de esposos continúan en el siguiente capítulo, donde Jesús se encuentra con una mujer de Samaría. Mientras viaja a través del país, se sienta junto a un pozo. En cuanto lo hace, sabemos que una mujer va a aparecer, pues eso es lo que parece que sucede siempre en el Antiguo Testamento: Isaac, Jacob y Moisés encontraron a sus futuras esposas junto a un pozo (ver Gn 24, 29; Ex 29). Y, en efecto, viene una.

Jesús comienza por pedirle que le dé de beber. Eso nos recuerda Génesis 24, donde un criado de Abrahán le pide de beber a Rebeca para saber si Dios la considera una esposa para Isaac. A la samaritana le extraña que Jesús, un judío, le pida a ella de beber, y los dos entran en conversación. En cierto momento Jesús le promete que él puede darle "agua viva". Eso nos recuerda a Jacob, que proporcionó agua a todo el rebaño de Raquel cuando la encontró junto al pozo. En efecto, ese pozo donde Jesús y la mujer estaban hablando era conocido como "el pozo de Jacob". Luego Jesús saca el tema del matrimonio diciéndole a la mujer que vaya a buscar a su marido. Esto suscita la historia personal de la mujer, que es una historia airada, y después de un poco de charla teológica, Jesús asombra a la mujer diciéndole que él es el Mesías. Ella vuelve corriendo a la ciudad y llama a la gente para que vengan y se encuentren con este asombroso profeta judío. La gente lo hace, y oyen la enseñanza de Jesús. Después de dos días, quedan convencidos y creen que él *es* verdaderamente el Mesías (Jn 4, 1-41).

El punto de esta historia en Juan 4 no es que hubiera una relación romántica entre Jesús y la mujer samaritana. Más bien, esta mujer es un símbolo del pueblo samaritano en su conjunto. Los samaritanos eran los descendientes últimos de las diez tribus del norte de Israel. Estas tribus eran la "esposa" de Dios, según el profeta Oseas. Y aunque habían sido infieles a su marido Dios y se habían casado con cinco pueblos paganos y adorado a sus dioses (2 R 17, 24-31), Oseas había prometido que Dios volvería y se "casaría" de nuevo con ellas (Os 2, 4-23). Jesús es Dios, que vuelve a los últimos descendientes de Israel y les invita a "casarse" con él de nuevo, para que vuelvan enamorados a él.

Segundo signo: La curación del hijo del funcionario en Caná (*Juan 4, 46-54*)

Según avanzamos hacia el final del capítulo 4 de Juan, encontramos el relato del segundo signo. Una vez más, el signo ocurre en Caná, una ciudad a orillas del Mar de Galilea. Un funcionario de esta ciudad salió al encuentro de Jesús para pedirle que curase a su hijo enfermo a punto de morir. Jesús le dijo: «Vete, tu hijo está vivo». El funcionario volvió a su casa para descubrir que su hijo se había recuperado a la misma hora en que Jesús le había dicho que viviría, «y creyó él y toda su casa. Este segundo signo lo hizo Jesús cuando vino de Judea a Galilea» (Jn 4, 50, 53-54).

Aquí vemos una conexión con el sacramento de la Unción de los enfermos, llamado antes de la Extremaunción.



Durante un largo tiempo en la historia de la Iglesia, solo se administraba cuando una persona estaba cerca de la muerte. Pero en años recientes, hemos recobrado la noción de que es apropiado en cualquier tiempo de enfermedad grave, pues el sacramento no solo cura el alma para la vida eterna, sino que puede también curar el cuerpo.

Nótese el paralelismo entre este signo y el sacramento de la Unción de los enfermos. El hijo del funcionario está

gravemente enfermo. Él se lo dice a Jesús: «Baja antes de que se muera mi hijo» (4, 49). Y esta es la normal condición para que una persona pida este sacramento. Y la palabra de Jesús devuelve la salud al hijo. Así pues, lo que estamos viendo es el poder de Jesús para curar a los que están acercándose a la muerte, y esta es la fundamental conexión con el sacramento. Se trata del mismo poder de Jesús para la curación del alma y cuerpo de una persona. No es una comparación perfecta, porque el Sacramento implica ungir y Jesús no usa aceite en este milagro. Pero lo importante no es que Jesús establezca la forma concreta de cada sacramento en sus distintos signos. Es que los *esenciales poderes* de Jesús en sus signos se transmiten en uno u otro sacramento.

La forma exacta del sacramento de la Unción comenzó a definirse muy pronto en la historia de la Iglesia. Santiago refiere cómo la primitiva Iglesia dispensaba el poder de Jesús para el enfermo: «¿Está enfermo alguno de vosotros? Que llame a los presbíteros de la Iglesia, y que oren sobre él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor le hará levantarse, y si hubiera cometido pecados, le serán perdonados» (St 5, 14-15). La Unción es una verdadera práctica bíblica, cuando acudimos al sacerdote para que unja, ore y perdone los pecados. Este es el modo en que la Iglesia administra el poder de Jesús para curar a los que están cerca de la muerte, un poder que vemos en este segundo signo en Juan 4.

Tercer signo: La curación del paralítico en Betzata (*Juan 5, 1-18*)

El tercer signo sigue inmediatamente después en Juan 5. Tenemos el relato de la curación del paralítico en la piscina

de Betzata. Se pensaba que la piscina tenía propiedades curativas, por eso muchos enfermos y discapacitados se reunían allí. Un ángel agitaba las aguas, y el primero que se introducía quedaba curado. Jesús fue allí y encontró a un hombre que había estado esperando junto a la piscina treinta y ocho años para curarse. «"¿Quieres curarte?", le preguntó Jesús. El hombre no dio una respuesta directa: "No tengo a nadie que me meta en la piscina". Jesús le manda: "Toma tu camilla y ponte a andar"» (Jn 5, 6-8). El hombre lo hizo y quedó curado. Más tarde, Jesús le encuentra y le advierte: «Mira, estás curado; no peques más para que no te ocurra algo peor» (v. 14).

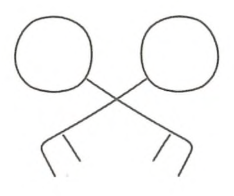
Jesús planteó a este hombre una pregunta muy profunda: "¿Quieres curarte?". Y enseguida pensamos: *Bueno, la respuesta es obvia, ¿no? ¿Por qué iba a estar este tipo esperando junto a la piscina milagrosa? Claro que quería ser curado.* Pero luego comenzamos a considerarlo un poco más profundamente: *¿Por qué había estado allí durante treinta y ocho años y nunca se las arregló para ser el primero en meterse en el agua? ¿Acaso eso es algún problema? ¿Le falta motivación?* Porque, después de todo, puede que estuviese acostumbrado a vivir con su enfermedad. No digo esto solo en sentido físico; es algo cierto en un sentido psicológico y espiritual también.

La enfermedad de este hombre es una señal de nuestro pecado. Somos como el ciego, el tonto y el paralítico que está tumbado junto a esta piscina. Nuestros pecados nos ciegan, nos entontecen y nos paralizan espiritualmente. En efecto, nos acostumbramos a nuestros pecados y limitaciones, y no queremos cambiar. A veces nos encontramos volviendo una vez y otra al Sacramento de la Confesión, confesándonos siempre de las mismas cosas. El problema no está en que el sacramento no tenga fuerza.

El problema puede ser una falta de deseo por nuestra parte; no queremos ser curados.

Así que, cuando Jesús se acerca al hombre y le dice: «¿Quieres curarte?» es una pregunta pertinente. Quizá al hombre ha llegado a gustarle su situación: está allí tumbado todo el día al sol junto a la piscina, la gente le compadece, le echan monedas en su escudilla, y no tiene que trabajar. Quizá se ha acostumbrado del mismo modo que nosotros nos acostumbramos a nuestras limitaciones; nos sentimos a gusto con ellas: *Yo soy así, no quiero que las cosas cambien, no busco una santidad radical, no quiero ser un santo de altar. La santidad es dura, los santos sufren siempre por Cristo. Eso asusta. Déjame vivir con mis pecados y limitaciones.*

«¿Quieres curarte?», nos pregunta Jesús. El signo que realiza Jesús para este hombre trae a la memoria el sacramento de la Reconciliación. Se nota un paralelismo aquí: primero, no es necesario para el hombre entrar en el agua de nuevo, que podría ser como una forma de Bautismo.



En cambio, es solo la palabra de Jesús la que cura. Esto es como la Reconciliación, a la que los Padres de la Iglesia llamaron un "segundo Bautismo", pero que no requiere volver a bautizarnos. Segundo, al final del relato, dice Jesús: «Mira, estás curado; no peques más para que no te ocurra algo peor», indicando que el pecado está en la raíz de la enfermedad de este hombre, y sus pecados ahora

han sido perdonados. El pecado no suele ser causa directa de enfermedad (9, 2-3), pero a veces puede serlo (5, 14).

Actuando como Jesús, el sacerdote en el confesonario perdona nuestros pecados y nos urge: "Vete y no peques más". Confesamos, y él nos aconseja sobre cómo evitar el pecado. Hacemos nuestro acto de contrición, nos da la absolución, y salimos andando, curados. El mismo poder de Jesús que curó a este paralítico está aún disponible para nosotros en el confesonario.

CUARTO SIGNO: MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES PARA CINCO MIL (*Juan 6, 1-15*)

Después de curar al hombre en Jerusalén, Jesús vuelve al norte, a las orillas del mar de Galilea, donde las multitudes vienen a escucharle, y surge la ocasión para otro "signo". Toda la gente reunida en la ladera del monte para escuchar a Jesús parece hambrienta. Jesús plantea la cuestión al apóstol Felipe: «¿Dónde vamos a comprar pan para que coman estos? [...] Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no bastan ni para que cada uno coma un poco» (Jn 6, 5-7).

Un denario es un día de salario mínimo, el de una persona que trabaja manualmente. Y resulta mucho dinero, y no resuelve el asunto.

> Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dijo: «Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es esto para tantos?». Jesús dijo: «Mandad a la gente que se siente»; había en aquel lugar hierba abundante. Y se sentaron un total de unos cinco mil hombres. Jesús tomó los panes y, después de dar gracias, los repartió a los que estaban sentados, e *igualmente les dio cuantos*

> *peces quisieron. Cuando quedaron saciados,* les dijo a sus discípulos: «Recoged los trozos que han sobrado para que no se pierda nada». Y los recogieron, y llenaron doce cestos con los trozos de los cinco panes de cebada *que sobraron a los que habían comido.* Aquellos hombres, viendo el signo que Jesús había hecho, decían: «Este es verdaderamente el Profeta que viene al mundo» (Jn 6, 8-14; énfasis añadido).

Con tanta gente que alimentar en el campo, esperábamos que Jesús y los apóstoles pusieran en práctica lo que hoy llamamos un "control de raciones" en la industria de la alimentación: ponlos en fila, dale a cada uno una de esas bandejas de plástico con tres compartimentos y hazlos pasar ante un mostrador: un trozo de pescado, un trozo de pan, algo de beber… y se acabó. Eso les mantendrá hasta que vuelvan a casa.

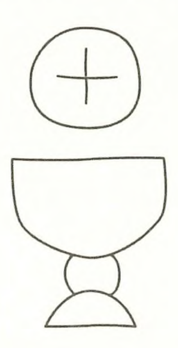
Pero no fue así. Tal como en las bodas de Caná, donde tuvimos 180 galones de estupendo Cabernet Sauvignon francés, aquí también Jesús se excede. Es un todo-el-pescado-frito-que-puedas-comer para cinco mil (o más, con mujeres y niños). La gente acude y los apóstoles les dan panes y peces hasta que no cabe más en los platos. Jesús hizo "cuantos quisieron" hasta que "quedaron saciados". Hemos tenido a cinco mil tumbados en la hierba, mirando al cielo, y quejándose: *¡Oh, no hombre!, no puedo comer más. Ni siquiera podré mirar el pescado durante una semana. No me puedo ni mover. Déjame solo dar una cabezada.*

Incluso después de alimentar a más de cinco mil con todo-lo-que puedas-comer de pescado y pan, los discípulos pasan recogiendo los restos y vuelven no con doce pequeñas cajas sino con doce grandes cestos llenos.

El punto es: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan *EN ABUNDANCIA*» (Jn 10, 10; énfasis añadido).

Jesús no viene para que llevemos vidas mediocres, esperando evitar el purgatorio por un pelo al final. No, Jesús quiere abundancia, vidas llenas de alegría, llenas de atractivo, llenas de niños, y rebosantes de gracia y amor, invitando a otra gente a venir a la fiesta. La vida católica debe ser una fiesta, una fiesta de sacramentos. Somos gente festiva; por eso "celebramos" la Misa y, cada pocos días, tenemos la "fiesta" de un santo.

El apóstol Juan ha contado este milagro de un modo tal que cada uno de los primeros cristianos, al leerlo, vería la conexión con la Última Cena narrada en Mateo, Marcos y Lucas, donde Jesús instituye la Eucaristía. Los estudiosos señalan que Juan usa seis palabras griegas o frases que también aparecen en los relatos de la Última Cena: tomar, panes, dar gracias, partir, repartir y reclinarse.



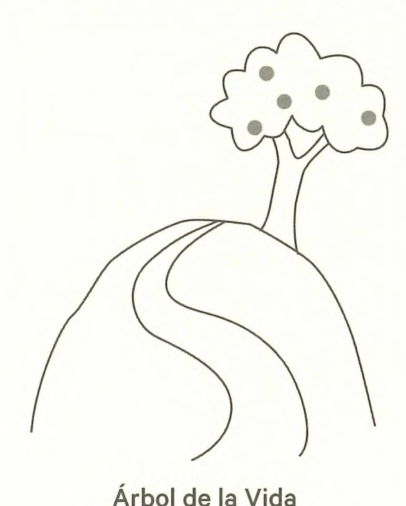
En la Última Cena, Jesús *toma el pan, da gracias, lo parte y lo reparte* a los discípulos *reclinados* a la mesa. En Juan 6, Jesús *toma los panes, da gracias, reparte* los panes y el pescado a la multitud *reclinada*, y luego hace que se recojan los trozos (fragmentos, [lo que se ha *partido*]).

Imagina a los primeros cristianos, reunidos en un domingo por la mañana en torno al año 95, por ejemplo,

para la misa. Solo tienen una copia de las memorias del apóstol Juan sobre la vida de Jesús. El celebrante –el *episkopos*– comienza a leer en voz alta el relato de la multiplicación de los panes de Jesús. Todos los cristianos reunidos escuchan esas mismas palabras que ya hemos repetido. ¿Qué van a pensar? Pues algo así: *Oh, eso es como lo que hacemos cada semana. Es justo lo que hacemos con el pan y el vino de la Eucaristía. Jesús comenzó estas costumbres ya en el ministerio de sus milagros.* No es posible que los primeros cristianos no hiciesen esa conexión entre este milagro y su Eucaristía. Juan sabía que la harían y *quiso* que la hicieran.

Al día siguiente, las multitudes buscaron de nuevo a Jesús porque querían otra comida gratis. Jesús les predicó en cambio un famoso discurso que nosotros llamamos del "Pan de Vida". Aquí Jesús compara su cuerpo con algunas comidas milagrosas del Antiguo Testamento, como el maná que caía del cielo en el desierto. La multitud quedó extrañada de que se comparase él mismo con el maná: "Los judíos, entonces, comenzaron a murmurar de él por haber dicho: 'Yo soy el pan que ha bajado del cielo"» (Jn 6, 41). La palabra griega usada aquí es la misma del Antiguo Testamento sobre los israelitas en el desierto, y ellos "murmuran" contra Moisés porque no tienen bastante comida (eg. Ex 15, 24; 16, 2, 7 etc.). Juan está haciendo esto de un modo precioso para que podamos oír los ecos del pasado. Es justo como si la historia se estuviera repitiendo. Ellos están murmurando de nuevo, y él está hablándoles ahora sobre un nuevo pan del cielo, un nuevo maná, que es él mismo. Recordad, el maná fue una comida sobrenatural, y tenías que comerla para seguir vivo. Esto es importante, porque Jesús va a subrayar la necesidad de comer su cuerpo, como en este pasaje: «En verdad, en verdad os digo que el que cree tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida.

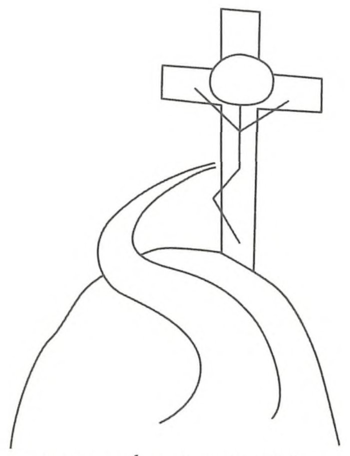
Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron. Este es el pan que baja del cielo, para que si alguien lo come no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. Si alguno come este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo» (Jn 6, 47-51). Ahora les dice un par de veces que quien come su carne no morirá. Solo una clase de comida en toda la Biblia tiene el poder de dar vida eterna: el fruto del árbol de la vida, al que no hemos tenido acceso desde que nuestros primeros padres fueron expulsados del Jardín del Edén.



Árbol de la Vida

Recordad cómo vimos que el comienzo de este evangelio presentaba una "nueva creación". ¿Por qué la venida de Jesús es como comenzar a crear todo de nuevo? Porque él nos trae de nuevo el árbol de la vida. Hemos sido devueltos a una situación donde podemos alcanzar y comer una comida que promete la vida eterna. Y es como volver al Jardín del Edén.

Pero recuerda, el fruto del árbol de la vida hay que comerlo.



Nuevo Árbol de la Vida

Y según continúa Jesús el discurso del Pan de Vida, insiste con énfasis sobre la necesidad de comer su carne y beber su sangre. En efecto, cuando habla sobre su cuerpo y su sangre, cambia la palabra corriente "comer" (en griego, *esthio* o *phago*) por "masticar" o "mascar" (griego, *trogo*).

> Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que *mastica* mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Igual que el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así, aquel que me *mastica* vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo, no como el que comieron los padres y murieron: quien come este pan vivirá eternamente» (Jn 6, 53-58).

Así pues, es muy gráfico: ¡morder el cuerpo de Cristo con tus dientes! Jesús no es tampoco simbólico conforme avanza el discurso. En cambio, comienza con abstracciones que lo hacen más *físico* y *concreto* al terminar el discurso.

He sido pastor protestante durante años, y si alguien me hubiera preguntado el significado de Juan 6, le habría dicho: "Bueno, es todo simbólico. 'Comedme' significa tened fe en mí". El problema con esa interpretación es que, en el Antiguo Testamento, el significado simbólico de "comedme" es siempre hostil. Comerse a otra persona se utiliza como una metáfora equivalente a una derrota militar, devastar la tierra de alguien o destruir su país. Siempre tiene connotaciones negativas, y no es una frase que Jesús hubiese usado con sus amigos judíos para hablarles de algo positivo como tener fe. No, lo que busca Jesús es el sentido sencillo de "comed mi carne".

Algunos dicen que las palabras de Jesús no significan eso literalmente porque "beber sangre" estaba prohibido en el Antiguo Testamento. Eso es verdad: el Antiguo Testamento prohíbe beber sangre de animales porque «la vida de toda carne es su sangre» (Lv 17, 14), y Dios no quiere que los israelitas compartan su vida con animales. Sin embargo, la *vida divina* corre por las venas de Jesús, y Dios *quiere* que compartamos la vida divina. Así que el mismo principio de "la vida está en la sangre", que es la razón por la que se prohíbe la sangre animal, lo es también al beber la de Jesús: «Si no bebéis su *sangre,* no tendréis *vida* en vosotros» (Jn 6, 53, énfasis añadido). El hecho de que Jesús saque el asunto de "beber sangre" muestra que está hablando de la Eucaristía. Si retrocedes y relees el discurso de Jesús, verás que abruptamente en el versículo 53 saca la idea de "beber su sangre", mientras que hasta ese momento lo dicho solo se refiere al pan. ¿Por qué introduce

esta idea de beber sangre? ¿Adónde va con eso? Está claro adonde va: a la Eucaristía.

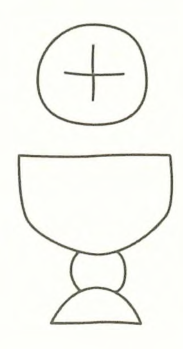
Otros dicen que Jesús no puede realmente estar mandándonos comer su carne y beber su sangre, porque en el versículo 63 dice: «El espíritu es el que da vida, la carne no sirve para nada». Ese es un argumento de listillo, pero Jesús dice "*la* carne" no sirve para nada, no "*mi* carne" no sirve para nada.

"La carne" es un término que tanto san Juan como san Pablo usan para describir la naturaleza humana caída sin el auxilio de Dios. Leemos en Juan 8, 15: «Vosotros juzgáis según *la carne*, yo no juzgo a nadie» (énfasis añadido). Pero "la carne" es diferente de "mi carne". Jesús dice: «El pan que yo daré es *mi carne* para la vida del mundo» (Jn 6, 51, énfasis añadido). ¿Quién se atreve a ir a Jesús y decirle: *Perdona, Jesús, pero dar tu carne para la vida del mundo es un esfuerzo inútil; tu carne no sirve para nada?* Pues Juan 1, 14 dice: «El Verbo se hizo *carne*, y habitó entre nosotros» (énfasis añadido). ¿Quiere esto decir que la Navidad es insignificante porque "la carne" no sirve para nada? Claro que no.

La naturaleza humana (la carne) no tiene poder por sí misma. Pero *la carne de Jesús*, que él tomó y unió a su divina persona, tiene gran poder. Esta es la carne que toca la gente y se cura. Esta es la carne que tocamos en los sacramentos, y nos cura de nuestros pecados y nos lleva a la santidad.

Por desgracia, muchos cristianos leen hoy Juan 6 y no ven la obvia conexión entre este capítulo y la Eucaristía. Pero ninguno de los primeros cristianos ignoró ese asunto. Por documentos históricos, sabemos que la práctica más distintiva de los primeros cristianos era que se reunían el primer día de la semana para recrear la Última Cena, repitiendo las palabras de Jesús sobre el pan y el

vino: «Esto es mi cuerpo. Este es el cáliz de sangre». Se reunían temprano, cuando todavía era oscuro, en sitios secretos por miedo a las autoridades romanas. Aquí *no se puede decir* que hubiesen leído las palabras de Jesús –«si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros»–, y no advirtieran su conexión con lo que ellos celebraban cada domingo por la mañana. Y los primeros pastores de la Iglesia enseñan que Jesús quiere significar exactamente lo que dice en este pasaje. Por ejemplo, san Ignacio, pastor de la Iglesia en Antioquía, escribió lo siguiente[6] mientras viajaba hacia su martirio en torno al año 106, diez años después de la muerte del apóstol Juan: «Los que sostienen doctrina extraña respecto a la gracia de Jesucristo [...]. Se abstienen de la eucaristía y de la oración, porque no admiten que la eucaristía sea *la carne de nuestro Salvador Jesucristo, cuya carne* sufrió por nuestros pecados, y a quien el Padre resucitó por su bondad». Yo tenía treinta años cuando leí por primera vez este pasaje, y me convirtió a la Iglesia católica.



[6] San Ignacio de Antioquía, *Carta a los de Esmirna*, 6 y 7

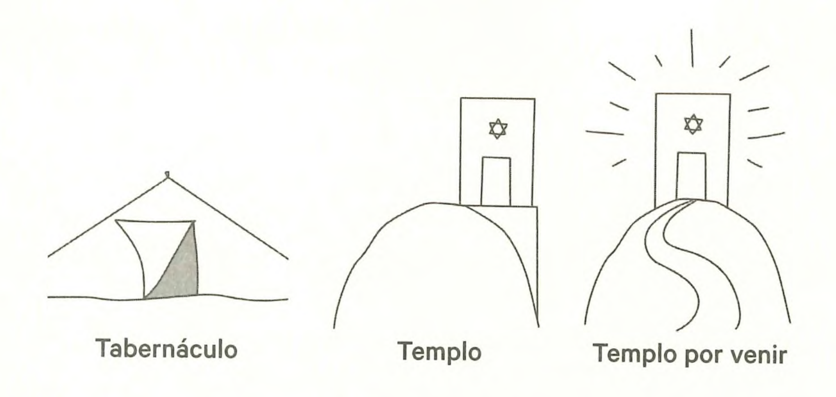
Yo tenía dos grados en teología y había sido pastor durante cuatro años. Con todo, nunca había leído a los primeros Padres de la Iglesia. Cuando leí a Ignacio de Antioquía, me di cuenta de que los primeros cristianos habían creído en la presencia real de Jesús en la Eucaristía, y solo más tarde los protestantes como yo habían prescindido de esa enseñanza básica. También advertí que la presencia real era lo que literalmente enseñaba el Nuevo Testamento. ¿Cómo podría yo, un cristiano creyente en la Biblia, rechazar la clara enseñanza del Nuevo Testamento y la fe de los primeros cristianos?

En resumen, el cuarto signo, la multiplicación para cinco mil, apunta claramente al Sacramento de la Eucaristía.

Quinto signo: La curación del ciego de nacimiento (*Juan 9*)

El quinto signo es la curación del hombre ciego de nacimiento en Juan 9. Los eventos de Juan 7–9, incluyendo este milagro, tienen lugar durante la Fiesta de los Tabernáculos judía, o poco después. Puede ser útil conocer un poco sobre la Fiesta de los Tabernáculos para apreciar del todo la curación del ciego de nacimiento.

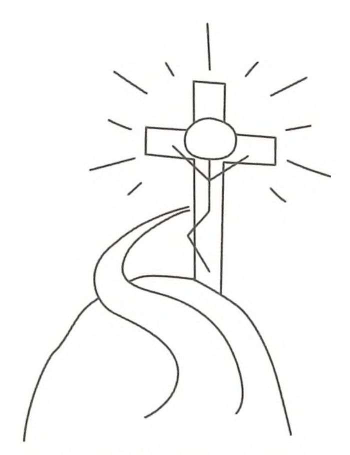
Esta fiesta judía celebraba los lugares de la morada de Dios con el pueblo de Israel en varios santuarios a lo largo de la historia. Pasado, presente y futuro: el Tabernáculo [Tienda] en el desierto construido por Moisés en el pasado; el presente Templo construido en Jerusalén; y el templo milagroso futuro que construiría el Mesías.



Varias profecías del Antiguo Testamento decían que el Templo futuro sería una fuente de luz y agua para todo el pueblo (Ez 47, 1-12; Jl 3, 18). Los judíos realizaban ceremonias de luz y agua durante la semana de la Fiesta de los Tabernáculos. Durante esa semana, encendían grandes candelabros (*menorahs*) en los patios del Templo, tan grandes que para encenderlos los sacerdotes jóvenes tenían que subirse a escaleras. Luego, durante la noche, los sacerdotes venían con antorchas y bailaban danzas del fuego. Eran tan brillantes las luces que la gente decía: "No hay sombras en Jerusalén durante la Fiesta de los Tabernáculos". Esto simbolizaba que el Templo era –o al menos, sería– la fuente de luz para el mundo entero.

En el último día de la Fiesta de los Tabernáculos, el sacerdote iba a la Piscina de Siloé –la principal fuente de agua de la ciudad de Jerusalén– y llenaba un jarro con agua. Luego lo llevaba al Templo y regaba las gradas del altar, haciendo que una pequeña corriente artificial saliese del centro del Templo. Esto representaba las profecías de que, en el futuro, una corriente de agua viva saldría del Templo dando vida a la tierra (Ez 47, 1-12).

A lo largo de Juan 7 a 9, Jesús habla de sí mismo como luz y agua. En Juan 7, en el último día de la Fiesta de los Tabernáculos, Jesús está allí en el mismo día en que hacen salir del Templo la corriente artificial, y dice: «Si alguno tiene sed, venga a mí; y beba quien cree en mí. Como dice la Escritura, de sus entrañas brotarán ríos de agua viva» (Jn 7, 37-38). No es el Templo de piedra, sino Jesús mismo quien es la fuente de la corriente de agua viva de Dios. El cuerpo de Jesús es el nuevo Templo, y en su crucifixión veremos una corriente de sangre y agua saliendo del templo de su cuerpo.



Jesús, el Templo por venir

De nuevo, en Juan 8, Jesús proclama: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (v. 12). Otra vez, no es el Templo de piedra sino Jesús mismo quien iluminará el mundo entero.

Cuando llegamos a Juan 9, Jesús realiza un milagro, un "signo", donde utiliza *agua* para dar *luz* a un hombre que había nacido ciego. Jesús se convierte en el milagroso nuevo Templo para este pobre hombre. Este es el relato:

> Al pasar vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos: «Rabbí, ¿quién pecó, este o sus padres, para que naciera ciego?». Respondió Jesús: «Ni pecó este ni sus padres, sino que eso ha ocurrido para que las obras de Dios se manifiesten en él. Es necesario que nosotros hagamos las obras del que me ha enviado mientras es de día, porque llega la noche cuando nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo soy luz del mundo». Dicho esto, escupió en el suelo, hizo lodo con la saliva, lo aplicó en sus ojos y le dijo: «Anda, lávate en la piscina de Siloé» (que significa "Enviado"). Entonces fue, se lavó y volvió con vista. Los vecinos y los que le habían visto antes, cuando era mendigo, decían: «¿No es este el que estaba sentado y pedía limosna?». Unos decían: «Sí, es él». Otros en cambio: «De ningún modo, sino que se le parece». Él decía: «Soy yo». Y le preguntaban: «¿Cómo se te abrieron los ojos?». Él respondió: «Ese hombre que se llama Jesús hizo lodo, me untó los ojos y me dijo: "Vete a Siloé y lávate". Así que fui, me lavé y comencé a ver». Le dijeron: «¿Dónde está ese?». Él respondió: «No lo sé» (Jn 9, 1-12).

Todo este signo es una preciosa catequesis sobre el sacramento del Bautismo. Como este hombre, cada uno de nosotros ha nacido en la oscuridad del pecado original. No era culpa del hombre ser ciego; era algo con lo que había nacido, pero aún así necesitaba curación. Esto es un paralelismo con el pecado original. El pecado original es una carencia de la vida de Dios en nuestra alma, perdida por Adán y Eva. En otras palabras, nuestros primeros padres perdieron el Espíritu Santo, y solo vuelve a nosotros a través del Bautismo.

Tenemos curiosidad por saber por qué Jesús se entretiene en escupir y hacer lodo. Al parecer, los judíos del tiempo de Jesús tenían un cierto modo de imaginar cómo

creó Dios al primer hombre. El Génesis dice: «El Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra» (2, 7), pero el polvo no se junta solo. Se necesita un poco de humedad. ¿Dónde vas a encontrar esa humedad? La tradición judía (recogida en los rollos del Mar Muerto) piensa que Dios escupió en el polvo para hacer barro y formar el cuerpo de un hombre.

Jesús que escupe y hace barro para este hombre es un poderoso símbolo. Jesús está repitiendo la creación de Adán. La nueva creación ha sido un tema del primer versículo de este evangelio. Aquí de nuevo, Jesús re-crea a este hombre. Justo como el primer acto creativo de Dios fue la creación de la luz, Jesús derrama luz en el mundo de este hombre abriéndole los ojos.

El bautismo es una re-creación. La forma clásica del bautismo es sumergirte en el agua y sacarte de ella. Y eso es como la tierra en su conjunto, que comenzó bajo el agua (Gn 1, 2) y luego emergió como tierra seca, por el poder del "soplo" de Dios o "Espíritu".

Más tarde, Noé y su familia experimentaron una "nueva creación" cuando salieron de las aguas del diluvio y vieron emerger la tierra seca una vez más cuando Dios envió su "Espíritu".

Del mismo modo, los israelitas fueron re-creados cuando entraron en el Mar Rojo y salieron como un nuevo pueblo en el otro lado. Una generación más tarde, sus hijos entrarían en el Jordán y saldrían como un nuevo pueblo en el otro lado en la Tierra Prometida.

Todos estos eventos –la creación, el diluvio, el paso del Mar Rojo, el paso del Jordán– se te aplican cuando te bautizan. El sacramento te hace una parte de la historia.

Muchos cuentos y películas infantiles se han desarrollado alrededor de la idea de un libro mágico, que te atrapa

en su narración cuando comienzas a leerlo. La Biblia es el definitivo "libro mágico", si quieres, mejor, el libro milagroso. Y el modo en que formamos parte de su argumento es por la recepción de los sacramentos. Ellos hacen que la historia bíblica se convierta en *nuestra personal* historia.

No es solo el lodo lo que cura los ojos del hombre. Jesús le envía a lavarse en la Piscina de Siloé, y esto es muy significativo. La Piscina de Siloé era donde el sacerdote tomaba el agua para derramarla sobre el altar en el último día de la Fiesta de los Tabernáculos. Esa piscina recibía el agua de la Fuente del Guijón, el único manantial constante que proporcionaba agua para la ciudad de Jerusalén. El Guijón se llamaba así por el nombre de uno de los ríos que surcaban el Jardín del Edén. En la tradición judía, era virtualmente un río sagrado, que llevaba las aguas de la creación. Pasaba a través de un túnel excavado en tiempos del rey Ezequías y salía en la Piscina de Siloé, que Herodes había reconstruido y empedrado hermosamente, y donde toda la población de Jerusalén podía obtener agua para beber o lavar.

El agua de Siloé era simbólicamente el agua del Edén. Y el nombre de "Siloé" significa "enviado", que tiene dos sentidos respecto al Bautismo. Ante todo, ser bautizado significa sumergirse en Jesús, que es "El Enviado", el que envía el Padre al mundo. Segundo, cuando nos bautizamos nosotros mismos somos enviados. Quien es bautizado está en una misión. Dios comisiona a cada uno de nosotros para que compartamos con los demás la Buena Nueva de Jesús.

Cuando el hombre sale del agua, puede ver. Sus antiguos vecinos no saben qué hacer con él. Discuten; unos dicen que es el mismo hombre, otros dicen que es alguien que se parece al ciego que solía estar por allí. La respuesta

del propio hombre es ambigua: "Soy yo", dice. Sus antiguos conocidos debieron quedar confundidos: *¿Tú quién eres? ¿El mismo tipo o uno diferente que se le parece?* ¡Sí! Podría probablemente haber replicado el hombre [para mayor confusión].

Ya ves, en cierto sentido es los dos. Sí, es el mismo tipo que solía sentarse aquí a pedir. Por otra parte, es completamente una nueva creación, un hombre nuevo que solo *se parece* al hombre que solía estar allí. Y esto supone un paralelismo con el Bautismo, porque después de nuestro Bautismo *somos y no somos* la misma persona que entró en el baptisterio.



En mi caso, después de mi Bautismo era, en cierto sentido, todavía John Bergsma, quinto hijo de Herbert y Luella Bergsma. Pero en otro sentido, era completamente una nueva creación, una criatura convertida en su verdadera naturaleza por la recepción del Espíritu Santo. Yo era una nueva persona que solo *se parecía* al hijo que existía antes de que las aguas del Bautismo se derramasen sobre mí. Como dice san Pablo: «Si alguno está en Cristo, es una nueva criatura» (2 Co 5, 17).

Este es también el único lugar del Evangelio de Juan donde cualquiera excepto Jesús emplea la frase "Yo soy". Es el nombre de Dios que el Señor reveló a Moisés en

Éxodo 3, 14: «Así dirás a los hijos de Israel: "YO SOY" me ha enviado a vosotros». Después del Bautismo, podemos decir en verdad "Yo soy" por primera vez, pues ahora compartimos la naturaleza divina y tenemos el Espíritu del gran "YO SOY". Comenzamos a existir *verdaderamente* porque solo la vida de Dios es *verdadera* vida.

Toda la historia del milagro en Juan 9 es una hermosa catequesis sobre el sacramento del Bautismo, y por eso la leemos en el leccionario cada año en el Cuarto Domingo (domingo *Laetare*) de Cuaresma, cuando los catecúmenos están preparándose para el Bautismo.

SEXTO SIGNO: LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO (*Juan 11*)

Algún tiempo después de la curación del ciego de nacimiento, llaman a Jesús para acudir a Betania, en las afueras de Jerusalén, para que atienda a su amigo Lázaro:

> Había un enfermo que se llamaba Lázaro, de Betania, la aldea de María y de su hermana Marta. María era la que ungió al Señor con perfume y le secó los pies con sus cabellos; su hermano Lázaro había caído enfermo. Entonces las hermanas le enviaron este recado: «Señor, mira, aquel a quien amas está enfermo». Al oírlo, dijo Jesús: «Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, a fin de que por ella sea glorificado el Hijo de Dios».
>
> Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Aun cuando oyó que estaba enfermo, se quedó dos días más en el mismo lugar (Jn 11, 1-6).

Esto es sorprendente. Nosotros esperamos leer: *Oyó que estaba enfermo, y partió inmediatamente para atenderle.* Pero en cambio leemos: «Se quedó dos días más en el mismo

lugar». Pero hay una razón para que Jesús haga esto. Planea su vuelta a Betania de modo que Lázaro lleve cuatro días muerto cuando él llegue allí. Eso es importante porque los judíos creían que, durante los primeros tres días después de la muerte, el alma seguía en torno al cuerpo y estaba "casi muerto", pero no del todo. Después de esos tres días ya estaba "completamente muerto".

Así que el punto en Juan 11 está en que, cuando llega Jesús, Lázaro está sin duda "completamente muerto". No había esperanza de poder resucitarlo. «Jesús, conmoviéndose de nuevo, fue al sepulcro. Era una cueva tapada con una piedra. Jesús dijo: "Quitad la piedra". Marta, la hermana del difunto, dijo: "Señor, ya huele muy mal, pues lleva cuatro días"» (Jn 11, 38-39). Tienes que querer a Marta. Es una de esas obsesivas amas de casa que está siempre recordando a los demás que devuelvan la mayonesa al frigorífico o que te laves las manos antes de sonarte la nariz. En este caso, no vacila en recordar al Sabio de Israel, al Hijo de David, al Hijo de Dios, el rabbí y taumaturgo: *Va a oler muy mal si abres el sepulcro.* ¡Pues claro!, Jesús debe haberse olvidado de eso. «Le dijo Jesús: "¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?". Retiraron entonces la piedra [...]. Y Jesús [...] gritó con voz fuerte: "¡Lázaro, sal afuera!". Y el que estaba muerto salió con los pies y las manos atados con vendas, y con el rostro envuelto en un sudario» (Jn 11, 40-41, 43-44).

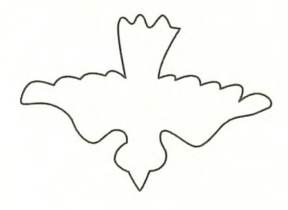
Lázaro estaría casi momificado; su salida del sepulcro parecería una escena de película de zombis. «Jesús les dijo: "Desatadle y dejadle andar"» (Jn 11, 44).

Ya hemos visto que los signos en el evangelio de Juan tienen paralelismos y elementos en común con los sacramentos, y este no es una excepción. La resurrección de Lázaro recuerda el sacramento de la Confesión, porque entras en el confesonario en estado de muerte espiritual

(si has cometido pecado mortal), luego oyes la absolución del sacerdote que habla en lugar de Cristo, y sales del confesonario espiritualmente "resucitado de la muerte".

Reginald Garrigou Lagrange, un gran teólogo y uno de los profesores de san Juan Pablo II, escribió sobre esto: «Incluso en la reanimación de un muerto a la vida, el milagro por el que un cuerpo es reanimado con su vida natural es casi nada comparado con la resurrección de un alma, que ha estado muerta espiritualmente en el pecado y ahora ha sido traída a la esencialmente sobrenatural vida de la gracia»[7]. Pero también notamos ciertos paralelismos entre la resurrección de Lázaro y el sacramento de la Confirmación. Este signo viene tras la imagen del Bautismo en Juan 9. Y allí hay varias semejanzas entre estos dos signos: en ambos casos, el hombre es llevado de la oscuridad a la luz, de la oscuridad del sepulcro a la luz del exterior: es llevado de un estado de muerte a un estado de vida. El Bautismo y la Confirmación están estrechamente relacionados; así lo están también Juan 9 y 11.

Otra fuerte e importante conexión que podemos ver entre la Confirmación y la resurrección de Lázaro es el don de una gracia especial para testimoniar poderosamente por Cristo, aun frente a una oposición. A veces, la Confirmación se llama el sacramento de la "milicia espiritual" porque nos da fuerza para un valeroso combate espiritual, al dar testimonio de Cristo.



---

[7] Reginald Garrigou Lagrange, *Las tres edades de la vida interior*, II, 13.

Esto es exactamente lo que hace Lázaro en este signo: «Una gran multitud de judíos se enteró de que estaba allí, y fueron no solo por Jesús, sino también por ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos. Y los príncipes de los sacerdotes decidieron dar muerte también a Lázaro, porque muchos, por su causa, se apartaban de los judíos y creían en Jesús» (Jn 12, 9-11). El testimonio de Lázaro sobre Jesús es tan fuerte que él ahora comparte con Jesús la amenaza de la persecución y la muerte. Hay una pizca de humor negro en esto, también: ¿no es un poco cómico que el sumo sacerdote esté tratando de matar a este hombre que ha resucitado de la muerte? *¡Oye, tú, vuelve a la fosa! ¿No ves que estás causando un gran disturbio?* Si su primera muerte no acabó con él, ¿por qué piensan que matarle una segunda vez va a conseguirlo?

Como sucede con los otros signos, la resurrección de Lázaro señala fuertemente la divinidad de Jesús. En efecto, la resurrección de Lázaro conecta especialmente con una famosa profecía de Ezequiel, una profecía que pronunció después de su visión de un valle de huesos secos volviendo a la vida como un ejército enorme: «Esto dice el Señor Dios: "¡Pueblo mío! Voy a abrir vuestros sepulcros, os haré salir de vuestros sepulcros y os haré entrar en la tierra de Israel. Y sabréis que Yo soy el Señor cuando abra vuestros sepulcros y os haga salir de vuestros sepulcros, ¡pueblo mío!"» (Ez 37, 12-13). Propiamente, esta es la primera lectura del quinto domingo de Cuaresma, cuando también leemos Juan 11 en la lectura del evangelio. Notad que afirma: «Sabréis que Yo soy el Señor [...], cuando os haga salir de vuestros sepulcros». De este modo, *sabemos que Jesús es el Señor, el Dios de Israel,* cuando abre el sepulcro de Lázaro y le trae a la vida. Esto es poder divino para todo el que lo ve.

Séptimo signo: La muerte y resurrección de Jesús (*Juan 19–20*)

Hasta ahora hemos visto seis signos en el Evangelio de Juan y hemos observado sus conexiones con el Matrimonio, la Confesión, la Unción de los enfermos, la Eucaristía, el Bautismo y la Confirmación. El signo séptimo final, la muerte y resurrección, remite a todos los sacramentos. Cada sacramento está enraizado en la muerte y resurrección de Jesús. El Bautismo es una participación en la muerte y resurrección de Jesús. En el Matrimonio, damos nuestro cuerpo a nuestra esposa como Jesús entregó su cuerpo en la cruz. La Eucaristía hace presente una vez más el sacrificio del cuerpo crucificado de Cristo. Podríamos seguir. Sin embargo, como ninguno de los anteriores signos establece una conexión con las Sagradas Órdenes, al tratar de la muerte y resurrección de Jesús, veremos las conexiones con este Sacramento.

Comencemos por Juan 19, 17-24:

> Y se llevaron a Jesús. Y, cargando con la cruz, salió hacia el lugar que se llama la Calavera, en hebreo Gólgota. Allí le crucificaron con otros dos, uno a cada lado y Jesús en medio.
>
> [...] Los soldados, después de crucificar a Jesús, recogieron sus ropas e hicieron cuatro partes, una para cada soldado, y además la túnica. La túnica no tenía costuras, estaba toda ella tejida de arriba abajo. Se dijeron entonces entre sí: «No la rompamos. Mejor la echamos a suertes a ver a quién le toca». Para que se cumpliera la Escritura cuando dice: «Se repartieron mis ropas y echaron suertes sobre mi túnica».

¿Por qué se entretiene Juan en mencionar que la túnica de Jesús era sin costuras? A primera vista, eso parece carecer

de sentido, un detalle sin importancia. Pero realmente no es así. Aparte del Evangelio de Juan, solo hay una prenda sin costuras que conocemos por la antigua literatura. El historiador judío Josefo, cuya vida se solapa con la del apóstol Pablo, relata lo siguiente sobre las vestiduras del sumo sacerdote judío: «El sumo sacerdote está adornado con una vestidura de color azul. Es una larga túnica que le llega hasta los pies... Esa prenda *no está compuesta de dos piezas, ni está cosida en los hombros y los lados, sino que es de una pieza,* tejida con una abertura para el cuello»[8].

El punto es este: Jesús vestía una ropa apropiada para el sumo sacerdote. Cuando Jesús va a la cruz, eso es un acto sacerdotal. Jesús es sacerdote y víctima cuando va a la cruz. Esta no es la única conexión con el sacerdocio que vemos durante la pasión de Jesús. Como vemos, la túnica no se rompió, y echaron suertes sobre ella. Sorprendentemente, "sucede esto" porque la Ley de Moisés prohíbe que el sumo sacerdote rasgue sus vestiduras (Lv 21, 10). Incidentalmente, el sumo sacerdote que condenó a Jesús infringió esta ley (Mc 14, 63).

Después de que muere nuestro Señor y su cuerpo es bajado de la cruz, José de Arimatea y Nicodemo traen ungüentos y aromas, incluida mirra líquida, unas cien libras, una cantidad enorme de perfume muy caro, y los aplican sobre el cuerpo de Jesús.

Esas cien libras de ungüentos que aplican sobre su cuerpo es como los doce cestos llenos de pan y peces; es como los 180 galones de vino. Es abundancia. Está mostrando que en Jesús todo es grande, y su marcha a la Cruz es un acto sacerdotal; es ungido con aceite perfumado que corresponde al sumo sacerdote, pues la Ley de Moisés (Ex

---

[8] Josefo, *Antigüedades*, 3, 159-61; énfasis añadido.

30, 22-33) insistió en que el sumo sacerdote fuese ungido con aceite de las más finas especias, incluyendo mirra, para su ordenación.

Después de bajarlo de la cruz, José de Arimatea y Nicodemo envolvieron el cuerpo de Jesús en lienzos de lino, el único tejido apropiado para la ropa del sumo sacerdote. Como mandó Moisés: «Vestirá una túnica sagrada de lino, debajo se pondrá un calzón de lino, se ceñirá un cinto de lino y se colocará una tiara de lino. Son vestiduras sagradas» (Lv 16, 4).

«En el lugar donde fue crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo en el que todavía no había sido colocado nadie. Como era la Parasceve de los judíos y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús» (Jn 19, 41-42). ¿Por qué señala Juan que era un sepulcro «donde todavía no había sido colocado nadie»?

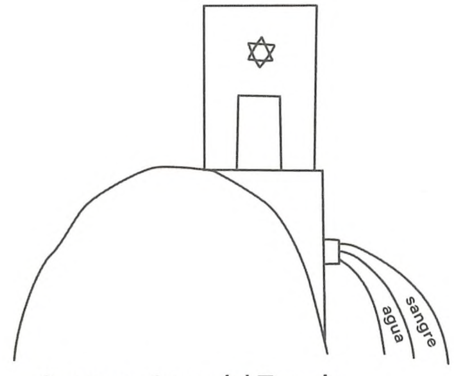
Es porque el sepulcro de Jesús, que recibe su cuerpo, es una imagen de la esposa de Cristo, la Iglesia. Y la Iglesia es una novia virgen. Del mismo modo, al sumo sacerdote se le mandaba desposarse con una virgen: «El sumo sacerdote [...] tomará por esposa a una mujer virgen» (Lv 21, 10, 13).

A lo largo del relato de su pasión, muerte y sepultura, hay signos de Jesús como sumo sacerdote. Veremos en un momento cómo Jesús transmite su rol de sumo sacerdote a los apóstoles. Pero antes quiero llamar la atención sobre lo que considero uno de los más fuertes versículos de la Escritura, Jn 19, 34-35: «Sino que uno de los soldados le abrió el costado con la lanza. Y al instante brotó sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice la verdad para que también vosotros creáis». ¿Por qué lo que brota del costado de Cristo es tan importante que el apóstol Juan no solo lo describe, sino que incluso detiene la narración para insistir que él

lo vio, y testifica que sucedió realmente? Juan lo hace porque eso está lleno de simbolismo.

En primer lugar, todo buen judío que peregrinase a Jerusalén entendería el significado de esa efusión de sangre y agua. Durante las tres grandes fiestas anuales judías, Jerusalén se llenaría con cientos de miles, o incluso millones, de peregrinos. En la Pascua, los sacerdotes del Templo sacrificaban tantos corderos que habían construido un sistema de evacuación de la sangre bajo el altar, que conducía bajo el Monte del Templo hasta la ladera, donde brotaba monte abajo hasta el torrente llamado Cedrón. Ese era el valle que cruzaría Jesús cuando salía al Monte de los Olivos. Allí la sangre que brotaba del Monte del Templo continuaba su curso hasta una de las puertas de Jerusalén.

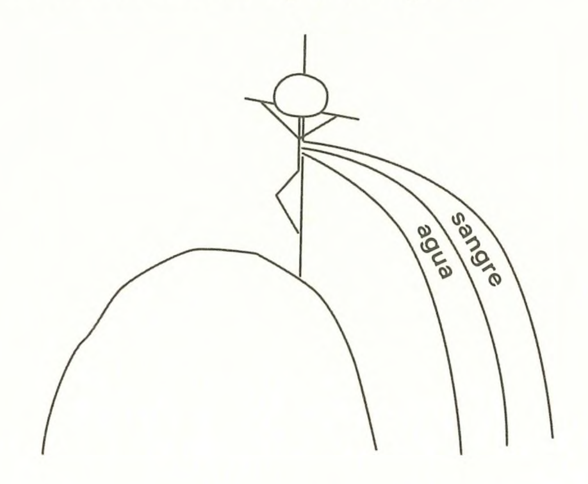
Así que, cuando te acercabas a Jerusalén durante la fiesta, dependiendo de dónde venías, tendrías que cruzar una corriente de agua sanguinolenta que salía del Templo. Recuerda lo que dice Jesús en Juan 2: «*Destruid este templo, y en tres días lo levantaré* [...]. *Pero él se refería al Templo de su cuerpo*» (vv. 19, 21; énfasis añadido).



Sangre y Agua del Templo

La corriente de sangre y agua que brota de su costado indica que su cuerpo es el nuevo templo.

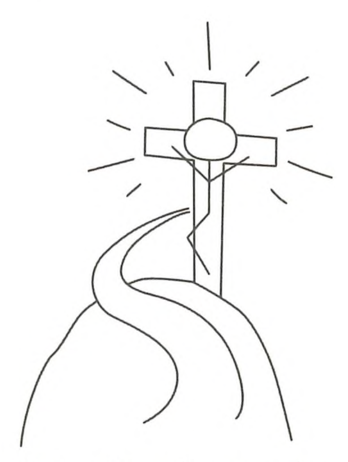
La sangre y el agua son también símbolo de nacimiento. Brotan del vientre cuando nace el niño. Pero es también un paralelismo del "nacimiento" de la primera mujer. Nuestro primer padre, Adán, cayó en un profundo sueño, tuvo abierto su costado, y sacada su carne; de la herida abierta en su costado se hizo la primera mujer, Eva, su esposa. Del mismo modo, Jesús es el segundo Adán. Su costado se abre cuando ha caído en el sueño de la muerte, y de este costado nace su esposa, la Iglesia.



Asimismo, la sangre y agua simbolizan los sacramentos. En el Evangelio de Juan, cuando se menciona el "agua", hay una conexión con el Bautismo, y la "sangre" conecta con la Eucaristía. La sangre y agua del costado de Cristo es la corriente de los sacramentos: agua bautismal y sangre eucarística. Pero para tener Bautismo y Eucaristía, se necesitan las Sagradas Órdenes, y también los demás sacramentos.

Quinientos años antes, Ezequiel profetizó que en el último día habría un nuevo templo, y de ese templo manaría un río de agua de vida (Ez 47). Estamos viendo ahora en la cruz el cumplimiento de esta predicción de Ezequiel: un río de vida brotando del cuerpo-templo de Jesús.

El río de vida que brota del cuerpo de Cristo es definitivamente el Espíritu Santo. Pero ¿cómo viene el Espíritu Santo a nosotros? Viene en primer lugar y principalmente a través de los sacramentos: Bautismo, Eucaristía, y los demás. Cada sacramento está enraizado en la muerte sacrificial de Cristo y surge de la Cruz.



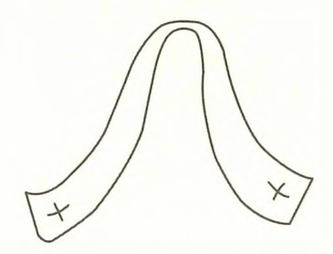
Jesús, el Templo por venir

Y como no hemos tenido ningún signo hasta ahora que apunte directamente a las Sagradas Órdenes, este es el que vamos a examinar en este punto. Para ver la conexión, necesitamos avanzar al acontecimiento de la primera Pascua:

> Al atardecer de aquel día, el siguiente al sábado, con las puertas del lugar donde se habían reunido los discípulos

cerradas por miedo a los judíos, vino Jesús, se presentó en medio de ellos y les dijo: «La paz esté con vosotros». Y dicho esto les mostró las manos y el costado. Al ver al Señor, los discípulos se alegraron. Les repitió: «La paz esté con vosotros. Como el Padre me envió, así os envío yo». Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les son perdonados; a quienes se los retengáis, les son retenidos» (Jn 20, 19-23).

Hay una fuerte conexión entre la Resurrección y el sacramento de las Sagradas Órdenes. Casi la primera cosa que el Señor resucitado dice a los apóstoles es: «Como el Padre me envió, así os envío yo». Y esto es la naturaleza fundamental del Orden Sagrado. El hombre que recibe las Sagradas Órdenes asume esta *misión* de Jesús, porque la palabra *misión* significa "envío".



Jesús envía a los apóstoles, los apóstoles envían a los primeros obispos, los primeros obispos envían a la segunda generación de obispos, la segunda generación a la siguiente, y así sucesivamente. Y cada obispo envía a sus sacerdotes en su nombre, y juntos ellos envían a los diáconos, que cooperan con ellos. Así pues, todo es un solo envío, una misión de Dios Padre.

Como parte de esta misión, Jesús concede a los apóstoles el poder de perdonar los pecados: «A quienes les

perdonéis los pecados, les son perdonados; a quienes se los retengáis, les son retenidos» (Jn 20, 23). Ellos van a tener el poder para tomar decisiones sobre si perdonar o no los pecados de las personas. Esto es lo que el sacerdote hace en el confesonario. Y es importante notar que, en el Antiguo Testamento, las decisiones sobre pecados y el ritual implicado en el perdón eran el oficio del sacerdote. Por ejemplo: «Todo el que se haya hecho culpable de alguna de esas formas tendrá que confesarse culpable de aquello en lo que ha pecado [...]. El sacerdote expiará por él, por el pecado que cometió, y le quedará perdonado» (Lv 5, 5 y 10). ¿A quién tenías que ir si querías que se te perdonasen los pecados en el Antiguo Testamento? No al profeta. No al rey. Acudías al sacerdote; él te guiaba en el proceso para recibir el perdón de Dios.

Después de su muerte y resurrección, este es el punto: Jesús comunica su propia autoridad sacerdotal a los apóstoles. De modo que es Jesús quien ha estado perdonando los pecados (Mt 9, 2; Lc 7, 48; Jn 5, 14). Pero ahora da este mismo poder a los apóstoles.

Si alguien quiere decir que este poder para retener o perdonar los pecados se detiene en los apóstoles, mi primera respuesta sería decir que esto no es lo que creía la Iglesia, y podemos volver a los primerísimos documentos, a las cosas escritas diez años después de la muerte del apóstol Juan, y ver ya la idea de que el ministerio de los apóstoles había continuado en los obispos, sacerdotes y diáconos[9].

Mi segunda respuesta es que, si este poder de perdonar los pecados no continúa en otras generaciones, entonces no hubiese tenido interés dejar por escrito esta historia

[9] Pienso aquí en las cartas de san Ignacio de Antioquía, disponibles en Internet o en diversas ediciones impresas.

(Jn 20, 30). Juan está escribiendo el evangelio al final de su vida, y es el último apóstol que todavía vive. ¿Para qué enredar escribiendo eso, si el poder de perdonar o retener está a punto de morir con él? ¿Es justo refregarles en la nariz a la siguiente generación de cristianos que ellos quedarán atrapados por sus pecados y no habrá quién tenga autoridad para perdonarlos o retenerlos?

¿Cuál sería el asunto? Juan no escribe estas cosas sin una razón. Las escribió para que los cristianos de su propia generación y de las futuras viesen que los poderes de los apóstoles continuaban en el ministerio de los obispos, sacerdotes y diáconos, esto es, en aquellos que habían recibido las Sagradas Órdenes.

Resumiendo el Evangelio de Juan

Resumamos. Hemos recorrido los siete signos, y los hemos conectado con los siete sacramentos.



Vimos que las bodas de Caná nos recuerdan el Matrimonio. La curación del hijo del funcionario nos recuerda la Unción de enfermos. La curación del paralítico nos hace pensar en la Confesión. La multiplicación para los cinco mil nos recuerda la Eucaristía. La curación de ciego de nacimiento trae el Bautismo a nuestra memoria. La resurrección de Lázaro conecta con la Confirmación, y trazamos una línea entre la Resurrección y las Sagradas Órdenes.

Recuerda que esta no es una perfecta correspondencia uno a uno. Algunos signos apuntan a más de un sacramento: las bodas de Caná, por ejemplo, es también un signo fuertemente eucarístico, y todos los sacramentos podrían conectarse con la Pasión y Resurrección. Pero para facilitar la sencillez y el aprendizaje, hemos vinculado los siete signos y sacramentos en ese orden.

Y conviene terminar con las Sagradas Órdenes, porque a través de ellas es como nos llegan los sacramentos. Cada uno de nosotros tiene un párroco. Quizá tu párroco es joven, dinámico, y extravertido, o quizá sea anciano, lento y silencioso. No importa cómo es el padre tal o el obispo cual; lo importante es que les hayan impuesto las manos otros a las que se les impusieron antes, y así sucesivamente hasta los apóstoles –y hasta el soplo de Jesús: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les son perdonados; a quienes se los retengáis, les son retenidos» (Jn 20, 22-23)–. Esta es una realidad histórica. Hay una cadena ininterrumpida entre tu párroco y Jesús desde hace dos mil años. Estos que están fuera de la Iglesia católica no tienen esta cadena ininterrumpida.

Así que tu párroco y tu obispo han sido ordenados. Y es a través de sus manos, sus voces y su ministerio como estamos conectados con los signos que Jesús realizó en presencia de sus apóstoles. A través de su ministerio, nos ponemos en contacto no solo con un *recuerdo* de Jesús sino también con la *presencia* de Jesús.

Esto ayuda a explicar un pasaje arduo en el Evangelio de Juan. Durante cinco capítulos, en mitad del evangelio (Jn 13–17), Jesús se dirige a los discípulos en la Sala Alta durante la Última Cena. Lo llamamos el "Discurso de la Última Cena". Jesús les ofrece enseñanzas sobre el amor, la alegría, la paz, el Espíritu Santo, la unidad del Padre

y del Hijo, la unidad de los creyentes con Dios, y otros temas. Hacia la mitad del discurso, les dice: «En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y las hará mayores que estas porque yo voy al Padre» (Jn 14, 12). En buena parte de mi vida, al leer esa línea pensaba: *¿Qué milagros podrían realizar que fuesen mayores que los milagros de Jesús?*

Pero quizá Jesús no está hablando de milagros *físicos*. Después de todo, cuando leemos a Juan de cerca, vemos que Jesús reprende a los que se quedan atrapados en lo material: «Vosotros me buscáis no por haber visto los signos, sino porque habéis comido los panes y os habéis saciado» (Jn 6, 26). «Si no veis signos y prodigios, no creéis» (Jn 4, 48). Desde una perspectiva humana, nos impresiona una resurrección física de la muerte; desde la perspectiva de Dios, el perdón de un pecado mortal es más impresionante. Como dice el padre Lagrange: «Incluso la vuelta de un muerto a la vida [...], es casi nada en comparación con la resurrección de un alma» en el confesonario. Los sacramentos, pues, son al menos una clase de "gran obra" que los apóstoles y sus sucesores realizarán.

¿Qué hay del Reino?

Hemos seguido el tema del reino a lo largo del Nuevo Testamento, pero en Juan hemos hablado principalmente de los sacramentos. ¿No dice nada el evangelio de Juan sobre el reino?

Ciertamente sí lo hace. Cuando Jesús está hablando con Nicodemo, afirma: «Si uno no nace de lo alto no puede ver el Reino de Dios», y luego, «si uno no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios»

(Jn 3, 3 y 5). El Bautismo es nuestra necesaria entrada en el Reino, y podemos ampliar el concepto para incluir todos los sacramentos: los sacramentos son el camino necesario y primario para que entremos y participemos en el Reino.

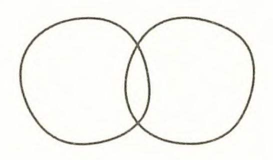
El reino de Jesús no es "de este mundo" o "del mundo", como Jesús dice a Pilato (Jn 18, 36-37). Pero está en este mundo porque tú y yo –miembros de su cuerpo y de su reino– estamos todavía en este mundo. El Evangelio de Juan nos muestra la perfección del reino, que está cuando todos nosotros somos uno en Dios. Al final de la Última Cena, Jesús pide:

> No ruego solo por estos [apóstoles], sino por los que van a creer en mí por su palabra: que todos sean uno; como Tú, Padre, en mí y yo en Ti, que así ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que Tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y Tú en mí, para que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que Tú me has enviado y los has amado como me amaste a mí (Jn 17, 20-23).

Esta es la meta del Reino de Dios y también la de todas las alianzas: que estemos unidos a Dios perfectamente. Cuando estemos en el cielo, no hablaremos mucho sobre reino y alianza, porque habrán cumplido su fin. En cambio, simplemente gozaremos de la unidad con Dios y con cada uno de los demás por toda la eternidad.

Entretanto, los sacramentos nos llevan en esa dirección *simbolizando* nuestra unidad con Cristo y haciéndola real. Así, la Eucaristía, por ejemplo, *simboliza* la unión de nuestro cuerpo con el de Cristo al comer la hostia eucarística, y también *hace real* nuestra unión con él en cuerpo y sangre, alma y divinidad. Los que reciben

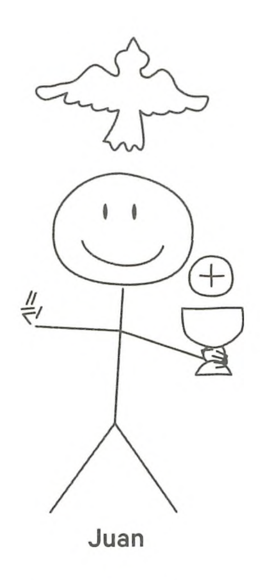
las Sagradas Órdenes son oficiales reales, nombrados para proveer comida para la mesa del Rey (1 R 4, 7), donde comemos como hijos del Rey (2 S 9, 11; Lc 22, 29-30). Esta comida eucarística hace real nuestra unión con Dios. La meta del reino es conducirnos a la perfección de ser "*perfectamente uno*".



7.
EL LIBRO DEL APOCALIPSIS: LA VICTORIA DEL REINO

¡ENHORABUENA! ESTÁS CERCA DEL FINAL de nuestro recorrido por el Nuevo Testamento porque vamos a ver el famoso último libro de la Biblia: Apocalipsis. Este libro es uno de los más sensacionales de la Escritura. Los creyentes han quedado fascinados e incluso obsesionados por las imágenes y profecías del libro y les han dado miles de interpretaciones diferentes. El título del libro es la Revelación de Juan o el Apocalipsis de Juan. La palabra "revelación" es de origen latino y "apocalipsis" de origen griego, pero ambas significan lo mismo. El libro "revela" los planes de Dios para el fin de la historia, pero también "remueve el velo" de la esposa de Cristo al final del libro, mostrándola en toda su belleza. Así que el libro es romántico –es un libro de bodas, como el Cantar de los Cantares–.

¿Quién fue el autor del Apocalipsis? Una primitiva y fuerte tradición nos dice que lo escribió el apóstol Juan.



Juan

Aun así, el Evangelio de Juan y el Apocalipsis fueron escritos en estilos bastante distintos: el Evangelio de Juan tiene una sencilla elegancia y es gramaticalmente correcto. El Apocalipsis es muy basto y tiene algunas frases ajenas a la gramática. Muchos piensan que una misma persona no hubiese escrito los dos libros. Sin embargo, todos sabemos que el estilo de cualquier persona cambia a lo largo de su vida y varía también según las circunstancias, estado de ánimo y audiencia. Podemos citar muchos ejemplos de diferentes estilos de un mismo autor en la actualidad y en tiempos antiguos. Los libros de Mark Twain son muy diferentes unos de otros, y lo mismo se puede decir de Platón. San Juan Pablo II escribió una obra teatral (*El taller del orfebre*) que no se parece en nada a sus encíclicas (e.g. *Fides et Ratio*).

Por otra parte, ahí se encuentran también algunas ideas, motivos y temas que solo están en los escritos de Juan y en Apocalipsis. El más obvio es llamar a Jesús el

"Cordero de Dios" (Jn 1, 29; Ap 5, 6, etc.) y el "Verbo de Dios" (Jn 1, 1; Ap 19, 13), y hay muchos más ejemplos menos obvios, pero muy significativos. Estas conexiones parecen indicar que, aunque los autores no fuesen el mismo, estaban conectados entre sí de algún modo.

Mi propio punto de vista es que Juan escribió el Apocalipsis antes, en los años 60, y su evangelio cerca del final de su vida, en los años 90, con alguna ayuda. Treinta años y muchas diferencias en las circunstancias dan cuenta del distinto estilo. Pero paz con todos los que quieran verlo de otro modo.

El Libro del Apocalipsis es el registro de las visiones que san Juan tuvo en la isla de Patmos, en el Mar Egeo, frente a la costa de Éfeso. Fue exilado allí, quizá durante la persecución de los cristianos que se desencadenó bajo Nerón en los 60. Fue la misma persecución en la que murieron Pedro y Pablo.

Juan comienza describiendo cómo vino a él Jesús en una visión. Él estaba en oración en el día de Señor (Domingo) cuando se le apareció Jesús en gran gloria (Ap 1, 10-16). Jesús dictó a Juan siete cartas dirigidas a las siete iglesias de Asia Menor (actual Turquía; Ap 2–3). Después de esto, Juan es llevado al cielo, donde es testigo de la liturgia celestial o la "misa tal como es en el cielo" (Ap 4–5). La adoración celestial conduce a tres partes de rituales litúrgicos en el cielo que desencadenan tres plagas en la tierra:

- La apertura de los siete sellos (Ap 6–7),
- El toque de las siete trompetas (Ap 8–11), y
- El vertido de las siete copas (Ap 15-16).

Entre las trompetas y las copas, Juan ve una serie de siete signos celestiales (Ap 12–14). Cuando la séptima copa se

vierte, la destrucción cae sobre la "gran ciudad" identificada como una "ramera" y "Babilonia" (Ap 17–19). Se relata una visión sobre el apresamiento de Satanás y el juicio final (Ap 20), y luego la "esposa del Cordero" –que resulta ser la ciudad santa de Jerusalén– desciende del cielo para remplazar la ramera ciudad de Babilonia (21–22). Unas palabras finales de bendición de Juan el visionario y del mismo Jesús concluyen el libro (22).

Nuestro examen del Libro del Apocalipsis puede estructurarse como sigue:

I. Introducción de Juan y su visión (Ap 1)

II. Mensajes a las siete iglesias (Ap 2–3)

III. La visión de la Adoración celestial (Ap 4–5)

- A. Los siete sellos (Ap 6–8, 5)
- B. Las siete trompetas (Ap 8, 6–11, 9)
  - 1. Los siete signos (Ap 12–14)
- C. Las siete copas (Ap 15–16)
- D. La destrucción de la ciudad gran ramera (Ap 17–19)

IV. Un "flashback" de historia de la salvación (Ap 20)

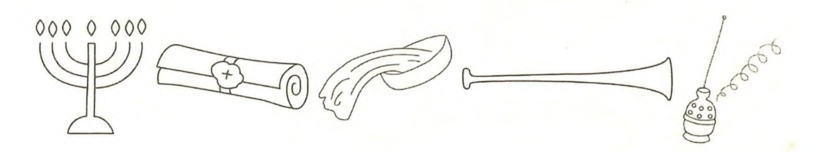
V. La llegada de la Nueva Jerusalén (Ap 21–22)

Hagamos algunos comentarios generales sobre el Libro del Apocalipsis antes de entrar en su interpretación.

Primero, el Libro del Apocalipsis discurre como una película con *flashbacks*. Si has visto antes películas que incluyen viajes en el tiempo u otras alteraciones del tiempo normal, estás un poco preparado para ver

la "película" que es el Apocalipsis. Después de todo, el Apocalipsis es muy visual, con vívidas escenas que se siguen una a otra bastante abruptamente –pero las escenas *no siguen siempre un orden cronológico*–. Se han producido grandes errores en la interpretación del libro al asumir que todas las visiones se refieren a acontecimientos históricos que se desarrollarán en el mismo orden que los encontramos en el libro. A veces hay claros *flashbacks* (como en Ap 12, 1-5). Otras veces, no está claro si una escena es un *flashback* o está en secuencia (como en Ap 20). A mí me parece que tanto la secuencia de los siete signos (Ap 12–14) como la visión del apresamiento de Satanás, su lanzamiento al estanque, y el juicio final (Ap 20) son *flashbacks* que no siguen los eventos que les preceden inmediatamente.

Segundo, el Libro del Apocalipsis es un documento completamente litúrgico. Se destinaba a ser leído en la iglesia. Al abrir el libro, Juan desea la bienaventuranza a «quien lea y quienes escuchen las palabras de esta profecía» (Ap 1, 3), refiriéndose al lector y la congregación. Luego siguen las cartas a las siete iglesias, todas para ser leídas cuando la iglesia local se reúna para la misa. Juan nos muestra a qué se parece la liturgia celestial. Vemos en el cielo toda clase de cosas que los judíos y cristianos han usado en el culto en tiempos antiguos y en la actualidad:



candeleros, sellos, trompetas, copas para las libaciones, vestiduras blancas, incensarios, altares, incienso, himnos y

plegarias. Dios se comunicó con Juan utilizando imágenes del culto que pudiese entender de su procedencia judía y cristiana. Pero desde que Juan escribió este libro, sus visiones han guiado lo que hacemos en la Misa y el modo en que lo hacemos. Así que la Misa solemne se parece al Apocalipsis.

Además, el número siete juega un papel significativo. Varias veces en el libro, leemos sobre los «siete espíritus de Dios» (Ap 4, 5), que conocen toda la verdad. Siete es el número del juramento, alianza, y fidelidad. El Espíritu de Dios es "siete" porque Dios guarda sus juramentos y alianzas con perfecta fidelidad. Un pasaje muy famoso, Isaías 11, relaciona siete dones del Espíritu Santo: sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor del Señor. Con frecuencia enseñamos sobre estos dones al preparar a chicos para la Confirmación. Estos siete dones del Espíritu Santo están detrás de la expresión "siete espíritus" o "septiforme Espíritu" usada en Apocalipsis.

Tercero, los temas de la alianza están muy presentes en el Libro del Apocalipsis. Esto explica el uso frecuente del número siete a lo largo del libro. El Apocalipsis es famoso por sus conjuntos de siete: siete sellos, siete trompetas, siete copas, y así sucesivamente.



¿Por qué siete? En la lengua hebrea, la palabra para jurar significa literalmente "siete en uno mismo", una de las palabras para "juramento" viene del término "siete". Jurando era como hacías una alianza con otra persona (Gn 26, 28). Así pues, "siete" estaba conectado a la alianza. Era el "número de la alianza". En todos los conjuntos de siete en Apocalipsis, vemos a Dios cumpliendo todas sus alianzas y llevando a cumplimiento todas sus promesas. Junto a los sietes, hay muchas referencias a las primeras alianzas de la Escritura, especialmente la Alianza Davídica. Así, en el comienzo, se llama a Jesús «primogénito [...] y príncipe de los reyes de la tierra» (Ap 1, 5), una cita sobre David del Salmo 89, 27. Y, al final del libro, Jesús dice: «Yo soy la raíz y el linaje [*semilla*] de David» (Ap 22, 16; énfasis añadido). David y su reino se relacionan con nuestro comentario final: todo el Apocalipsis trata sobre *el Reino de Dios*. Un par de veces Juan alaba a Dios por haber hecho de los seguidores de Cristo «un reino de sacerdotes para nuestro Dios» (Ap 5, 10; ver 1, 6). Y en las victorias en el libro, varios ángeles proclaman: «El reinado de este mundo es ya de nuestro Señor y de su Cristo» (Ap 11, 15: ver 12, 10). Al final del libro, la perfecta ciudad de Jerusalén, la capital del reino de David, baja del cielo y se queda en la tierra. La ciudad real se convierte en la morada de Dios para siempre. Por eso decimos que Apocalipsis trata sobre *la victoria del reino*.

Demos una rápida vuelta por este fascinante libro.

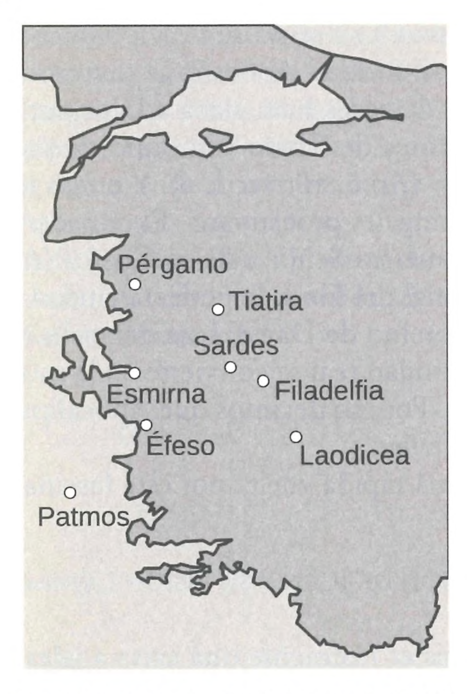
INTRODUCCIÓN DE JUAN Y SU VISIÓN (*Apocalipsis 1*)

El Apocalipsis es realmente una carta a iglesias, como las demás epístolas del Nuevo Testamento, solo que la mayor

parte de esa carta se dedica a describir una visión o visiones que Juan ha tenido de Jesús. Después de una breve introducción, explica el relato que sigue como una revelación a Juan sobre lo que va a suceder pronto (Ap 1, 1-3), y continúa con un saludo común a todas las cartas: «Juan, a las siete iglesias que están en Asia: la gracia y la paz estén con vosotros...» (Ap 1, 4).

MENSAJES A LAS SIETE IGLESIAS (*Apocalipsis 2–3*)

Juan no escribe solo a una iglesia sino a las siete principales en Asia Menor, que era un primer centro de la cristiandad.



Las Siete Iglesias de Asia en el año 96

Él tendrá un mensaje especial para cada iglesia y luego compartirá con todas ellas la visión sobrenatural que ha experimentado. Pero antes, explica cómo Jesús se le apareció un domingo (el "día del Señor"), mientras estaba en oración en la isla de Patmos (Ap 1, 9-20). Oyó una voz detrás de él, se volvió y vio a Jesús en gloria. Jesús iba vestido como un sacerdote (eso indica la larga túnica y la banda de oro), y estaba de pie en el lugar santo del templo de Dios (eso es lo que indican los candelabros que rodean el lugar santo). Jesús manda a Juan que escriba lo que ve y lo envíe a cada una de las principales iglesias de Asia.

Las iglesias están mencionadas en orden a lo largo de una ruta, de modo que un mensajero puede comenzar en Éfeso y viajar hasta Laodicea.

Cada una de las siete iglesias tiene un problema principal que necesita superar:

- Éfeso, la iglesia *sin amor.*
- Esmirna, la iglesia *perseguida.*
- Pérgamo, la iglesia *autocomplaciente.*
- Tiatira, la iglesia *inmoral.*
- Sardes, la iglesia *espiritualmente muerta.*
- Filadelfia, la iglesia con *poca fuerza.*
- Laodicea, la iglesia *tibia.*

Los mensajes a las siete iglesias han mantenido su significado porque estos problemas siguen vivos en las parroquias, diócesis, y en las iglesias locales hasta el día de hoy. Necesitamos leer estos mensajes con esta actitud: "¿Dónde me aprieta el zapato?". ¿Es mi parroquia fiel a la ortodoxia pero sin amor, como Éfeso; espiritualmente muerta, como Sardes; o tolerante con la inmoralidad y la falsa doctrina, como Tiatira? Quien tenga oídos oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Jesús adapta cada mensaje a la situación *cultural* y *espiritual* en cada iglesia. Nos llevaría mucho mostrar esto en cada caso, así que examinaremos solo el mejor ejemplo: el mensaje a la última iglesia: Laodicea.

> Al ángel de la iglesia de Laodicea escríbele: «Esto dice el Amén, el testigo fiel y veraz, el principio de la creación de Dios: "Conozco tus obras, que no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Y así, porque eres tibio, y no caliente ni frío, voy a vomitarte de mi boca. Porque dices: "Soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad', y no sabes que eres un desdichado y miserable, pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que me compres oro acrisolado por el fuego para que te enriquezcas, túnicas blancas para que te vistas y no aparezca la vergüenza de tu desnudez, y colirio con que ungirte los ojos para que veas. Yo, a cuantos amo, los reprendo y castigo. Por tanto, ten celo y arrepiéntete. Mira, estoy a la puerta y llamo: si alguno escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo. Al que venza le concederé sentarse conmigo en mi trono, igual que yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono"». El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias (Ap 3, 14-22).

Jesús reprocha a la iglesia de Laodicea que sea *tibia, pobre, ciega* y *desnuda*:

Tibios

Desde Laodicea, los habitantes de la ciudad pueden mirar al norte y ver los manantiales de agua caliente de su ciudad rival (Hierápolis), que se ha convertido en un balneario popular. Girando alrededor, podrían ver las cumbres nevadas que traen agua fría de montaña a las ciudades del

sur. Pero los de Laodicea no tienen buenas fuentes de agua. Deben traerla entubada desde un manantial que está lejos, y el agua lleva tantos minerales que atasca los tubos y no deja limpio lo que se lava en ella. Jesús les dice a los de Laodicea que su situación espiritual es como su suministro de agua: no suficientemente caliente para un baño y tampoco bastante fría para una bebida refrescante.

Pobres

La ciudad de Laodicea era extremadamente rica por su industria textil y química. Cuando un terremoto dañó buena parte de la ciudad en el año 60 o 61, justo pocos años antes de que se escribiera el Apocalipsis (según mi cálculo), el Imperio romano ofreció "fondos de emergencia" para ayudar a la reconstrucción. Pero los de Laodicea dijeron: *¡Gracias, pero no! Lo podemos pagar nosotros.* Eran tan ricos que era indigno de ellos aceptar ayuda del gobierno. Pero Jesús dice: *Vosotros, cristianos de Laodicea,* pensáis *ser ricos porque miráis lo de afuera. Por dentro, sin embargo, sois espiritualmente pobres y necesitados.*

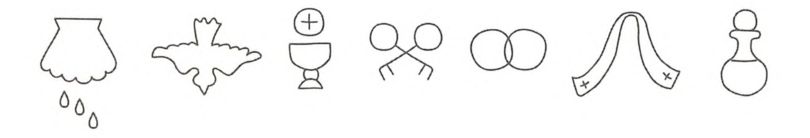
Desnudos

Una de las razones por las que Laodicea era tan rica estaba en su industria del vestido, basada en una lana negra de calidad. Su ropa era muy demandada en todas partes. Los de Laodicea tenía mucha ropa física, pero Jesús les dice que están espiritualmente desnudos ante la mirada de Dios.

La otra razón por la que Laodicea era tan rica estaba en las medicinas que producía, especialmente un colirio con fama de curar los ojos. Vendían ungüento para los ojos en todo el imperio, pero espiritualmente, estaban ellos mismos ciegos.

***

Los cristianos de Laodicea necesitaban mirar otra cosa que su prosperidad material y volver a Jesús para la verdadera riqueza y curación. «Mira, estoy a la puerta y llamo: si alguno escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo», dice Jesús (Ap 3, 20). Esto es una alusión a la Eucaristía, nuestra comida con Jesús. El Señor está llamando a los de Laodicea a arrepentirse y volver a los sacramentos, donde encontrarán su verdadera riqueza, ropa, medicina y alimento para la vida eterna. Él dice lo mismo a los cristianos ricos de hoy.



La visión de la Adoración celestial (*Apocalipsis 4–5*)

Después de dictar Jesús las cartas a las siete iglesias, Juan es llevado al cielo en espíritu para ver la sala real del trono de Dios. Juan ve a la Santísima Trinidad: el Padre sentado en el trono; el septiforme Espíritu Santo ardiendo en «siete lámparas de fuego»; y Dios Hijo apareciendo como un

«Cordero erguido, como sacrificado», revestido con siete ojos que son el septiforme Espíritu Santo, pues Jesús está siempre ungido con el Espíritu Santo. Ante el trono de Dios hay veinticuatro tronos para los veinticuatro ancianos (presbíteros). ¿Por qué son veinticuatro? Esto representa probablemente los Doce Apóstoles más los Doce Patriarcas, es decir, los líderes juntos del pueblo de Dios de la Antigua Alianza y el pueblo de Dios de la Nueva Alianza. Luego hay cuatro «seres vivos» que se parecen a un león, un toro, un hombre y un águila. Sabemos por comparación con Ezequiel 1 y 10 que estos "seres vivos" son querubines, ángeles guerreros que guardan la santidad de Dios.

El "Cordero que fue inmolado" se adelanta –es también el "León de Judá" y la "raíz de David"– y está preparado para abrir el libro con siete sellos que es la Palabra de Dios. En el primitivo culto cristiano, mientras aún vivían los apóstoles, se supone que romper los sellos y abrir los manuscritos era una práctica común cuando la iglesia se reunía para la Eucaristía. Los apóstoles escribían muchas cartas a las distintas iglesias, y cuando llegaba una de estas cartas, el obispo local llevaba el pergamino sellado ante la congregación –para que todos vieran que era auténtico– y luego rompía el sello y leía lo que el apóstol había escrito a la iglesia.

¿Quién es digno de romper los sellos del libro que contiene la voluntad y la palabra de Dios? Solo Jesús, el Cordero, es digno. Así vemos en Apocalipsis 5 que todos los ángeles y santos cantan un cántico nuevo al avanzar el Cordero para abrir el libro.

Cuando nos reunimos para la Misa, participamos en la adoración que vio Juan. Es más fácil reconocerlo cuando nos reunimos en torno a nuestro obispo. San Ignacio de

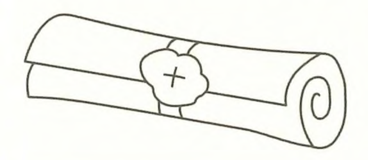
Antioquía, que conoció al apóstol Juan, escribió a otra iglesia en Asia Menor poco después de la muerte de san Juan: «Desead hacerlo todo en divina armonía, el obispo presidiendo en lugar de Dios y los presbíteros y diáconos… dedicados al servicio de Jesucristo». Cuando vamos a una Misa solemne en la catedral, vemos al obispo sentado en un trono como Dios Padre en la visión de Juan. Vemos a los presbíteros de la diócesis reunidos a su alrededor, como los veinticuatro ancianos que representan a los apóstoles y patriarcas. Querubines y otros ángeles están presentes, aunque invisibles; a menudo nuestras iglesias están decoradas con imágenes de ángeles que nos recuerdan que ellos están presentes. Luego, el diácono, actuando en la persona de Jesús, avanza para proclamar la Palabra de Dios, el Evangelio. A lo largo de todo esto, cantamos himnos y oraciones tal como el coro celestial "canta un cántico nuevo" y usamos incensarios «que son las oraciones de los santos» (Ap 5, 8-9). La misa representa la liturgia celestial y, de hecho, como el mismo Espíritu Santo está presente en la misa y en la corte celestial, nuestra misa está unida a la liturgia del cielo, e incluso *es* liturgia celestial, especialmente cuando contemplamos al Cordero de Dios que fue inmolado para quitar los pecados del mundo. En la Eucaristía, comemos al Cordero inmolado que Juan vio en el cielo.

SIETE SELLOS, TROMPETAS, SIGNOS Y COPAS: EL JUICIO DE LA TIERRA Y DE LA "GRAN CIUDAD" (*Apocalipsis 6–16*)

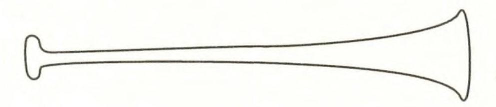
La mayor parte del Libro del Apocalipsis discurre entre los capítulos 6 al 19, y tres veces vemos repetirse el mismo esquema: un conjunto de siete acciones se realiza en el

cielo (rompiendo un sello, tocando una trompeta, y derramando una copa). Cada acción desencadena una plaga en la tierra. Al final de cada secuencia de siete, el cielo estalla en oración, declarando que el reino o reinado de Dios ha llegado por fin.

Se abren siete sellos, desencadenando cada uno una plaga, y después del sexto y justo antes del séptimo, vemos "una gran multitud" reunida de pie ante el trono de Dios y ante el Cordero, que les protege para siempre y enjuga todas sus lágrimas –una imagen muy cercana a la visión final de la Nueva Jerusalén (Ap 21–22)–.

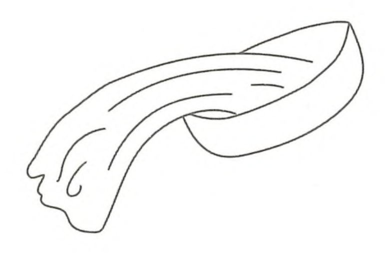


Se tocan siete trompetas, cada una desencadena una plaga, y al toque de la séptima, el cielo resuena en oración: «El reinado de este mundo es ya de nuestro Señor y de su Cristo, que reinará por los siglos de los siglos» (Ap 11, 15).



Entre las trompetas y las copas, Juan ve siete signos, que relatan simbólicamente acontecimientos importantes de la salvación que conducen al juicio final.

Luego se vierten sobre la tierra siete copas, y cada una desencadena una plaga.



Cuando se derrama la séptima, dice Dios: «¡Ya está hecho!» (Ap 16, 17). La gran ciudad de Babilonia es arrasada (Ap 17–18), y el cielo irrumpe en oración: «¡Aleluya! ¡Reinó el Señor, nuestro Dios omnipotente! [...] Llegaron las bodas del Cordero» (Ap 19, 6-7).

Sugiero que lo que tenemos aquí son tres visiones de la misma serie básica de acontecimientos: un número de plagas de juicio sobre la tierra que conduce a la destrucción de la "gran ciudad" que se opone a Dios, y al comienzo del reinado de Dios en la tierra. Tres veces ve Juan la misma secuencia básica, pero en diferentes formas. Esto nos recuerda un conjunto de visiones en el Libro del Génesis: las del faraón sobre el destino de Egipto, que se le repiten en dos diferentes formas (vacas y trigo), y que José interpreta al faraón como que indican los acontecimientos que vendrán pronto (Gn 41). Juan ve la misma visión tres veces, y eso indica "*lo que va a suceder pronto*" (ver Ap 1, 1; énfasis añadido).

Pero ¿qué es la secuencia de eventos que Juan ve tres veces en tres diferentes modos (sellos, trompetas y copas)? La tercera secuencia –las siete copas– es la más larga y la más detallada, y termina con la destrucción de una ciudad ramera identificada como "Babilonia" en el Apocalipsis. La clave para comprender la secuencia de eventos, y todo el libro, está en identificar correctamente esta ciudad.

La destrucción de la Gran Ciudad ramera (*Apocalipsis 17–19*)

Muchos identifican esta ciudad con Roma, y muchos protestantes la identifican con la Iglesia católica romana. Sin embargo, pienso que hay fuertes razones para pensar que se trata de la Jerusalén terrena, que fue destruida en el año 70.

Esto puede sonar como una sorprendente e improbable identificación, y yo mismo la consideraba descabellada hasta que comencé a investigar los argumentos. Hay al menos ocho razones de peso para identificar la ciudad ramera de Apocalipsis 17 como la Jerusalén terrena, pero comencemos con la más fuerte. El texto de Apocalipsis casi nos dice abiertamente cuál es la "gran ciudad" en Apocalipsis 11, 8. Allí, describiendo a dos testigos que testificarán sobre Jesús durante el gran tiempo de prueba, se dice que sus cadáveres «quedarán en la plaza de la gran ciudad, la que simbólicamente se llama Sodoma o Egipto, donde también su Señor fue crucificado». Esa es claramente Jerusalén, pues nadie ha dicho nunca que Jesús fuese crucificado en Roma. Este versículo, por tanto, nos identifica la "gran ciudad" como Jerusalén, y la "gran ciudad" es equiparada a la "ciudad ramera" y a "Babilonia" en otros textos (Ap 16,19; 18, 10, 16, 18, 19, 21).

Algunos pueden quedar sorprendidos de que Juan llamase a la ciudad de Jerusalén "Sodoma" y "Egipto", pero recuérdese que Jerusalén fue el primer centro de la persecución anticristiana (Hch 8, 1). Los cristianos no fueron bien recibidos en Jerusalén: Jesús fue crucificado allí; Esteban, apedreado; y Santiago el hijo de Zebedeo, decapitado. Saulo de Tarso maltrató brutalmente allí a los cristianos (Hch 26, 10), y Pablo apóstol fue casi despedazado antes de que intervinieran los romanos (Hch 23, 10).

Además, la gente olvida que los profetas del Antiguo Testamento llamaron a Jerusalén "Sodoma" (Is 1, 10) o la compararon con Sodoma (Ez 16, 26; Jr 23, 14; Am 4, 11) en varias ocasiones. El profeta Amós, en efecto, compara el juicio de Dios sobre Jerusalén con su juicio sobre Egipto y Sodoma (Am 4, 10-11). Así que llamar a Jerusalén "Sodoma y Egipto" no es una novedad. San Juan está siguiendo los pasos de los profetas del Antiguo Testamento, que también profetizaron una gran destrucción en la caída de la Jerusalén terrena. De hecho, todos los grandes profetas –Isaías, Jeremías y Ezequiel– predijeron la destrucción de Jerusalén. Juan es un profeta del Nuevo Testamento que hace lo mismo que ellos.

Los grandes profetas también condenaron a Jerusalén como una "ramera" en términos claros (Is 1, 21; Jr 13, 27; Ez 16, 23). Ezequiel dedica dos capítulos de su libro a describir a Jerusalén como una ramera (Ez 16 y 23). La descripción de Juan de la ciudad ramera vestida de modo obsceno (Ap 17, 4) probablemente viene de la larga descripción de Isaías sobre las obscenas "hijas de Sion", que simbolizan a Jerusalén en su conjunto (Is 3, 16-26). Así pues, la "ciudad ramera" de Juan en Apocalipsis encaja con la imagen de Jerusalén en los profetas.

Muchos notan que en Apocalipsis 17 hay una bestia con siete cabezas, y a las cabezas se les llama "colinas", en las que la ramera se sienta. Como hay una antigua tradición de que Roma se construyó sobre siete colinas, concluyen que la mujer es Roma. Estoy de acuerdo en la idea de que las "siete colinas" probablemente aluden a Roma, pero tomemos nota: no es la mujer quien tiene siete colinas; es la bestia. Así que, si algo es Roma, estoy de acuerdo en que es la bestia. ¿Por qué entonces se muestra a la mujer sentada en la bestia? La mujer cabalga en la bestia

porque el régimen de Jerusalén está apoyado en el poder de Roma. Los saduceos y sumos sacerdotes "se han metido en la cama" con los romanos, por así decir: cooperan y colaboran con las autoridades romanas para conservar su poder y perseguir a los cristianos. El gobierno romano ha dado importantes prebendas a los sacerdotes del Templo de Jerusalén. Por ejemplo, el gobierno les permite cobrar un impuesto del Templo a todo judío del imperio, cosa que enriqueció en buena medida al Templo de Jerusalén y a los que se encargaban de este. Los Romanos pusieron a Herodes y a sus sucesores como reyes. También los romanos nombraban anualmente al sumo sacerdote, cosa contraria a la Ley del Antiguo Testamento. Los saduceos cooperaban con estos arreglos y a cambio mantenían su autoridad con la fuerza de las legiones romanas.

Al final de Apocalipsis 17, la bestia aborrecerá a la ramera y se la comerá. Y eso fue exactamente lo que sucedió en los años 66-70. Hasta ese momento, el régimen de Jerusalén –los reyes herodianos y los saduceos como sumos sacerdotes– se mantuvo en el poder colaborando con los romanos, pero la relación se rompió a finales de los años 60, y el emperador Nerón envió al general Tito para destruir Jerusalén. Así que los acontecimientos reales encajan bien si entendemos como Roma a la bestia de las siete cabezas y como Jerusalén a la ciudad ramera.

Apocalipsis 17, 18, sin embargo, llama a la ciudad ramera «la gran ciudad que ostenta la soberanía sobre *los reyes de la tierra*» (énfasis añadido). Eso suena como Roma, ¿no es así? Pero san Juan se apoya aquí en el Antiguo Testamento, donde *Jerusalén* es la ciudad que tiene la soberanía sobre los reyes de la tierra. Vemos esa idea en muchos salmos (S 2, y 48, y 89) y en el profeta Jeremías. En efecto, en un lugar Jeremías habla de Jerusalén como una ciudad

temida por "los reyes de la tierra" y llena con la "sangre de los justos" (Lm 4, 12-13). Es un paralelismo cercano a lo que pinta el Apocalipsis de la ciudad ramera (Ap 18, 24).

Apocalipsis 18 habla de los comerciantes de la tierra que lloran por la destrucción de la gran ciudad. Ya nadie querrá comprar sus mercancías. La gran ciudad era extremadamente rica y compraba toda suerte de lujos. ¿No es así Roma mejor que Jerusalén? ¿Era Jerusalén realmente tan rica?

Realmente, Jerusalén *era* así de rica. El gran número de peregrinos que acudían a Jerusalén por las tres grandes fiestas cada año (Pascua, Tabernáculos y Pentecostés), más el impuesto del Templo, enriquecían mucho a Jerusalén y a los que tuviesen alguna posición en la ciudad. Herodes el Grande se hizo fabulosamente rico con el comercio del Templo y construyó a sus expensas una docena de lujosos palacios en el país, algunos con amplios teatros, piscinas, baños y pistas de carreras. Antes de comenzar el asedio de Jerusalén en el año 66, el general romano Tito preguntó a los habitantes de la ciudad qué quejas tenían contra Roma, pues ellos eran más ricos que los mismos romanos. La afirmación de Tito sobre la riqueza de Jerusalén está confirmada por la arqueología: la cerámica de Jerusalén en este periodo contiene plata de ley de calidad fuera de lo común, aparentemente de todas las monedas de plata de la ciudad que cayeron al suelo y la plata arrastrada por el agua. Jerusalén era tan rica que los estudiosos romanos la describen como "la mayor ciudad del este *con mucho*". No tenía rival cercano. Así pues, la imagen en Apocalipsis 18 de todos los comerciantes lamentándose por la caída de la "gran ciudad" *encaja* con Jerusalén.

Un hecho final hace la identificación de la "ciudad ramera" como Jerusalén casi indudable. Juan dice de esta

ciudad: «En ella se encontró la sangre de los profetas y de los santos» (Ap 18, 24). Ciertamente, Roma podría considerarse el lugar de "la sangre de los santos". Nerón y otros césares martirizaron a miles allí. Pero Roma no fue por cierto el lugar de "la sangre de los profetas". No hay ninguna duda absolutamente en la Escritura sobre dónde descansa "la sangre de los profetas": «No es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén» (Lc 13, 33).

Compara lo que Juan dice con lo que dice Jesús:

> *Juan sobre la "ciudad ramera":* «Y en ella se encontró la sangre de los *profetas* y de los santos, y *de todos los inmolados en la tierra*» (Ap 18, 24; énfasis añadido).
>
> *Jesús sobre Jerusalén:* «Por eso, mirad: os voy a enviar *profetas,* sabios y escribas; a unos los mataréis [...], para que caiga sobre vosotros *toda la sangre inocente que ha sido derramada sobre la tierra* [...]. ¡Jerusalén, Jerusalén!, que matas a los *profetas* y lapidas a los que te son enviados» (Mt 23, 34-37; énfasis añadido).

Entender la ciudad ramera como Roma no funciona. Apocalipsis trata de las cosas que sucederán "pronto", y Roma no fue destruida "pronto" desde el momento en que Juan dio su visión. Más aún, Roma no fue nunca destruida y quemada. Fue saqueada en el año 410. Sin embargo, por este tiempo Roma se había convertido al cristianismo. Los cristianos no se alegraron cuando la ciudad fue saqueada: en cambio, se entristecieron. El Imperio romano se había convertido en el protector de la Iglesia, y los cristianos pensaban que esta nueva alianza era la meta final de la historia humana. San Agustín estaba tan apenado cuando Roma fue saqueada que escribió su famosa *Ciudad de Dios* tratando de explicar cómo Dios había permitido tamaño desastre.

Jerusalén, sin embargo, fue destruida pronto después de que Juan escribiese (asumiendo la fecha de los años 60 para Apocalipsis), y completamente incendiada hasta los cimientos (Ap 17, 16). Según el historiador Josefo, la destrucción de Jerusalén fue precedida por terribles plagas y señales en el cielo y terminó con una de las mayores masacres que el mundo había conocido hasta entonces –semejantes a las profecías de Apocalipsis–. Jerusalén era donde Jesús fue crucificado (11, 8), era donde los profetas derramaron su sangre (18, 24), y era el lugar del primer martirio cristiano (17, 6), más rica aún que Roma (18, 11-13). ¡Todo encaja!

Un *flashback* de la Historia de la Salvación (*Apocalipsis 20*)

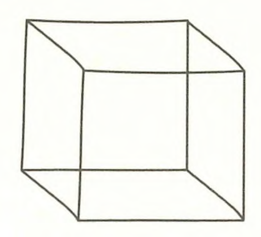
Podemos resumir así el Apocalipsis: el Espíritu lleva a Juan al cielo donde él ve el culto celestial. Luego, Juan es testigo de tres ciclos de siete –sellos, trompetas, y copas– que retratan cada uno las plagas que caerán sobre la Jerusalén terrena hasta su destrucción. Luego, después de que la Jerusalén terrena es destruida en Apocalipsis 17–19, se la remplaza con la Jerusalén celestial en Apocalipsis 21–22. Esta Jerusalén celestial es la Iglesia. Después de la caída de Jerusalén en el año 70, queda removido un obstáculo mayor para la difusión de la Iglesia, y el Evangelio comienza a avanzar aún más rápidamente.

La llegada de la Nueva Jerusalén (*Apocalipsis 21–22*)

¿Pero por qué decimos que la "Jerusalén celestial", la "novia del Cordero", al final del Apocalipsis (capítulos 19–22) es la Iglesia? Algunos versículos lo aclaran.

De un modo obvio, la "ciudad santa Jerusalén" es llamada la "novia, esposa del Cordero", y el Cordero, por supuesto, es Jesús. San Pablo nos enseña que la esposa de Cristo es *la Iglesia* (Ef 5, 25-33). En la misma carta a los Efesios, san Pablo dice que la Iglesia está construida sobre el cimiento de los apóstoles (Ef 2, 20). Esa es la misma imagen que nos da Juan de la "ciudad santa, la nueva Jerusalén" que tiene doce pilares con los nombres de los doce apóstoles (Ap 21, 2 y 14).

En Apocalipsis 21, un ángel mide la Nueva Jerusalén para san Juan, y encuentra que es un cubo perfecto (v. 16). La única estructura perfectamente cúbica en el Antiguo Testamento era el Santo de los Santos (1 R 6, 20), la parte más interna del Templo.



Esto significa que la Nueva Jerusalén era un nuevo Santo de los Santos, en una escala masiva. ¿Qué tenía de especial el Santo de los Santos? Era donde habitaba la presencia de Dios. San Pablo les dice esto a los cristianos: «¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, y habéis recibido de Dios?» (1 Co 6, 19). Así que la Iglesia es un gran "Santo de los Santos" porque cada cristiano es lo que una vez fue el Santo de los Santos: la especial morada de Dios.

La Nueva Jerusalén es una ciudad Templo, una ciudad que es un masivo Santo de los Santos. San Pablo llama

también a la Iglesia el nuevo Templo, cuando dice a cada cristiano: «También vosotros entráis a formar parte del edificio para ser morada de Dios por el Espíritu» (Ef 2, 22). La Nueva Jerusalén tiene el "agua de la vida" que corre desde el trono de Dios, y el "árbol de la vida" que crece junto al río, y produce fruto y cuyas hojas son medicinales (Ap 22, 1-2). Eso son los sacramentos: el Bautismo es "agua de la vida", y la Eucaristía, como fruto de la Cruz, es el real "árbol de la vida".

El Libro del Apocalipsis es en gran medida como estos capítulos "apocalípticos" de los evangelios (Mt 24; Mc 13; Lc 21) que predicen la destrucción de Jerusalén. Solo que el Apocalipsis es mucho más largo y más detallado. Tres veces vemos que las plagas caerán sobre la tierra, especialmente sobre la ciudad ramera, la Jerusalén terrena, hasta que sea destruida y remplazada por la Jerusalén de arriba (ver Hebreos 12, 22-24), la Iglesia. Esto se cumplió en los eventos que llevaron a la destrucción de Jerusalén en el año 70.

Pero espera, oigo decir a alguno, *yo pensaba que Apocalipsis trataba del fin del mundo. Y hay pasajes que suenan como eso. ¿Cómo puede tratar de la destrucción de Jerusalén?*

Estoy de acuerdo. Apocalipsis *es* sobre el fin del mundo. Pero es al mismo tiempo sobre el fin de Jerusalén. Ambos eventos se han descrito al mismo tiempo, justo cuando tratamos con Mateo 23. ¿Cómo puede ser esto? Pues porque el Templo era un símbolo de todo el universo. Los judíos creían que el Templo era el universo en miniatura, un *microcosmos.* El historiador judío Josefo, que vivió en ese tiempo y fue testigo de la destrucción del Templo, escribió que el mobiliario y las decoraciones del Tempo israelita «se habían hecho todas imitando y representando el universo»[10]. Así que cuando destruyes

---

[10] Josefo, *Antiguedades judías*, libro 3, 180

Jerusalén y su Templo –cosa que hicieron los romanos–, estás destruyendo simbólicamente toda la tierra. Por eso, los eventos del asedio, captura y destrucción de Jerusalén en el año 70 son un anticipo del fin del mundo.

La importancia del Templo de Dios

Es difícil exagerar lo importante que era el Templo para el pueblo de Israel y los judíos en los días de Juan. Desde Moisés, habían tenido un santuario donde adorar a Dios, excepto en un periodo de setenta años entre la destrucción del Templo por los babilonios (587 a. C) y su reconstrucción (516 a. C). ¿Cómo podría Dios no tener un Templo? La destrucción de Jerusalén y del Templo en el año 70 fue traumática para los judíos y los cristianos judíos. ¿Qué significaba eso en el plan de Dios? Juan nos lo muestra: la antigua Jerusalén y su Templo serán remplazados por uno nuevo: la Iglesia (Hb 12, 22-24).

Se cumple el Reino

El Reino de Dios es un tema destacado en el Libro del Apocalipsis. Al comienzo del libro, Juan dice a las iglesias que Jesús «nos ha hecho estirpe real, sacerdotes para su Dios y Padre» (Ap 1, 6). Ser un "reino de sacerdotes" era una promesa que hizo Dios a Israel en el Sinaí, si guardaban la Alianza mosaica: «Si guardáis mi alianza [...], seréis para mi un reino de sacerdotes» (Ex 19, 5-6). Claro que no la guardaron. Así pues, Juan ve a la Iglesia como el cumplimiento del prometido "reino de sacerdotes" de la Alianza mosaica.

Al comienzo, Juan también se llama a sí mismo «vuestro hermano que comparte con vosotros la tribulación, *el*

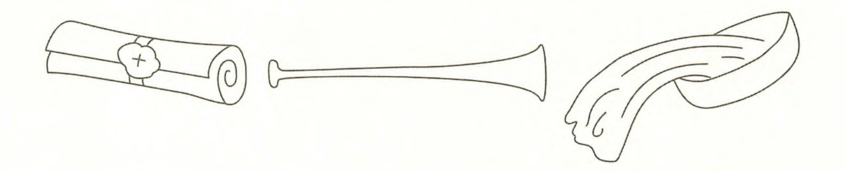
reino, y la paciencia» (Ap 1, 9; énfasis añadido). De algún modo el reino de Dios ha llegado ya, y lo vivimos como cristianos. Vemos esto en los evangelios. Juan une "tribulación" con "reino", justo como lo hace san Pablo, que solía predicar «que es preciso que entremos en el Reino de Dios a través de muchas tribulaciones» (Hch 14, 22). Jesús era y es verdaderamente el Rey, pero su único trono en esta vida fue su Cruz. Así es como va a ser para cada uno de nosotros. Reinamos con Jesús en el reino incluso ahora; pero en esta vida, nuestro reinado incluye la cruz.

Al final de la secuencia de trompetas, el cielo declara: «El reinado en este mundo es ya de nuestro Señor y de su Cristo, que reinará por los siglos de los siglos» (Ap 11, 15). Podemos considerar esta sentencia como el tema del Libro del Apocalipsis. La visión final del libro, donde vemos la Nueva Jerusalén como la esposa del Cordero, es también una imagen del reino cumplido. Jerusalén es, después de todo, la ciudad real. Jerusalén y su Templo eran el corazón del reino de David. La Nueva Jerusalén es el perfecto reino, donde todo el reino es la ciudad real y todo el reino es el Santo de los Santos, el corazón del templo. Reino, ciudad, y templo han llegado a ser uno.

¿Qué nos ha llevado a este punto de perfección? La sagrada liturgia. Todo a lo largo del Libro de Apocalipsis, actos litúrgicos de ángeles en el cielo, plagas desatadas y otros eventos que suponen juicio de los enemigos de Dios, conducen a la derrota del reino de este mundo y a remplazarlo por el reino de Dios.

Ya ves, la apertura de los sellos es un acto litúrgico, algo que se hace con las cartas de los apóstoles en el primitivo culto cristiano. Tocar trompetas es característico de la liturgia del Templo judío, donde sacerdotes o levitas hacen sonar las trompetas para anunciar fiestas o iniciar sacrificios.

Las copas se usan tanto en el culto cristiano como en el judío –en el culto judío, vino o sangre es derramado de las copas como parte de los sacrificios, y en el culto cristiano los cálices contienen vino y agua para la Eucaristía–.



En la visión de Juan, es la liturgia celestial lo que conquista el "reino del mundo" hasta que se convierte en «el reinado de nuestro Señor y de su Cristo» (Ap 11, 15).

Esta es una poderosa concepción para los católicos, porque creemos que cada Misa es una participación en la liturgia del cielo.

Para los de afuera, la Misa aparece como un tranquilo rito que hacemos en el interior de nuestros edificios, como mucho un inocuo conjunto de extraños ritos medievales y supersticiones.

Pero en realidad, aunque aparezca sin espectáculo, la Misa nos une con "los ángeles y los santos" para adorar ante el trono del Cordero, celebrando la fiesta de bodas del Cordero. Esta es la máquina de la historia. La Misa celestial nos empuja hacia el perfecto reino, y no hay nada más importante cada domingo –o cualquier otro día– que tener la oportunidad de asistir a Misa.

Trayendo todas las Alianzas a su cumplimiento

Siete es el número de la alianza, y el Apocalipsis está lleno de modelos de siete. Es Dios trayendo todas las alianzas

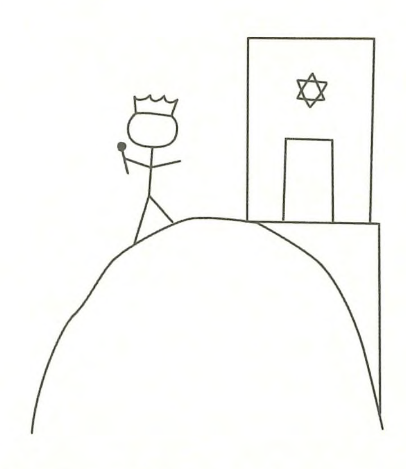
a su consumación. En el final, la Nueva Jerusalén cumple cada alianza del Antiguo Testamento, desde la primera (la de Adán) a la última (la de David).

La Nueva Jerusalén es claramente el Nuevo Edén; tiene el río de la vida discurriendo por ella. Tiene el árbol de la vida una vez más. El oro y las joyas del Edén están presentes incluso en mayor abundancia. Dios habita allí en cercana relación con la humanidad (Ap 21, 2-5).



La Nueva Jerusalén es todo lo que era Edén, pero más; Edén era solo un jardín con una pareja, mientras que la Nueva Jerusalén es una ciudad con un pueblo abundante.

Al mismo tiempo, la Nueva Jerusalén es el cumplimiento de todas las promesas a David.



La ciudad real de David ha tomado el control del mundo, transformó el mundo en un gran templo, un Santo de los Santos. Por eso, incluso al final del libro, Jesús se identifica él mismo con David y su alianza: «Yo soy la raíz y la *semilla* de David, la estrella radiante de la mañana» (Ap 22, 16; énfasis añadido), refiriéndose a la profecía de la "estrella" real que surgiría de Israel (Nm 24, 17).

Apocalipsis pasado, presente y futuro

¿Qué tenemos nosotros que ver con el Libro del Apocalipsis? Es un libro sobre el pasado, el presente y el futuro.

Es un libro sobre el pasado porque muchas de las cosas que describe tuvieron lugar realmente cuando la antigua Jerusalén fue destruida por la "bestia" romana en el año 70. Este catastrófico evento fue en sí una profecía sobre el fin del mundo. Eso dejó a la Iglesia como el único legítimo templo de Dios en la tierra.

Es un libro sobre el presente porque otras ciudades e imperios se han levantado contra la Iglesia a lo largo de la

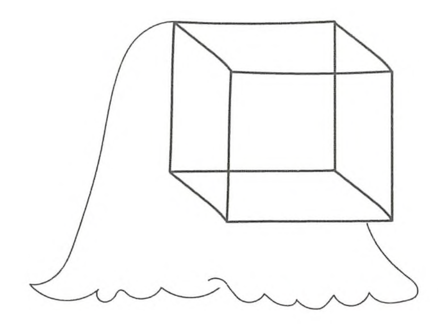
historia, llenándose con la sangre de los santos y mártires, y en definitiva compartiendo el mismo fatídico juicio que cayó sobre Jerusalén. Ciertamente, en el último siglo, la casi inimaginable carnicería que el imperio nazi, inspirado por el demonio, produjo en la tierra, seguida por la casi inimaginable carnicería que se necesito para acabar con él, tenían muchos paralelos chocantes con las imágenes del Libro del Apocalipsis. Podemos decir que Hitler era un Anticristo, que pretendió ser una figura sabia de la humanidad, creando una utopía de "razas superiores" y eliminando a las "razas inferiores" que retrasaban el progreso. Muchos en medio de la Segunda Guerra mundial se preguntarían, con razón, si las profecías del Apocalipsis no estaban sucediendo. Y en cierto sentido, así era. Esquemas básicos en el Libro del Apocalipsis se repiten a lo largo de la historia, con variaciones, como diferentes ciudades y naciones que toman el rol de la "bestia" y de la "ramera" en la persecución del pueblo de Dios.

Apocalipsis es también un libro sobre el futuro. Algunos baptistas y otros cristianos no católicos tratan de encontrar en el Apocalipsis un programa para predecir los eventos que conducen al fin del mundo. Ya sé que eso habla de los eventos que conducen al juicio final. Pero no estoy convencido de que vayamos a ser capaces de hacer las correctas identificaciones antes de los hechos. Si la primera venida de Jesús supone alguna indicación, el modo en que las profecías se cumplen es sorprendente, y a menudo solo se reconocen a posteriori. Sospecho que sucederá lo mismo con su segunda venida. Después de que pase, miraremos atrás y diremos: «¡Ajajá, veo que estaba predicho en Apocalipsis!». En todo caso, en esbozo, podemos confiar en que el periodo que conduce a la segunda venida de Jesús será un tiempo de gran prueba y

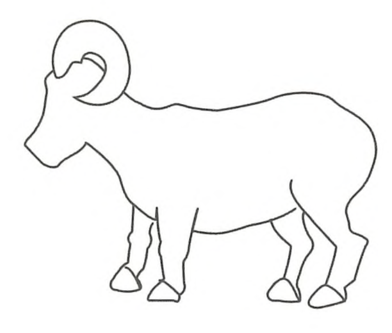
persecución, cuando las fuerzas que ataquen a la Iglesia serán grandes, con poderes sobrenaturales incluso. Con todo, la victoria pertenece a Dios, y finalmente les vencerá. Merece la pena citar el *Catecismo* en este punto:

> Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes [...]. La persecución [...] desvelará el "misterio de iniquidad" bajo la forma de una impostura religiosa que proporcionará a los hombres una solución aparente a sus problemas mediante el precio de la apostasía de la verdad. La impostura religiosa suprema es la del Anticristo, es decir, la de un seudo-mesianismo en que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías venido en la carne.
>
> La Iglesia solo entrará en la gloria del Reino a través de esta última Pascua en la que seguirá a su Señor en su muerte y su Resurrección. El Reino no se realizará, por tanto, mediante un triunfo histórico de la Iglesia [...], sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal [...] que hará descender desde el cielo a su Esposa [...]. El triunfo de Dios sobre la rebelión del mal tomará la forma de Juicio final [...] después de la sacudida cósmica de este mundo que pasa (*CCE 675 y 677*).

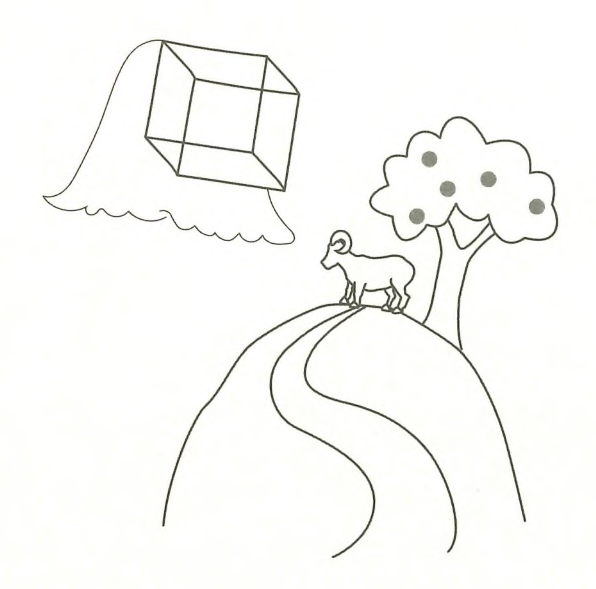
Esta es la meta final de la historia de la salvación: la consumación del reino, que es también la Fiesta de Bodas del Cordero. Parece apropiado que esta historia comience con una boda en un jardín y termine también con una boda en una ciudad jardín. Podemos dibujar a la esposa del Cordero bajando del cielo desde Dios. Es un perfecto cubo, quizá no demasiado atractiva cuando encarga su traje de bodas, pero hemos de mirar con los ojos de la fe:



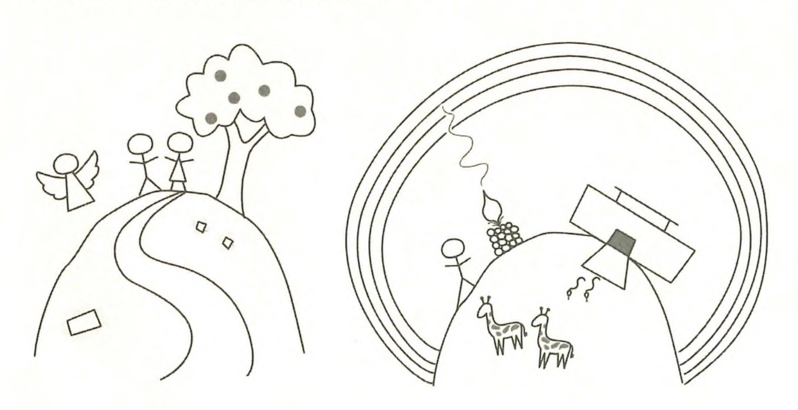
Si la esposa es un poco rara, también lo es el marido, pues es un Cordero:

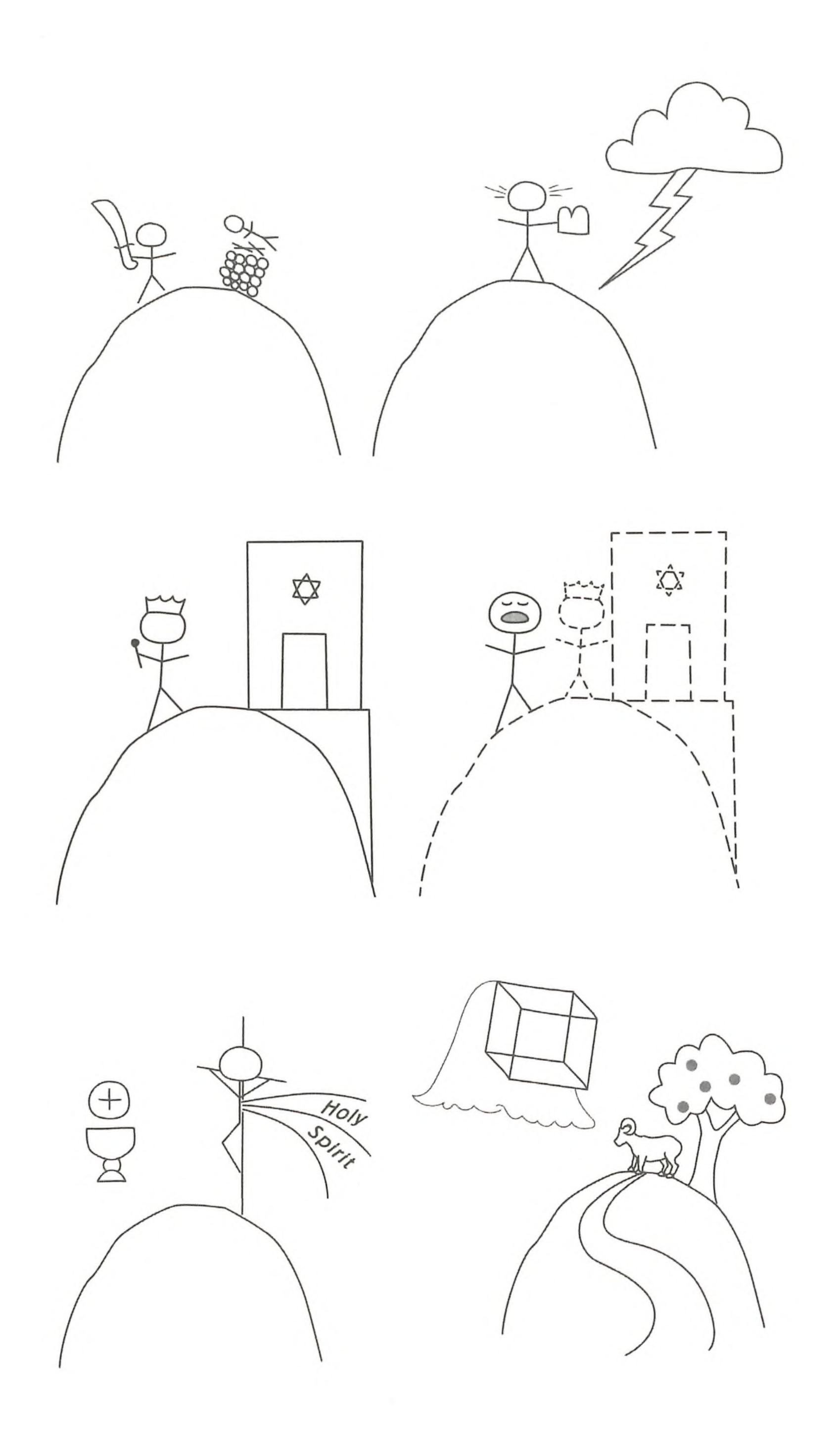


Juntos, esta pareja, en la cima del celestial Sion, es el icono para la alianza final de consumación de la historia de la salvación:



Ahora tenemos una secuencia de ocho montes que resumen la historia de la Biblia:




Holy
Spirit

Este libro, publicado por
Ediciones Rialp, S. A.,
Manuel Uribe, 13-15, 28033 Madrid,
se terminó de imprimir en
Anzos, S. L. Fuenlabrada (Madrid),
el día 14 de octubre de 2021.